Michelle Ortiz

Lo inevitable de nosotros



ALFAGUARA

Michelle Ortiz

Lo inevitable de nosotros



ALFAGUARA

Para todas las personas que sienten que su corazón es un hogar que arde. Ahí, entre las llamas, nacen las mejores cosas. Espero que nunca nos falte el fuego.

CAPÍTULO 1
2024, Ciudad de México

Como todos los amores que se esperan, la casona había sido paciente para ver el inicio de esta historia. El tiempo para ella era un suspiro, algo que no medía y que ignoraba, porque casi todo era igual. El amanecer y el ocaso del sol eran para ella solo un destello, parte de un ciclo que había presenciado desde tiempos tan lejanos que tal vez los imaginó o los soñó. Pero, de vez en cuando, algo vibraba en sus profundidades. Había aprendido que las cosas extraordinarias suceden en el día menos esperado. De pronto, como un relámpago, sus cimientos hundidos en la tierra se comenzaron a calentar y la hicieron estremecerse, sacudiendo a los que vivían dentro. No era ajena a la sensación y solo significaba una cosa: alguien nuevo, por fin, estaba por llegar. Desde entonces comenzó a esperar a quien llegaría para cambiarlo todo.

Y así lo hizo. Vio las estaciones pasar una tras otra, cientos de personas caminar por sus alrededores, árboles que cambiaban de piel; una serie de eventos que se repetían y que disfrutaba hasta que, de pronto, en una noche improbable, todo pareció detenerse. Todos esos cambios que antes parecían un borrón, ahora eran más nítidos: su olfato se agudizaba, las losas de colores y la madera que llevaba en la piel despertaban y la hacían consciente de los pasos que merodeaban por sus pasillos. Todos sus sentidos despertaron

del estupor del remolino que era su existencia cuando escuchó las llantas de un coche doblar la esquina, dirigiéndose hacia la casona.

Ojalá a mí también me invitaran a este tipo de fiestas.

La casona alcanzó a escuchar los pensamientos del conductor que miraba anhelante la fachada antigua de una casa que, en otras ocasiones, estaría en silencio, con luces cálidas encendiendo sus paredes; pero ese día todo era distinto: había música y se escuchaba el murmullo de voces en su interior.

El pasajero que estaba sentado en la parte de atrás había descendido del coche. La casona alcanzó a ver que su figura era alta y que vestía bien. Al escucharlo dar las gracias al conductor, reconoció inmediatamente que no provenía de esas tierras. El extranjero caminó y miró la fachada de la casa con asombro mientras un silbido salía de sus labios.

La fachada de la casona de los Domínguez brillaba más que otras noches, y no era para menos, teniendo en cuenta que hoy se celebraba el compromiso del mayor de los hijos. El extranjero se acercó a la puerta y al sentir sus nudillos tocar la madera antigua, la casona entendió quién llegaba y abrió la puerta para dejarlo pasar.

¿Por fin era él, a quien había visto hace unos pocos días o años atrás? ¿Cuánto tiempo había esperado por este momento? De pura emoción, dio un ligero salto. Todas las personas que vivían en las calles a la redonda se asustaron, temiendo un temblor que solo pareció sentirse unos cuantos segundos, un movimiento ligero que pronto desapareció. Acostumbrados a las oscilaciones y movimientos por debajo de la tierra, al no escuchar ninguna alerta continuaron con sus vidas.

El interior de la casona de los Domínguez rebosaba de vida a donde sea que uno voltease. Las velas de los pasillos estaban encendidas, guiando el camino hacia la celebración. Por donde sea que el extranjero caminara se escuchaba música que parecía provenir de todas partes. Risas que hacían eco en las paredes adornadas con fotos que enmarcaban los rostros de la familia,

rostros con los que se encontraría en unos momentos, y también de quienes seguían en esa casa aun después de fallecidos. Un mural enorme que funcionaba como el árbol genealógico de la familia. Pero aún no hablaría de los muertos, ellos estaban demasiado ocupados viendo a través de los ventanales la reunión que ocurría en el patio.

El extranjero inició el camino que el destino le había susurrado a la casona.

A un par de habitaciones de distancia, ajena a todo lo que estaba por ocurrir, estaba Beatriz González Domínguez quien, al contrario de la casona, había comenzado a sentirse impaciente. El sonido del agua cayendo le recordó que no faltaba mucho para que sus tías notaran que había desaparecido más tiempo del que se necesitaba para ir a buscar algo a su habitación.

—Si te tardas demasiado en el "baño", no dudes que voy a subir por ti —la tía Carolina había amenazado con su voz firme de hermana mayor, mientras la miraba con suspicacia por encima de su celular, en el que Bea sabía que veía fotos de gatitos tiernos.

Por más que sus tías la amenazaran, no tendrían más opción que ceder y dejarla ser. Desde hace mucho tiempo se había decidido que Bea sería la consentida y bastó con que ella fuera la menor de todos los sobrinos y la nieta más pequeña para convertirla en el sujeto del cariño de todos los Domínguez.

Su madre y las generaciones atrás de esta familia habían aprendido a caminar en los pisos de la casona, ahora se encontraban reunidos en el lugar que los vio crecer. Algunos partían y nunca regresaban, mientras que otros encontraban el camino de regreso y nunca se iban, como era el caso de su madre y el de su tía Leonor. La casona siempre tenía abiertas sus puertas para cualquier miembro de la familia que quisiera hacer de ella un hogar. Desgraciadamente, no todos se acostumbraron a los muertitos, como a Bea le gustaba llamarlos.

Desde muy pequeña, Bea había descubierto que dentro de aquella casona vivía algo más que su familia y sus recuerdos: ahí también había seres que hacían travesuras y que, de vez en cuando y si estaban de humor, te echaban la mano a cambio de golosinas. No todos los Domínguez podían verlos o sentirlos. En las generaciones actuales aquel don solo se les había concedido a Alicia, su madre, a la tía Leonor y a Bea. Aunque a veces su madre y su tía se sacaran de quicio por lo terribles que podían ser los muertitos, para Bea siempre habían sido sus compañeros y había aprendido a caminar entre ellos. No los podía ver, pero sí sentir y escuchar cuando estaban cerca.

Como si los hubiera invocado, un ligero jalón en su blusa le avisó que tenía unos minutos antes de que su tía Caro, honrando su palabra, regresara a buscarla.

—Ya voy, ya voy —Bea se agachó para abrir las pequeñas puertas de madera de la alacena donde guardaban la vajilla para sacar una taza de vidrio. Dirigió su mirada al espacio oscuro detrás de los platos y los vasos, sabiendo que desde ahí la observaban—. ¿Ustedes ya no me van a dejar hacer ni el té en paz o qué?

Bea escuchó un ligero murmullo, un reclamo por intentar ayudarla y salir regañados. Ella negó con la cabeza, una suave sonrisa se dibujó en sus labios mientras cerraba las puertas y se incorporaba.

Desde donde ella estaba podía escuchar la música y las voces que venían del jardín. No es que Bea estuviese evitando a sus tías ni que le disgustara reunirse con los demás; amaba completamente a su familia, pero en el fondo ella resentía en silencio lo que aquella fiesta significaba para su propia historia. Cuando comenzó a sentirse nerviosa, surgió aquel familiar dolor en el estómago que le pedía pausar sus pensamientos que parecían desbordarse, así que decidió apartarse y tener un momento a solas mientras se preparaba un té.

Hoy se celebraba el tan esperado compromiso de su hermano mayor y mejor amigo, Hugo. Y ella se sentía completamente triste y

desolada.

Aunque se llevaban solo dos años, habían crecido de la mano del otro. Cuando Beatriz González llegó, de pronto el hijo grande de los González Domínguez ya no se sintió solo. Juntos habían jugado y explorado los rincones de aquella cuadra en Coyoacán donde yacía la casona. Los años habían pasado y con el tiempo los juegos se convirtieron en conversaciones y la hermandad se transformó en compañerismo entre unos hermanos que no podían ser más diferentes, pero iguales en su amor por el otro.

Bea comenzó a escuchar hervir el agua de la olla, un reloj de burbujas que le indicaba que todavía tenía tiempo para esconderse y recordar el día en el que supo que su hermano sería uno de los familiares suertudos pues sí sería capaz de tener amor en su vida.

A sus veintiocho años, Bea sabía que la suerte era la única forma en que dos personas se encontraban sin saber que se amarían para toda la vida. Sin ella, todas las historias de amor terminaban sin que algo las pudiese salvar. La historia de Hugo y su pareja era otra cosa que ella estudiaba de lejos: estaban hechos el uno para el otro. Aquel terrible final de amores, que reconocía en la mayoría de las parejas que veía a su alrededor, jamás lo sentía en sus entrañas al pensar en ellos y ese era uno de sus milagros preferidos.

A diferencia de los compañeros de su generación de la prepa, que percibieron en los huesos la presencia de algo extraño en los pasillos, Inés se sentía cómoda entre aquellos espejos y artefactos que decoraban las paredes de esa casa que le olía a flores. Bea solo tuvo que verlos convivir para saber que esa compañera de la preparatoria se convertiría a la larga en la esposa de su hermano. Tal vez faltaría mucho tiempo y un par de errores en las historias de ambos, pero al final sus caminos se encontrarían… y ahora estaban ahí, en aquella celebración casi diez años después del inicio de su noviazgo.

Bea sabía cómo terminarían las historias de amor de todos a su alrededor… gracias a que la bruja del pozo de la casona se lo

susurró.

Tenía once años cuando escuchó la voz de la bruja por primera y última vez. Ese día la tía Carolina y el tío Carlos habían llegado con sus familias para almorzar todos los Domínguez juntos, como se acostumbraba cada primer domingo de mes. Para Bea, la reunión significaba aventura y travesuras con los muertitos que solo ella parecía notar sin que sus primos y su hermano se percataran.

La misión de aquel día era confirmar si era verdad que una bruja vivía en el fondo del pozo, como se los había contado la tía Leonor:

—Yo sé muy bien lo que les digo, niños. El otro día vi a uno de ustedes asomarse al pozo y hacer una pregunta. Gracias a Dios, lo tomé en brazos y me lo llevé, porque si tienen mala suerte les va a contestar la bruja, y ahí sí no voy a poder hacer nada para que olviden su voz.

Para Bea, la advertencia de su divertida tía le hizo tomar en serio sus palabras. Su hermano, quien a veces abusaba de su valentía, la consideró como un reto. Él les había contado a sus primos un par de semanas antes y ahora todos se dirigían con decisión hacia el pozo.

Bea, quien se sintió incómoda y quería ir en dirección contraria, tomó a su hermano del codo y lo detuvo.

—Hugo, ¿estás seguro? ¿Y si nos contesta?

Su hermano, quien a sus trece años había comenzado a manifestar los indicios del primer estirón de la edad, le rodeó los hombros con el brazo mientras caminaban detrás de sus primos, quienes iban entusiasmados al centro de la casona.

—Vas a ver que no pasa nada. Total, la tía Leonor siempre anda contándonos de las cosas raras que hay en la casona y yo nunca he visto ninguna. Segurito que es otro de sus tantos juegos.

Él le guiñó el ojo y, sin darse cuenta, habían llegado al pozo donde todos sus primos y primas lo rodeaban. Al inicio ninguno de ellos supo qué hacer, hasta que el primer valiente en hacer una pregunta fue el propio Hugo; con paso lento, se asomó al pozo, su voz fue un eco en el vacío:

—¿Cómo se llama mi tatarabuela?

Lo único que se escuchaba era el sonido de las hojas moverse con la brisa. Hugo se volvió y miró a su primo, quien se alzó de hombros, haciéndole señas de que regresara con el resto.

—¿De qué color son mis calzones?

Todos se rieron ante la pregunta de su prima Martha, quien una vez más no obtuvo respuesta.

Uno a uno, el resto de sus primos lanzó su pregunta sin obtener respuesta, hasta que llegó el turno de Bea, quien miraba preocupada a todos, temerosa de escuchar una respuesta. Benito, su primo, la tomó de la mano para llevarla junto al pozo.

—Ándale, Bea. Pregunta algo, vas a ver que no va a contestar nada.

Ella se acercó, vacilante. Detrás de la rendija de metal oxidado vio su reflejo indefinido en la oscuridad de las aguas lejanas de aquel pozo. Su corazón latía rápidamente y supo que cuanto más rápido hiciera la pregunta, pronto se alejaría de aquel lugar donde el aire se sentía húmedo y frío.

—¿Cómo va a ser mi historia de amor?

Su prima Martha bufó y rio suavemente.

—¿En serio preguntaste eso? Es obvio. Vas a conocer a alguien, te va a gustar, se van a dar la mano, tendrán bebés y listo. Duh.

Todos a su alrededor asintieron como si fuera lo más obvio. Al no haber respuesta, uno a uno se fueron alejando y Bea se quedó sola. El frío que salía del pozo la hizo dar media vuelta hasta que, en el cuarto paso, escuchó la voz. Sintió que las uñas de una mano invisible arañaban su espalda, marcando cada uno de sus huesos, y se detuvo en seco. Quería pensar que se lo había imaginado, que quizá era uno de sus primos asustándola o tan solo el rumor del viento que se azotaba contra las viejas ventanas. Pero ella miró a lo lejos a sus primos que todavía avanzaban hacia el exterior, donde el resto de su familia estaba y el viento no hablaba así. Ella siguió con paso firme el mismo camino que la llevaba lejos de aquel pozo y lo

que sea que habitaba ahí, que le había dicho con una voz terrible pero clara:

Es inevitable el fin de tu historia de amor.

Por meses, Beatriz no supo a lo que se refería esa voz hasta que, un día como cualquier otro, entendió que, por intentar saber acerca del amor, la bruja la había maldecido. Cenaba con su familia en su pequeño departamento en la colonia Portales Sur y sintió extrañeza al notar que su padre se había ido sin despedirse de su mamá; ciertas noches experimentaba una punzada en su estómago, cuando despertaba con sed, y veía a su mamá dormida en la sala. En esas ocasiones caminaba hacia la habitación de sus padres para advertir que la cama estaba vacía y que su padre no estaba en casa.

La estocada final ocurrió un jueves, cuando su padre llegó oliendo diferente. Cuando él la abrazó, percibió el aroma de una esencia bastante dulzona como para que él la usara; olía a perfume de mujer. Vio a su madre abrazar a su padre y, sin importarle que estuvieran ahí nosotros, miró su cuello y sostuvo una solapa de su camisa, observándola con asombro.

Bea sintió como si algo hubiese atravesado su estómago, una sensación que recorrió todo su cuerpo. Su hermano, que veía estoico la escena, la tomó de la mano y se la llevó a su propia habitación.

—¿Quieres ver una película? Escoge la que quieras con la condición de que no salgas de aquí hasta que yo vuelva.

Bea todavía se estaba recuperando de aquel dolor que la hizo doblarse en dos, sin entender por qué su hermano no advertía lo que le estaba sucediendo. Comenzó a respirar profundamente y, sin más, el malestar pasó. No entendió qué era lo que había sentido. Dos días después, toda su vida cambió cuando su madre habló con ellos en la sala.

—Su padre y yo nos vamos a divorciar. Esto es algo que hemos decidido y quiero que sepan que nunca los vamos a dejar de querer, siempre van a tener a papá y mamá para cuidarlos.

¿Bea había sentido el fin del amor de sus padres?

Ella había notado cómo aquel cariño entre ellos se diluía entre conversaciones que parecían monólogos, y noches en las que poco a poco se alejaban, sin rastros de aquel amor tierno que alguna vez hubo entre ellos.

Bea, en su infinita inocencia, había hecho una pregunta que la condenaría a sentir cuándo un amor iba a terminar. Experimentó de nuevo la punzada en el estómago cuando Hugo llegó con su primera novia, con la que terminaría porque a ella le gustó otro chico mayor. Otra punzada llegó cinco años después, cuando la primera novia de su mejor amiga se besó con la más callada de su generación en una fiesta a la que Bea no fue. Presintió lo que pasó cuando Lía le llamó llorando y le preguntó si podía ir a dormir con ella. El amor terminaba a su alrededor todos los días y ella no sabía qué hacer con ello.

Años después, cuando las personas a su alrededor habían comenzado a vivir aquellos primeros amores, ella vio cómo uno tras otro finalizaba. Ella no entendía cómo algo tan dulce podía convertirse en tanta amargura y lágrimas. Por eso cometió el error de intentar advertirles a las personas que más quería que se fueran con cuidado, que quizá las cosas eran para un ratito y no para siempre. Sus amigas la veían con indulgencia, entendiendo lo reservada que era Bea, quien a sus dieciséis no había tenido novio ni había dado su primer beso.

"Es que no lo entiendes porque no lo has vivido, Bea".

"¿Tú qué vas a saber, si no has tenido novio?".

Una y otra vez todos la cuestionaban, no desde un lugar donde se sintiera juzgada, pero sí la hacían sentir que se perdía de algo que ella, hasta ese momento, estaba cómoda sin haberlo experimentado. ¿Valía la pena el amor cuando perderlo se volvía doloroso? Su falta de comprensión invariablemente se convertía en un "¿cómo supiste que esto pasaría?" o, en el peor de los casos, "de seguro se me saló cuando te conté".

Beatriz adquirió la fama de tener "buen tino" para predecir las rupturas amorosas, según sus tías. Ella nunca les dijo nada de la voz del pozo ni que podía sentir en sus entrañas cuándo alguien amaba de verdad y cuándo alguien nunca lo había hecho o lo había dejado de hacer. Una y otra vez acertaba sin que nadie supiera delmal que le hacía saber exactamente cómo los amores primeros y los siguientes terminarían. Tanto tiempo después le resultaba insoportable su incredulidad acerca del amor. Sabía que era posible porque, así como podía ver el fin, también veía los "por siempre" existir a su alrededor: una pareja de ancianos en un viejo café, un par de novios que tenían una primera cita o un matrimonio que caminaba con sus hijos en parques escondidos de la ciudad. Era un sentimiento que sentía cálidamente en su vientre, como el de un gatito acomodándose para dormitar ahí. El amor verdadero, aunque resultaba más desconocido que un recuerdo lejano, también existía.

Bea lo sabía no solo por ser observadora, sino porque en algún pasado lejano lo había experimentado en carne propia. Ella había amado con todo su ser y llegó a sentir la certeza de que los brazos de aquel hombre de ojos grises eran su hogar, el lugar donde podía esconder sus fantasmas y todo lo que era ella.

Bea miró al techo, reconocía la sensación de nostalgia que inundaba su pecho cada vez que se acordaba de él. Ya casi no lo pensaba, había pasado tanto tiempo de esa extraña excepción cuando ella se permitió tener su propia historia de amor hasta que el destino, tirando del fino hilo que guiaba su camino, le recordó que esos finales felices no eran para ella. Ya casi había olvidado el peso exacto de la mano de él posada sobre la suya, el hecho de verlo sonreír era como mirar al sol de frente y sentir su calidez en la piel hasta que, irremediablemente, como ocurre con todo lo que arde, se convirtió en cenizas.

Después de él, Bea entendió que le podía gustar a otros y querer su compañía. Que incluso ella podía sentir curiosidad y desear conocer a alguien, pero que aquel amor, que sabía que existía y que

flotaba a su alrededor como el más dulce de los sueños, no estaba escrito en su historia. Con el tiempo había resignificado sus propias experiencias, rodeándose de hombres que entraban y salían de su vida, como lo tenían que hacer, y ella estaba bien con eso.

Las mentiras que ella se repetía comenzaron a ser tan constantes que terminó por creérselas, sin saber que detrás de la muralla enorme de ladrillos que había construido en el hueco húmedo y rojo de su pecho, detrás de sus costillas donde yacía su corazón, había anhelo. Un deseo por perseguir al amor hasta dar con él. Había pedido y pedido incontables noches que algo la salvara. Ella renegaba de su destino porque quería amar y ser amada como alguna vez lo hizo. En el cielo nadie parecía escuchar ni atender sus peticiones y, con el tiempo, llegó la resignación, congeló su amor con aquel recuerdo de ese "casi" que rozó con la punta de los dedos.

El agua que comenzó a bullir ruidosamente en la olla le indicó que era momento de regresar. Se asomó por la ventana, esperando que nadie hubiera ido a buscarla. Su tía Leonor tenía una mueca traviesa en la boca que la caracterizaba y un cigarro de clavo en su mano. Su madre, Alicia, la hermana que le seguía a Leonor en edad, llevaba consigo su singular abanico que agitaba lentamente, más por costumbre que por necesidad, mientras platicaba con su tío Carlos, y por último, en la cabecera de la mesa, su tía Carolina, la mayor de todas las hermanas, que miraba la fiesta seriamente, en tanto su marido le servía lo que Bea adivinaba que sería su segunda paloma de la noche.

Bea se apresuró a apagar el fuego de la estufa, tomar unos trapos y servirse el agua humeante en su taza. En el proceso de mezclar, volvió su mirada hacia fuera y pensó en todo lo que sí tenía: veintiocho años de vivir con una familia que amaba profundamente, un trabajo en el museo de sus sueños y una antigua casona llena de muertitos que la cuidaban fielmente. Vio a sus seres queridos y no le

importó que probablemente ella no tuviese una fiesta para celebrar, no tendría un anillo en su dedo anular y no usaría un vestido blanco. Esta vida era suficiente para ella y no le hacía falta nada más. Le dio un sorbo a su bebida y, de pronto, un sabor amargo la sorprendió e hizo que casi escupiera el té que usualmente le sabía delicioso. Miró su taza y el líquido que debía ser amarillo tenía sombras inusuales. Observó con suspicacia el lugar donde se encontraban los condimentos y alcanzó a ver cómo los tarros del azúcar y de la pimienta estaban invertidos, delatando la travesura de los muertitos.

—¿Otra vez? —Se dirigió a la tarja y vació el líquido mientras negaba con la cabeza—. Dejen que descubra la forma en que pueda devolverles las bromas y será su fin, se los prometo.

La casona veía la escena con ternura: había escuchado el corazón de Bea palpitar con tristeza y, por más que ella quisiera, todavía no podía intervenir. Por su parte, los muertitos, que también sintieron su pena, le hicieron esa broma más por querer hacerla reír que por fastidiar. Si algo sabían hacer muy bien era alejar las penas de la menor del hogar. Iban por más cuando, de pronto, sintieron los pasos nuevos de alguien que comenzaba a acercarse.

¿Quién es?, exclamó uno.

¿Qué hace aquí?, susurró el más callado.

¿Es quien habíamos estado esperando?, inquirió otro, sorprendido.

Todos salieron corriendo para perseguirlo entre las sombras, otros para ganar lugar en la ventana y ver lo que ocurriría en unos minutos.

Del otro lado del patio, en un lugar donde Bea no podía ver, una de las puertas que guiaba al interior de la casona se abrió y apareció un hombre alto que se dirigió al jardín donde la fiesta ocurría.

La casona se permitió emocionarse de la única forma en la que sabía hacerlo: una de las puertas rechinó en algún lado. Melchor, el gato de Leonor que dormitaba en el sofá, se despertó con las orejas bien paradas, listo para correr. Los pasillos olieron a manzanas con

canela y si alguien hubiese bebido agua de la llave habría probado el sabor a fresas y miel, igual de dulce que la impaciencia de la casona.

El extraño percibió un aroma familiar en el aire que no había notado en años. Inhaló profundamente, su pecho se infló y dejó salir el aire como tomando fuerza antes de cerrar la puerta y girarse ante lo que sabía que pasaría. Frente a él había una mesa llena de rostros desconocidos, a excepción de uno que había visto tantas veces a lo largo de los años en una pantalla. La cara de su amigo se iluminó mientras Inés sonreía cálidamente. Hugo se paró rápidamente y caminó hacia el hombre. La casona vio a Hugo rodear con sus brazos al visitante hasta levantarlo del suelo, tan feliz de verlo por fin. Fue una imagen cómica porque ambos eran casi iguales en tamaño y en efusividad respecto al cariño que cada uno sentía por el otro.

—¡No puedo creer que sí pudiste llegar! —dijo Hugo mientras le daba unas palmadas en la espalda al extranjero.

—¿Bromeas? No hay nada en el mundo que me hubiese impedido venir a la boda de mi mejor amigo.

La voz del extranjero era cálida, aparentemente tranquila, pero a la casona no se le escapó la forma en que su mano había comenzado a temblar y cómo intentaba calmar su respiración.

Hugo se separó y miró a su familia, que los observaba con curiosidad.

—Familia, quiero presentarles a uno de mis mejores amigos —Hugo conservó uno de sus brazos sobre los hombros del otro—. ¿Recuerdan hace algunos años cuando no me podía separar de la computadora por andar jugando? —Hugo lo señaló con su dedo índice—. Este de aquí es con quien pasaba la mayoría de mi tiempo, quejándome de la vida adulta de un arquitecto.

El gesto fingido de tedio y la incredulidad de la familia se tradujeron en risas, porque todos sabían que Hugo amaba su trabajo.

—Les presento a Pablo Grant Benítez, mi padrino de bodas.

—Un gusto conocerlos.

Pablo asintió con la cabeza mientras recorría con la mirada la mesa, sin encontrar lo que esperaba ver. El eco de su pensamiento llegó hasta la casona, un *¿dónde estás?* nervioso que lo torturaba y que le daba un pequeña pausa antes de enfrentarse a lo que le había quitado el sueño por meses y que lo había traído hasta aquí.

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, Bea escogió ese momento para salir de la cocina, cuidando su taza de té.

—¿Ven cómo no fue necesario que fueran por mí? No me tardé tanto ¿o sí…?

Bea caminaba hacia la mesa cuando sintió una presencia que no reconoció y que le hizo dar un pequeño paso atrás, perdiendo el aliento por completo. Ella sabía que en esa casona había cosas que no se podían explicar. Desde muy chiquita había aprendido a convivir con ello: los pasos en plena noche o los objetos que cambiaban de lugar sin aviso alguno. Recordaba la primera vez que vio a los muertitos pasar a su lado cuando el sol aún no salía. Muchas veces los confundió con Tere y Joaquín, la señora y el mozo que se encargaban de las labores domésticas de la casona. Un día le quedó claro que aquellas siluetas que veía pasar no eran su imaginación. Los susurros suaves de personas que parecían estar platicando en otro tiempo, en otro universo creado exclusivamente ahí dentro.

Estaba acostumbrada a ver fantasmas, pero el que tenía enfrente era el más claro que había visto hasta ahora. De espaldas frente a ella, había un hombre alto con la espalda ancha y una maleta a su lado. A lo largo de los años Bea había observado a cientos de hombres que se parecían a él y le daba un vuelco el corazón que estos se voltearan y tuvieran el rostro distinto. Se debía tratar de uno de esos, pero, como siempre, las cosas nunca eran como ella las esperaba. El fantasma debió de haber sentido su presencia porque se giró hacia ella; vio el momento en el que él abría desmesuradamente los ojos y la boca, dejando salir una respiración entrecortada.

Tenían que ser los fantasmas llevando sus bromas al extremo; quizá se trataba de un ser que había emergido del pozo capaz de imitar las facciones de alguien más. Esas eran las únicas explicaciones que se le ocurrían de por qué tenía frente a ella a Pablo Grant Benítez.

Todo se redujo a él y su presencia, que se sentía como si el suelo temblara sacudiendo toda su realidad. Lo primero que vio fueron sus ojos, tan grises que parecían brillar. Notó cómo él tragaba saliva nerviosamente y la forma en que sus labios parecían sonreír con alivio.

De la impresión, la taza terminó hecha pedazos en el piso, haciendo que todos miraran hacia donde ella estaba. Bea tendría que lidiar después con su familia y lo que pasaría luego de que todos vieran aquella interacción entre ellos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Bea no podía respirar y dejó de sentir su cuerpo entero.

Todos miraban la escena, interesados y confundidos por la reacción de la usualmente silenciosa Beatriz. La tía Leonor, que estaba igual de intrigada que todos, sonrió de forma pícara mientras le daba un trago a su vaso con agua mineral. Sintió a Melchor subirse a su regazo, despertando de una siesta como solía hacer cuando algo interesante estaba a punto de ocurrir. La mirada aturdida de su sobrina fue la última pista que tuvo para sentir que la casona había hecho de las suyas y que por fin el movimiento que tanto se auguraba había llegado de tierras lejanas.

Hugo, quien pareció ignorar por completo la situación, acercó a Pablo por los hombros y lo plantó frente a su hermana.

—Te quiero presentar a mi hermanita menor. Bea, te presento a Pablo. ¿Recuerdas a aquel español con el que me peleé hace años y se convirtió en mi amigo? Pues es él.

Ninguno de los dos tuvo tiempo para pensar en lo que debía hacer. Pablo extendió su mano grande y cálida hacia ella.

—Un gusto, Bea.

Como todas las veces que algo extraordinario ocurría, Bea sintió desconocerse por completo. Inspeccionó el abanico de emociones que sentía y que la hacían querer correr a su habitación y no volver a salir de ahí nunca. El otro extremo, que era ridículo y que había enterrado siete años atrás, se sentía completamente feliz de verlo. Las posibilidades de volver a verlo eran nulas, casi imposibles y, sin embargo, aquí estaba otra vez, el muchacho que había amado y que regresaba a ella como una tormenta dispuesta a remover todo lo que con años de esfuerzo ella había construido.

Después de años, el pasado estaba de vuelta, frente a ella.

La casona reconoció la dulce fragancia de quienes se extrañaron y se pensaron en la distancia. Reconoció el eco de la historia que ambos compartían y que ahora, en el lugar menos probable, parecía volver a comenzar. Ella, que conocía muy bien de historias y de amores que regresaban, sabía que esta en particular prometía ser de sus favoritas.

CAPÍTULO 2
2017, España

Si cerraba los ojos un poquito más y se esforzaba lo suficiente, quizá hubiera sido capaz de imaginar el olor a café que caracterizaba a su hogar por las mañanas. Aun cuando el sol todavía no terminaba de salir, Leonor o Alicia eran las encargadas de preparar la primera jarra de café humeante, cuyo aroma llegaba a todas partes como el anuncio de un nuevo día en la casona. Con un pie en el mundo de los sueños y otro en la realidad, podía jurar que en cualquier momento sentiría a un muertito jalando uno de sus dedos del pie para levantarla de aquellas sábanas que conservaban su olor, a diferencia de estas que eran nuevas e impersonales.

Bea estiró todo su cuerpo, desperezando sus músculos todavía sin abrir bien los ojos, hasta que la conciencia de que tenía el tiempo medido le hizo abrir los ojos y recordar dónde estaba. Aquella habitación no era en la que había crecido, no había un balcón en el que escucharía cantar a los pájaros y definitivamente el aroma del café no llegaría a ella aquí nunca. Estaba a miles de kilómetros, lejos de las personas que más amaba y que comenzaba a extrañar terriblemente.

Desde que llegó a esta ciudad frente al mar hacía un par de días, la ansiedad parecía estar acechando en las esquinas de su mente. *¿Habré tomado la decisión correcta de venir tan lejos? ¿Qué pasa si no doy la talla para lo que vine a hacer?.* Bea sabía que era

demasiado buena para sobrepensar, y la mayoría de las veces hacía las cosas aun con el miedo que esto podía producirle, pero ahora se daba cuenta de que el motor que la hacía seguir era su familia, que no estaba ahora con ella para alentarla.

Ya estás grande, tienes que aprender a darte ánimos tú solita. Así es el mundo para todos y tienes que adaptarte, pensó ella, sintiendo los nervios recorrer su espalda; una clara señal de que su ansiedad comenzaba y que debía levantarse para evitarla.

La pequeña cafetera con alarma que había comprado en cuanto llegó, con la intención de emular la de su casa, comenzó a hacer ruido y el característico olor del café empezó a inundar la pequeña habitación en la que viviría los siguientes tres meses. Con un fuerte suspiro, se incorporó y se levantó de la cama.

Bea era una chica de costumbres porque la rutina era lo único que le hacía sentir que podía controlar lo que pasaba en su vida. Baño, desayuno, café, darles los buenos días a los otros compañeros de departamento que apenas conocía, pero que saludaba para ser educada, ponerse la ropa para el trabajo y esperar a Lía para ir juntas al museo que sería su segundo hogar durante los siguientes meses.

—¿Estás lista? Todavía no me cae el veinte de que llegamos y ya llevamos dos días aquí.

Su mejor amiga, que a diferencia de Bea disfrutaba los cambios y lo nuevo, caminaba animada viendo hacia el frente. Por otro lado, ella parecía estar intentado seguirle el paso mientras murmuraba un *Creo que sí.*

—¿Te imaginas otro lugar perfecto para nuestras últimas prácticas antes de graduarnos? Ir a trabajar, salir temprano porque somos pasantes e ir a la playa a hacer lo que sea durante el resto de la tarde ¿No suena hermoso?

—Supongo que sí.

La voz de Bea debió de sonar poco convencida, porque Lía se detuvo a su lado, mirándola con comprensión, entendiendo lo que

pasaba. Con casi ocho años de amistad, ella conocía a Bea como la palma de su mano. Sabía que su amiga detestaba estar lejos de su familia y que lo desconocido era terrible para ella.

—Te prometo que la vamos a pasar muy bien. Nada más son tres meses, se van a pasar volando sin que nos demos cuenta. Además, ¿recuerdas lo que tú solita te prometiste de intentar hacer cosas distintas a lo que usualmente haces? —Lía tomó de los hombros a su amiga y la agitó suavemente—. Tenemos veintidós años, amiga. ¿Cuándo vamos a volver a tener la oportunidad de vivir juntas y nada más que en Europa? No hay tiempo para el miedo, Bea.

Bea asintió y le sonrió lo mejor posible, sabiendo que no le podía ocultar nada a Lía que, con un abrazo como apoyo, guio el camino hacia el museo. En el camino, Bea recordó perfectamente aquellos cinco minutos de valentía en los que había aceptado irse tan lejos de su casa porque su mejor amiga decía la verdad: ella quería algo distinto y salir de aquella universidad en la que ambas estudiaban y donde todo siempre era lo mismo.

Quería un cambio y lo encontró en ese lugar tan bello y desconocido. Alicante era uno de los secretos mejor guardados de España. Al sureste de ese gran país, entre Murcia y Valencia, se encontraba una ciudad frente al mar compuesta en su mayoría por locales, donde los extranjeros de países vecinos venían a esconderse unos días del ruido citadino.

Entre toda su historia se encontraba el Museo Arqueológico de Alicante, un lugar que reunía la memoria de una tierra que había sido habitada desde la prehistoria. Aparentemente, a los primeros hombres les había llamado la atención el azul intenso del mar por estos lugares. Aquel museo fue el único que aceptó la solicitud de dos estudiantes extranjeras dispuestas a apoyar con la organización y, en su mayoría, hacer el trabajo de sombra del equipo de arquitectura contratado para hacer las renovaciones del recinto sin dañar su estructura histórica.

Durante sus preparativos consiguieron un departamento con dos habitaciones disponibles para cada una. Un piso lleno en su mayoría de universitarios que también trabajarían durante el verano para ahorrar y regresar a la ciudad con fondos para mantenerse. Un verano entero en un país en el que nunca había estado, donde nadie la conocía y no tenía que sobrepensar sus decisiones era justo lo que Bea sintió que necesitaba para salir de aquel bucle en el que la rutina la había sumergido. Su día a día la había comenzado a aburrir, empezaba a anhelar un cambio que solo llegaría si decidía ser valiente y tomar decisiones que usualmente no haría.

Su amiga caminaba a su lado mientras se terminaba de peinar lo mejor posible el cabello, rapado por encima de su nuca y largo en todos los demás lugares. Lía se volvió y le preguntó con toda la seriedad del mundo mientras mostraba sus dientes en una mueca chistosa, sin vergüenza alguna.

—¿Tengo frijoles en los dientes?

Bea se inclinó, acercándose a ella.

—Sí, justo aquí —señaló su colmillo con un dedo.

Lía sacó un pequeño espejo de su bolso para descubrir que no había nada. Bea se rio y Lía la empujó suavemente.

—Mensa. No sé cómo todavía sigo cayendo. ¿Agarraste los papeles que nos pidieron traer por correo? Te los dejé en la barra de la cocina.

Lía era la razón de por qué se tenían que mandar lejos los prejuicios sobre tener la piel hecha un mapa de tinta y con perforaciones. Aunque aquellas ideas sin sentido comenzaban a quedar en el pasado, todavía había personas que parecían no querer tomar en serio a Lía cuando la veían. Era la persona más profesional que Bea conocía, recta hasta el final, con una determinación que no se podía dejar de envidiar. Lía podía dominar el mundo cuando ella quisiera, pero a esa edad sus prioridades eran otras.

Su seguridad fue lo primero que a Bea le llamó la atención de aquella niña de su salón de sexto de primaria que llevaba pulseras

de colores y unos lentes enormes. Como si llevar una mochila de Naruto y no usar moños transgredieran la norma entre las demás niñas, que la miraban extrañadas y cuchicheaban a sus espaldas. Lía había sido fiel a su identidad y Bea estaba orgullosa de su mejor amiga.

Mientras caminaban, Bea sacó de su maletín los planos y se los mostró. Lía aplaudió complacida mientras seguían caminando por las calles de Alicante.

—¿Ves cómo no es tan difícil olvidar documentos? Vientos, hermana.

Bea intentaba avanzar lo más lento posible para retrasar lo inevitable, pero cada paso la acercaba más a aquel edificio antiguo. Calle a calle comenzaba a reconocer lo que sería su ruta diaria hacia sus prácticas: la mezcla extraña de palmera y árboles que la guiaban a aquello que estaba evitando. Ella quería emoción, dejar salir aquella curiosidad que latía en sus sienes… y lo encontró en lo improbable: el miedo a hacer algo mal y el muchacho del museo.

Este último había aparecido el primer día de sus prácticas cuando les habían dado el recorrido por las instalaciones. El Museo de Arqueología de Alicante la sorprendió con su fachada color crema que le recordaba el color de la arena del mar. Siendo relativamente joven, el museo, que alguna vez funcionó como hospital, ahora albergaba salas que mostraban piezas valiosas, desde la prehistoria hasta la Edad Media, de aquella ciudad.

—Ustedes serán la sombra del equipo de conservación del museo —la voz del encargado rebotaba por los amplios pasillos del museo —. Entendemos que ustedes vienen aquí por experiencia y la tendrán. Poco a poco el equipo les irá delegando responsabilidades, pero por el momento lo más importante será que abran bien los ojos y observen a su alrededor.

El paseo por el recinto había sido entretenido, pero no pudieron disfrutar las exposiciones permanentes. Cuando el equipo se detuvo en la biblioteca del museo, Bea no fue capaz de esconder su

asombro ante lo hermoso que era aquel lugar. Lleno de madera y libros, el espacio era luminoso y amplio, inundado con el delicioso olor que tienen las cosas antiguas. Unas escaleras guiaban a un segundo piso, con filas y filas de libros iluminados por el ventanal.

Tengo que tomarme el tiempo de caminar por aquí uno de estos días, pensó Bea distraídamente, mientras veía en lo alto de la biblioteca del museo una linda cúpula adornada con un candelabro. Cuando intentaba concentrarse en los detalles de la cúpula, dio un paso y sintió el pie de alguien más, que pisó y la hizo perder el equilibrio.

Este sujeto debe ser enorme, pensó Bea cuando, al abrir los ojos, lo primero que vio fueron unos hombros anchos y un pecho cubierto con una camisa de vestir color azul marino, emanando un olor delicioso. Sintió unas manos cálidas que cubrían sus brazos, que trataban de detener una caída que no sucedió. El desconocido estaba tan cerca de ella que podía sentir su respiración. Bea se enderezó, sintiéndose completamente avergonzada.

—Una disculpa, no fue mi intención hacerte daño. Me apena muchísimo…

Bea se alejó lo suficiente para ver el rostro de la persona a la que había pisado y ahí fue cuando cometió el grave error de mirarlo. Unos ojos grises la observaban curioso, casi divertido. Ella tragó saliva nerviosamente, sin poder decir más porque estaba demasiado ocupada para adivinar si de alguna forma el mar del amanecer, cuando se libraba la lucha entre la oscuridad de la noche y la luz del día, se le había metido en las pupilas. Ella había visto a personas atractivas en su vida y admiraba la belleza, pero aquel extraño, para ella, era otra cosa. Había algo en él que hacía que no pudiese mirar a otro lado.

Lo más raro de todo es que, para su sorpresa, el extraño parecía estar viéndole el rostro con la misma curiosidad con la que ella lo hacía. Su mirada se paseaba a lo largo de su piel, analizándola despacio hasta terminar en su semblante.

El extraño sacudió con suavidad su cabeza, sonriéndole amablemente con aquellos labios suaves que Bea había visto.

—No te preocupes, fui yo quien se distrajo. ¿Estás bien?

El extraño rompió el silencio y Bea tuvo que tragar un fuerte "no mames" de lo ridículo que parecía que, además de guapo, tuviese una voz preciosa.

Afortunadamente, el sonido de unos pasos que se acercaban la interrumpieron antes de que ella pudiese contestarle de una forma nerviosa, lo que siempre ocurría cuando algo la sacaba de su eje. Bea miró sobre su hombro, aprovechando un instante para respirar profundamente y recordar que ella era capaz de hablarles a hombres guapos sin verse ridícula.

¿No le pudiste contestar de una forma normal?, pensó Bea.

—¡Beatriz González! Debí saber que aquí era donde te habías detenido —Lía caminaba hacia ella con paso decidido—. Los demás nos están esperando, así que ven y… —debió de haber notado la mueca que Bea hacía cuando algo la tomaba por sorpresa—. ¿Todo bien?

Bea giró su cuerpo, pero el extraño había desaparecido, salió de la sala sin ser visto. Ella se acercó a su amiga y le apretó un hombro mientras negaba con la cabeza; sentía un rubor nacer en sus mejillas. Le contó resumidamente lo que había pasado.

—¿Y no le preguntaste su nombre? —Lía miró en todas las direcciones, pero no había visto a nadie en la habitación.

—¿Qué parte de "era tan guapo que no pude ni darle las gracias" no entendiste? —Bea sentía vergüenza, adivinando que el extraño debió de haberse dado cuenta de su poca gracia al socializar—. ¿Recuerdas cuando vimos en Reforma a ese cantante que tanto nos gusta y cómo me pasmé por lo guapo que era? Estoy cien por ciento segura de que puse la misma cara.

—Uy… pues sí fuiste obvia, entonces… —Lía dijo en tono serio antes de reírse y enganchar su brazo con el de ella en tanto caminaban hacia la siguiente sala, donde las esperaban—.

Probablemente debe ser alguien del museo, porque a esta hora solo estamos el staff y los del proyecto. No pienses de más, de seguro él ni lo notó. Ven —antes de llegar donde se encontraba el equipo, Lía le susurró—: No llevas ni unas horas aquí y ya te conseguiste a alguien para romancear en el verano… Me encanta, suena como un plan perfecto para ti.

Lía le sonrió mientras movía las cejas sugerentemente. Bea la miró incrédula.

—¿A esa conclusión llegaste? Solo lo pisé. No nos vimos y reconocimos que éramos almas gemelas ni nada por el estilo.

Las dos caminaban a la retaguardia del grupo que había reanudado el recorrido.

—¿Quién está hablando de amor? Yo solo digo que ahí puede haber alguien interesante para volverte a topar —le susurró Lía antes de que un señor que reconocieron como parte del equipo del museo las viera duramente, pidiéndoles silencio con la mirada. Ambas escondieron sus risas nerviosas con la mano y siguieron el recorrido, pero Bea estaba distraída intentando ignorar la forma en la que su corazón aún se recuperaba de la impresión de aquel encuentro. Odiaba la impotencia de haber querido hacer algo distinto a quedarse callada cuando él había sido amable… seguro había sido percibida como grosera.

Ese hombre era precioso y quedé como una tonta por admirarlo.

Bea sacudió la cabeza suavemente, deseando tener la seguridad de su amiga y haberlo saludado. Por su paz mental, Bea se distrajo y prometió dejar atrás aquel recuerdo sin mucho éxito.

Dos días después, Bea y Lía llegaron a una sala de juntas donde se sentaron al centro de la mesa; ahí estaba todo el equipo del museo que compartía información impresa en carpetas y discutían entre ellos, mientras les explicaban cómo se coordinarían con el equipo de arquitectos.

Paula, una de las chicas más jóvenes del equipo que habían conocido durante el recorrido, se había acercado a ellas. Con el cabello pulcro y la ropa planchada a la perfección, Bea tuvo la impresión que sería una gran aliada para entender el funcionamiento del museo.

—Vengo a darles una pequeña advertencia que los demás señores no les dirán, porque son demasiado serios para saber lo que ocurre en el museo más allá de las exposiciones —Paula hizo un gesto para que Lía y ella se acercaran mientras murmuraba—: Que no les intimiden los arquitectos. Me parece que otros compañeros del museo los conocieron y los describieron como "terriblemente serios", sobre todo al hijo del arquitecto en jefe que viene a supervisar la obra, que aparentemente es aún más escrupuloso que su padre… entonces, avisadas están, chicas. No se dejen intimidar ni por él ni por el resto.

Bea y Lía asintieron lentamente mientras Paula les guiñaba el ojo; se sentó al lado de ellas organizando sus cosas sobre la mesa. No faltaba mucho para la primera reunión y Bea ya se había puesto nerviosa. Como todas las veces que algo la abrumaba, arrancó una hoja de su cuaderno y comenzó a dibujar. Siempre garabateaba lo mismo: la reja de la entrada principal de la casona. Líneas irregulares que se curvaban y hacían espirales, una imitación parcial de aquel lugar donde más sentía paz.

Solo alcanzó a hacer algunos detalles cuando, a lo lejos, pudo escuchar muchos pasos provenientes del pasillo. En una fila ordenada, el equipo de arquitectos y restauradores ingresaron a la sala de juntas. Uno por uno dieron los buenos días y tomaron asiento en su lugar. Bea reconoció a algunos rostros del recorrido inicial y a otros les ofreció una sonrisa cuando la veían, gesto que fue correspondido con un gesto que parecía más bien forzado y no amable.

Paula no mentía, se ven bien pesados, pensó Bea.

Como dibujar dejó de ser una opción para distraerse, Bea comenzó a revolver su café con una cucharita, concentrándose en la forma en que la leche se mezclaba con el líquido oscuro. De pronto, las conversaciones en voz baja cesaron para dejar un silencio que la dejó escuchar otros pasos. Alzó la mirada y, frente a la puerta, estaba el rostro que la había perseguido en diferentes momentos del día. El extraño dio los "buenos días" mientras asentía con la cabeza y caminaba hacia su sitio, la única silla vacía que estaba justamente frente a Bea. El desconocido había paseado sus ojos llegando a ella al final. Un parpadeo rápido fue la única señal que tuvo de algo parecido a un reconocimiento, pero este desapareció y dirigió su mirada al resto del equipo. Una vez que todos tomaron asiento, el director del museo caminó hacia un extremo de la gran mesa, donde una pantalla grande mostraba una presentación.

—Buen día. Es un placer contar con la presencia de cada uno de ustedes, han sido cuidadosamente seleccionados para colaborar y hacer que esta nueva restauración sea exitosa. Tenemos algo en común y es nuestro amor por el arte y la historia. Estoy seguro de que esta será la primera de muchas alianzas —todos en la habitación aplaudieron, la emoción se sentía en el aire—. Sin más, le cedo la palabra a Pablo Grant Benítez, el encargado de coordinar el equipo de arquitectos. Todo su equipo ha viajado desde Londres y Madrid para estar aquí durante los tres meses que dure el proyecto. ¡Bienvenidos!

El desconocido, que ahora tenía nombre, se levantó y asintió amablemente a las palabras del director.

Por supuesto que a la persona que pisé es uno de los encargados de la obra. Bravo, Bea. Tienes un tino increíble.

—Muy buenos días a todos, equipo. Muchas gracias por estar aquí. Como bien mencionó el director, mi nombre es Pablo Grant Benítez. Es un gusto poder conocerlos. Mi equipo y yo estamos muy emocionados por participar en la renovación de un museo tan importante como el Museo de Arqueología de Alicante.

Bea reconoció de inmediato la diferencia en el timbre de su voz. Aquí exudaba seguridad y poder, sin un gramo de duda en lo que decía. Con ella, él había parecido alguien cercano; su voz suave y no calculada, como ahora sonaba.

Pablo siguió dando una explicación del despacho de su padre y las metas que tenía su equipo. Si Bea se mintiera a sí misma, diría que había puesto atención en sus palabras, pero más bien aprovechó para estudiarlo ahora que podía hacerlo sin que él lo notara.

Decidió que su belleza no era obvia, sino de esas que tenías que evaluar dos veces: la primera porque algo te hacía mirarlo y la segunda para notar las facciones masculinas que formaban un rostro hermoso.

Usaba una camisa color hueso y un pantalón oscuro que cubría cómodamente unas piernas que, desde donde ella estaba, parecían fornidas. Sus manos se movían con decisión, al ritmo de una cadencia que la hipnotizaba. Su cabello se encontraba en el límite de ser demasiado largo y se acomodaba en suaves ondas de color café oscuro. Bea calculó que a lo mucho debía ser un par de años mayor que ella. Sus ojos brillaban mientras miraba a todos en la habitación, sin temor a llamar la atención y ser visto. Su voz no vacilaba y hablaba con fluidez, sin una sombra de equivocación. A Bea no se le escapó que, aunque parecía estar cincelado fríamente, compartía expresiones amables que se escapaban cuando hablaba de la experiencia que había tenido el despacho en restauraciones de este tipo.

¡Qué inteligente suena, por Dios! Debe ser un delito ser así de atractivo y además tener un cerebro interesante. Bea lo miraba con atención, deseando que no fuese obvia la forma en la que se sentía encandilada por la presencia brillante del joven .

Una vez que Pablo terminó de hablar, las luces se apagaron para darle paso a las imágenes de la presentación. El director explicó la idea del proyecto, qué secciones se iban a restaurar, quiénes harían

qué, cuándo y cómo. Bea intentó poner atención, y hacer notas puntuales de cosas que tenía que recordar y que Lía le señalaba discretamente para que les tomara foto que luego se compartirían.

Cuando lograba concentrarse, la sensación de que alguien la miraba la desconcertaba. Algo que adivinaba de reojo y que sentía de forma intensa. Bea nunca volteó para confirmar si Pablo la estudiaba como ella lo hizo; quizás su mente le hacía imaginar que él la observaba entre las sombras.

Del otro lado de la mesa, desde la oscuridad de su lugar, el joven arquitecto se preguntó cuántos miembros del museo habrían cometido el clásico error de pensar que el hijo del jefe sería un bueno para nada, alguien cuyo único mérito para ocupar aquel puesto había sido nacer en la familia correcta.

Según a quién le preguntaras, Pablo Grant Benítez era muchas cosas. Si interrogaras a los socios de su padre, quizá dirían que era la promesa de un gran líder. Si les hicieran la misma pregunta a sus compañeros de trabajo, tal vez mencionaran que era alguien con mucha iniciativa, que no sabía estar quieto hasta lograr lo que quería y que era comprensivo con su equipo. O podría ser que, si le preguntaras a su padre, te contestaría que era un trabajo en proceso y que todavía le faltaba mucho por desarrollar.

Pero ahora Pablo sabía que la versión de sí mismo era aquella que le hacía honor al sobrenombre que algunos compañeros le habían dado a su padre: "El General". William Grant era un hombre frío, conservador y puntual, que usaba esos atributos para desarrollar proyectos que lo habían catapultado a la gloria del diseño arquitectónico en su país. Aun a la distancia podía sentir la fuerza con que comandaba su padre los proyectos que requerían su atención. Tras sus pasos iba Pablo, quien, con menos frialdad, pero no menos talento, había aprendido a imitar lo mejor de su padre.

Si alguien se fijara un poco más podría ver que aquel puño que apretaba y soltaba suavemente era el único gesto que delataba su nerviosismo, una pista de que en su mente trazaba mapas y planes conforme la información llegaba a él. Había entrenado a su mente a pensar, a enfocarse y ver soluciones donde podría haber posibles problemas.

Una y otra vez, escuchaba la voz de su padre: "No me decepciones. Estoy confiando en ti. Ya es hora de que comiences a tomar decisiones si quieres convertirte en socio del despacho".

Sorprendentemente, estudiar arquitectura no fue una imposición para él. Desde pequeño creció viendo los lugares más preciosos e interesantes que había en España y el Reino Unido, los dos países en los que había crecido. Las formas, los colores y las texturas de los edificios y casas estaban a donde fuera que él volteara, cuando su madre lo sentaba en sus piernas y lo hacía admirarlos mientras su padre conducía. Era casi inevitable que por gusto propio decidiese seguir los pasos de su padre. Lo que nadie le mencionó era la maleta llena de expectativas que venía con su decisión. Alguna vez llegó a soñar con que podrían ser un equipo, tener a una figura a quien admirar y aprender de él mientras gozaba de ser parte de la historia de los edificios que construyeran.

No pasó demasiado tiempo para que Pablo descubriera que aquel sueño era una ilusión: su padre hizo todo lo imposible para que no fueran un equipo. Todo se resumía a un: "Quiero que seas mejor que yo", disfrazado de expectativas que se sentían imposibles de cumplir.

Para sobrevivir en el mundo laboral, Pablo había aprendido a crear diferentes facetas de él mismo. En algo tan nuevo, como dirigir un proyecto, no estaba seguro de quién ser.

Por una parte, quería dejar claro que era alguien capaz de ser líder y lograr aquel trabajo como su padre lo hacía, pero no quería dejar de sentir aquella felicidad que le recordaba por qué amaba su profesión. Bastó sentir frente a él el movimiento de una silla para

que todos esos pensamientos se difuminaran. En la penumbra, aquella chica silenciosa miraba al frente, mientras su cuerpo se giraba levemente en la silla.

La reconoció inmediatamente cuando entró a la sala de juntas; tenía unas ganas tremendas de saludarla pero recordó que había personas esperando sus palabras. Era curiosa la forma en la que mordía distraídamente el extremo de la punta de su bolígrafo, envolviendo sus labios rosados suavemente. Pablo tragó saliva y dirigió su mirada al frente intentando ignorar lo preciosa que se veía. Intentaba prestar atención a la presentación, pero aquella chica parecía obligarlo a que la viera a ella y a nadie más. Su mirada viajaba sin quererlo hacia donde estaba ella. Al parecer ella estaba prestando atención, tomando notas en un cuaderno.

¿Qué serán esos dibujos de las esquinas? ¿Quién eres?, pensó con curiosidad.

Había decidido ir a conocer el museo por su cuenta hacía dos días que su propio equipo tomara el tour que el museo había organizado antes de comenzar las labores. Le gustaba prepararse para poder guiarlos mejor y, si era sincero, era mejor recorrer los museos solo que acompañado. Cuando llegó a la biblioteca, dejó salir un silbido bajo, la soledad de la habitación hacía que bajara la guardia.

Esto es algo que le gustaría ver a mi madre, pensó Pablo mientras sacaba su celular para tomarle una foto y mandársela.

Justo cuando ingresó a a la biblioteca vio de espaldas a una chica. Lo primero que le llamó la atención fue su cabello rizado, que terminaba en un corte que hacía que los rizos se acomodaran en todas direcciones. La chica se encontraba mirando los vitrales del atrio central, donde la luz de la mañana creaba una escena hermosa al iluminar donde ella estaba parada.

La imagen era digna de una foto, pero como él consideraba demasiado inoportuno tomarle una, se quedó mirándola para ver si memorizaba sus ángulos. Dibujar escenas lindas era su especialidad

y la imagen que tenía enfrente tendría que recrearla en papel y lápiz.

En un rápido movimiento, la chica caminó hacia él sin notar su presencia, haciendo que él sintiera una fuerte presión en su pie izquierdo, mientras el cuerpo de la chica se tambaleaba. Pablo atinó a sostenerla antes de que cayera y se le olvidó cómo respirar. Si de espaldas parecía una pintura, al verla de frente deseó dibujarla a la perfección para hacerle justicia a su belleza. Quiso preguntarles su nombre a esos ojos castaño oscuro, saber cuánto tiempo pasó aquella piel bajo el sol para adquirir ese adorable tono. Ella lo miraba sorprendida, una expresión que se le hizo tierna y deseó recorrer con uno de sus dedos la piel tersa de su mejilla antes de recordar que era inusual acercarse así a una extraña.

¿Nos conocemos?, parecían decir sus ojos.

Pablo carraspeó y decidió hablarle, deseando que su voz no sonara nerviosa, sin tener mucho éxito. La chica, que aún mantenía aquella expresión tierna, no pudo contestar porque un ruido hizo que se girara y se alejara de él. Pablo no solía huir de situaciones que lo impactaran y, sin embargo, su cuerpo se dirigió hacia la salida cuando lo que él quería era recuperar esa sensación de ternura que le había producido aquel encuentro con la extraña.

Dos días habían pasado y aún cerraba los ojos y la recreaba mirándola frente al vitral, la luz del sol cayendo sobre ella, una imagen que él se había encontrado dibujando de memoria durante esas noches. Pablo se convenció de que había hecho retratos de extraños muchas veces y que esa ocasión no era especial, pero con cada trazo de grafito que llenaba su cuaderno su corazón se aceleraba al recordar a aquella chica con los ojos más cafés que había visto.

Esa era la única explicación de por qué se había pasmado tanto, sin un gramo de preparación, al verla en aquella sala de juntas. La chica, que ahora identificaba como Beatriz según la etiqueta que llevaba puesta en su blusa color champaña, lo miró y no dio indicios

de haberlo reconocido. El resto de la reunión intentó buscarla con la mirada, sin mucho éxito.

¿Cómo te va a reconocer, si no fuiste considerado para despedirte?, pensó, ignorando lo que sucedía a su alrededor. *Margarita me mata si se entera de esto.*

En otro momento no le importaría lo que una desconocida pensara de él, pero algo lo hacía querer acercarse a ella y aclarar que no era un sujeto raro que se ponía nervioso a la primera interacción con una chica… o al menos no lo era, hasta que sucedió con ella.

Un par de días después, Bea llevaba como mínimo cinco minutos de puntillas tratando de llegar a lo más alto de la alacena. Ella sabía que su estatura era considerada media y que definitivamente no era pequeña, pero en ese lugar la altura de las cosas le impedía alcanzarlas fácilmente. Bea se impulsó, dio un pequeño brinco y, con un empujón, alcanzó a rozar la manija del gabinete.

Vamos Bea, ya casi la alcanzas.

Se apoyó en la alacena, dispuesta a intentarlo una vez más. A diferencia del museo entero, que tenía instalaciones modernas, la cocina del staff parecía haberse quedado en el pasado, con grandes gabinetes demasiado altos para su gusto. Y no solo era la altura lo que complicaba la sencilla misión de sacar una caja de té, sino que la puerta del gabinete parecía estar atorada. Se propuso subir una rodilla a la mesa para lograrlo cuando alguien se aclaró la garganta a sus espaldas.

—¿Necesitas ayuda?

Bea reconoció esa voz inmediatamente y quiso que el tiempo regresara unos segundos; se turbó ante la idea de lo mucho que se notaría su trasero en aquella pose incómoda en la que estaba. Bea bajó la rodilla, se giró apoyándose en la mesa y vio a Pablo que parecía ruborizado.

—¿Estás bien? —su voz era suave y hacía que ella quisiera escucharla aún más de cerca, tal vez en su oreja.

Concéntrate, Bea. Respira y contéstale como una persona normal.

—¿Estás acostumbrado a asustar a todas las personas o solo respondes con más preguntas?

Pablo abrió un poco los ojos, sorprendido de que mencionara la interacción que habían tenido hacía unos días y por el tono juguetón que su voz había adoptado. Alzó ambas manos a la altura de su hombro, queriendo señalar su inocencia.

—Te prometo que no suelo ir por ahí asustando al mundo. ¿Quieres ayuda?

Dio unos pasos vacilantes, dejando una distancia prudente entre ambos. Bea calculó el tiempo que le tomaría volver a lograr el impulso antes de que él la detuviera. La respuesta no le gustó. Asintió y se hizo a un lado para que Pablo la ayudara.

Pablo caminó hacia el gabinete y sin mucho trabajo abrió la puerta; dirigió su mirada a la de ella y dejó su brazo apoyado en la puerta. Bea intentó disimular cómo su mirada se desviaba hacia el bíceps de Pablo, pero su rostro la distraía de igual forma.

—¿Alguno en especial? —le preguntó.

Ella asintió, apuntando con un dedo hacia el gabinete

—Debe haber uno de manzanilla con miel y vainilla.

Pablo buscó en aquel espacio y estiró su brazo para alcanzar la caja y entregársela. Bea intentó ignorar lo pequeño que se veía el sobre entre los largos dedos de Pablo.

Bea, por Dios, contrólate. ¿Qué haces viéndole las manos a un desconocido?

Ambos se habían alejado a una distancia respetable, mientras él tomaba una taza limpia de la tarja. Aquel espacio hacía imposible no percibir la fragancia de su loción, una mezcla de algo amaderado y lo que debía ser su aroma natural. Sin saber qué hacer, Bea empezó

a prepararse un té, intentando restarle importancia a la presencia de Pablo.

—¿Prefieres el té o el café? —ella se giró.

Pablo miraba con atención lo que ella hacía mientras secaba su taza con un paño; la cafetera emitió un ruido de fondo al tiempo que comenzaba a escurrir el café, dejando un rico aroma en el aire.

Bea caviló la pregunta en tanto servía el agua caliente en su taza.

—Depende. Me gusta alternar, pero hoy en especial mi cuerpo me está pidiendo un té. ¿Tú?

Le dio ternura su interés en ella y un poco de curiosidad por saber lo que él hacía aún ahí. Vio el momento en el que Pablo, al dejar caer un poco de café caliente sobre su mano por mirarla, exclamó un "mierda" seguido de "una disculpa".

Pablo la miraba apenado mientras se limpiaba con el mismo paño… ¿Por qué estaba nervioso?

—Usualmente no soy tan malo llevando una conversación ni me tiro café hirviendo en la mano —su cuerpo se había ladeado, su frente dirigido hacia ella—. Me parece que no nos hemos presentado. Soy Pablo Grant Benítez, un placer conocerte.

Le tendió la mano. Bea imitó el gesto… y ese fue su primer error. Una sensación cálida nació en su pecho en cuanto sus ojos se encontraron, al mismo tiempo que se sacudían la mano en un gesto que se sentía para ella de todo menos profesional.

—Bea González. Un placer también.

Ambos seguían agitando la mano, la acción hacía que él sonriera y que ella dejara salir una risa pequeña al soltarlo.

Bea no tenía idea de que Pablo estaba repitiendo su nombre lentamente en su mente, jugando con las sílabas del nombre de esa chica que parecía estar sacando lo más tímido de él. Be-a-triz, una combinación que sonaba como una melodía.

Lo que ella sí supo fue que él parecía bueno en sorprenderla

—Quería disculparme por mi comportamiento de hace dos días. No suelo huir de las personas ni mucho menos irme sin asegurarme

de que estén bien.

Bea lo escuchaba mientras una parte de ella le pedía que saliera corriendo de allí. Nunca fue buena conversando con los hombres y mucho menos cuando no sabía qué era lo que querían de ella. Su lengua se enmarañaba graciosamente, como si supiera que lo que iba a decir era algo incorrecto. No tendría la palabra precisa para responder como una persona normal, evidenciando aún más que Bea quería impresionarlo, sin saber por qué.

—No pasa nada. No sería la primera vez que confundo a una persona real con un fantasma. No hay muchos de esos aquí, ¿o sí?

Pablo le dio un sorbo a su taza mientras sonreía. ¿Le había hecho gracia lo que dijo?

—No, por lo que he escuchado… —Pablo la miró desde la orilla de su taza, haciendo que Bea se perdiera entre sus espesas pestañas; para ella, mirarlo a los ojos era como ver un cuadro que le gustaba —. Aunque estoy seguro de que, si los buscamos, vamos a encontrarlos.

Bea tenía que estar inventando aquel tono coqueto con el que Pablo le estaba hablando y la forma en que sus palabras recorrían su piel entera, causando pequeños incendios que un desconocido no solía provocar en ella.

—Bueno, dejando a los fantasmas en paz, agradezco tu disculpa, pero no es necesaria. Supuse que te habrías ido al ver que mi amiga venía por mí.

—Lía Quezada, ¿verdad?

Ella asintió y lo observó sin saber qué decir. Pablo debió intuir su nerviosismo pues se apartó un poco más de ella al confundir su silencio con incomodidad. Bea no estaba segura de qué decir porque no quería que ese intercambio terminara, pero, como siempre, aparecía su estúpida manía de esconderse y optó por mirar el fondo de su taza, como si ahí se encontrara la solución a su timidez.

—No eres alguien de muchas palabras, ¿verdad?

Bea alzó la vista: Pablo asentía lentamente, como si entendiese lo que ahí ocurría. Esos momentos eran cuando las personas usualmente se iban por no saber qué hacer con sus pocas habilidades sociales. Bea medía sus palabras no porque no quisiera decirlas, sino por temor a enunciar las incorrectas, algo que aprendió desde muy pequeña cuando descubrió que su normalidad era rareza para todo el mundo.

Fabi, el otro día vi un fantasma en el clóset de mi abuela.

A veces siento que el viento me susurra el futuro y no sé qué hacer con lo que me dice.

Claro que ninguna de sus compañeras había considerado normal lo que para ella era tan natural, como los muertitos que jugaban a las escondidas con ella durante las mañanas de Navidad, cuando su familia aún dormía, agotada por la cena de la noche anterior.

Pablo debió haber decidido algo en ese momento porque, para su sorpresa, sonrió ampliamente.

¿No se supone que el hijo del arquitecto debía ser frío y serio?

El hombre que tenía enfrente parecía ser cálido y estaba interesado en conversar con ella, distinto a lo que le habían advertido.

—No te preocupes, creo que tenemos tiempo para tener más conversaciones. Soy paciente. Espero que disfrutes tu té. Nos vemos pronto.

Pablo inclinó su cabeza en un gesto de galantería que había visto en alguna película, y se despidió como si no hubiese hecho que el mundo entero de Bea empezara a correr más lento con sus palabras. Una conversación, la más breve de ellas, bastó para que quisiera conocer todo de él. ¿Quién era ese hombre que parecía ver lo que estaba más allá de los silencios que escondían su interés por hablar con él?

Antes de irse, Pablo se giró una última vez.

—Por cierto, Beatriz se me hace un nombre precioso.

Pareció sorprendido por sus palabras y solo atinó a darle un suave golpe al marco de la puerta antes de irse tan silencioso como llegó.

La había dejado sola, con una conversación que Bea sentía que era el inicio de algo que la aterraba y que le hacía asomarse a un precipicio que prometía cosas bellas al fondo. Se repitió de camino a casa que aquello solo había sido un encuentro curioso, pero, antes de dormir, se preguntó lo que sucedería la siguiente vez que lo viera… se sorprendió al considerar una siguiente vez, cuando estas no solían ser para ella.

CAPÍTULO 3
2024, Ciudad de México

A lo largo de los años, Bea se había preguntado muchas veces cómo sería volver a ver Pablo. ¿Qué se sentiría estar frente a él otra vez? Mirar de nuevo aquellos ojos en los que se había perdido días y noches enteras; escuchar su voz, que podría reconocer en un lugar lleno de voces; recordar la melodía de sus palabras y la forma en la que pronunciaba tan suavemente su nombre cuando la llamaba.

Habían pasado siete años desde la última vez que lo había visto y, desde entonces, se había permitido pensar de vez en cuando en él. ¿Cómo se vería el transcurrir del tiempo en su rostro? Ver cambiar sus facciones de un joven a un hombre, notar las primeras cinceladas de cabello blanco, que dictaban el tiempo en el que no habían sabido uno del otro, todo lo que ella desconocía de él. Llegó a extrañarlo en sus ratos de soledad, cuando se acordaba del viejo amor que le hizo entender todas las canciones románticas que existían en el mundo.

En otros momentos, cuando la curiosidad y el tiempo libre hacían de las suyas, se preguntaba la forma en que se podría dar un reencuentro y cómo sería posible. ¿En qué rincón del mundo volverían a cruzarse? ¿Sería de noche o de día? ¿Estaría solo o tendría pareja? En un universo alterno lo volvía a ver e ignoraba por completo su presencia, en otro lloraba al ver su rostro. Todas las posibilidades habían pasado por su mente, en todas sentía genuina

felicidad, como si soltara de golpe la tensión de años que había acumulado en sus hombros al saberse cerca de él de nuevo.

Esa felicidad fue lo que le hizo brincar a los brazos de Pablo como se saluda a un viejo amigo. Con los brazos rodeando sus hombros y su rostro en el hueco de su cuello, se preguntó lo qué pasaría si él no le devolvía el abrazo. Sintió un pánico que no tuvo la oportunidad de crecer porque pronto Pablo le rodeó la espalda con los brazos y la alzó. Ambos rieron mientras Pablo le daba vueltas a Bea, que reía como niña pequeña y se apretaba contra él. ¿Podría él sentir el ritmo de su corazón desbocado que amenazaba con salir corriendo de su pecho?

—No lo puedo creer —Bea susurró sin pensar en su hombro.

—Beatriz… —la voz de Pablo era suave.

Nada la había preparado para volver a escuchar su nombre en sus labios, como una caricia que viajara en el tiempo y que la recorría hasta llegar a sus manos que lo sujetaban con fuerza. Pero, como todo lo que la hacía feliz, el momento pasó y regresaron al presente. Pablo la había soltado y se observaban sorprendidos, con una sonrisa en los labios.

La casona, amante de los reencuentros y las sorpresas del destino, quiso ayudar a Bea y a Pablo a asimilar lo que estaba ocurriendo. Con suficiente concentración, el ruido de la calle y la música que los rodeaba se silenció para ellos durante un instante. Ese par de segundos fueron clave: ahí se sintieron y se recordaron. Todo pareció detenerse y se vieron a los ojos, reconociendo en las nuevas personas un pasado que ya no era, pero que recordaban con sumo detalle. El pecho de ambos subía y bajaba, acelerado por la emoción. Una gran sonrisa de él y una pequeña de ella.

Tristemente, el tiempo no podía detenerse para siempre, no cuando la diversión apenas comenzaba para la casona. Un chispazo y el tiempo había vuelto a su curso, confundido.

El clic hizo que Bea mirara a su alrededor y encontró a los invitados observándolos con cara de asombro. Su tío había dejado

su trago en la mesa, su madre tenía muy abiertos los ojos y sus primos parecían estar esperando una explicación. La tía Leonor la veía con una sonrisa que intentaba disimular mientras encendía su tercer cigarrillo de la noche. El más confundido de todos era su hermano, quien no sabía si ver a Bea o a Pablo.

—Quiero asumir que ustedes dos se conocen, o… —la mirada de Hugo gritaba pura confusión, sin saber cómo terminar la oración.

—¿Nos quieres contar cómo es que conoces tan bien al amiguito de Hugo? Somos todo oídos, querida —gritó su tía Caro, mientras los miraba apoyando los codos en la mesa, paseando sus ojos entre Bea y Pablo.

Todos parecían esperar una explicación. Bea y Pablo se miraron y, como solo ellos lo sabían hacer, hilaron una historia.

—Nos conocimos hace tiempo atrás, cuando me fui a España de intercambio. En el museo de Alicante en el que trabajé, ¿recuerdan?

Toda la familia asintió casi al mismo tiempo, haciendo que Bea se tragara una risa nerviosa.

—Ese mismo verano mi padre me encargó supervisar mi primer proyecto con un equipo a mi mando —dijo Pablo.

Pablo miró a Bea, esperando que ella continuara la siguiente parte de la historia. ¿Le estaría dando el control para decidir hacia dónde guiar lo que pasó entre ellos?

Bea se dirigió de nuevo a su familia, que esperaba pacientemente. Su mamá comía botana con bastante ánimo, observándola.

—Pablo y yo chocamos el primer día que nos conocimos y nos hicimos muy buenos compañeros de trabajo. Platiqué con él varias veces durante el verano e incluso salimos en grupo en algunas ocasiones. Llegamos a llevarnos muy bien.

Bea rezaba porque la historia fuese lo suficientemente convincente para desviar la atención de sus familiares, a quienes aún se les veía con dudas en el rostro.

—¿Y no se habían vuelto a hablar en todo este tiempo o por qué no sabía que se conocían?

La pregunta de Hugo hizo que la historia perdiera el flujo, más para Bea pues la respuesta se sentía como una vieja herida aún sensible al tacto. Rápidamente y sin pensárselo mucho contestó:

—Como te dije, éramos compañeros, no amigos. Creo que Pablo no usaba redes sociales en ese entonces y nunca se me ocurrió volver a buscarlo, la verdad.

Había un poco de verdad en la mentira de que ambos eran "conocidos" y "personas que habían platicado muchas veces durante los tres meses del proyecto". Bea se preguntó si a él también le había dolido atenuar ese verano a una mera coincidencia. Una conocida no sabría que Pablo dormía con una mano debajo de la almohada ni habría adivinado la lluvia de pecas que parecían caer en su espalda, donde ella había contado con sus labios cada una de las marcas.

Por más que ella lo intentara, la duda en el rostro de su familia permaneció, sin entender del todo por qué la más tranquila de su familia había demostrado públicamente la misma emoción que sintió cuando fue promovida a curadora de arte del museo en el que trabajaba, uno de los días más importantes de su vida. Bea alcanzó a escuchar un "Ajá sí, cómo no…" de la tía Caro antes de enfocarse en Pablo.

Los demás siguieron la mirada: no había otra cosa que les gustara más a los Domínguez que los nuevos rostros.

—¡Qué buena onda! Está excelente que se hayan llevado, porque, como padrino y madrina, van a tener que convivir mucho antes de la boda. Ya después se podrán poner al corriente —Hugo le dio un beso a Bea en la frente, ignorando cómo ella se pasmaba con lo que él acababa de decir. Miró a Pablo—. Ven, que hay alguien más que quiere conocerte.

Inés, a la orilla de la mesa rectangular, los esperaba con una sonrisa.

Pablo abrazó con fuerza a Inés, una familiaridad que resultaba tan surreal como todo lo que acababa de suceder. Bea aprovechó ese momento para regresar a su lugar en la mesa, necesitaba un poco de aire lejos de Pablo; calculaba que él se tomaría unos cuantos minutos de conversación con cada miembro de la familia… tiempo suficiente para volver a la calma y asimilar lo que acababa de ocurrir. Por desgracia, Bea pronto recordó quién estaba sentada a su lado cuando sintió la mirada de su tía Leonor, que tenía una ceja enarcada hacia ella y miraba su rostro con curiosidad.

Como muchas veces, la tía pareció intuir que algo estaba revolucionando en la cabeza de Bea.

—¿Quieres uno, hija? —la tía Leonor tenía su cigarrera antigua abierta de par en par para ella.

Bea no solía fumar. Lo había probado y sabía hacerlo, pero era un hábito que no había adquirido por lo molesto que se convertía el humo después de un rato. Pero ese día tomó uno, mientras su tía le ayudaba con la flama de su encendedor. Esa noche el sabor a clavo la ayudó a distraerse, intentando disimular lo inquieta que estaba y lo mucho que quería mirarlo.

Bea veía el hilo del humo que salía de su cigarro intentando fingir normalidad… pero parecía ser que se había olvidado de cómo hacerlo.

Pablo y ella estaban en el mismo espacio y no podía procesarlo como quería.

—Es muy guapo el amigo de Hugo, ¿verdad? Ya tiene rato que uno de esos no entraba a la casona —Leonor había apagado su cigarro y miraba a Pablo saludar a sus sobrinos. Se giró y se acercó a Bea para murmurar—. Si yo tuviera tu edad, estaría planeando cómo hacerle ojitos y ver qué pasa entre ustedes. Uno de esos me gusta para ti.

Bea entrecerró los ojos y exhaló el humo de su cigarro en la cara de Leonor, quien lo dispersó con la mano mientras negaba con la cabeza. Leonor se levantó para ir a buscar algo a la cocina, sabiendo

que Bea necesitaba unos minutos a solas. A su alrededor, su familia estaba ocupada fingiendo que no aguzaba el oído para escuchar lo que Pablo le decía a cada uno mientras saludaba. Estaban lo suficientemente distraídos para que Bea tuviese el momento perfecto para analizar a Pablo disimuladamente.

Bea, que había memorizado las facciones y las formas de aquel hombre, notaba cuánto había cambiado en esos siete años sin verlo. Donde antes había piel lisa ahora había una barba pulcramente cortada que lo hacía lucir más serio y endurecía aquellos rincones de su rostro que ella había recorrido con los labios. Su cabello estaba peinado hacia atrás, todavía entre los límites de ser demasiado largo para considerarse como un buen corte. Había algo nuevo: Pablo parecía más fornido, más grande. Su madre, con quien hablaba en ese momento, no era precisamente una mujer delgada ni pequeña en estatura, y tenía que alzar su rostro para verlo. Tenía la complexión de alguien que hace ejercicio, pero que disfruta comer sin la preocupación de vivir en el gimnasio.

Bea maldijo por dentro al sentir un cosquilleo recorrer su cuerpo entero, sabiendo perfectamente que le gustaba lo que veía. Había imaginado que Pablo se transformaba en todo lo que ella no encontraba atractivo, pero el tiempo había sido amable con él. Si el Pablo de veinticuatro años era hermoso, el Pablo de treinta años era devastador.

Las puertas de madera de la casona rechinaron suavemente con el paso de una brisa fresca propia de octubre. Leonor, que había regresado a su lado, miró al cielo y Bea cerró los ojos intentando controlar sus emociones. Las dos suspiraron al mismo tiempo sin darse cuenta. Bea se preguntó si sus sentimientos serían tan fuertes que podrían llegar hasta su tía, quien era sensible a los cambios de humor de las personas a su alrededor. ¿Podía sentir la mezcla de emociones que oscilaban entre querer acercarse a Pablo, pararse y decirle a todo el mundo que él había hecho trozos su corazón?

Como ninguna de las dos opciones eran realistas, Bea esperó a que Pablo tomara asiento frente a ella y, sin temor a parecer una adolescente nerviosa, se giró hacia su tío y comenzó a conversar con él. Al tío Carlos solo le tenías que hablar de noticias para que la conversación se convirtiera en un monólogo sobre lo terrible que estaba la situación del país. Ella asentía e intentaba ponerle atención, pero de reojo podía sentir la mirada de Pablo sobre ella.

Pasaron unos minutos y descubrió algo nuevo de él: parecía más reservado que antes. Las conversaciones seguían a su alrededor y algunos de sus primos se acercaron a él, pero Pablo contestaba educadamente, terminando la conversación demasiado pronto. En el pasado, una de las habilidades de Pablo que más le sorprendía era que podía conectar con extraños, hacerlos sentir que realmente lo conocían, cuando Bea sabía que compartía solo lo suficiente para agradar. Ahora parecía más callado y propenso a observar.

—Bueno, Pablo… —la voz de su madre sorprendió a las personas que estaban sentadas cerca de él. Bea dirigió su mirada a su madre, adivinando que ella también había notado que el invitado estaba demasiado callado—. Cuéntanos a detalle cómo se conocieron Hugo y tú.

Pablo dejó el vaso rojo sobre la mesa, sonriendo cálidamente a la señora Alicia antes de recorrer con los ojos a todas las personas que ahora lo miraban expectantes. ¿Estaba nervioso? Eso sería otra novedad. Ser el centro de atención parecía incomodarlo ahora, cuando antes se manejaba muy bien al estar entre muchas personas.

—Hugo y yo nos conocimos en internet hace algunos años. Al inicio no nos caíamos bien, pero terminamos siendo muy buenos amigos.

Tal vez para él fue una respuesta suficiente, pero, como ella sabía, su familia amaba los detalles. Por eso Hugo se paró de su silla y caminó hacia donde estaba Pablo, colocándose a sus espaldas mientras negaba con la cabeza.

—¿No nos caíamos bien? Solíamos gritarnos tanto que nos llegaron a expulsar de varias partidas. Este hombre estaba pasando por una… —Pablo le dio un golpe en el brazo, exaltando a Hugo—. ¡Auch! No hay nada de que avergonzarse, a todos nos ha pasado. Unos asuntos, para no decir otra cosa. Un día en particular, nos quedamos solos esperando a nuestros equipos, que parecían haber olvidado la partida por completo, y empezamos a platicar. De ahí comenzamos a coincidir más hasta que se cambió a mi equipo y nos hicimos mejores amigos en internet.

Hugo había hecho un gesto con las manos, como queriendo indicar el final de su relato. Bea tuvo que contener una sonrisa al ver a Pablo inquieto por cómo su familia lo miraba.

Alicia Domínguez no había terminado con su interrogatorio.

—¿Y dónde vives, hijo? ¿Ya habías venido a México antes?

—He vivido en Madrid prácticamente toda mi vida, pero viajo mucho a Londres, cuando mi padre me pide supervisar ciertos proyectos. Y tristemente no, no había tenido la oportunidad de venir a México.

Pablo había escogido ese momento para mirar a Bea, un gesto disimulado pero que ella notó claramente, antes de regresar la mirada a la madre.

Del interrogatorio familiar pudo obtener información básica pero crucial de este nuevo Pablo: en cualquier momento, él se convertiría en socio mayoritario del despacho de arquitectos, cuando su padre por fin se jubilara en los siguientes meses. Había terminado la maestría hacía un par de años y tenía una gata llamada Selene. Ese último dato se lo sacó la tía Leonor cuando vio que Melchor se acercaba a él con familiaridad, muy distinto al gato huraño que suele ser.

—Si le caes bien a Melchorcito, me caes bien a mí también. Ese gato no suele acercarse a extraños con tanta confianza.

Traidor, a ver quién te da atún la siguiente vez, pensó Bea mientras veía a Melchor acomodarse en el regazo de Pablo, que

acariciaba el lomo del gato que ronroneaba plácidamente.

Pablo contestaba con educación las preguntas de todos y se le veía menos nervioso, pero ella podía notar cansancio en sus ojos. Según sus cálculos, Pablo debió haber viajado más de medio día para llegar hasta acá.

Alicia aprovechó la pausa de Hugo sobre futbol europeo para intervenir:

—¿Dónde te vas a hospedar?

—Me voy a quedar en el departamento de Hugo e Inés. Cuando iba a reservar un hotel me dijeron que querían que me quedase cerca de ellos.

—Para que pueda convivir más con nosotros, ma —Hugo le guiñó el ojo a Alicia.

Bea y Alicia abrieron mucho los ojos. Bea por aguantarse la risa y la madre por indignación. Sabían que el cuarto extra de Hugo era una habitación que usaban para los hobbies de Inés y de Hugo: un espacio dividido a la mitad, donde en un lado estaban las herramientas para bordar y confeccionar ropa mientras el otro estaba dedicado a los videojuegos y diseños de su Hugo. El único espacio que podría improvisarse para dormir era un sofá-cama que ya estaba demasiado viejo y que habían jurado donar en cuanto se mudaran a un nuevo espacio donde cupieran todos los planes que tenían para el futuro.

No le sorprendió nada cuando su madre estiró su brazo y le dio un coscorrón a Hugo, quien casi escupe la cerveza que se estaba bebiendo.

—¿Qué pasó? —dijo Hugo confundido mientras se sobaba la cabeza, porque le gustaba exagerar.

—¿Cómo se te ocurre hacer que tu invitado de honor duerma en tu sala de juegos? Tú no tienes vergüenza, de verdad. Puras tarugadas contigo.

Su madre se volvió hacia Pablo y le obsequió una sonrisa sincera.

Mamá, por favor, no lo hagas. Sé que quieres ser buena anfitriona y que te gusta agradar a las visitas, pero no lo hagas…, pensó Bea, pero era demasiado tarde.

—Si gustas y te sientes cómodo, eres bienvenido a quedarte aquí. Esta vieja casa es demasiado grande y tiene muchas habitaciones donde te podrías quedar sin problema. Cerca de aquí hay una estación del metro y puedes transbordar a prácticamente todos lados. Hay muchos cafés para ir trabajar a distancia si lo requieres y podrás estar cerca de Bea, que también vive aquí.

Pablo miró a la casona mientras pensaba en la respuesta y Bea sonrió satisfecha porque sabía que la casona era bastante especial en relación a quién dejaba entrar para quedarse un tiempo. Por todas las sombras que ahí caminaban, guardaba celosa lo que ocurría dentro y dejaba bien claro cuando alguien no podía pasar. Un leve susto o una silueta atemorizaban a los posibles inquilinos temporales, ahuyentándolos. Pero todo parecía estar en su contra, porque Pablo no se asustó ni ella vio algo en las ventanas. La casona estaba tranquila, con la misma fachada de siempre.

Para disimular, Bea le dio un trago a su bebida, escondiendo su rostro tras el vaso rojo. Cuando bajó el vaso, esperó todo menos que Pablo aceptara sin pensarlo.

—Muchas gracias por la invitación. Creo que sí me sentiría más cómodo estando aquí.

Bea vio a su tía Leonor sonreírle compasivamente.

—Sabia elección, Pablo. Porque en ese sofá-cama nacieron los perritos de Tristana, el bulldog francés de esos dos, y la mancha todavía no se quita. Créeme cuando te digo que vas a estar mejor aquí. Además, estoy segura de que a Bea le dará gusto ponerse al corriente contigo. Nos da la impresión… digo —carraspeó descaradamente—, *me* da la impresión de que tienen mucho de qué hablar.

—Estoy seguro de lo mismo.

Pablo la miró fijamente antes de volver a enfocarse en la tía Leonor, que comenzaba a darle información sobre Coyoacán y lo que podía hacer en la colonia.

Y así fue como el tema se zanjó para todos menos para Bea, que pasó el resto de la reunión intentando despertar de ese tipo de sueños de los que te levantas sintiendo que fueron completamente reales. Bea intentaba procesar lo que había ocurrido. Llevaba menos de dos horas sin poder asimilar que lo tenía de frente después de tantos años y ahora vivirían bajo el mismo techo por las siguientes semanas.

Esto no tiene por qué ser grave. Puedo ser educada y cordial con él, ya el pasado me da igual y puedo evitarlo si quiero, decidió Bea, sin ser consciente de si era demasiado buena mintiéndose o si decía la verdad.

Las horas pasaron y en algún punto de la noche Melchor se retiró a uno de los tantos rincones de su casa para dormir. El café se empezó a entibiar y el cansancio comenzó a sentirse en los que convivían alegremente. Uno a uno los Domínguez se fueron despidiendo con un abrazo y un beso en la mejilla.

Cuando fue el turno de Inés y Hugo, su hermano abrazó a Bea y le susurró al oído:

—No sabes qué paz me da que conozcas a Pablo. Puede ser un poco introvertido al inicio, pero una vez que agarra confianza, no se va a detener. Cuídalo de los muertitos, ¿sí?

Su hermano, quien vivía en la luna la mayoría del tiempo, ignoraba por completo lo tenso que se sentía todo entre ella y Pablo. Demasiado abrumada para contestar, ella asintió y le dio un beso en la mejilla. Cuando el resto de su familia se había ido y Leonor se hubo retirado a su habitación con un Melchor malhumorado en sus brazos, Alicia esperó a Pablo para guiarlo a su recámara.

Con la maleta a un costado, Pablo se había girado a mirar a Bea desde el umbral de la puerta del jardín. Bea no estaba segura de poder decir algo, pero él rompió el silencio.

—Es muy bueno volver a verte, Bea.

Un parpadeo y Pablo siguió a Alicia a través de los pasillos de la casona, desapareciendo igual de rápido como había llegado, como un fantasma de su pasado y parecido a los que caminaban en la casona, con la diferencia de que a este lo podía tocar y ver caminar claramente en los caminos de su presente.

Cuando se quedó sola en la sala, Bea se apoyó contra el sofá, masajeando su cabeza mientras sentía su corazón palpitar con fuerza, sus latidos la acompañaron mientras caminaba por los pasillos de la casona hasta subir las amplias escaleras y llegar a su habitación; el aroma de la loción de Pablo formaba un camino que le indicaba que debía de estar cerca de ahí. Sintió la presencia de los muertitos, pero estos no se detuvieron a molestarla como siempre, pareciera que adivinaban que había algo más grande que ellos inquietándola.

El día siguiente inició como siempre: el despertador sonó a las cinco de la mañana, salió a correr por la colonia, vio la noche convertirse en día durante su recorrido, desayunó, se bañó y se cambió de ropa para ir al museo. Nada pareció distinto cuando comenzó su camino hacia el Museo Nacional de Arte. Caminó diez minutos por los alrededores de Viveros, tomó la línea verde del metro, transbordó en la estación Hidalgo y se bajó en Bellas Artes. El Centro ya estaba lleno de personas que caminaban a un nuevo día.

El museo arrancaba actividades a las diez de la mañana. y a ella le gustaba aprovechar los minutos antes de que abrieran las puertas al público para visitar sus pinturas favoritas. Era un pequeño ritual que había creado desde que la habían contratado. Bea sabía que era muy difícil tener un trabajo relacionado con el arte. Tras años de arduo esfuerzo, lo había logrado y era muy buena en ello. Ser curadora se sentía natural para ella, tenía un buen ojo para las piezas y colecciones nuevas que llegaban al museo.

Cada vez que caminaba por los pasillos, se detenía a ver los detalles de los vitrales y la forma en que aquel edificio la hacía sentir en casa. Jamás le dejaría de asombrar ese espacio atrapado en el tiempo escondido en el corazón de la ciudad. A veces sentía que era una extensión de la casona; lugares antiguos albergaban trozos de historia en sus paredes.

Tenía especial cariño por todas las exposiciones, temporales y permanentes, pero su sala favorita era la José María Velasco. Como estar cerca de la naturaleza era algo que se podía permitir cada vez menos, aquellas pinturas la hacían imaginar otros tiempos cuando el paisaje mexicano era vasto y cercano. Con un termo lleno de té caliente y con unos cuantos minutos de sobra, se detuvo a contemplar un enorme cuadro de ese artista.

Bea solía ser estricta con sus horarios, pero ese día necesitaba la paz que el arte le daba y se tomó más tiempo del que debía para merodear por los pasillos del museo. Poco a poco los primeros visitantes comenzaban a rodearla, pequeños murmullos inhibían la forma en que sus pensamientos parecían estar fuera de control.

Se detuvo en una de las salas, admirando el buen trabajo de sus asistentes, cuando una voz la interrumpió:

—Es precioso.

No necesitó voltearse para saber que Pablo estaba ahí. La energía que exudaba ese hombre era tan potente que provocaba que las personas se giraran a verlo cuando entraba a una habitación. Sin dejar de ver al frente, ella le dio un sorbo a su té.

—Es de las colecciones que más me gustan del museo.

De reojo vio cómo Pablo miraba a su alrededor, admirando las luces y las intervenciones.

—Todo esto… ¿tú lo organizaste?

Pablo miraba tan maravillado aquella instalación que no pudo corregirlo y decirle que esa exposición era permanente y que estaba desde que ella había entrado a trabajar al museo.

Bea esperaba que observara las obras de arte, como era de esperarse, pero Pablo se detuvo a leer un texto que estaba en la entrada de sala, uno que ella había escrito, que denotaba el amor y la dedicación que había invertido en este proyecto; con una sonrisa en los labios, Pablo recorría oración por oración su trabajo. Bea quiso estrujar aquella parte que parecía brillar al ver el orgullo que asomaba en los ojos de él… y otra parte de ella quería recordar cómo respirar al ver lo bien que le quedaban las camisas de cuello de tortuga que marcaban sus fuertes contornos.

Cuando terminó de leer, Pablo regresó a su lado, aquellos ojos grises brillaban con decisión.

—Vine aquí esperando poder encontrarte… quiero hablar contigo.

Ella suspiró pesadamente.

—Supuse que en algún momento tendríamos que discutir la situación, pero no pensé que fuera aquí.

Bea había logrado aparentar calma y, con un movimiento de la cabeza, le indicó que la siguiera, como si la idea de estar a solas con él fuese algo normal y no imposible. Recorrieron los pasillos hasta llegar a las escaleras principales del Munal, donde turistas locales y extranjeros tomaban fotos del exterior o del precioso techo del museo.

Al llegar al último piso, Bea guio a Pablo a través de las escaleras especiales para el equipo del museo.

A esa hora, la mayoría de los empleados se encontraba en reuniones, pero otros estaban concentrados en los monitores de sus computadoras. Miraron con disimulo al extraño que caminaba entre ellos y Bea puso los ojos en blanco, pensando en las explicaciones que tendría que dar después.

Bea abrió la puerta de su oficina y le indicó a Pablo que pasara. Era un espacio de tamaño considerable, con una ventana antigua a través de la cual se veían los edificios contiguos. Bea fue directo a quitarse la chamarra, consciente de que Pablo hacía su mejor esfuerzo para mirar a otro lado.

Antes de que él pudiese hablar, decidió que ella quería romper el silencio para tener una forma de controlar la conversación.

—Tal vez esto tenga que ser algo breve, ¿sí? En un rato más tengo una junta. Bueno, soy toda oídos.

Su voz sonaba tranquila.

Pablo asintió pensativo, apoyándose en la mesa de su escritorio y acercando su rostro al de ella.

—Bien, no necesito mucho tiempo. Vine porque quería verte.

Bea dejó salir una risa burlona que estaba segura de que debió rozar lo irónico.

—Te escuché la primera vez que lo dijiste. Estás aquí para hablar.

—No, yo *vine* aquí porque quería verte a ti.

El ceño fruncido de Bea debió delatar su confusión. Pablo inclinó su rostro un poco, de nuevo paseando sus ojos por su rostro, antes de espabilar lo que sea que había pasado por su mente.

—Fue exactamente a las tres semanas de hacerme amigo de Hugo cuando supe que tú eras su hermana menor.

—¿Lo sabías?

La tranquilidad salió por completo de su semblante. Se escuchaba su voz apenas como un susurro.

—Después de que confirmara que no fuese una de esas personas raras del internet, ¿crees que Hugo no me contó su vida entera a lo largo de todos estos años? Me habló de ustedes, de su familia y de su hermanita menor, Beatriz, que tenía poco de haber regresado de un lugar llamado Alicante. Imagina mi sorpresa cuando até los cabos.

¿Todo este tiempo había sabido de ella y ahora se regodeaba de estar más cerca de lo que Bea pensaba? El enojo comenzó a correr por sus venas, sacándola de su estupor.

—Ya veo. Entonces sabías de mí de manera indirecta todos estos años y decidiste que era buena idea hacerte mejor amigo de mi hermano sin que eso te removiera un gramo de conciencia, ¿no?

—No. Me encargué de que nunca me contara sobre ti y yo pensé que…

—¿Sabes qué? Prefiero que no entres en detalles.

Su tono fue grosero, pero no le importó. No había historia que aminorara el dolor que le producía saber que Pablo pudo haber estado con ella todo este tiempo y no lo había hecho.

Pablo parecía frustrado, pero contuvo sus palabras, respetando su decisión.

—Ha sido horrible tener que esperar para esto —dijo. Su dedo índice tocó la madera de la mesa, el gesto fue tan contundente que la sacó de su enojo.

—¿Esperando qué exactamente, Pablo?

—A ti, Beatriz. Todos estos años supe que estabas a una persona de mí y yo… —de nuevo se contuvo, calculando sus palabras—. Quiero mucho a tu hermano, pero estaría mintiendo si te digo que tu nombre no fue lo único que escuché cuando Hugo me contó que se iba a casar. Pensé en ti durante todo el vuelo, y cuando entré a la casona… —debió recordar algo, porque de pronto se detuvo, como si acabara de perder el control. Se reacomodó en la silla y miró a Bea fijamente, espabilado—. En verdad me da mucho gusto verte otra vez.

Bea estaba sorprendida, casi sin palabras por escuchar a un Pablo que supo de ella en este tiempo, y todo lo que aquello implicaba, mientras que, para ella, no saber de él había hecho un agujero en su pecho que no se había vuelto a cerrar. Aquella parte de Bea que había pasado horas enteras hablando con él de todo y nada, la que se sintió comprendida y segura con él, surgía de las profundidades de su memoria para hacer que su corazón fuese tibio ante sus palabras.

—A mí también, Pablo.

Sonrieron con familiaridad.

Bea sentía un tumulto de emociones por dentro, pero la que más destacaba entre todas era felicidad. Había pasado años y verlo aún

le hacía sentir que toda su vida se desmoronara con su presencia.

Un parpadeo, y de pronto aquella película de terror que a veces veía al cerrar los ojos regresó a ella: Bea llorando por meses, el vacío que la envolvió, ese año en el que el tiempo se detuvo y en el que debió luchar con todas sus fuerzas para forzar a las manecillas del reloj de su vida a avanzar de nuevo. Aunque verlo tan decidido a estar aquí la mareaba, no iba a regresar a aquella época oscura de su vida.

Ella continuó:

—Pero por más que me haga feliz verte, creo que no es buena idea que estemos tan cerca uno del otro. De por sí mi familia debe sospechar de algo entre nosotros, no creas que se creyeron eso de que fuimos compañeros nada más. Esta es la boda de mi hermano y creo que lo correcto es no decir nada para evitarnos explicaciones que tal vez podrían preocupar a Hugo e Inés. Estoy tranquila con la idea de que estés aquí, pero creo que mantener distancia es lo mejor. ¿Okey?

Aquella versión de ella, la que había sanado y fingía calma ante la intensa presencia de Pablo, le pedía distancia mientras que la otra, la que lo había extrañado, le estaba gritando que eso no era lo que ella quería. Había pasado años esperando aquel momento para que, al final, saliera con que quería más espacio del que habían tenido ese tiempo.

Espero que estés orgullosa, porque solo lo estás alejando como quieres.

Para su sorpresa, con una sonrisa pequeña, casi tímida, Pablo se inclinó hacia atrás, cruzó los brazos como si estuviese escuchando en su petición un reto que ella no estaba segura de haber propuesto. Bea conocía esa mirada , la había visto varias veces en los meses en los que trabajaron juntos: estaba evaluando la situación y elaborando una estrategia, calculando los movimientos adecuados para obtener lo que quería.

—¿Por qué me ves así, Pablo?

—Me vas a hacer trabajar por ello, ¿verdad? —contestó mientras pasaba una mano sobre su boca para esconder lo que parecía una sonrisa. Se levantó de la silla y Bea lo imitó, como si sus cuerpos fueran un espejo—. Considéralo hecho. Podemos ser cordiales y convivir sin que los demás piensen algo de nosotros, ¿no? Ya veremos —Pablo inclinó su rostro levemente a modo de despedida—. Ten un lindo día, Bea. Te veo pronto.

Verlo de nuevo se sintió como una amenaza que le causaba una curiosidad por lo que realmente escondían sus palabras. Pablo caminó hacia la salida, le dedicó una última mirada antes de cerrar la puerta. Aquella promesa de verse otra vez era como el inicio de un plan al que solo Pablo tenía acceso y que no iba a compartir con ella. Lo conocía y por primera vez desde las últimas veinticuatro horas sintió al Pablo de antes emerger ante la promesa de un desafío, sin entender muy bien lo que quería. Cualquier persona con buen juicio ignoraría sus palabras, enterrándolas entre la pila de pendientes que ella necesitaba revisar y así lo hizo, pero en las esquinas de su mente acechaba la posibilidad de lo que significaban sus palabras.

Lo peor es que ella parecía estar dispuesta a sentarse y ver lo que Pablo planeaba hacer, por más peligroso que fuese para ella descubrirlo.

CAPÍTULO 4
2017, España

Bea concluyó que demasiadas coincidencias eran posibles, sin importar lo mucho que su lógica le gritaba que la cercanía de Pablo no parecía ser fortuita. Como su conciencia la obligaba a mirar la realidad, Bea había aprendido a encontrar cualquier motivo para huir cada vez que Pablo entraba a la misma habitación que ella. Su repertorio de excusas se expandía constantemente e iba desde ir al baño hasta seguir a un supervisor a otra parte del museo a realizar una tarea muy específica que solo ella podía hacer. Sea como fuera, su mente parecía volar para encontrar excusas que hasta ahora le habían parecido creíbles para evitar la cercanía constante de Pablo.

Se dio cuenta de que necesitaba habilidades de escapista en su primera semana en el museo cuando, al día siguiente de la conversación en la cocina, Pablo entró otra vez en la cocina para sacar de una lonchera negra unos recipientes que parecían contener ensaladas y carne. Ella se preparaba su café en silencio mientras él tarareaba una canción por lo bajo.

—Buenos días, Beatriz.

¿Siempre vas a reaccionar así cuando te hable?, se preguntó cuando escucharlo le dio un gusto inusitado.

—Buenos días, Pablo… y puedes decirme Bea, prefiero que me digan así.

Él asintió mientras se enderezaba, mirándola desde su gran altura. Le sonrió y se puso a su lado, alzando su brazo para tomar una taza de la alacena sin esfuerzo alguno. Ese día parecía estar calentando agua para hacerse un té.

—¿Almuerzas en uno de los restaurantes de aquí cerca?

Él la miró con curiosidad mientras apoyaba una mano en la mesa esperando una respuesta. La pregunta aleatoria la habría confundido, pero ella estaba demasiado ocupada admirándolo. Ese día llevaba una camisa a cuadros y un pantalón de vestir café, una versión de Spencer Reid con el cabello oscuro y ondulado.

Carajo, era precioso… y ella quería pasar sus manos por su cabello para ver si era igual de suave como se veía.

Parpadeó y miró su taza, luego giró su cuerpo hacia él.

—En estos días no me ha dado tiempo de salir a comer, pero intento escaparme cuando tengo una oportunidad. ¿Por qué preguntas?

—Porque ayer vi a todo el equipo almorzar juntos y noté que no estabas ahí.

¿Lo había notado? Intentó que aquello no la destanteara y contestó rápidamente.

—Ayer no me dio tiempo de comer y, por lo que veo, va a ser algo recurrente por la forma en que veo que mi supervisor trabaja. Intentaré escabullirme cuando pueda.

Él pareció pensativo ante su respuesta. El resto de la actividad conjunta de prepararse las bebidas matutinas lo hicieron en silencio hasta que ella se fue con un "Nos vemos, Pablo". Pablo agitó la mano como despedida. Creyó que ese día no sabría de él hasta que, horas después, sin haber tenido tiempo otra vez de salir a comer, encontró una nota en el pequeño espacio que Lía y Bea compartían a modo de oficina.

Te dejé algo en el refrigerador, pensé que lo necesitarías. —Pablo.

Ella pasó su dedo índice por los trazos y curvas de la letra de Pablo, temiendo que aquella sensación de emoción se volviera algo

frecuente. Caminó hacia la cocina con una sonrisa al confirmar que ahí se encontraba lo que parecía un almuerzo completo. En el post-it venía su nombre y una flecha que señalaba el reverso de la hoja, donde Pablo había escrito "¿Cuál es tu animal favorito?". Tomó una pluma de en una de las gavetas y garabateó algo antes de pegar de nuevo el pedazo de papel en la taza que ella sabía que él siempre usaba.

Bea se había prometido que aquellas notas eran inocentes. Que no significaba nada que él le regalara un almuerzo que parecía cocinado por él, que ambos se dejaran preguntas y dibujos que Bea comenzaba a guardar en su bolsillo izquierdo, para pegarlos a su diario de viaje. Cuando admiraba la pequeña colección que cobraba forma, hacía una mueca triste. Pablo parecía estar buscando en ella una amistad que no estaba segura de querer establecer con él, y todo era por culpa de aquella maldición que por el momento parecía estar entumecida.

Después de la primera conversación y el detalle del almuerzo, Bea había esperado aquella señal irrefutable de cómo acabarían las cosas con Pablo: una lanza invisible en el vientre o aquel fin anunciado que la perseguía y que siempre la encontraba, pero no estaba por ningún sitio en su cuerpo.

Bea se concentró, esperó y esperó ese sentimiento de fatalidad, pero no llegaba. Solía percibirse como una punzada inequívoca, algo que le decía que aquello saldría mal. El interés que había sentido por sus pretendientes anteriores se extinguía igual de rápido cuando su maldición la alertaba, y corría lejos de cualquier daño que le pudieran hacer. Pero ahora, para su completo horror, el fin no llegaba y sentía ganas de platicar con él, de encontrárselo por una casualidad planeada de coincidir con él. Los tres días que le siguieron sintió en la punta de la lengua todo lo que quería preguntarle. Acercarse era peligroso sin saber qué era lo que iba a pasar con quien había despertado algo más que su interés.

Pablo no tenía por qué ser distinto a los demás y, por eso, lo más lógico que se le había ocurrido era evitarlo. Poco a poco fue contestando menos a sus preguntas, no hacía caso a las palabras que vivían atoradas en su garganta cuando él buscaba entablar una conversación. Lo peor es que Pablo solo asentía y recogía sus notas sin respuesta de Bea, sin cambiar su actitud amable e interesada en conversar con ella. Intentó dejar los almuerzos que siempre estaban ahí cuando ella no llegaba al comedor. Bea, por su parte, deseaba abrir su pecho y exponer lo que sea que en ella viviera que la hacía querer correr en dirección contraria a lo que realmente anhelaba.

Pablo se preguntaba qué era lo que había hecho mal para que Bea lo estuviese evitando. Había aguzado los sentidos, expectante a cuando ella estuviera cerca de él. Las notas que ambos se escribían eran un aire fresco que entraba a sus pulmones, endulzando cualquier tipo de preocupación que rondara por su mente. Él no tenía problema en hacer amigas, tenía muchas de ellas, pero algo en él se agitaba al verla a lo lejos, concentrada, platicando con alguien más, admiraba la forma en que su nariz se arrugaba cuando alguien le decía algo que le daba risa. ¿Por qué contenía algo que era bello? Pablo no estaba seguro de por qué, pero algo en Beatriz González lo llamaba. Lo hacía querer orbitar cerca de ella, conversar y olvidarse de la razón por la que estaba aquí.

Al inicio pensó que quizá Bea no era una persona que disfrutara las mañanas como él, una razón verosímil para que sus respuestas comenzaran a ser menos recíprocas. Sin importar las excusas que él se repetía, ser hijo de William Grant le había hecho desarrollar la habilidad de notar cuando la actitud de alguien cambiaba de un momento a otro. Sus conversaciones eran cada vez más breves, los almuerzos parecían intactos y cuando él intentaba acercarse, ella siempre tenía que irse en ese momento. Un gran peso en su pecho lo hundía cada vez que la veía alejarse.

Pensar que la estaba incomodando se sentía como una piedra en su estómago. Estaba seguro de que había sido educado… ¿serán sus esfuerzos de acercarse a ella demasiado intensos? En otro momento no permitiría que nada lo distrajera durante un proyecto, pero con ella todo parecía convertirse en bruma, aun cuando cada mañana recibía un recordatorio de lo que estaba en juego si algo salía mal en este proyecto. A eso de las seis de la mañana, cuando el día ya había empezado en su hogar al otro lado del mar, recibía una llamada de su padre para discutir los pormenores de la obra.

Cuando era niño, aún sin saber qué esperar del mundo, Pablo se imaginó que su padre y él serían un equipo inseparable y admirado por todos en el mundo de la arquitectura. Él sería su mano derecha y su padre sería aquel gigante al que admiraba y que le compartía su pasión por construir nuevos espacios que harían historia. Soñó que sus ganas de aprender serían suficientes para trabajar codo a codo con William, que eso bastaría para los dos. Tristemente, nada de lo que soñó fue verdad y todos los días su padre se encargaba de recordárselo. Desde que había llegado a Alicante la conversación que le esperaba era siempre unilateral: "¿Checaste los pendientes?", "¿Hablaste con el ingeniero?", "Quiero los reportes de avances cada dos días", "Te recuerdo lo importante que es este proyecto para el despacho", "No me decepciones".

¿Cómo podría decepcionar a alguien que se encargaba de repetirle una y otra vez todo lo que le hacía falta para ser como él?

Muchas veces, durante su infancia, recordaba esperar por las noches a que su padre regresara de trabajar. Para él su padre era alguien capaz de convertir un lugar vacío en enormes rascacielos, edificios poderosos que parecían gigantes congelados en el tiempo. En esos tiernos años, William había sido más generoso con su cariño: había sido el primero en la fila de padres de familia para ver sus obras de arte expuestas en el salón de pintura; cuando tenía pesadillas, William fue el primero en acunarlo en sus brazos, donde

se sentía protegido, como si nada pudiese tocarlo al estar entre los brazos y el cuerpo de oso de su padre.

Su padre fue un hombre amoroso hasta que Pablo aprendió que su afecto parecía depender de los méritos que él alcanzaba. Siempre estaba pendiente de si era el mejor en su clase, el más rápido en aprender a leer y escribir. Los últimos días de clase en la primaria, su padre solía acompañarlo a buscar la boleta de calificaciones para cerciorarse de que sacara el diez perfecto. Solo una vez, durante el primer año de secundaria, la calificación bajó a nueve punto ocho por haberse equivocado en una pregunta de un examen que tenía un poco más de valor en su porcentaje en la calificación final.

William miró la boleta, examinando las calificaciones. Pablo adivinaba que el silencio cargado de tensión no significaba más que el enojo de su padre.

—Te prometo que no volverá a ocurrir, papá —Pablo hablaba rápido para llenar el silencio que se sentía peligroso viniendo de alguien como él—. Fue un pequeño error que tuve y…

No hizo falta que dijera algo más porque su padre había arrojado la boleta en el primer basurero que vio en la calle, haciendo que los esfuerzos de todo un semestre se fueran con él.

Poco a poco ese hombre cariñoso se había convertido en alguien exigente, que no estaba conforme con el mayor esfuerzo.

Esa noche cenaron en silencio mientras su madre los miraba, intuyendo que algo no había salido bien.

Para la suerte de Pablo, su madre equilibraba aquella balanza con todo el amor que era capaz de dar. Siempre que había alguna discusión entre ellos, algún tipo de postre lo esperaba en su habitación. Cuando ocurría un desencuentro entre ellos, Pablo iba con su madre y ambos lo compartían en silencio, entendiendo que las palabras no eran necesarias para expresar el cariño que se tenían. Las conversaciones con su madre eran el opuesto polar a las de su padre. Por eso, cuando William cometía el error de ser duro con él frente a Margarita, siempre se escuchaba un auch de su

padre, un suave golpe cuando su tono de voz sonaba demasiado severo para ella.

Ahora, a sus 24 años, quedaba muy poco del padre que alguna vez fue cariñoso. Parecía que su paternidad se había convertido en una tarea que debía cumplir y no algo que naciera del amor que alguna vez sintió por él. En algún momento había ocurrido la desconexión entre ellos. Una paternidad propia de hombres fríos que conquistaron sus metas con sus propias manos y que ahora competían para mantenerse en ese lugar.

Con una maestría especializada en puerta, se encontraba todavía bajo la fría sombra de su padre, que solo se entibiaba cuando la luz de su madre los rodeaba a ambos. Con casi cuarenta y cinco años, su madre lo miraba todas las mañanas a través de una pantalla y platicaban de lo que sea que estuviera ocurriendo. Hablar era sencillo con ella. Equivocarse se sentía igual que acertar; eran pequeñas victorias y lecciones aprendidas. Margarita se sabía de memoria las expresiones de su hijo, lo conocía tanto que parecía siempre leer su mente. Por eso no se le hizo raro que notara la inquietud que había comenzado a sentir días atrás durante las conversaciones que compartían.

—Pablito —su madre lo había interrumpido abruptamente mirándolo con suspicacia— ¿es esa chica nueva la que te tiene así de nervioso o tengo que decirle algo a tu padre de nuevo? Si es lo segundo, te prometo que voy a…

Pablo apoyó su mejilla en una mano, suspirando.

—Es la chica nueva, madre.

El pequeño enojo de su madre había pasado a convertirse en una sonrisa que intentó disimular. La perfección de su padre era un tema que parecía zanjado y, por ahora, era más fácil hablarle de Bea.

Margarita alzó las cejas y movió la mano para indicarle que continuara con su anécdota.

Pablo le contó de las primeras breves interacciones, de sus conversaciones a través de las notas y cómo había comenzado a

esperarlas con mucha emoción. Cabizbajo, le habló de que algo había ocurrido, porque ahora no había respuesta de ella, y se alejaba de él.

—Todo esto me pone muy nervioso porque no sé si hice algo para incomodarla, cuando sé que nunca le faltaría al respeto a una chica, pero… — no encontraba las palabras para explicar lo que lo empujaba a ella. Algo debió ver Margarita en su frustración porque sonrió mientras asentía con la cabeza en señal de entendimiento—. Quiero estar cerca de ella. Se siente como algo urgente que debo hacer, pero ella parece no estar interesada.

—Cariño, ¿has pensado que tal vez ella no sea buena haciendo amigos? Si quieres acercarte, tienes que ir lento. Sé su amigo y déjale saber que quieres eso. Los hombres de tu edad pueden ser… terribles, por no decir otra cosa, y puede que ella necesite que seas claro. Y si ella no quiere, entonces vas a tener que respetarlo, pero no pierdes nada al decírselo.

El problema era que Pablo sentía una incomodidad que no entendía cuando pensaba en ser su amigo. Tenía que ocultar la sonrisa que se escapaba de su boca cada vez que Bea aparecía en el salón del museo con un paquete de documentos en su brazo, mientras hablaba con su supervisor. Era muy difícil no sentir su presencia, aún más concentrarse al cien por ciento en dirigir a su equipo cuando, en realidad, estaba pensando en lo que sucedía a lo lejos con ella. Cada vez que repasaba la lista de proveedores y materiales necesarios, el olor de su perfume le llegaba al rostro: un peculiar aroma a vainilla con canela que lo enloquecía y que lo hacía suspirar profundamente para mantenerlo en su pecho.

Una vez ocurrió que él estaba hablando con el supervisor del museo, cuando una risa los interrumpió. Algunas personas voltearon a ver, Pablo incluido, para descubrir a Bea intentando disimular su risa detrás de su mano mientras que Lía hacía un mejor trabajo en aguantar la carcajada.

Quiero escuchar esa risa más seguido.

El rostro de la chica parecía brillar, la curva de su sonrisa lo hacía querer caminar hacia ella y delinearla con uno de sus dedos, probar si su piel era igual de suave. Él la miraba a lo lejos, pensando en escenarios imposibles y ella debió haber confundido su intento de controlar sus deseos con un regaño porque inmediatamente ocultó su sonrisa con el puño y siguió trabajando al lado de Lía.

Pablo se repetía que era una chica inteligente y hermosa, que era normal que aquello lo hiciese sentir interesado en lo que la chica extranjera hacía o decía siempre que estaba cerca de él.

Había una diferencia enorme entre actuar y dejar que esa pequeña fascinación lo distrajera de todas sus responsabilidades.

—¿Realmente me puedo permitir distraerme, madre? Ya sabes que papá ha estado… especial con este proyecto.

Margarita apoyó los codos en la mesa y lo miró seriamente.

—Eres alguien que tiene la capacidad de hacer varias cosas al mismo tiempo, cariño. Un hombre inteligente que sabe que, a veces, un poco de distracción no hace daño. Suena a que te interesa conocerla y tú nunca le has dicho un "no" a lo que quieres, ¿o sí?

Él negó con la cabeza.

—Digamos que me permito conocerla… creo que se te olvida un pequeño problema: la señorita Bea me ignora por completo.

Su madre sorbía su usual agua caliente con limón, lo miró desde el borde de la taza, con esa característica manera que tenía de denotar que, detrás de su silencio y cariño, había años de experiencia en ser alguien que, con solo observar, llegaba a conocer a las personas que la rodeaban.

Margarita posó la taza en la mesa.

—Tienes que hablar con ella. De frente y claro, hijo.

—¿De frente?

Margarita asintió.

—Yo crie a un hombre valeroso, capaz de hacer lo que sea, con tal de lograr lo que quiere, ¿no? Ve lento y dile lo que te dije. Si

quieres su amistad, tendrás que ser paciente con ella. Eres inteligente, ya te las ingeniarás.

Su madre se despidió con la promesa de que Pablo le presentaría a Beatriz pronto y él solo negó con la cabeza mientras le lanzaba un beso. Él suspiró y con su gata en el pecho que movía sus patas sobre él, comenzó a hacer lo que mejor se le daba: trazar un plan.

Al día siguiente, Bea se sorprendió cuando vio a Pablo entrar a su oficina. Lía se había ido a otra reunión y ella comenzaba a anotar los pendientes que tenían. Estaba tan concentrada en la pantalla que al escuchar un suave toque en la puerta dio un pequeño brinco. Ahí en el umbral se encontraba Pablo, aún con sus nudillos en la puerta.

—Buenos días, Beatriz. ¿Puedo pasar? —él esperaba pacientemente una respuesta mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

Pablo la observaba expectante. Habían pasado dos días desde que ella había comenzado a notar que sus esfuerzos de alejarlo parecían estar funcionando: las notas y los almuerzos se habían pausado, haciendo que Bea se sintiera frustrada y aliviada al mismo tiempo. Había conseguido lo que quería y no entendía por qué sentía una gran decepción en su pecho.

Bloqueó la pantalla de su computadora y asintió, mientras escondía sus manos que se movían nerviosas debajo de la mesa.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué pasó?

Pablo entró a la habitación y el usual lugar a su alrededor se sintió pequeño, como si no hubiese el espacio necesario para que ella respirara sin sentirlo en todas partes. Él se sentó frente a ella, no le pasó desapercibida la forma en la que miraba su escritorio, observando los pequeños adornos que había colocado ahí. Un breve segundo y sus ojos regresaron a ella. Por primera vez, Pablo parecía ser aquel hombre serio del que había escuchado rumores en el despacho y ella se sintió extraña al no notar la calidez que usualmente lo rodeaba.

Pablo suspiró, como queriendo agarrar valor para lo que iba a decir.

—El motivo por el que estoy aquí es para ofrecerte una disculpa, Bea —ella frunció el ceño y él continuó—: Verás, no suelo pensar demasiado en mis interacciones con las personas. Creo que soy bueno leyéndolas, pero contigo… creo que te he hecho sentir incómoda con los almuerzos y las notas y vengo a decirte que nunca fue mi intención hacer que las cosas fueran extrañas. Yo pensé que… —sus manos se movieron nerviosamente encima de la mesa y las ocultó en su regazo—. Solo quería acercarme a ti.

Lo último lo había dicho en una voz pequeña; hubo un quiebre en él que la hizo darse cuenta del error que estaba cometiendo. Pablo quería conocerla y Bea estaba haciendo lo mejor que sabía hacer: extender su brazo para dejar a algunos acercarse pero no lo suficiente. Era más fácil para ella dictar quién podía acercarse más y no al revés, se rehusaba exponer a que la vieran tal como era y que decidieran que al final no era buena idea estar con ella. Pero ahí estaba él, que insistía, y ahora confundía su silencio con molestia cuando lo que ella quería era lo mismo que él.

Bea solía pensar mucho en lo que iba a decir antes de hablar y por eso se desconoció cuando sin pensarlo dijo:

—Yo también te quiero cerca.

Pablo la miró sorprendido, su postura se relajó al instante.

—Quiero decir… —continuó rápidamente—, no es una molestia que quieras conocerme. Yo no soy la mejor para esto y a veces suelo hacer cosas que no son las que realmente quiero.

Ella extendió su mano al cajón de su escritorio y de ahí sacó los post-its que Pablo identificó y soltó una risa pequeña. Ahí estaban todas las notas que habían intercambiado y que ella había comenzado a guardar.

—El del perrito es mi favorito. —Pablo había garabateado un basset hound usando un gorrito de hechicero por un chiste que no

recordaba—. No lo sabes, pero ese es de los perritos que más me dan ternura.

—Y es que es eso justamente, Bea. —él se acercó, apoyando sus antebrazos en el escritorio—. Hay muchas cosas que no sé y que quiero saber de ti.

—¿Quieres conocerme? —preguntó Bea por lo bajo, como si lo que acababa de decir fuese algo imaginario.

¿Esto era ser observada? Años después, Bea se acordaría de la forma en la que Pablo le sostuvo la mirada en ese momento. Mirar lo que hay a nuestro alrededor lo puede hacer cualquiera: uno ve a las personas que pasan, a los atardeceres tan inevitables y la silueta de alguien cuando se aleja de ti. Pocas veces se está dispuesto a realmente dedicarle una mirada a alguien. Observar es reconocerse, es querer ver más allá de lo que los ojos pueden hacerlo. Se requiere recorrer cada facción, cada gesto para traducir el lenguaje silencioso del cuerpo y lo que este quiere decir. Pablo parecía estar observándola y ella tembló de miedo.

—Pues sí, quiero conocerte. ¿Me aceptas una salida para platicar? —hubo una pausa de su parte—. Como amigos.

Quería fingir que ese "solo amigos" la tranquilizaba porque era eso lo que podría pasar entre ellos. Una zona segura donde nada se puede salir de control, sin que ella supiera las verdaderas intenciones del acercamiento de Pablo, cuando en realidad había sentido una punzada al escuchar la palabra "amigos".

El silencio de Bea se debió de haber sentido como duda porque Pablo continuó rápidamente:

—Te prometo que mis intenciones son genuinas.

Bea no le creyó en lo absoluto y aun así cuando Pablo le extendió la mano, ella la tomó, preguntándose si él también había sentido aquel hormigueo que recorría su piel.

Ella asintió suavemente, mirando su rostro.

—Amigos —Bea sonrió tímidamente.

En ese momento, cuando ambos se estrecharon las manos, sellaron un pacto sin saberlo. Una versión de ellos miraba aquel recuerdo con nostalgia desde el futuro y ahora sonreía ante el inicio de algo que los dos parecían intuir pero que no estaban listos para nombrar. Él quería regresar en el tiempo para hacer las cosas diferentes, para reiniciar, volver a esos instantes donde ninguno de los dos sabía lo que pasaría. Ella quería con todas sus fuerzas haber salido por esa puerta y no haber visto hacia atrás jamás. Por más que ya estuvieran en camino, los dos darían lo que fuera para regresar el tiempo y cambiar las cosas, un final que ambos ya conocían muy bien.

CAPÍTULO 5
2024, Ciudad de México

Los muertitos que habitaban las esquinas de la casona habían hecho todo lo que podían para ayudar a la situación tan extraña que parecía estar ocurriendo en su morada. Algo se sentía fuera de lugar desde hacía días. Las excentricidades eran algo cotidiano entre ellos: una travesura por aquí, una ayudadita a los que vivían con ellos, conversaciones con los vivos eran lo usual, pero algo no cuadraba desde hacía días y todo tenía que ver con lo inquieta que estaba Beatriz. La veían pasar un buen rato intentando dormir y estar más pensativa de lo común al despertarse. Notaban el cambio sin saber cómo ayudar a la más pequeña del hogar.

La tensión era tan evidente que la casona también tuvo que intervenir. Por las noches hacía que las suaves brisas que entraban por el ventanal del cuarto de Bea se sintieran frescas y no frías, la arrullaba como cuando era una bebé. Por las mañanas, les daba alpiste a los pájaros para que le entonaran sus dulces canciones. Incluso hacía que de las paredes brotara el eco de un organillo cuyas melodías sabía que le recordaban a Bea su infancia y cómo su corazón parecía bailar a su ritmo de lo mucho que le gustaba escucharlas. El piso donde ella caminaba nunca estaba frío y el agua caliente que salía de su regadera olía a jazmín y almíbar, un vapor dulce la relajaba y deshacía el nudo que tenía en su espalda. La casona no tenía que hacerlo, pero le gustaba cuidar de los suyos

echando mano de los trucos que había aprendido a lo largo de su existencia. La casona intentaba consolar a Bea de todas las maneras posibles, pero nada parecía tranquilizarla.

Sabía que en la mente de la joven había olas que se alzaban y caían con fuerza sin que ella pudiese controlarlas. Bea llevaba días en los que dormir le resultaba una tarea difícil. El café de su tía, que le daba paz en las mañanas, no sabía igual. Sus caminatas por la cuadra a primera hora de la mañana para remover sus energías no le quitaban la inquietud que parecía no tener a dónde ir. En el museo, el lugar que era su santuario, la perseguían ecos de una conversación y un acuerdo que sentía difícil de cumplir. Y Bea sabía muy bien que todo era por culpa de Pablo.

El único lugar donde parecía haber encontrado paz era su propia habitación, en la que le gustaba contarse historias para olvidar su complicada realidad. Lo hacía hasta que la voz de Pablo llegaba a ella, sin evitar sentir frustración. La casona estaba sostenida sobre unos cimientos que la abuela le había dicho que estaban combinados con obsidiana y tezontle, que aún se conservaban incluso en las paredes del lugar donde su familia había vivido por generaciones.

Era imposible pero ahí estaba: por las noches, cuando terminaba la rutina de skincare que hacía de manera religiosa después de cenar, lo escuchaba a través de las paredes. Todas las noches Pablo cantaba. No lo hacía muy alto pero con el volumen justo para distinguir su voz entre los demás ruidos de la casona. Lo podía imaginar perfectamente saliendo del baño mientras entonaba una de sus canciones y él, con comodidad, parecía reclamar aquel espacio como suyo con cada nota que salía de sus labios.

A lo lejos su voz era suave y grave; le hacía pensar que tal vez él tenía una costumbre de hacerlo sin que considerara que alguien lo pudiese escuchar. A veces cantaba en inglés y otras en español. Todas las veces Bea sentía su corazón apretarse y se debatía entre querer seguir escuchándolo o decirle que se detuviera. Recordaba

que alguna vez, en un pasado que parecía otra vida, Pablo le había cantado antes de dormir, mientras ella viajaba a mundos donde su voz la acompañaba.

Cuando Bea aceptó durante la primera semana que Pablo estaría en su casa, pensó ingenuamente que tal vez lo vería por las noches cuando regresara del museo. Que el tiempo se iría rápido entre la rutina de cada uno y que cuando menos se diera cuenta, su hermano estaría casado y Pablo regresaría de donde vino. Disfrutó aquellos primeros momentos en los que sintió paz antes de percatarse de que su vida cotidiana parecía merodeada por Pablo.

Lo que más le gustaba hacer para iniciar el día era correr. En su camino podía ver cómo la noche se convertía en día y el azul oscuro se consumía por la brillantez del sol. Cuando regresaba, ella salía al jardín y solo se sentaba a tomar su taza de café durante los minutos que tenía antes de comenzar su rutina. En algún libro había leído que contemplar era otra forma de meditación y ella decidió que, si mirar las primeras horas del día mejoraría su estrés, se tomaría quince minutos de su vida para solo existir mientras el mundo alrededor sucedía. Ese tiempo ahora se había convertido en un reto llamado "No veas a Pablo cuando recién termina de hacer ejercicio".

Al entrar a la casona después de su entrenamiento, Bea esperaba encontrar la cocina vacía y el usual silencio. Bastaron unos pocos pasos para saber que tenía compañía. Escuchó ruido proveniente de la cocina y, con pasos silenciosos, se dispuso a hacerle una broma a los muertitos que probablemente querían jugar con ella. Pero al saltar y exclamar un "¡Buuu!", al que se encontró fue a un Pablo sin camisa.

Lo primero que notó fue el ligero brillo húmedo en su piel. Al ver su rostro, se dio cuenta de que los pequeños mechones de su frente parecían estar igual de húmedos. Se fijó en que estaba usando shorts deportivos anchos y que llevaba tenis para correr. ¿Él también había salido? Bea intentó disimular su reacción y el recorrido de sus ojos sin mucho éxito. Sus brazos estaban torneados y su abdomen

era el de alguien que mantenía un balance entre comer saludable y disfrutar todo tipo de alimentos. No recordó que ella también estaba en shorts y en bra deportivo hasta que él sacudió su cabeza y volteó hacia otra dirección.

—Buenos días, Bea. ¿Todo bien? —una sonrisa coqueta se asomaba en sus labios, dejándole saber que había notado la forma en la que se miraron. Bea quiso borrarle con la mano aquel gesto que lucía demasiado bien en él.

Bea consideró regresar de donde vino, pero un escalofrío le previno que, si se iba, tal vez aquellos testigos invisibles de la escena la harían arrepentirse. A los muertitos les chocaba cuando eran descorteses con las visitas y, sin tener el contexto de su acuerdo, segurito le iba mal. Caminó hacia el refrigerador y lo abrió, buscando la garrafa de agua.

—Todo bien, gracias.

Ninguno de los dos dijo nada pero se sentía una tensión en el aire que los envolvía. Bea se sirvió un vaso de agua, mientras él le daba la espalda. Con cuidado, ella miró sobre su hombro y quiso maldecir en voz alta. En sus sueños más locos, Pablo se convertiría en todo lo que a ella le desagradaba, pero él parecía seguir haciendo todo lo contrario a lo que alguna vez se imaginó. Su espalda estaba adornada por aquellas pecas que había recorrido con los labios tantos años atrás, solo que ahora parecía más gruesa en los lugares correctos. Tal vez tendría la fuerza necesaria para sostenerla y ocuparse de ella sin problema alguno. Bea tuvo que cerrar con rapidez los ojos para contener lo que sea que estuviese experimentando su cuerpo al recordar lo que alguna vez fue sentir a Pablo encima de ella.

—¿Te gusta salir a correr?

Pablo seguía de espaldas y Bea se detuvo entendiendo la naturaleza de la pregunta. En el pasado ella había odiado salir a correr y mucho más levantarse temprano. Claro que Bea se acordaba de todas las veces que él la dejó dormir más tarde de lo

que debía. Suaves besos en su mejilla eran la alarma de aquellos primeros fines de semana juntos. Él aprovechaba para hacer ejercicio a primera hora y siempre, antes de irse, le dejaba un tierno beso, que hacía que ella se removiera suavemente. Cuando él regresaba, ella aún dormía y la mayoría de las veces cuando despertaba lo sentía abrazado a ella. Una punzada atravesó a Bea por recordar a esos chicos que dormían en los brazos del otro.

—Sí, le agarré el cariño gracias a mi hermano —su voz había sonado un poco dura. Bea sabía que no había razón para ser hostil después de la conversación que habían tenido el día anterior—. Me ha ayudado mucho para relajarme antes de empezar a trabajar.

Ella se giró y Pablo le sonreía dulcemente mientras se apoyaba en la mesa.

—¿Por qué sonríes así?

Él la miró y negó suavemente con la cabeza, todavía sonriendo.

—Solo recuerdos —él se encaminó hacia el pasillo—. Parece que hay cosas que cambiaron y que tengo que aprender de ti de nuevo.

Bea no tuvo tiempo de procesar sus palabras porque Pablo se detuvo a su lado y le hizo un gesto con la mano.

—Ten un lindo día.

Su voz sonó suave, confirmándole que él también era consciente del contraste de ese pequeño cambio en su rutina. Algo tan banal como comenzar a levantarse temprano se convirtió en el punto de partida de la lista de pequeñas cosas que hacían que no se reconocieran y que solo la llevaban a mirar al pasado para comprender lo que ya no existía entre ellos.

Bea sabía que convivir con él no sería fácil. Hubiera sido demasiado optimista de su parte pensar que verlo en su casa no le causaría ningún tipo de reacción, cuando ella bien sabía que, aun después de tantos años, él todavía aparecía en sus pensamientos de vez en cuando. Se preguntaba cada determinado tiempo lo que habría sido de él en esos siete años. ¿Cuáles eran sus nuevas películas favoritas? ¿Qué otros edificios había ayudado a alzar?

Lo que Bea no anticipó fue sentir curiosidad por obtener respuestas a esas preguntas. Ella lo observaba en silencio, intentando descifrar a este nuevo Pablo que tenía enfrente. Hacía una lista mental de las diferencias que había notado: antes separaba sus alimentos y ahora parecía no importarle, antes charlaba con personas desconocidas y ahora parecía ser igual de callado que ella; elegía bien sus palabras antes de contestarle a su madre o a su tía. ¿En qué momento se quedó sin tanto que decir?

Así como lo observaba de lejos, Bea intentaba sentir algo, por más ridículo que fuera, invocaba a aquella vieja intuición de los finales para que le anticipara el camino que debía tomar con él de nuevo en su horizonte, pero otra vez no sintió nada. Solo aquella curiosidad que parecía extenderse en su mente cada día que él pasaba cerca de ella. Aquello la frustraba y la hacía sentir tonta, ¿Cómo quería intentar adivinar el fin de algo que había terminado hace siete años atrás? Era claro que el vacío solo se traducía a que ahí, con él, no había nada para ella.

Los días pasaron y, para su alivio la casona volvió a llenarse de vida y ruidos por todos lados. Era un día especial que la mayoría de los miembros de la familia esperaba con emoción. Siguiendo las tradiciones de los Domínguez, la "comida-despedida de solteros familiar" tendría lugar en el patio central de la casona. Organizar una comida temática ocupaba los primeros lugares en la lista de cosas que la familia sabía hacer a la perfección. La reunión estaría llena de música, rica comida y juegos para amenizar a los futuros esposos. La expectativa era tal que en cuanto alguien entraba a la casona olvidaba sus problemas y agobios. Algunos amigos de Hugo se preguntaron por aquella sensación de alivio y tranquilidad instantánea que habían sentido al pasar por las rejas de la casa de los Domínguez. Quienes estaban familiarizados con la casona y su presencia sentían la emoción de ella y de todos los que se asomaban juguetonamente, queriendo participar en las festividades. Había felicidad en cada paso que daban, cada ingrediente añadido a los

guisos y cada silla puesta para las personas que querían a los González.

Bea nunca paraba de sorprenderse por la forma en la que toda su familia parecía saber quién hacía qué y la forma de prepararlo. A primera hora, Pablo no era el único que había entrado a la casona después de ella. Sus tías y tíos hacían diferentes listas con los ingredientes que iban a necesitar. Todos se habían levantado desde las cinco de la mañana para ir al mercado, hacer la compra y regresar a cocinar los guisos para la noche. Al entrar a la cocina antes de ir a trabajar, Bea sintió el rico olor del lomo hirviendo en la enorme olla que se usaba para ocasiones como esa. El olor del laurel y de la carne cocinándose al calor de la estufa se impregnaba en cada esquina de la habitación. Su tía Leonor era la encargada de preparar el pozole porque era la única a la que le salía igualito al de la abuela.

—Te juro que a veces la vuelvo a sentir sobre mi hombro vigilando que no me pase de chile guajillo. "Si te hace falta, va a estar aguado y si te excedes, le va a picar a todos" —su tía imitaba la voz de su madre con la diversión de alguien que recuerda y extraña.

Leonor comenzaba a cortar los rábanos en rodajas finas, mientras el pozole hervía poco a poco hasta despedir aquel aroma que le recordaba a tantos cumpleaños y fiestas del 15 de septiembre en las que nunca faltaba el pozole.

En otro lado de la mesa, su tío ayudaba a tatemar los chiles poblanos para los pays de rajas que tanto les gustaban a todos en la casona.

—¿Crees que acepten mi ayuda aunque no tenga ni idea de cómo es la cocina mexicana?

La voz de Pablo la sacó de sus pensamientos. En algún momento se había parado a su lado, en la entrada de la cocina. Hoy Pablo había elegido unos joggers oscuros y una sudadera gris con los que lo había visto tener videollamadas de trabajo

—¿Estás dispuesto a no ser libre hasta el mediodía?

Él alzo el vaso que tenía en su mano, que parecía tener alguna especie de proteína color crema.

—Se ve divertida la forma en la que cocinan. No estaría mal aprender algo de gastronomía mexicana para llevarme a casa.

—¿Y tú desde cuándo cocinas?

Él le guiñó el ojo y avanzó hacia donde Alicia metía los primeros chiles tatemados a sudar en una bolsa de plástico. Bea frunció el ceño por verlo ahí, involucrándose con su familia como si fuera lo más natural del mundo.

Bea se fue al trabajo, pero como era un día especial, su jefe le había dado la oportunidad de retirarse antes de la hora de la comida. Cuando llegó a la casona y se asomó al jardín, su madre y Pablo estaban acomodando las últimas sillas para los invitados. Reconoció las cajas de cartón en donde estaban las decoraciones para los centros de mesa que habían hecho sus tíos y primas. Para los Domínguez, cualquier motivo era bueno para una reunión improvisada, más cuando se hacía con la promesa de conocer los nuevos chismes que llegaban de los vecinos.

—¿Qué te traes tú con el españolito, querida?

Si Bea tenía que cuidarse de alguien era de los ojos de su tía Leonor, quien la miraba de forma pícara. En su mano había un vaso de lo que ella adivinaba que era limonada que habían hecho juntas la noche anterior.

—¿Con Pablo? Nada, tía —Bea sabía que era prácticamente imposible mentirle a su tía favorita, que parecía saber lo que pasaba por la mente del otro.

—¿Segura? —era evidente que ella no le creía.

Bea asintió y la miró curiosa

—¿Por qué lo dices? ¿Hay algo que me quieras contar, tía adorada?

Esto último lo había dicho de manera cómica, e hizo que Leonor se riera por lo bajo y le pasara un brazo por la cintura, acercándola a

ella.

—No tengo nada que contarte, pero sospecho que tú a mí sí, pero está bien, todos tenemos derecho a un par de secretos —Leonor la miró y le acomodó un rizo que se había salido de su coleta —. Luego por miedosas o tímidas podemos estar dejando pasar buenas experiencias.

—No lo sé, tía. La Bea a la que él conoció en el trabajo ya no existe y creo que me he convertido en algo distinto.

Bea decidió dejar salir un gramo de verdad en sus palabras, intentando buscar en su tía el consejo que sabía que necesitaba. Su tía bufó por lo bajo.

—Si no le caes bien, es asunto suyo. No hay ni un hombre guapo por el que valga la pena el nerviosismo. Apuesto lo que sea a que tú eres mil veces más interesante que él.

Bea sonrió dulcemente mientras le daba un beso en la mejilla a su tía. Leonor le apretó el hombro y se dio la vuelta, dirigiéndose a la alacena de la cocina, entrando en ella sin importar la oscuridad y las cosas que Bea sabía que ahí dormitaban a esa hora del día.

La casona veía a las personas caminar, entrar y salir de diferentes habitaciones y salas. Al igual que Leonor, ella también se había dado cuenta de aquel interés que había entre Pablo y Bea. La menor de los Domínguez estaba demasiado ocupada intentando ignorar al hombre y era incapaz de ver cómo él parecía estar al pendiente de ella. Si necesitaba la sal a la hora de la comida, él era el primero en acercar el frasco de cristal a su mano. Si ella parecía tener frío a la hora de la cena, él se quitaba la chamarra y la dejaba atrás de su asiento.

Bea era difícil de leer, pero la casona percibía que las pequeñas señales estaban ahí. Ella, que se fijaba en todo, conocía que Bea hablaba con el cuerpo. Cada vez que él entraba a la habitación, ella parecía ponerse inquieta, sin saber dónde poner las manos ni cómo acomodarse para disimular lo que le provocaba verlo. Era diminuta, casi imperceptible, pero ahí estaba una sonrisa que amenazaba con

salir cuando Pablo interrumpía su silencio y participaba brevemente en las conversaciones.

Bea decidió ayudar a acomodar el resto de los utensilios de la mesa para distraerse; había ido a buscar más vasos y algo que se le había olvidado en ese momento. Apoyó la frente contra la puerta de la alacena y cerró los ojos mientras respiraba profundamente. El olor a canela y a especias se sentía en todas partes y eso la calmaba. Le recordaba al arroz con leche que su abuelita hacía cuando parecía que el cielo de la ciudad se caía de tanta lluvia. Unos pequeños susurros, muy bajitos, comenzaron a sonar al fondo donde alcanzaba a iluminar la luz del único foco que colgaba del techo de la alacena.

—Ya voy, ya voy… denme un minuto y salgo. No quería interrumpir su siesta después de la merienda, sus reales majestades.

Las voces se callaron en ese momento, odiaban aquel apodo que Bea les había puesto para aquellos momentos cuando se ponían exigentes. El plan de Bea era simple: tratar de ser educada, platicar un poco y ayudar a que la boda de su hermano saliera a la perfección. No debía de ser tan difícil hacer que todo saliera sin contratiempos. En los pocos días que habían estado bajo el mismo techo, Bea notó que los dos tenían rutinas diferentes y así se podían evitar fácilmente. Pero no contó con que Pablo le hiciese conversación o, peor aún, que estuviese pendiente de lo que ella necesitara.

Un "¿Cómo te fue en el trabajo?" cuando ella lavaba los trastes sucios de su lonchera. "¿Necesitas ayuda con eso?" cuando el picaporte de la casona hacía de las suyas y no lograba hacer que la llave girara, dejándolos a los dos afuera por unos momentos. Si lo pensaba bien, Pablo no estaba faltando a su acuerdo y parecía haber encontrado un espacio seguro donde acercarse.

Sabía que, dentro de ella, la Bea de hace algunos años quien alguna vez le rezó en ventanas abiertas a la luna y a las estrellas entre llantos por una oportunidad de volver a tener una última

conversación, por fin estaba obteniendo lo que quería. Estaba frente a él y la posibilidad de conocerlo la paralizaba y la emocionaba en partes iguales.

Con un suave golpe, Bea apoyó su frente en la puerta de madera y respiró profundamente.

Bea, Bea… ¿Cuándo vas a aprender? Acuérdate por favor que esta curiosidad de hablarle fue la misma razón por la que lloraste tanto tiempo cuando todo terminó. ¿Así de fácil se te olvidó todo?

Una voz pequeña, la parte que tendía a ser más amable con sus sentimientos, le decía que era normal sentirse así. Después de todo, esa herida ya había cerrado y, aunque dolía, el tiempo había hecho su parte para secar cualquier tipo de sangre que hubiese salido después de lo que había pasado entre ellos. Reconectar parecía inofensivo cuando aún comprendía un poco por lo que ambos habían pasado. Eran unos niños que jugaban a entender el mundo y pensar que todo era posible porque se amaban.

Ella había sanado y se sentía con la capacidad de una reconexión con alguien a quien había querido tanto pero, por otro lado, las noches sin sueño y el enojo de su propio corazón roto le gritaban que se mantuviera lo más alejada posible. Dos partes de ellas luchaban en su interior y ella no sabía a quién escuchar.

Un ruido proveniente del fondo de la alacena la hizo brincar. Una lata de duraznos en almíbar rodó hacia donde estaba y se detuvo a sus pies lentamente. Una forma discreta pero precisa de que los otros ya se habían cansado de verla perder la cabeza por algo que seguramente ellos sabían tenía una sencilla solución.

Y era verdad que estaban igual de frustrados que la niña Bea. Ninguno de ellos parecía entender por qué ambos se resistían a la posibilidad de volver a conocerse. Quizá les parecía obvio, viéndolos de lejos, que los dos morían por hablarse, pero no lo hacían. Incluso si las historias de amor terminaran, ¿quién dice que no podían volver a comenzar? Quién mejor para entender el inicio y el final de las cosas que la misma casona que miraba con compasión la escena. Tal

vez pensaba que algo podría hacer al respecto. Si algo la hacía estremecerse y sentirse viva era la posibilidad de un gran amor. Algo tendría que ocurrírsele, pensó ella mientras veía a Bea agacharse y sonreír, mientras mostraba a la aparente nada que había muchos de sus inquilinos escondidos en sombras.

—Gracias por recordarme a lo que venía.

Un guiño y ella salió de la alacena.

Bea disfrutaba ayudar a su familia en este tipo de ocasiones. Para las seis de la tarde ya casi todo estaba listo y en su lugar: la comida permanecía caliente en las enormes ollas sobre la estufa, las bebidas se encontraban en una mesa en el exterior, música sonaba de algún lugar de afuera también y el cielo parecía estar de su lado al estar completamente despejado. ¿Qué podía salir mal?

A eso de las siete, los invitados comenzaron a llegar. Amigas y amigos de los novios, que iban por primera vez a la casona, miraban impresionados su interior. Los que eran más sensibles presentían que no debían merodear en los pasillos si no querían ver algo que probablemente no debía ser visto por ellos. Otros se maravillaban por la decoración y el olor antiguo que despedía la madera presente en la mayoría de las habitaciones.

Bea estaba sentada a la mesa donde estaba la mayoría de su familia. Como había predicho, esa también era una noche de otoño que tanto le gustaban de la ciudad. Aunque no se veían las estrellas, el cielo oscuro le devolvía la mirada mientras sentía el fresco entrar a su cuerpo. Frente a ella había velas de diferentes tamaños, cuyas flamas ondeaban con el aire. Aquel calor, por más pequeño e imposible que fuera, le quitaba un poco el frío que sentía con aquel vestido de tirantes que había escogido para la ocasión. Pasar frío en la casona era prácticamente imposible porque siempre los mantenía cálidos a todos, pero hoy esa calidez no parecía ser lo suficientemente potente.

En esa época la Ciudad de México se sentía más mágica que de costumbre. Los muertitos disfrutaban el olor a arroz con leche y el

chocolate que inundaba las esquinas de la casa. Los árboles se volvían amarillos, el frío se mezclaba con el calor del mediodía y a ella sólo se le antojaba quedarse en casa para ver a las personas pasear por la calle a través de las ventanas de la sala. La ciudad tenía una manera muy singular de cambiar de estaciones.

Ojalá siempre fuese otoño, pensó Bea mientras jugaba con uno de los adornos de la mesa.

Toda su familia estaba ya sentada a su alrededor, menos los novios, que saludaban y platicaban con sus invitados. Sus tíos sorbían lentamente un pequeño caballito de tequila que su madre les había llevado para brindar por otra historia de amor exitosa. Al lado de ella había un asiento vacío recordándole quién hacía falta.

Como si él hubiese escuchado el llamado, Pablo entró al jardín haciendo que muchos de los amigos de Hugo e Inés se volvieran a verlo.

Desde donde ella estaba sentada podía verlo de lejos sin que se notara que tenía la intención de estudiarlo. La camisa que usaba dejaba adivinar su pecho ancho. Los pantalones sueltos color beige se amoldaban en las zonas correctas. *Caray, ese hombre sí sabe vestirse*, pensó mientras lo veía caminar como si hubiese pasado por este jardín miles de veces antes. El cabello oscuro húmedo caía en suaves ondas sobre su rostro, dándole un aire casi tierno.

Odiaba saber que ella no era la única en notar la energía que exudaba Pablo. Las primas de Inés, que estaban sentadas en una mesa cercana a la suya, lo estaban mirando también y podía jurar que entre ellas había comenzado la pelea por ver quién sería la primera en presentarse, en ligarse al extranjero guapo que los novios habían traído para ellas. Bea se preguntó si él le haría caso a la que tuviera el valor que a ella le faltaba para acercarse a él.

La amargura de pensar en ver a Pablo coqueteando con alguien más le hizo tomar la botella de mezcal para servirse el primer caballito de la noche, duro y derecho.

—Bea… —su madre la miraba con paciencia—. Ya sabes cómo te pones con el mezcal. No queremos subirte a dormir tan temprano, ¿verdad?

Su tío alzo su propio caballito, contrario a lo que acababa de oír, se tomó el resto del tequila que había en el suyo. Bea se río y recordó dónde estaba. Esta ciudad, esta casa era su territorio. Aquella mesa estaba llena de sus primos que, en solidaridad y sin tener detalles de nada, se habían tomado el resto de su bebida junto a ella. Su madre negó con la cabeza mientras ella misma se terminaba el resto de su caballito, acompañándola. Rodeada de tanto amor era casi imposible que algo pudiese salir mal.

Pensó que el mezcal la haría entrar en calor, pero no, aún sentía el frío de la noche recorrer todo su cuerpo. Sin muchas ganas, Bea se levantó y caminó hacia el interior de la casona evitando al grupo de personas con las que estaban Hugo, Inés y Pablo.

La casona, que veía el inicio de las celebraciones a través de una de las tantas ventanas, no pudo evitar querer salvar a Pablo de las conversaciones que sabía que a él le incomodaban, pero que participaba para no parecer grosero. Por lo que sabía, él no solía ser alguien que transgrediera los valores de la familia en la que había crecido. Ella lo había visto ayudar a los Domínguez a preparar todo para la ocasión. Cuando todos se habían retirado, Pablo caminó hacia su habitación sin saber que era observado. Apenas entró y vio lo cómoda que parecía la cama, quiso acostarse unos cuantos minutos antes de entrar a la regadera. El aire otoñal de la Ciudad de México, los ruidos que le recordaban tanto a Madrid, el olor de alguna repostería cercana terminó de hacerlo cerrar los ojos y entrar en un sueño profundo.

Ella también lo había visto trabajar en los últimos días. Habían sido días pesados en la firma y el estar tan lejos hacía que la labor no fluyera tan fácilmente como en otras ocasiones

Analizándolo, Pablo parecía ser bueno leyendo a las personas. Tenía un sentido agudo para anticipar las necesidades y encontrar

soluciones a problemas. Por lo que ella y los muertitos habían escuchado, era bueno negociando y tratando a sus clientes. Era de esas mentes que les recordaba a los primeros habitantes de esa casa que comandaba con cierta rigidez y compasión a sus empleados

No anticipó lo duro que sería continuar su labor desde lejos con la diferencia de horario, pero todo eso parecía desaparecer cuando Bea llegaba a la casona. Tal vez por el exterior parecía alguien contenido que se limitaba a lo que ambos habían acordado para el otro, pero en su interior su imaginación dejaba salir lo que realmente quería.

En los sueños del joven sucedían conversaciones, encuentros en los que se sentía con la libertad de hacer preguntas y obtener respuestas. En otros momentos, cuando el deseo y el recuerdo se mezclaban, Pablo sentía manos que comenzaban a tocarle la espalda con una suave caricia que lo estremecía. Estas se sentían cálidas contra su piel y pacientes en su recorrido.

Esa tarde, esas manos sujetaron su cabello y descendieron hasta tocar su pecho. En sueños, el joven emitió un suspiro como de gusto nacido de su garganta. Las manos conocían sus puntos débiles. Aun en el sueño, sintió una respiración suave, un olor a vainilla y unos labios carnosos recorrer aquel punto justo debajo de su oreja que sabía que a Bea le gustaba morder.

—Bea.

El joven se levantó exaltado, encontrando su cama vacía.

Se tocó el pecho con ambas manos, como queriendo comprobar si había sido real, queriendo guardar un poco más la sensación de aquellas manos tan familiares para él. La casona vio el momento exacto en el que el joven miró hacia el ventanal y cómo el día se había convertido en noche.

—¡Mierda! —exclamó por lo bajo, mientras se desenredaba de las sábanas y entraba al baño.

Dándole privacidad, la casona decidió dejarlo solo para mirar hacia fuera, donde seguían llegando personas. Un tiempo después vio a Pablo entrar al jardín buscando a alguien entre la multitud, pero solo logró verla por un instante antes de que Hugo lo tomara por el hombro y lo guiara lejos de donde él parecía querer ir.

La casona sabía que Pablo era bueno para disimular su nerviosismo cuando lo presentaban con los invitados. Un movimiento de sus dedos que ocultaba en el bolsillo de sus pantalones, una sonrisa complaciente que no llegaba a ser cien por ciento genuina. No lo hacía por fingir algo que no era, sino por no saber exactamente qué decirles a las personas. En los últimos años, tenía menos amigos y era de los que preferían escuchar que hablar. No ayudaba que algunas primas de Inés fueran más efusivas que otras, mostrando un obvio interés hacía él. Una de ellas incluso se inclinó para recoger algo que había dejado caer a propósito al pasto, dejándole ver un poco de su escote.

La única persona que no lo hacía sentir de esa forma caminaba en la dirección opuesta a donde él estaba. La casona nunca abusaba de sus habilidades, solo se limitaba a observar y a saber cosas que no se podían percibir con los ojos, pero ahora, al ver que Pablo miraba a Bea de aquella forma intensa, no pudo evitar querer saber más.

Un vistazo al corazón de aquel hombre le dejó ver que ahí había una tormenta de emociones, alguien que oscilaba entre respetar lo que Bea le había pedido y seguir sus sentimientos, alguien asombrado por el milagro de volver a estar en el camino de una persona que había alterado su forma de ser desde que se dijeron adiós hace tantos años. En él había mucho ruido y dolor por esa época en su vida donde el silencio comenzó a ser algo habitual para él. Pablo extrañaba las palabras y estas de repente habían llegado de nuevo, sin saber exactamente cómo usarlas.

Del otro lado del jardín y cubriéndose con una chaqueta, Bea caminaba hacia donde se encontraban su hermano y sus amigos

sabiendo que era momento de acercarse. Saludó a todos hasta que alguien la sostuvo demasiado cerca y la tomó por la cintura; se incomodó en cuanto se dio cuenta de quién se trataba.

—Hola, perdida. ¿Por qué tardaste en venir a saludar?

Ella solo le sonrió sarcásticamente, apartándose de él.

—Hola a ti también, Armando.

Armando había sido un error del cual prefería no acordarse y menos ahora que sus sentidos parecían estar más alertas de lo usual. Antes de que él pudiese hacer otra cosa, ella se alejó y al girarse se topó de frente con Pablo, que había observado aquella interacción mientras bebía su cerveza.

¿Así o más ridícula, Bea?, pensó cuando lo saludó con un gesto rápido con la mano antes de voltearse hacía las otras damas de honor que platicaban entre ellas. En cuanto Inés la vio, aplaudió emocionada antes de lanzarse a sus brazos y darle un beso en la mejilla

—¡A ti es a quien estaba esperando!

Por el gesto decidido que tenía Inés, Bea supo que estaban a punto de tener una reunión exprés de damas de honor. Su cuñada podía ser una ternura, pero cuando se trataba de planear algo se convertía en una general que comandaba y organizaba a todos, al borde de temerle si algo no iba de acuerdo con el plan. Inés se volteó hacia todas las damas que la veían divertidas.

—Me parece excelente que Bea haya decidido acercarse porque quiero darles un par de anuncios —Inés dio unos pasos hasta donde estaba su bolso en una de las sillas y sacó una libreta que Bea sabía que usaba para anotar sus pendientes—. Quisiera repasar un par de pendientes que tenemos que revisar… Ya tienen cita con el maquillista, ¿cierto?

Todas asintieron.

—¡Buenísimo! Asegúrense de decirle a Bea sus horarios para que estemos listas para antes de las cuatro de la tarde. Además tienen que ir a la prueba final del vestido. Está agendada para el día de…

Bea agradeció a todo lo bueno que habitaba en la casona por la distracción que estaba proveyendo su cuñada, porque le permitía apartarse de la mirada que sentía proveniente del grupo de padrinos, donde su hermano conversaba con ellos. De reojo podía ver cómo Pablo la miraba y ella intentó ignorar las ganas que tenía de mirarlo también. No pasó mucho tiempo para que todos tomaran asiento y comenzaran las celebraciones de la noche. Bea había organizado algunos juegos que incluían desde aconsejar a la pareja en papelitos que eran guardados en una cajita de madera hasta autografiar una foto de los futuros esposos cuando apenas comenzaban a salir. Algunos amigos se animaron a contar historias cómicas de Hugo e Inés, coincidiendo en que el amor para ellos siempre fue inevitable y cómo el inicio de su "por siempre" fue muchísimo antes de la boda que celebrarían.

—Estos dos iban a acabar juntos a la larga, solo era cuestión de tiempo y que se dieran cuenta… ¡salud! —exclamó Manuel, uno de los mejores amigos de Hugo desde la secundaria.

Alzaron sus bebidas y brindaron felices.

Solo la casona notó cómo cierta parejita parecía contar sus respiraciones, sentados uno al lado del otro, quietos por miedo a rozarse. Él parecía intentar mantener sus manos ocupadas con lo que sea, mirando fijamente hacia el frente. Ella jamás entendería por qué los jóvenes se complicaban tanto. La vieja casona hacía memoria de tiempos lejanos, no estaba segura de si eran sueños o vidas pasadas; sabía lo delicioso que era entregarse al amor, ahogarse en él y dejar que este te convirtiera en algo que no reconocerías más. Muy pocas cosas valen el dolor que se vive cuando se quiere hasta los dientes y era claro que entre ellos había algo, por más que Bea lo intentara negar.

¿Qué podía hacer ella para ayudarlos? Muy pocas cosas la frustraban tanto como las historias pendientes. Si ella no intervenía, ninguno de los dos haría algo y aquello se marchitaría entre miedos

y límites. Le daba hasta coraje pensar en que aquella historia estuviera trunca.

Bastó con ver a Leonor para saber que ella era la indicada para el pequeño plan que comenzaba a armar en su mente. Desde que llegó del hospital durante un día lluvioso de abril, la casona supo que Leonor Domínguez pertenecía al tipo de personas con corazones profundos que sabían de tinieblas, por eso no le sorprendió que fuera la única que pudiera ver lo que habitaba en la casona. Tenía ocho años la primera vez que ocurrió y desde entonces le gustaba charlar con los muertitos. Sabía que eran inofensivos. Su hermana Alicia se quedó quieta cuando uno de los muertitos la sorprendió una mañana mientras se lavaba los dientes. Leonor se había asomado y ella solo se rio por lo juguetones que podían ser aquellos personajes vestidos con ropas antiguas. Ella sabía que solo se encargaban de hacer la casona un lugar seguro.

Todos los Domínguez podían sentirlos, pero solo Leonor los podía ver y escuchar, aunque casi no decían mucho. Solo lo hacían en momentos determinados, cuando necesitaban que les echaran la mano en algo, como ocurría ahora con la casona. Por eso cuando Leonor los escuchó murmurar algo a sus espaldas, los oyó bien fuerte y clarito.

¿Qué mejor cosa para resucitar algo que los mismos muertitos?

Leonor escuchó atenta, intentando disimular la emoción que aquello le produjo. Miró a Pablo y a Bea y, por lo bajo de la mesa, chocó los cinco con una mano que sabía que no pertenecía a ninguno de los invitados.

Leonor carraspeó y así llamó la atención de la pareja.

—Pablo, Bea, ¿me puede hacer un favor? Las botellas de agua mineral se quedaron en la alacena y quería ver si podían echarme la mano sacándolas. Andar todo el día metida en la cocina me sacó un dolor tremendo en la espalda. Además, creo que la tía Caro y el tío Carlos ya necesitan algo más… tranquilo.

Los tíos, que ya estaban algo cimbrados por el dulce vino que tanto les gustaba para esas ocasiones, alzaron sus copas mientras vitoreaban un "¡Salud!" emotivo y fraterno, mientras reían por un chiste que solo ellos dos compartían. Era bastante cómico si se veía de cerca.

Pablo y Bea se levantaron de la mesa para ir a la alacena. En algún punto, el rocío de la noche había humedecido la tierra y los tacones de Bea comenzaron a atorarse en el pasto del jardín. Ella caminaba con un poco de dificultad, pero intentaba disimularlo lo mejor posible con paso lento.

—Si hubiese sabido que les gustaba tanto el vino, hubiese traído uno de mis favoritos de España.

—¿De los que me llegaste a dar a probar? Unas cuantas copas de esas y mi tía estaría declamando algún poema de esos que tanto le gustan de las poetas argentinas. Ganas no le hacen falta.

En ese momento, el tacón de Bea se atoró sin que pudiera sacarlo a tiempo, haciendo que casi cayera de cara sobre el pasto. Ella había metido las manos para no pegarse, pero unas manos grandes la sostuvieron de la cintura y el vientre, parando el impacto. El hormigueo lo sintió en todo su cuerpo. Pablo la miraba como si él también sintiese aquella vieja sensación de cuando sus pieles se tocaban.

—¿Estás bien?

La ayudó a enderezarse. Bea asintió mientras luchaba contra las mariposas de su estómago que azotaban con fuerza cuando vio a Pablo ofrecerle su brazo. ¿Es que era imposible no querer derretirse por él? Ella lo aceptó y detestó cuando fue consciente de cómo se sentía su bíceps alrededor de su mano. Le ardía la piel y no encontraba una forma de parar esa sensación.

Cuando entraron a la cocina, el olor de los diferentes guisos los envolvió: la carne del pozole que hervía en una enorme olla, el aroma entre dulce y salado de los pays de rajas que se entibiaban

en la mesa. No sabía lo hambrienta que estaba, hasta su estómago sonó lo suficiente para que Pablo ahogara una risa.

Bea entrecerró los ojos.

—Te prometo que una vez que pruebes los platillos vas a entender mi reacción.

Pablo alzo las manos

—Yo no juzgo —Pablo hizo el gesto cómico de sostenerse el estómago, lo cual casi hizo que Bea se riera—. Llevo desde la mañana que comenzó toda la preparación queriendo probar los platillos.

—No tienes ni idea. Mi familia tiene muy buena sazón. Aquí no juzgamos si repetimos platos, nos da igual lo que piensen los demás.

Él se detuvo frente a la puerta algo pequeña de la alacena, la abrió e hizo un gesto con la mano para que ella entrara primero. La oscuridad se transformó en luz cuando Bea alzó la mano para tocar el hilo de cuentas de metal que colgaba en medio de la reducida habitación. El viejo foco parpadeó hasta iluminar el espacio entre ellos. Pablo miró a su alrededor, admirando las diferentes especias y alimentos acomodados en los estantes, ajeno a los muertitos que discutían si debían sacarlo de sus aposentos o no.

—Hay cosas que nunca cambian, supongo. Esa fue una de las cosas que más me llamó la atención de ti.— Bea, quien estaba agachada dejó su brazo extendido con una de las botellas de agua mineral para que Pablo la tomara. Al escucharlo se había quedado helada al reconocer el pasado que compartían.

—¿Cómo puedes decir eso así tan… fácilmente? —su voz había sonado más fría de la que pretendía, dejando a Pablo sorprendido.

—¿Cómo?

Él se agachó y se puso frente a ella de cuclillas. Teniéndolo tan cerca era complicado concentrarse, hacía que la determinación de escoger una de las tantas voces de su mente flaqueara.

—Pues así, hablas del pasado como si… como si lo que pasó entre nosotros fuera un recuerdo alegre.

—¿No lo fue para ti? —fue apenas un susurro, tanto que el sonido del portazo de la entrada de la alacena los hizo brincar, haciendo que ella perdiera el equilibro y, una vez más, él la sostuvo.

Miraron de inmediato hacia la puerta.

—Ay, no… no, no, no…

Bea se reincorporó y caminó hacia la entrada temerosa de que sus sospechas fueran ciertas; sabía perfectamente que las puertas en esa casa nunca se cerraban por accidente. Una, dos veces giró el picaporte sin éxito.

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué pasa? —sintió a Pablo a su lado, intentando ver lo que pasaba. Debió ser difícil cuando la única fuente de luz provenía de un solo foco que ahora parecía insuficiente.

Ella suspiró.

—Estamos encerrados en la alacena y no creo que vayamos a poder salir pronto.

—¿Puedo?

Pablo pidió permiso para pasar y extendió el brazo. Ella se alejó y lo dejó intentarlo. Él se acercó a la puerta y trató de abrirla. La sacudió, giró la perilla, pero ella sabía que ningún truco haría que se abriera.

Pablo seguía intentando abrir la puerta, Bea se sentó en el piso y sacó su celular del bolso de su abrigo. Comenzó a escribirle a su tía, que sabía que estaría pendiente de sus mensajes.

Bea:
Vengo a confirmarte que estamos atorados en la alacena, espero estes feliz. 😠

Tía Leo:

Me lo agradeces después, mi cielo. Disfruten el vino que hay al lado de las botellas de agua mineral. 

—El picaporte no se mueve por nada del mundo —confirmó Pablo, sentándose con las piernas cruzadas frente a ella. Él se fijó en el celular de ella—. ¿Pudiste contactar a alguien de afuera?

—Todavía no. Le mandé un mensaje a mi tía, pero aún no me contesta. Creo que lo debió dejar en la mesa y dudo que lo vaya a revisar pronto por como suena la fiesta desde aquí —mintió.

A lo lejos podía escuchar cómo la música subía de volumen. En algún lugar del jardín, sus tíos comenzaban a cantar canciones en el karaoke que habían instalado, los tragos solo servían para que la gente a su alrededor se soltara. Todos tenían una medida que casi nunca pasaban y que solo hacía que el alcohol alargara la diversión. Ella escuchó los primeros acordes de "La maldita primavera", de Yuri, y la voz del tío Carlos que entonaba su canción favorita.

Bea rio bajito, negando con la cabeza lo ridícula que era la situación. Era imposible olvidar que estaba sola, más cuando sentía la mirada de su acompañante. Pablo parecía estarla estudiando. La alacena, siendo el lugar donde los muertitos dormían, nunca la había aterrado tanto como lo hacía ahora.

—¿En serio sientes que lo que tuvimos no fue algo bueno?

Su voz sonaba entre una mezcla de tristeza y suavidad, como si estuviese dirigiéndose a un animal asustadizo que al mínimo cambio de tono o palabra equivocada saldría corriendo sin voltear a ver atrás. Y juzgando por lo que Bea estaba sintiendo, no estaba equivocado.

Resignada, Bea se estiró hacia las botellas de vino, tomó una y la descorchó. Viéndolo fijamente, le dio un largo trago, haciendo que el líquido se sintiera caliente en su estómago. Cuando terminó, ella estiró su brazo y le ofreció la botella.

—Si vamos a hacer esto, creo que ambos lo vamos a necesitar.

Pablo extendió su mano aceptando la botella y la inclinó, dándole un largo trago, ignorando que sus bocas habían tocado el mismo punto sin mucha importancia.

—Creo que, si queremos hacer las cosas bien, tenemos que hablar del enorme asunto pendiente que hay en esta habitación —Bea suspiró—. No fue mi intención sonar como una insensible ni cruel hace un rato. Claro que es un lindo recuerdo para mí.

Como si se tratase de una película antigua, los recuerdos pasaron por su memoria. Se escuchaba el mar y las risas de unas versiones más jóvenes de ellos. Regresaban a un tiempo donde el amor podía durar para siempre, donde todo era posible. Rememoraba el azul del mar y la enorme ciudad que lo bordeaba, el tiempo cuando se quisieron, antes de que todo se saliera de control y se borrara sin que alguno de los dos pudiese hacer algo.

Bea le dio otro trago al vino.

—Estaría mintiendo si dijera que fui infeliz y creo que lo sabes. Es solo que… —susurró— me está costando mucho trabajo todo esto.

Bea miró hacia sus piernas, rompiendo el contacto visual por lo difícil que era admitir que nada de esto la hacía sentir en control.

—A mí también me está costando trabajo tenerte enfrente y no poder hacer lo que realmente quiero.

Eso hizo que Bea alzara de golpe la mirada hacia Pablo, que tenía un brillo peculiar en sus ojos. ¿Que no acababa de escuchar que no era fácil para ella tenerlo tan cerca? El Pablo juguetón que conocía se asomaba y decía exactamente lo que sentía.

—No nos hemos visto en los últimos siete años, absolutamente nada de nada. Al menos yo no he sabido nada de ti y tú…

—Nunca le pregunté a tu hermano sobre ti, si es lo que quieres saber. No porque no quisiera saber de ti, sino porque sería injusto que uno de los dos tuviera más información del otro. Jamás imaginé que volvería a tenerte así de cerca y…

Pablo señaló su pecho y a ella con su dedo índice, como si las palabras no bastaran para describir lo que le causaba volver a verla. Se debió de haber sentido demasiado porque Pablo dejó salir una risa nerviosa y sacudió su cabeza mientras Bea comenzaba a sentir curiosidad.

—Reconozco que la dinámica que hemos tenido estos días ha sido un poco… extraña. No estoy siendo el mejor en mantener una distancia porque, para ser honesto… quiero estar cerca de ti. Antes de quererte, fuiste mi amiga. Claro que quiero saber lo que fue de ti en todo este tiempo. Me importa conocerte de nuevo.

A Bea no se le escapó la forma en la que, al estar sentado con sus rodillas flexionadas hacia su pecho, Pablo apretaba un poco sus manos contra su pierna, sin esperar que ella reconociera otros sentimientos pasados que Bea sabía que no tenían nada que ver con ella, pero que habían impactado en su separación.

Así de vulnerable y viendo lo transparente que Pablo parecía ser, sintió un nudo en la garganta pequeño, pero que comenzaba a apretar. Se le había olvidado lo potente que era ser honesta, sin tapujos. y que la otra persona la comprendiera. Si fuese alguien más hablándole de esa forma, Bea se hubiese recluido sin pensarlo dos veces, pero se trataba de Pablo. Alguien que alguna vez supo y entendió lo abrumadoras que eran ciertas emociones para ella. Que la había acompañado y ayudado a desenredar los hilos que había en su cerebro, en su corazón. Esto podría agregarse a una lista mental que había comenzado a formarse en su mente, un título difuso de "Cosas que el tiempo no pudo borrar entre nosotros".

Pablo inclinó su cabeza, buscando y encontrando su mirada.

—Estoy intentando no sonar como el típico exnovio con el que te reencuentras años después, pero… —una pausa—. ¿Me odias, Beatriz?

La pregunta le caló en los huesos, llenando de hielo la sangre de sus venas. ¿Odiaba a Pablo, después de todo este tiempo? Si se lo hubieran preguntado hace unos días la respuesta sería un sí

rotundo. Lo odió por el tiempo en el que no supo nada de él, por lo mucho que lo había extrañado esos primeros años después de la ruptura y cómo aún aparecía en sus recuerdos. Sin aquella cantidad de dolor, pero con la misma intensidad con la que ferozmente había guardado aquel amor a través del tiempo. Pero tenía otra respuesta en la que había encontrado paz al saber que se habían querido y que había sido real para ambos. ¿Podría ella odiar a alguien que la vio y la amó de igual forma durante ese breve tiempo juntos? La respuesta brotó de ella sin pensarlo.

—No, no te odio Pablo —lo dijo suavemente, como un secreto que solo lo escucharían quienes estaban en la alacena. Él exhaló con fuerza, como si aquello le hubiese sorprendido—. No te odio y, si te soy honesta, yo también quiero platicar contigo.

—Acéptame una salida.

Bea alzó una ceja y Pablo corrigió rápidamente.

—Como amigos —ella entrecerró los ojos irónicamente—. Bueno… no como amigos. Podemos salir como… como exactamente lo que somos: dos personas que se conocieron alguna vez y que ahora ya no lo hacen. Que quieren saber qué hay de nuevo en uno y en el otro. Yo quiero volver a conocerte y en el momento en el que ya no quieras, me vuelvo a alejar. ¿Aceptas?

Pablo le extendió la mano y ella la observó. Ahí había una decisión importante, algo que se sentía enorme y que no sabía cómo tomar. Como último recurso buscó dentro de ella y en sus entrañas algo que le avisara del fin y, como siempre ocurría con Pablo, no había indicios ni avisos de lo que ahí ocurriría. ¿Sería capaz de volver a pararse frente al vacío sin saber lo que había en lo profundo si caía?

Su tonto corazón sin remedio, que a ella le gustaba fingir que era distinto desde aquel verano, tenía la respuesta… y ella se estiró para envolver su mano con la de él, aceptando el calor que le recorrió por su antebrazo, viajando por su cuello hasta llegar a sus mejillas. Sacudieron sus manos mientras sonreían, cómplices de lo que

ocurriese con este nuevo acuerdo. La casona y los muertitos, que habían visto todo desde lejos, contenían los vítores para cuando Pablo y Bea salieran de su habitación. A los lejos escucharon los pasos lentos pero decididos de Leonor, quien sacó de la tercera gaveta un manojo enorme de llaves antiguas. Satisfecha, silbaba mientras encajaba la llave en la cerradura y, al abrir, no le sorprendió encontrar a Bea y Pablo sosteniendo sus manos en un apretón que, al verla, soltaron rápidamente

Si alguien más hubiese pasado tanto tiempo en la alacena, probablemente ya hubiera recurrido a todo tipo de artificios para ahuyentar a los muertitos, pero esos dos les estaban dando aquella vida que parecía tan lejana a todos. Lo vieron todo desde una esquina y en silencio: el miedo de ella, la emoción de él. Los dos tan conflictuados a su manera y sintiendo que el sol salía en sus horizontes con posibilidades que aterraban. Mucho podría ocurrir cuando se vuelve a conocer a alguien. Los muertitos y la casona sentían satisfacción. ¿Quiénes mejores que ellos para hablar de lo que ocurría cuando se vuelve de la muerte?

—Hola, muchachitos. Ya encontré las llaves, espero no haber tardado mucho buscándolas. Luego las cosas aquí se pierden y toma rato volverlas a encontrar.

Bea le sacó la lengua a su tía, ignorando el doble sentido que sus palabras parecían tener mientras Pablo se incorporaba y le extendía la mano; los tres juntos salieron de la alacena.

La tía Leonor se quedó en la cocina para verlos avanzar hacia el jardín, Bea iba enlazada al brazo de Pablo después de que él se lo extendiese. De la alacena sonaron tres golpes que hicieron que ella se girara y le guiñara el ojo a los que estaba segura la veían a través de la puerta.

CAPÍTULO 6
2017, España

Desde hacía unos días su celular parecía estar pegado a la palma de su mano. Casi no usaba aplicaciones ni redes sociales, solo les dedicaba el tiempo necesario para ver los memes que Lía le mandaba por Instagram y para enterarse de lo que ocurría entre sus conocidos. Pero ahora parecía siempre estar alerta a cualquier sonido que su celular hiciese. Como ahora que llevaba viendo la pantalla durante algunos minutos, con su dedo en la tecla de "enviar", sin tener las agallas de oprimirlo. El reloj de la mesita de noche marcaba con números rojos parpadeantes las once y media de la noche; debería estar dormida y no luchando contra la pesadez de sus ojos por una palabra más de él.

Tener salidas con amigos varones no era algo del otro mundo. A lo largo de su adolescencia había tenido un par de amigos a los cuales frecuentaba. Intentaba entender aquel sentido del humor que los hombres tenían y algunas veces lo hacía. Aquellas amistades solo sobrevivían hasta que sus amigos conseguían novias y después se alejaban hasta volverse extraños de nuevo. ¿Por qué estaba tan inquieta por esa salida con Pablo si el plan era hacerlo como amigos? Se repetía una y otra vez que aquello no era una cita, pero sus emociones parecían no entenderlo.

Había tenido varias primeras citas a lo largo de los años, ninguna que realmente le llamara la atención ni que destacara en su historial

amoroso. Si alguno de esos encuentros había continuado, era solo por sus ganas de comprobar su maldición y ver si en realidad aquello estaba destinado a fracasar. Pronto descubrió que muchos nada más querían una cosa, estaba familiarizada con besos en esquinas oscuras o caricias en los baños de una fiesta universitaria. Si había ocurrido, era por la curiosidad y las ganas de experimentar. Un acuerdo mutuo que no se discutía, pero que estaba presente: nos besamos, nos acariciamos y no nos volvemos a ver nunca. Para ella era sencillo conocer la verdad más allá de las palabras lindas y las promesas que resultaban estar vacías: ahí no había amor ni siquiera un poco de cariño. Solo un hambre guiada por las hormonas en descontrol a esa edad. El aire de las fiestas parecía hacer que todos buscaran la compañía de alguien. Nada de eso la lastimaba porque nunca se había permitido que uno de ellos le importara lo suficiente para que le doliera. Su maldición había venido con una indiferencia al amor que hoy parecía estar temblando.

Aun puedo cancelarle la salida, puedo inventarle una excusa o algo para no ir, pensó Bea.

Tenía ya el mensaje listo, una disculpa breve ante un imprevisto que no la dejaría llegar al punto de encuentro que habían acordado. Pero por más que ella quería hacerlo, simplemente su cuerpo no respondía.

Bea deslizó el dedo hacia arriba en la pantalla, releyendo el hilo de mensajes que habían comenzado a intercambiarse. Después de aquella conversación en su oficina, Pablo y Bea se escribían todos los días, durante los espacios en los que no se veían. Él siempre era el primero en enviarle un mensaje de "buenos días" seguido de una pregunta que, por lo ridícula, nunca fallaba en hacer reír a Bea.

Pablo:

¿Has soñado alguna vez con zombis? Ayer me pasó y estuvo extraño.

¿Qué libros te hubiera gustado leer de la Biblioteca de Alejandría?

¿Crees que las palomas son robots espías? No me explico cómo nunca he visto una cría.

Hasta que de pronto la pregunta no fue chistosa:

Pablo:
¿Quieres ir a una caminata conmigo el sábado? Te quiero enseñar algo que te va a gustar de por aquí.

Cuando Bea y Pablo se encontraron en la explanada del museo, como todas las mañanas, él la alcanzó y caminó junto a ella mientras Lía apretaba el paso para dejarlos solos. Después de darse los buenos días, él la miraba fijamente haciendo que ella se dirigiera a él, quien parecía expectante a una respuesta.

—¿Qué pasa, Pablo? —era chistosa la forma en la que él intentaba disimular que quería que le contestara.

—Nada. Solo estaba pensando en cómo nunca sabrás de mi plan si no aceptas. Tendrías que madrugar, pero te prometo que valdrá la pena.

Esa última parte le había causado cara de espanto, parando en seco en pleno lobby del museo.

—Estás demente si crees que voy a madrugar.

Pablo echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. Bea de verdad hizo el intento de disimular la sonrisa que le producía hacerlo reír, pero a esas alturas qué importaba si se le escapaba una que otra. Ambos llegaron a la cocina, Bea acomodó sus recipientes de comida en lo que Pablo encendía la máquina de café. Él se apoyó contra la barra con los brazos cruzados.

—Siendo alguien que ha pasado un gran tiempo en Alicante, es imposible que no te muestre una de las atracciones más queridas de toda la ciudad. Supongo que vas a tener que confiar en mí… ¿Quieres confiar?

En otro momento hubiera sido fácil decirle un rotundo "no" a los planes que incluían despertarse temprano, pero estaba descubriendo que la idea de pasar más tiempo con Pablo afuera de la oficina, sin importar la hora, parecía más atractiva que pasar tiempo a solas en su cama.

Pablo se acercó con dos tazas, ofreciéndole la segunda taza de café que tenía en su mano. Ella la aceptó mientras entrecerraba los ojos.

—Voy a aceptar nada más para comprobar que nada es mejor que dormir un poco más los fines de semana, ¿entiendes?

Él le ofreció su puño, al que ella chocó el suyo.

—Te prometo que valdrá la pena. Además, el día se aprovecha más cuando te levantas temprano, hay muchas cosas que solo se pueden apreciar con esa luz. Lo único que vas a necesitar es ropa deportiva, unos tenis y una gorra. Del resto me encargo yo.

Bea le había dado un sorbo a su café: sabía exactamente al que ella se preparaba todas las mañanas. Tres cuartas partes de café, un chorrito de leche y canela. ¿En qué momento se había fijado en ese detalle? Creyó que era una coincidencia, pero al alzar la mirada, él la veía expectante, esperando lo que parecía su opinión. Él mismo le

dio una probada a su café, preparado igual que el suyo, y cerró los ojos, haciendo un sonido en lo profundo de su garganta que casi la hizo tirar la taza que tenía entre sus manos.

—Esta buenísimo el café como te lo preparas. Creo que voy a empezar a hacérmelo así también —ladeó su cabeza—. Pero, bueno, ¿te parece bien si paso por ti y de ahí nos vamos?

Ella asintió y, sacudiendo la mano, se retiró a sus labores con una sonrisa que dejó salir apenas quedó fuera de la vista de Pablo.

El resto de la semana había pasado entre mensajes y el trabajo. Compartían breves conversaciones en el almuerzo, en las que él se les unía a ella y a Lía con un compañero de su equipo. Hablaban del trabajo y los avances que los equipos tenían respectivamente, nada personal, como solía suceder en el trabajo. Cuando todos dirigían su atención hacia la persona que hablaba, ella lo observaba disimuladamente. Su rostro siempre parecía tener frescura mientras ponía su atención en el otro. Pablo era alguien que escuchaba y se interesaba en los detalles. Un interés genuino en escuchar y entender al otro se desprendía de las conversaciones que creaba a su alrededor; sin embargo, también había notado el cambio de actitud que había en él apenas se rodeaba de todo su equipo de trabajo. Una seriedad casi fría lo envolvía cuando tenía que dirigir. Lo hacía con respeto y amabilidad, pero parecía convertirse en algo que se sentía más lejano. ¿Quién era ese y por qué desaparecía apenas salía del museo? ¿Qué era ese contraste entre las dos personas que parecía ser?

A veces, cuando lo miraba, alguien más lo notaba y ella intentaba disimular, pero Bea sabía que no tenía caso esconderse de alguien que la conocía tan bien como su querida Lía. Por eso no le sorprendió que mientras ella cenaba fideos recalentados y veía un episodio de *Grey's Anatomy* en la televisión comunal, su mejor amiga se parara enfrente de la pantalla con las manos en las caderas.

—¿Ya me vas a contar lo que hay entre Pablo y tú o vas a fingir que ahí no hay nada?

Bea sopesó las dos opciones: fingir que absolutamente nada estaba pasando, que solo era un nuevo amigo con el que estaba comenzando a frecuentar y ya. Pero también existía la posibilidad de contarle la versión extendida y compleja. Por la forma en la que Bea la miraba, Lía sabía que no se echaba para atrás ante los laberintos que solían ser sus emociones.

—Mañana voy a salir con él —Lía alzó las cejas, esperando a que continuara— y como a ti no te puedo mentir, el hombre me gusta mucho.

Lía procedió a brincar y aplaudir emocionada. Ni Bea pudo contener una sonrisa porque sabía lo que significaba una intervención de su mejor amiga, como le gustaba llamarle a las pláticas profundas que tenían entre ellas cuando notaban que la otra necesitaba un consejo que no se animaba a pedir. Lía tomó el control de la televisión, la apagó y se acercó a la lamparita que estaba al costado de Bea para iluminar. Después, sacó dos latas de Coca-Cola frías, ofreciéndole una a Bea.

—¿En serio vamos a hacer esto?

Lía la miró como si fuera lo más obvio del mundo.

—Claro que sí, alguien te tiene que sacar del embrollo que segurito traes por dentro.

Ambas le dieron un trago largo a sus latas, como siempre hacían cuando estaban a punto de discutir algo importante. Lía fue la primera en hablar.

—¿Pero? —Lía la miró expectante, sin que Bea supiera qué decirle—. A ver, si estás así es porque hay un "pero", y aquí es donde entro yo. Suelta la sopa, ¿qué pasa?

Bea le contó de sus sentimientos, de cómo Pablo estaba siendo alguien interesante de conocer, de lo mucho que le gustaban sus mensajes y de cómo se hacían compañía en los ratos en los que coincidían en el trabajo.

—¿Es normal que me sienta tan… atraída a él? Claro que no estoy ciega y sé lo guapo que es, pero… —Bea se cubrió el rostro con las manos y murmuró—: ¿Qué estoy haciendo, Lía? Me prometí que este verano iba a ser para mí y para ti. Se trataba de salir de lo que conozco, atreverme a más, pero parece que soy pésima siendo esta versión.

Lía le dio un apretón en el hombro. Bea la miró.

—¿No crees que te estás adelantando muchísimo… como siempre? —Bea negó con la cabeza—. Tienes que dejar que las cosas sucedan como deben hacerlo. Tener un *crush* inocente con un nuevo amigo es totalmente normal, en tanto sepas que la otra persona no está pasando por lo mismo que tú, lo cual ni tú ni yo sabemos. Puede ser que vaya a ser una muy bonita amistad entre ustedes. Aunque… si te soy honesta, creo que ahí hay una conexión interesante para ti. A lo mejor él llegó para ser eso: alguien con quien sientes algo que te hace ir hacia él, una coincidencia que ni tú ni yo sabemos en qué va a acabar. No es como que al tener este crush ya estés enamorada y te vayas a casar con él, ¿sabes?

Ante la mención de una boda, Bea dio un respingo. Suspiró mientras Lía la tomaba de la mano.

—Yo sé que el tema de tus papás es algo delicado para ti y está bien, amiga. A cualquiera le dolería haber pasado lo que tú viviste durante esa época. Pero tienes que darte la oportunidad de conocer y, sobre todo, que te conozcan. Eres una increíble y divertida persona el noventa y nueve por ciento del tiempo, cuando no dejas que tus miedos corran en círculos en tu mente.

La voz de Lía fue suave, sabiendo perfectamente los secretos de su maldición y la historia que había detrás de aquella vieja herida hecha por su padre. Y aun así, le impresionaba el dominio que su amiga tenía de sus sentimientos.

—¿Cómo le haces para hacerlo tan casual? Por más que intento, no puedo no tener los sentimientos a flor de piel cuando alguien o algo me llama la atención. Con Pablo las emociones son distintas…

es como si de verdad algo me estuviera guiando hacia él y es que sí me interesa, ¿sabes? Detesto no poder ser una persona normal con sentimientos normales.

Lía se rio de ese comentario.

—Amiga, es que ser relajada no está en tu personalidad… y está bien. Como alguien que te quiere y que has dejado que te conozca, no hay un pelo de tibieza en tu cuerpo. Si algo te gusta, vas a investigar. Si te propones algo, no sé cómo chingados le haces, pero siempre lo sacas adelante y haces lo que sea necesario para lograrlo. Lo mismo con tus sentimientos. Ya quisiera yo poder tener la misma capacidad bonita de sentir.

Lía apretó su mano, haciéndole un cariñito con los dedos.

—Como siempre te he dicho, solo tienes que ser cuidadosa de a quién le entregas esos sentimientos. No hay nada de malo con sentir mucho todo, pero no cualquiera se merece esa versión de ti. Ve lento y permítete experimentar. Estás en la edad correcta para acertar o equivocarte, ¿sabes?

Lía la abrazó y la dejó sola en la sala. Con un suspiro, Bea se acostó en el sofá, mirando al techo. Su amiga la conocía perfectamente y había dado justo en la raíz de todas las espirales que giraban en su pensamiento. Una psicóloga le había dicho, efectivamente, que el hecho de que ella no dejara entrar a muchas personas era una consecuencia de la separación de sus papás. Haber vivido tantas emociones sin compartirlas, la había dejado con una sensibilidad que ahora era parte de su personalidad. Si estaba feliz, era extremadamente feliz. Si estaba aburrida, quería sacarse los ojos por la desesperación. Si estaba triste, era el fin del mundo. No conocía otra forma de ser.

Tal vez por eso la maldición la había privado de tener la experiencia completa de conocer a alguien. Aquella curiosidad que la comía por dentro, que la hacía avanzar hacia él contra cualquier miedo. Todo era tan nuevo y brillante que incomodaba hacer cualquier movimiento que terminara por romper aquella ilusión de

no sentir un final, algo a lo que se había acostumbrado desde que era una niña.

Bea descubrió que su papá ya no amaba a su mamá en la cena de Navidad, cuando tenía diez años. En ese momento no sabía de ninguna maldición ni del fin de los amores. Al inicio no se había dado cuenta de la capacidad que tenía, simplemente era una corazonada que había aprendido a escuchar. Una intuición que le avisaba que la pareja que miraba estaba destinada a fracasar. En un inicio pensó que tal vez eso salvaría a sus amigos y seres queridos de padecer mal de amores, pero pronto entendió que no podía intervenir aunque quisiera. No hay mucho que se pueda hacer para evitarle el irremediable primer corazón roto a alguien.

Pero esa Navidad todo cambió. No supo en qué momento su padre había dejado de amar a su mamá, pero la prueba irrefutable ahí estaba, aunque su madre no tenía ni idea. Para ella, no era extraño que ciertos gestos hubieran disminuido en los últimos meses. Los desayunos sorpresa ya no eran frecuentes y las flores de la tarde que Rafael González siempre le compraba a Alicia Domínguez habían desaparecido.

La primera vez que su maldición actuó la recuerda como un rayo eléctrico que atravesaba su cuerpo. Desde la punta de sus pies hasta las terminaciones nerviosas de su cerebro, un escalofrío rotundo recorrió todo su cuerpo. Bea tuvo que detenerse en seco, haciendo que su hermano casi se tropezara atrás de ella. Él la había mirado curioso y ella solo agitó su cabeza, ignorando aquella sensación terrible que sintió al mirar a su padre sentado a la mesa. Toda la velada estuvo en silencio observándolo, intentando adivinar si había algo distinto frente a ella en ese momento que le explicara lo que había sentido. Pero no había nada extraño, su padre seguía siendo el mismo de siempre. Aquella noche lloró en silencio al presentir un fin que no supo entender.

Tal vez la anticipación fue algo bueno para ella. Meses después, cuando sus padres los sentaron a los dos en la sala de aquel

departamento para explicarles su divorcio, fue Hugo quien se pasmó y ella se quedó en silencio. Bea tenía de frente a las dos personas que había visto cómo demostraban su cariño frente a sus hijos sin temor alguno, y ahora, ambos parecían haber encontrado el suficiente espacio para separarse uno del otro. Rafael estaba serio, hablándoles del fin de su matrimonio como si se tratara de algo tan natural como respirar.

—Yo siempre voy a estar con ustedes. Por el momento, se van a quedar con su mamá. Estas cosas simplemente… pasan. Pero nada de esto tiene que ver con ustedes, ¿sí?

A su papá se le notaba que esta conversación era incómoda como todo lo que se hacía por obligación y no porque realmente se deseaba hacer. Por otro lado, Alicia parecía cansada. Con ojeras en sus ojos, escuchaba con resignación en silencio. Alicia nunca había tenido problema con ser honesta con sus hijos ni con nadie, no estaba acostumbrada a ocultarle nada al mundo, pero esto era distinto y ellos lo sabían.

Unas semanas después Alicia, Hugo y Bea volvieron a aquel lugar al que toda la familia parecía regresar con el tiempo. La casona se sentía como llegar por fin a su verdadero oasis, como si ella no estuviese dispuesta a soltarlos y siempre esperara pacientemente el regreso de los que se van en todos los sentidos. Ella dejaba que su familia respirara otros aires sabiendo que, tarde o temprano, ellos volverían.

Unas cuantas cajas que contenían todo lo que era importante para Bea llenaban una de las tantas habitaciones desocupadas de la casa. Escogió la recámara más lejana, sabiendo que tendría la compañía y las bromas de los muertitos para distraerla del cambio que había sido mudarse de aquel departamento donde había crecido; reconocía el agujero que ahora había en su familia. Una parte de ella, la que comenzaba a construir aquellas murallas alrededor de su corazón, quería estar cerca de Alicia y su hermano, pero no podía ser. Ella no quería escuchar a su madre y a Hugo

llorar por las noches. Ambos lloraban, pero nunca lo hacían juntos ni al mismo tiempo, como si hubiesen acordado una agenda para que no se confundieran las lágrimas y el dolor del otro.

Cuando Bea se dio cuenta de que ahora sentía aquel escalofrío recorrer su cuerpo cuando veía a ciertas parejas, entendió que la bruja la había maldecido. Bastaba con concentrarse viéndolas para saber si estaban destinadas a quererse siempre o separarse. Por eso, cuando su padre se fue en lugar de llorar, lo que hizo fue enojarse. Odiaba saber cosas que no quería. ¿Su separación activó aquella maldición? ¿Por qué su papá había dejado de querer a su mamá? ¿Por qué decidió cambiarles la vida a todos? Las primeras veces que su papá fue por su hermano y por ella a la casona para pasar un sábado juntos, ella no bajó, viéndolos esperar unos minutos para luego caminar a la esquina y desaparecer.

Su tía Leonor hacía lo mejor que podía para sostener el corazón roto de Alicia. Ella no era ajena a los corazones rotos, ya había dejado un par en las calles de los lugares lejanos que conoció antes de decidir que la Ciudad de México era donde quería envejecer. Sus hermanos y ella cuidaron de Alicia, quien a su vez hacía lo mejor que podía para cuidar a sus hijos mientras veía las esperanzas de su familia convertirse en polvo. La tía Caro los llevaba al cine en tanto que el tío Carlos los invitaba a comer y a salir de la ciudad a la pequeña casa que tenía en Cuernavaca.

La única forma que Leonor conocía para sanar un corazón era a través del arte. La técnica y lo que se hacía daban lo mismo, porque lo importante era purgar el dolor y la tristeza transmutando aquello que ahogaba a su sobrina en algo que pudiera traducir a un idioma propio, que la hiciera sentir más compasión de su propio proceso de duelo. Por eso una tarde la tía sentó a Bea frente a un bastidor y le dio unas pinturas.

Bea la miró con sus enormes ojos cafés.

—Te quiero contar un secreto —Leonor dejó las cosas en la mesa y se apoyó en ella, mirando a Bea quien contemplaba a través de la

ventana sin prestarle atención. Ella continuó— Así de parlanchina como me ves, soy terrible para expresar lo que siento con palabras, chiquita. No sé cómo hablar contigo ahora, pero quiero que intentes algo —la tía señaló los materiales que le había comprado—. Habla conmigo así, con esto. ¿Cómo se ve lo que sientes? No me lo tienes que enseñar, pero sácalo, mi niña. No te lo guardes.

Bea sintió un suave beso en sus rizos cafés y, de nuevo, el silencio. Aquellos días había descubierto que, si estaba quieta, nada le dolía. Si no hablaba, contenía a las sombras que le recordaban que probablemente ella también terminaría como su mamá. Miró con indiferencia los objetos de su tía y los tomó para subirlos a su cuarto. Ese día descubrió que el arte tenía el poder de salvarla del silencio. En sus manos había una paleta de colores y una brocha vieja. No sabía qué era lo que iba a pintar ni mucho menos cómo hacerlo, jamás había hecho algo así en su vida. ¿Cómo iba a ayudarle esto? Sumergió un dedo en la pintura roja y lo pasó por el bastidor. Trazó una línea irregular que dejaba con su paso un vibrante color rojo que le gustó. Después tocó el negro y, así siguió con cada recorrido de sus dedos sobre el lienzo, luego el blanco se fue convirtiendo en una mezcla de tonalidades rojas.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que Leonor se asomó a la habitación diciéndole que la cena estaba lista. Ella asintió respirando pesadamente, como si hubiese hecho un esfuerzo físico mayor que pintar con los dedos. En lo que comía sus quesadillas y tomaba su choco milk que tanto les gustaba a ella y a su hermano, Bea aprovechó la oportunidad para estar con su tía:

—¿Será que me puedas conseguir más bastidores?

Leonor asintió mientras se servía unas quesadillas.

—Yo te consigo los que necesites, no te preocupes.

Como era de esperarse, su dolor comenzó a transformarse en algo que solo era suyo. Sus cuadros no eran obras de arte ni intentos de ser una prodigiosa artista. Cada línea y color contaba una historia, cosas que ella sentía y que ahora podían salir. El tiempo

pasó y el dolor seguía, había frustración ante lo incierto, pero al menos ahora tenía un lugar donde botar todo aquello que la inquietaba.

Con el tiempo, y con mucha terapia, las cosas fueron mejorando. Su relación con Rafael cambió y su madre y él pudieron ser bastante maduros como para poder ser amables uno con el otro. Alicia permitió la convivencia más por el bien de sus hijos que por ella y, si era sincera, el dolor de saberse traicionada era enorme, pero para ella era suficiente no dividir más lo que ya se había roto.

Si algo aún se sentía como un gran asunto pendiente en su vida era el amor. Después de la Navidad, fue evidente para ella que la maldición era infalible. Nada era una sorpresa y era sencillo controlar el fin de sus historias de amor con alguien más cuando ella quería, bajo sus propios términos, haciendo que un corazón roto fuera algo desconocido para ella. Controlaba la despedida y, con eso, guardaba celosamente su corazón en el fondo de su pecho, sin que nadie lo lastimara.

El verdadero terror lo estaba sintiendo ahora que con Pablo no sentía nada de eso. Desde que lo conoció y se asomó a la probabilidad de "un algo" con él, solo había encontrado calma, sin nada que anunciara lo que pasaría con ellos. Incluso cuando la invitó a salir no sintió nada. Y no se refería a las emociones, porque, si de esas hablábamos, el pasar tiempo a solas con él parecía hacerla querer preparar todo lo que necesitaría aun cuando faltaban horas para el encuentro. Quería verse bonita, repasar los temas interesantes que habían mencionado y lo que quería discutir con él. Quería interesarle, ir más allá, pero, sobre todo, que él sintiera las mismas ganas de estar con ella.

Sus pensamientos parecían ser más y más fuertes, hasta que llegó la hora de dormir. Miró su celular, tentada a mandar aquel mensaje que cancelaría los planes. Ella suspiró, bloqueó la pantalla y alejó su celular.

Una vez, Bea. Una vez sé valiente y deja que las cosas sucedan. ¿Qué es lo peor que puede pasar?, pensó al acomodarse y apagar la luz de la mesita de noche.

Recordó la conversación que había tenido con Lía para reafirmarse que esto no tenía por qué ser algo si ella no quería. Al final esta era la experiencia que todo mundo tenía al conocer a alguien: la certeza de que quizás todo algún día tendrá un fin y, aun así, intentarlo.

Un sonido de su celular interrumpió su crisis. Se estiró y vio aquel nombre que la hacía estar inquieta y feliz.

Pablo:
Miri me está diciendo que quiere ir, pero, tristemente,
no es buena con las mañanas como tú.

El maldito le había enviado una foto de una gatita calicó preciosa, con unos ojos cafés enormes que miraban a la cámara desde un sofá. Gracias a Dios Lía estaba en la habitación, porque la forma en la que sonrió debió ser ridícula hasta para ella.

Bea:
Dichosa. Ya somos dos las que quisiéramos dormir más tiempo.

Pablo:
Está bien, me puedo compadecer y dejar que duermas más tiempo. Podemos hacer otra cosa

que no te haga despertarte tan temprano, si quieres.

Bea:
¿Y arruinar la oportunidad de molestarte a primera hora del día? No lo creo. Nos vemos mañana, porque si no me duermo ya, la molestia va a convertirse en furia por no haber descansado. Dulces sueños, Pablo.

Pablo:
Estoy seguro de que podría contigo, Bea.
Dulces sueños.

Aquello hizo que cerrara sus ojos y bloqueara la pantalla de su celular, sintiendo piruetas en su estómago. Era ridícula la forma en la que podía sentir que su corazón viajaba a sus entrañas y que ahí se instalara la promesa de un gran día junto a él. Miró una vez más la foto de Pablo y Miri. *Los hombres a los que les gusten los gatos son de confiar. Son hombres pacientes y curiosos. No cualquiera decide tener a una pequeña bestia como compañera*. El recuerdo de aquella conversación de su tía Leonor regresó a ella sintiendo una profunda ternura por la gatita y el rostro de su dueño. En esos momentos le gustaría hablar con su tía y su mamá, ambas sabrían qué hacer y la guiarían entre la maraña de emociones que giraban en su interior.

A pesar de que las conocía lo suficiente para adivinar lo que ambas le dirían: "¿Una de las mujeres de esta familia siendo tibia? Nunca ha existido y tú no vas a ser la primera. Ve y siéntelo todo, pequeña".

Apagó la luz y se acostó en la cama dispuesta a dormir. El sueño llegó a ella rápidamente en una mezcla rara entre esperanza, emoción y temor a lo que pudiese mañana. El sueño fue tan profundo que Bea sintió que volvió a despertar apenas unos segundos después, aun cuando la alarma de su mesa indicaba que eran las cinco y media de la mañana.

Se movía silenciosa para no despertar a sus vecinos de habitación, le agradeció a su madre por haberle empacado dos conjuntos deportivos y unos tenis con la esperanza de que hiciese un poco de ejercicio lo cual, hasta ahora, había fracasado por completo. Se puso el short de color verde que le recordaba a las suculentas de la entrada de su hogar, una camiseta de tirantes y sus tenis viejos, que prometían hacerla sentir bien durante la caminata; donde realmente tuvo que poner empeño fue en peinar sus rizos, que después del sueño, parecían dirigirse en todas direcciones. Lo mejor que pudo hacer fue domarlos con una gorra gris y humedecerlos para que volviesen a tomar forma en una coleta baja, soltando algunos mechones para enmarcar su rostro.

Cuando faltaban diez minutos para la cita, escuchó un zumbido proveniente de su celular:

Pablo:
¿Estás lista? Te espero abajo.

Se vio en el espejo y por un momento no reconoció el gesto de la chica que tenía enfrente. Había un cierto brillo en sus ojos y una sonrisa, que solo se podía describir como emocionada, adornaba sus labios. No se dio cuenta de lo mucho que quería compartir su tiempo

con él hasta que por fin existía la posibilidad que estaba a unos pasos de ella.

Sacó su maquillaje y se puso lo mínimo para improvisar lo que sea que fuesen a hacer. Ella sabía que era bonita con y sin maquillaje, las dos diferentes expresiones de quien podía ser. Le gustaba la idea de acentuar su belleza y que alguien más la admirara. Después de maquillarse tomó su pequeña mochila con sus pertenencias y bajó.

Algo tenía que reconocerle a Pablo de privarla de unas horas de sueño y es que Alicante a esas horas era preciosa. El cielo oscilaba entre dos diferentes tonalidades de azul: el que denunciaba que la noche parecía no querer irse y el de la luz del día reclamando su porción de tiempo. Con el sonido del mar de fondo, las pocas personas que caminaban en diferentes direcciones y el olor salado de la zona, Pablo estaba enfrente de su banqueta esperándola sosteniendo dos cafés, Bea tuvo que recordarse ser decente. No era educado mirar de más las fuertes piernas de Pablo. Ese hombre debió haber jugado rugby o futbol para tenerlas así.

Todo él se accionó cuando la vio avanzando hacia ella, cruzando la estrecha calle.

—Buenos días, Pablo, ¿y esos cafés?

—Creo que compartir uno de estos ya es una tradición para los dos, ¿no? Buenos días, Bea.

Pablo le ofreció uno que ella tomó y sopló para entibiar. Un pequeño sorbo y confirmó que era exactamente como el que ella se hacía todas las mañanas. Le gustó la idea de poder iniciar una tradición con él, algo solo de ellos.

—Vaya, que aprendes rápido. Te salió perfecto.

Él le dio un sorbo a su propio café alzando las cejas. Esa mañana llevaba unos lentes de sol que usaba ocasionalmente y ella resistió el instinto de acomodárselos mientras Pablo giraba su cabeza en ambas direcciones de la calle, buscando un taxi disponible.

—Entonces, ¿a dónde nos dirigimos? Todavía sigo con la incógnita de no saber si me preparé correctamente.

Bea extendió sus brazos, queriendo mostrarle su atuendo y él la miró. Algo había nublado su mirada, haciendo que él se dirigiera de nuevo a su celular. Pablo carraspeó antes de responder.

—Estás perfecta, tú confía —en ese momento, un coche dobló la esquina y él hizo señas con su brazo para que los viera.

Subieron al auto y no dijeron mucho, como si supieran que aquellas horas del día eran para contemplar y que ya habría mucho tiempo más adelante para romper ese silencio que era cómodo para ambos. Bea miraba la ciudad desde la ventanilla del auto. La arquitectura de Alicante era una mezcla extraña entre edificios que parecían antiguos y otros llenos de formas modernas, una colisión de culturas que habían influido en el crecimiento de aquella ciudad que parecía vivir un verano eterno.

Bea veía los negocios y se preguntaba cuántas historias habría entre los bares y calles de un lugar que prometía la eternidad, que parecía traer los veranos consigo, como si todo fuese posible en aquel sitio. Avanzaron y lo turístico comenzó a dar paso a casas más pequeñas, propiedad de personas que eran originarias de aquellas tierras valencianas, hasta que la ciudad desapareció y solo hubo montañas y suaves montes a su alrededor.

Cuando Bea giró su rostro, Pablo parecía entretenido viendo afuera de la ventana, aunque podría jurar que volteó la mirada rápido antes de que ella pudiese notarlo.

—Es chistoso cómo en ningún momento consideré que podrías ser un asesino serial. Me estás llevando a las afueras de la ciudad y aún no me dices a dónde vamos ¿Me tengo que preocupar, Pablo Grant Benítez?

Él extendió su mano, pidiéndole que le diera su vaso de café que ahora estaba vacío, como el de él. Los guardó en uno de los tantos cierres de la mochila que traía. El auto se había desviado y recorría

un camino que hacía ver un cerro particularmente cercano en comparación con cómo se veía hace unos cuantos minutos.

—Supongo que tendrás que descubrirlo. Creo que ya es bastante obvio, teniendo en cuenta nuestros atuendos y lo que nos rodea.

Ella lo miró y, después de un par de segundos, abrió los ojos finalmente entendiendo.

—No…

Él asintió suavemente. La imagen fue tan cómica que no pudo aguantarse la risa.

—Es mi culpa por no advertírtelo, pero tengo la peor condición física del mundo. Camino mucho, pero nunca con inclinación.

El taxi comenzó a avanzar entre una fila pequeña de coches y personas que caminaban cerca de ellos. Algunos iban vestidos con atuendos de caminata y otros parecían turistas que no tenían idea de a lo que se habían comprometido al venir.

—Ay, no, Pablo. Debí suponer que serías un trepacerros.

Bea negó con la cabeza, divertida, mientras Pablo le indicaba al conductor dónde dejarlos. El auto se detuvo donde la mayoría de las personas comenzaba a reunirse en diferentes grupos para calentar antes de iniciar la caminata. Cuando él se bajó, rodeó el auto rápidamente y le abrió la puerta.

—¿Qué es un trepacerros?

Bea rio y le dio unas palmaditas en su brazo; sintió la piel de Pablo caliente contra la suya.

—Después te explico.

Ante ella había un monte enorme con un camino marcado. A su alrededor todavía se podían escuchar algunos grillos que no comprendían que la noche ya había cesado y que otro día nuevo comenzaba. La vista le recordaba a alguna postal que había visto en los cajones de las cómodas de la casona.

—Una de las cosas que más me gustan es escalar, no por lo físico, sino por lo que se descubre cuando comienzas a subir. No quise asumir, pero, por si acaso, escogí el que usualmente subimos

cuando comenzamos a escalar, para poder ir platicando y viendo a nuestro alrededor. ¿Está bien?

—Tienes que saber que probablemente vaya a estar jadeando, pero sí, está bien. Confío en ti.

Lo último lo dijo sinceramente y Pablo debió notarlo, porque asintió suavemente. Él juntó sus palmas y las frotó.

—Pues comencemos, que no quiero que te pierdas de algo.

Él le dio indicaciones para estirar antes de comenzar el ascenso. Los dos hacían los mismos estiramientos, entre tanto, ella intentaba no ver la forma en la que su cuerpo parecía responder fuerte y ágilmente a sus comandos. Ella logró ver pequeñas pecas en su espalda a través de la holgada camisa de tirantes que traía. ¿Cómo sería trazar caminos y descubrir un territorio que se veía suave y firme a la vez?

Bea quizás se lo imaginaba, pero parecía que él también estaba intentando voltear a otro lugar que no fueran las piernas de ella. Sonrió porque, lejos de ofenderse, le gustó ser observaba por él.

Después de unos momentos, terminaron los estiramientos.

—¿Lista?

Ella asintió descubriendo que el grupo de personas que había momentos antes se había adelantado unos cuantos metros, suficientes para dejarlos solos. La mañana era perfecta con el cielo totalmente despejado y la brisa fresca que llegaba desde el mar. Bea supo que se hubiese arrepentido de no aceptar la salida. Comenzaron a caminar en un cómodo silencio, se podía escuchar el sonido de sus pasos en la tierra, los pájaros y el aire a su alrededor. El ambiente se sentía fresco, tanto que daban ganas de extender los brazos y dejar que el viento recorriera su piel. Cada paso que avanzaban los hacía ascender poco a poco, sin que ella se diera cuenta.

Pero Bea no había llegado hasta aquí, contra cualquier emoción y nuevas actividades, para estar en silencio. Miró a Pablo, quien veía hacia el frente tranquilamente.

—Entonces… —su voz hizo que Pablo la observara—. Cuéntame, ¿por qué arquitectura?

Pablo miró hacia el frente con una suave sonrisa que emocionó a Bea, porque la reconoció como las que guardan historias.

—Muchas personas creerían que, al ser hijo de quien soy, fuera casi una obligación ser un arquitecto. Desde que tengo uso de razón he visto planos, bosquejos y lápices en diferentes lugares de mi hogar. Mi padre fue educado a la vieja escuela y todavía se rehúsa a diseñar digitalmente. Todo lo hace a mano, con escuadras y reglas y todo lo que se necesita para hacerlo como antes. A veces, cuando no podía dormir, lo bajaba a buscar a su despacho y ahí estaba, rodeado de lo que parecía un mar de papeles destruidos en el piso. Ese fue el primer momento en el que sentí curiosidad por su trabajo. ¿Qué era lo que él hacía tantas veces que tenía que ser perfecto? Conforme fue pasando el tiempo descubrí que me gustaban los edificios y sus diseños, fijarme en sus formas y cómo se sostenían. Aunque, si lo reconozco, lo que realmente quería era ser como él. ¿Qué niño no quiere seguir los mismos pasos que su papá y su mamá?

—¿Tu madre también es arquitecta?

Bea no tenía que ser muy observadora para notar cómo el puño de Pablo se había mantenido tenso alrededor de la correa de la mochila que llevaba en la espalda hasta la mención de su madre. Sus dedos se suavizaron entonces y una sonrisa, como de ternura, se dibujó en su rostro mientras mantenía la mirada al frente.

—Ahora ella se dedica al diseño de interiores como especialidad, pero al inicio comenzó como arquitecta. Mis padres se conocieron cuando ella entró a la empresa de mi abuelo como practicante, gracias a que su padre era el segundo arquitecto al mando. En sus propias palabras: "Es difícil no ver a una mujer bella e inteligente" —aunque ella veía hacia el frente, pudo sentir cómo Pablo la miraba—. Una historia de amor poco probable teniendo en cuenta cómo es mi

papá, pero Margarita, mi madre, tenía una misión y a ella nunca la ha detenido nada.

Pablo siguió contando la historia de cómo en las manos correctas el corazón de su padre pareció tranquilizarse, aprender a medirse y dedicarse a otras cosas más positivas que el trabajo. Le contó de su infancia, de haber crecido en dos países diferentes y de lo que le gustaba hacer en su tiempo libre, cuando no estaba estudiando. Le habló de la universidad, de sus amigos, de lo mucho que soñaba con poder restaurar edificios aún más antiguos que el museo y poder construir su propia casa, un espacio creado con sus mismas manos.

Bea lo miraba maravillada, casi era posible ver pequeñas estrellas brillando en sus ojos.

Por otro lado, Bea le contó de la antigua ciudad que la vio crecer. Las calles llenas de historia, de sus días de estudiante, de su familia chiflada y ruidosa que tanto amaba. Le contó lo mucho que quería a la casona, donde sucedían cosas raras a las que todos en su familia ya se habían acostumbrado. Nadie cuestionaba ni se sorprendía cuando las cosas se movían de lugar o si de repente la radio de la abuela se prendía para tocar la canción favorita de su abuelo, quien había fallecido años atrás.

Hablaron, pero decidieron guardar los temas complicados en los bolsillos de sus mochilas. Siguieron la intuición de dos personas que saben que hay conversaciones que son mejores en otros momentos y espacios. Esa mañana era demasiado luminosa para teñirlo de otra cosa que no fuera lo agradable que era estar al lado del otro. Las preguntas entre ambos no paraban:

"¿Cuál es tu canción favorita?".

"¿Qué película querrías volver a ver sin saber absolutamente nada?".

"¿Qué es lo que quieres tener en diez años?".

Escuchaban atentos las respuestas del otro. Venían de hogares distintos, de contextos que los hacían completamente extraños a la

realidad del otro. Subían y subían de altura conforme iban avanzando, pero estaban demasiado ocupados para notarlo.

A ella le sorprendió que platicaran como si se conocieran de años; a él le encantó la forma en la que ella lo escuchaba. Demasiado ocupados en absorber información del otro, no notaron cuando por fin alcanzaron al grupo de turistas en uno de los descansos del cerro. A Bea le dio risa encontrarse con lo que parecía ser una sesión improvisada de yoga, mientras que otros estaban sentados, viendo al frente. Le bastó dar un vistazo al horizonte para entender por qué las personas sintieron la necesidad de hacer todo eso.

—Oh, wow…

Bea aceleró el paso y no se detuvo hasta llegar al frente del barandal que aseguraba a todos de una caída fatal al precipicio. El mar se podía ver perfectamente desde ahí. A lo lejos, el cielo comenzaba a llenarse de naranja y azul como la mezcla perfecta de un cuadro de verano. Toda la ciudad se lograba ver desde donde estaban, el azul del mar brillaba como si tuviese lentejuelas tejidas en sus olas.

Sintió la presencia de Pablo a su lado, apoyando sus antebrazos en el barandal, quien en vez de mirar al frente, se concentró en ella.

—¿Verdad que es hermosa?

Bea lo miró y sonrió mientras asentía. Pensó en tomar fotos pero ese tipo de momentos era de los que no se podrían retratar por más que uno quisiera. Decidió mirar al frente y ver al sol terminar de salir. Minuto a minuto, vio al sol estirarse en el horizonte. Un recordatorio de que las cosas hermosas suelen ser efímeras.

—¿Nos sentamos? —preguntó ella cuando sintió que el momento había pasado. Encontraron un espacio encima de una de las piedras grandes y lisas que servían como descanso para los visitantes. Entre ellos había un silencio cómodo y ninguno de los dos quiso decir nada, apreciando el inicio del día y de algo que brotaba, vibrando directamente en el espacio que había entre los dos.

Bea sintió que quería tener algo tangible para poder recordar este momento. Con todo y la vergüenza, se armó de valor de tantas ganas que tenía de contar con algo que la regresara a este momento perfecto.

—¿Nos podemos tomar una foto? Mi mamá y mis tíos me van a matar si les cuento lo que hice hoy y no se los muestro.

—Claro que sí, ven.

Se acercaron lo suficiente para que ella pudiese sentir el calor emanar del cuerpo de Pablo. La sorprendió un aroma a almizcle que se combinaba el olor propio de actividad física y la loción que Pablo usaba. Ignoró la forma en la que sus piernas se rozaban, se acomodaron frente al teléfono de Bea. Se vieron en el reflejo de la pantalla y parecían brillar.

—¿Puedo? —preguntó Pablo, haciendo un ademán de rodearle los hombros con el brazo.

Bea asintió, sintiendo el peso de su brazo en la piel. Fue una sensación deliciosa, como si ahí fuera donde tuviese que estar.

Sus cuerpos se juntaron aún más, sintiendo pequeños destellos de electricidad en los puntos donde las pieles hacían contacto. Bea tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse y sonreír decentemente para la foto sin que se notara cómo ella estaba reaccionando a aquel abrazo. Sonrieron y en la primera foto aparecieron de frente y el horizonte de Alicante de fondo. Su mano, más por los nervios que por el esfuerzo, tembló e hizo que otra foto saliera borrosa. Al notarlo, Pablo extendió su mano y, sosteniendo la de Bea, giró su rostro hacia ella. Bea sin pensarlo se volvió y se perdió en aquel mar que parecía más profundo y gris que el que se encontraba en el horizonte. Se observaron, estudiándose. Sus rostros estaban tan cerca que ella pudo notar una pequeña cicatriz que Pablo tenía cerca del arco de una de sus cejas. Unos puntos oscuros diminutos que nadaban en la piscina de sus ojos claros.

Su error fue bajar la mirada hacia sus labios, que se veían como algo suave que le gustaría probar. ¿Sería el fin del mundo si se

inclinara un poco, si se dejara llevar? Lo miró a los ojos y él, que la había estado estudiando, ahora también veía su boca. ¿Él querría lo mismo que ella? En vez de maravillarse por reconocerse en el otro, Bea se asustó.

Con un carraspeo, Bea volteó a ver a la cámara a tiempo para ver cómo él parpadeaba aturdido antes de sonreír. Tal vez era por el momento que acababan de compartir, pero aquella ligereza que había sentido se había ido con el viento. A Bea no le gustó sentir que había roto con aquello e hizo lo mejor que pudo para acabar con la tensión: hizo una señal de amor y paz con los dedos. Por lo ridícula de su reacción, ella comenzó a reírse, y él la siguió, imitando su gesto. Foto tras foto se iban guardando en la memoria de la cámara. Cuando las fotos pararon, se acomodaron de nuevo poniendo una distancia no tan lejana a la que habían tenido antes.

—Me divierto mucho contigo, Bea.

A Pablo le sorprendió la forma sincera y sencilla en la que sus palabras habían brotado de su boca sin esfuerzo alguno. Había esperado aquel día durante la semana, deseando compartir uno de sus lugares favoritos con ella. Se había divertido de una manera distinta, de esas en que se encuentra una forma de pasar el rato porque no se tiene nada que hacer. Para Pablo la diversión se resumía al descanso y en las pocas ocasiones en las que podía estar con amigos en planes tranquilos. Hoy la diversión se había sentido como la serenidad de simplemente ser sin que se esperara nada más. Lo tomó desprevenido lo fácil que era hablar con Bea, perderse en las historias que ambos se contaban, en cada pregunta que parecía acercarlos un poco más. Detrás de la timidez de Bea había una chica divertida que lo escuchaba atentamente y que compartía cosas de sí misma como él lo hizo. Se encontró queriendo pasar más tiempo con ella, anhelando más de lo que estaba creciendo entre ellos.

—¿Quieres ir a desayunar? Conozco un lugar donde el *brunch* es buenísimo.

Pablo no había terminado la oración cuando Bea ya asentía con una sonrisa.

—Pensé que nunca lo dirías. Mi estómago está a punto de hacer ruidos vergonzosos.

El sol comenzaba a sentirse más caliente sobre la piel y anunciaba que era hora de irse si no querían insolarse. Se incorporaron y comenzaron a descender. Durante la bajada, que era inclinada, de pronto el brazo de Bea se había entrelazado con el de Pablo, y sintió sus manos apoyadas en él.

Él bajó la mirada. Bea sonreía

—Yo también me divertí mucho, Pablo.

Pasaron el día entero juntos y en aquellos momentos donde el silencio regresaba, Pablo pensó por primera vez en que no temía a las expectativas que comenzaban a crecer dentro de él.

CAPÍTULO 7
2024, Ciudad de México

Bea deseó haberse quitado la chamarra antes de entrar al vagón del metro donde fue recibida por el mar de mujeres, usual en la hora pico. En el exterior, el frío se colaba por cualquier espacio, helando sus huesos y sus mejillas. En el metro, donde todas sabían que el espacio personal era algo imposible a esas horas, el calor estaba comenzando a ser una molestia, que Bea sabía que la mayoría afrontaba con resignación por falta de dónde poder moverse.

Miró a su alrededor y se preguntó cuántas mujeres habría en el vagón que la llevaba a casa. ¿Cuántas de ellas regresaban y cuántas iban apenas a iniciar su jornada laboral?

A esa hora, cuando casi todos regresaban a su hogar y las filas para subir al metro eran impresionantes, le encantaba ver los diferentes vagones pasar frente a ella. Cuando tenía suerte de estar sentada en un lugar que daba directamente a la ventana, como hoy, le gustaba mirar las siluetas de las personas que iban en dirección opuesta a la suya, aunque fuese por unos borrosos segundos. La mayoría llevaba audífonos y no hablaba con nadie, algunas leían, otras se sostenían de donde podían, otras miraban hacia fuera como ella. ¿Los de afuera también la podrían ver? Cientos de personas en cada estación que tenían cosas que hacer, lugares a donde ir. Personas que esperaban su regreso. Un hogar al cual volver. Un perrito esperando en la puerta para escuchar aquellos pasos que

anunciaban que el ser que le daba de comer y llenaba de besos había vuelto, anunciando el final de otro día. Bea se preguntó a cuántas de ellas habrá visto en otros momentos, si las volvería a ver en la misma estación o si jamás cruzarían el mismo camino.

El metro siempre había sido su lugar favorito para pensar y distraerse por ser un espacio donde la vida real es ineludible.

Regresar a la casona desde el Centro de la enorme Ciudad de México se había vuelto un momento interesante de su vida diaria. La mayoría de las veces escuchaba música, otras leía algún libro del estante de su mamá. Pero, si tenía que ser honesta, lo que más prefería era escuchar las conversaciones ajenas que flotaban a su alrededor. Con el paso de los años descubrió que había magníficas historias que hurtar de aquellas personas que le hacían compañía. Fueron varias las veces en las que había escuchado a señoras mayores hablar de sus maridos y sus hijos. Que si el hijo menor va a ser papá; que si el mayor se endeudó otra vez; que si las cosas ya no eran las mismas con su marido que parecía estar cansado todo el tiempo; que si todo ya era demasiado caro en los mercados. Un ecosistema de vidas diferentes a la suya.

La primera vez que lloró en el metro llevaba unos cuantos días de regreso en la ciudad después de graduarse. En el vagón había pocas mujeres y bastó una canción que creyó olvidada para sentir ese dolor en su corazón que le quitaba el aliento, tanto que no pudo controlar las lágrimas que habían comenzado a brotar sin vergüenza alguna. Había intentado detenerlas respirando, pensando en otra cosa, pero no tuvo éxito. ¿Qué iban a pensar las demás? Ella miró hacia fuera y con dedos temblorosos limpiaba las lágrimas de sus mejillas que caían como un río silencioso por su piel.

¿Alguna vez el dolor pasaría?, se preguntó mientras toda ella ardía por los recuerdos de lo que había sido y se había perdido en el tiempo. Cuando tuvo el suficiente valor para ver de frente, con los ojos hinchados, buscó con la mirada si alguien la miraba con pena ajena. La sorprendió ver a todas haciendo lo suyo. Una chica se

limaba las uñas, otra buscaba algo en su bolso y las demás esperaban a llegar a la estación adecuada. Solo una la miró desde el fondo del vagón con una pequeña sonrisa, no de pena sino de compasión. Algo que parecía decir "Lo sé, yo también he sido de las que lloran aquí". Una mirada breve que ella desvió, respetando los procesos que vivía Bea.

Ese día entendió que en ese lugar el dolor de todas se mueve de estación en estación. Aun con el caos, el calor, las personas; el metro le resultaba uno de los espacios más interesantes. A menos de que hubiese una emergencia o una ocasión especial, le gustaba tomar el metro.

Ese día, a través de sus audífonos sonaba la suave voz de Natalia Lafourcade cantándole sobre el mar y la soledad. Justo cuando iba a llegar a su parte favorita, el volumen disminuyó, anunciando el mensaje de alguien. Bea puso los ojos en blanco y sacó su celular del bolso, esperando encontrarse con un mensaje dando las noticias.

Hugo:
SOS. VEN A VERME AQUI.

Algo en Bea se paralizó sabiendo que su hermano no usaba ese código de emergencia entre ellos, a menos de que fuese sumamente necesario que dejara todo y acudiese a él. La última vez que se usó fue cuando su madre casi se pelea con una señora extranjera en la tiendita de la vuelta de su casa porque Dalia, la dueña, no entendía lo que la extranjera quería decir porque no sabía inglés.

Bea:
¿Todo bien? No me espantes, bobo.
Voy para allá.

El metro se estaba deteniendo en la estación Hidalgo, justo en el lugar correcto para tener la suficiente señal para abrir el mapa y checar la ubicación que le había enviado. Su hermano estaba en un estudio cerca de la avenida Colima, cruzando con Insurgentes, por la colonia Roma. El vagón aún estaba lleno, como era de costumbre en esta zona de la ciudad. Como pudo, se levantó y se dirigió hacia la puerta pidiendo permiso y terminando de empujar suavemente a las personas que no la escuchaban. Ignoró por completo la mirada dura de una señora que se molestó por haberla pisado.

Con prisa caminó siguiendo la ruta que guiaba a la línea rosa hacia Pantitlán, que estaba llena pero no intransitable como la azul. Una espera de pocos minutos y de nuevo iba en la dirección correcta hacia su hermano.

El familiar olor a marihuana y orina que caracterizaba a la estación de Insurgentes le recordó por qué era un lugar que prefería evitar. Al salir pudo escuchar a lo lejos la música de aquellos que iban a bailar y hacer batallas de rap. Unos se disponían a vender cosas en mantas extendidas y otros, como ella, caminaban lo más rápido posible para salir de ahí a través de los oscuros pasillos que daban hacia la avenida Chapultepec.

Caminar sobre esa avenida y doblar hacia las familiares calles que daban inicio a la colonia Roma siempre la había hecho sentir como en dos dimensiones distintas. A su lado pasaba el tránsito propio de las seis de la tarde, la gente enfadada tocaba el claxon como si eso hiciera que mágicamente todos los carros avanzaran. Todo por querer salir lo antes posible de aquella zona que no representaba tranquilidad para ellos, que les recordaba que el camino a casa apenas iniciaba. Avanzó unas cuadras para doblar a la izquierda y tomar la calle de Medellín, que se convertía en la puerta a un lugar donde nadie parecía tener tanta prisa. Los que caminan por ahí entraban en una especie de burbuja hermética que parecía atenuar cualquier ruido o estrés. De pronto el tránsito no era tan pesado y la gente caminaba a un ritmo tranquilo, sin tener prisa de llegar a sus

destinos. Bastó con alcanzar cierto punto de su adultez para que ella entendiese que andar lentamente en la calle era un lujo que no todos tenían.

Recorrió la calle, donde había diferentes restaurantes que probablemente eran demasiado caros para lo que presumían y que, aun así, siempre atendían a una cantidad considerable de gente. Llegó a otra esquina y a su derecha vio la panadería que se había vuelto viral unos años atrás (que no le llegaba ni a los talones al pan de la vuelta de su casa), donde la gente hacía fila por un tiempo absurdo que, para ella, no valía la pena. Aquella boutique, que ofrecía ropa de segundo uso más cara que una prenda nueva, anunciaba el inicio de la fuente de la Cibeles.

La Roma era un lugar donde, si tenías las posibilidades económicas, podías experimentar belleza y quietud. Cada vez que iba reconocía menos de su gente en aquellas calles; cada vez eran menos los puestos que aseguraban un sueldo que pagara lo suficiente para vivir en una colonia donde las rentas y la comida subían desmedidamente de precio con cada temporada.

Siempre sentía una incomodidad, una especie de enojo, cuando notaba la cantidad de gente que hablaba un idioma extranjero. Ella disfrutaba de la multiculturalidad que enriquecía a la ciudad pero no a costa de los nacionales. Los desplazamientos eran algo que hacía que la experiencia de estar ahí fuera confusa para ella. Se permitía soñar con tiempos más gentiles y justos para los locales. Saber que ellos también merecían experimentar la tranquilidad de estas calles sin tener que pagar cantidades imposibles que sus sueldos no les permitían costear.

Caminó por la calle de Durango hasta llegar a Monterrey donde por fin llegó a Colima en el cruce de Insurgentes Sur. La gente iba y venía con un poco más de ritmo por aquí, diferente de como se sentía unas esquinas atrás. Mucha gente con audífonos, otros miraban el celular y otros venían platicando de la mano de alguien más. Había ruido en todas partes: la música de las tiendas, los

coches queriendo acelerar, alguien gritando una grosería. Pasó por un puesto de tacos de suadero, ignorando a la señora que la miró mal por atravesar la fila de gente que esperaba a hacer su pedido. Ella estaba acostumbrada a que el enojo fuera una característica cotidiana de los citadinos.

Ubicada en una de las tantas esquinas de la avenida, justo arriba de una tienda de comida rápida y uno de los cientos de cafés escondidos de las calles de la ciudad, la dirección le marcaba que su destino era un estudio de danza con unas ventanas inmensas de marcos color blanco que dejaban ver un poco de los salones. Subió unas escaleras y la recibió el familiar olor a madera, sudor y brea. Frente a ella había una recepción que guiaba a las personas hacia tres diferentes salones, dos de ellos con bailarinas haciendo rutinas en la barra y el tercero, al fondo, que parecía estar vacío. Justo cuando estaba a punto de sacar su celular para preguntarle a Hugo dónde estaba, en el tercer salón escuchó el sollozo de quien supuso era Inés.

Tocó la puerta y al entrar vio a su cuñada sentada en el piso con sus piernas recogidas contra su pecho, acomodando su mentón en sus rodillas. A su costado, su hermano estaba haciéndole círculos en la espalda mientras intentaba hablarle, pero las lágrimas no dejaban de fluir suavemente de los ojos de su cuñada. Ella se acercó con cautela, dejando que Inés y Hugo la vieran, él abrió desmesuradamente los ojos y negó con la cabeza, pero fue tarde.

—¿Está todo bien? —intentó que su voz fuera suave para no asustarla—. Hugo me dijo que viniera.

Inés negó con la cabeza y escondió su rostro en sus manos. Por otra parte, Bea quiso matar a su hermano. Ella dirigió su mirada hacia él mientras entrecerraba los ojos.

—¿Qué hiciste, cabrón? —masculló Bea.

Hugo la miró, ofendido.

—¿Hacerle? Jamás la lastimaría.

Sin saber muy bien qué pasaba, Bea vio a su alrededor y notó que no eran los únicos ahí. Bea asumió que el hombre de estatura baja vestido en shorts pequeños y una camisa grande sería el instructor, quien miraba la escena con evidente enfado e incomodidad. Bea le hizo señas para preguntarle qué había pasado, a lo que él respondió encogiéndose de hombros en lo que sacaba su celular, indiferente a la situación. Claramente no le importaba ser parte de lo que fuera que estuviese ocurriendo. Lo que sí hizo fue señalarle los zapatos y decirle que "no" con un gesto de la mano.

Con un suspiro y sin entender por qué el instructor no hablaba, se quitó los zapatos bajos que llevaba puestos y los dejó al lado de la puerta. Caminó en calcetines hasta llegar de nuevo a Hugo e Inés, acomodándose al lado de su hermano. Ella decidió no decir nada y esperar a que alguno de los dos diera una explicación. Unos cuantos minutos pasaron y al cabo de unos cinco minutos en silencio, se acercó a Hugo lo más que pudo sin que sus movimientos molestaran a Inés.

—Hermano, si quieres que te ayude necesito que me des más contexto que un simple mensaje de emergencia, casi me da un infarto. Pensé que te habría pasado algo.

Su hermano se hizo para atrás y se acercó a su oído.

—Ella siente que no está bailando como debería —Hugo leyó la confusión en el semblante de Bea—. Estábamos ensayando el primer baile de novios cuando paró y me dijo: "Lo estoy haciendo pésimo. ¿Podrías hablarle a tu hermana y a Pablo?" — acercó su boca a la oreja de Bea para poder hablar más bajito—. Solo alcancé a entender que los quería aquí para continuar.

Hugo se calló al tiempo que Bea miraba pensativamente hacia la puerta que llevaba al lobby de la academia, como si sus ojos hubieran presentido su llegada antes que cualquiera de sus sentidos; escuchó a lo lejos los pesados pasos de alguien subiendo rápidamente las escaleras. Estos se sintieron por todo el piso,

mientras pasaba por los demás salones hasta que dieron con el correcto.

La voz confundida de Pablo rompió el silencio.

—¿Qué ha pasado? ¿Todo bien?

Pablo respiraba agitadamente mientras se sostenía de uno de los marcos de la puerta. Su cabello, que casi siempre estaba peinado, parecía haberse erizado en algún momento de su camino hacia ahí. Bea vio el momento exacto en el que Pablo se dio cuenta de que ella también estaba en la habitación, abriendo los ojos de par en par.

Ignorando por completo al instructor, quien apuntaba a los zapatos de Pablo y hacía un tache gigante con los brazos en señal de desaprobación, entró al salón directo hacia ellos. Se agachó hacia donde Bea estaba, tocándole el rostro.

—¿Estás bien?

Sus ojos buscaban frenéticos algo en la cara de Bea que le hiciera saber lo que estaba mal. Sus manos la sostuvieron de los hombros mientras la miraba con ojos asustados.

Un escalofrío recorrió la espalda de Bea mientras asimilaba cómo se sentían sus manos sobre sus hombros: cálidas y fuertes. Sin pensarlo, ella puso una de sus manos en el antebrazo de él y apretó suavemente. La mirada de Pablo viajó hacia donde sus pieles se tocaban.

—Sí, yo estoy bien, Pablo.

Un carraspeo los hizo voltear a ver a su hermano, que los miraba con ojos curiosos. Hugo pareció querer decir algo, pero solo negó con la cabeza y levantó uno de sus dedos hacia sus labios para indicarles que debían guardar silencio. Se giró hacia Inés, quien por fin levantó la mirada, llena de manchas oscuras de máscara de pestañas marcando el recorrido, y le hizo un puchero a Hugo. Era tierno cómo, incluso con los ojos hinchados y el maquillaje corrido, su cuñada no perdía ese aire de ternura que siempre le adornaba el rostro.

—Perdón por causar tanta conmoción, pero… —ella tomó una fuerte respiración para poder hablar—. Ustedes dos son las personas favoritas de Hugo y mías y pensé que tal vez… con ustedes no me daría tanta pena intentar bailar.

La confusión se debió de sentir en el rostro de todos menos de Hugo, que la miraba con comprensión.

—Nunca he sido la mejor bailando, pero lo intento y lo hago porque sé que a Hugo le encanta. He mejorado con el tiempo, pero ahora que pienso en ser el foco de atención de todos, no dejo de equivocarme. Siempre he soñado con que este momento sea perfecto y siento que lo estoy echando a perder por completo. Pensé que si estaba rodeada de las personas en las que más confío, me sentiría más cómoda intentándolo hasta que me salga.

Bea le acomodó un mechón que se había salido del chongo que Inés se había hecho. Ella se reincorporó y caminó hasta su bolso buscando unos pequeños pañuelos que guardaba en el kit de emergencia que llevaba consigo siempre. Al agacharse, ella empezó a limpiarle los rastros de maquillaje seco suavemente.

Como la Virgo que era su cuñada, Inés odiaba no ser perfecta en algo a la primera. Si no le salía bien desde el inicio, probablemente sería un fracaso siempre. No había otra opción. En los años en los que Inés había acompañado a su familia, habían terminado en la casona muchas muestras de los diferentes hobbies que había aprendido. Un jarrón de barro ahora estaba en el comedor con las flores de la tía Leonor. Había hecho uno de los suéteres favoritos de Bea en una clase que tomó de crochet. Muchos de los postres compartidos al final de las tradicionales comidas que se celebraban los domingos en la casona los había hecho ella. Entendiéndola, pensó bien sus palabras.

—Llamaste a las personas perfectas para eso. Es normal estar nerviosa cuando hacemos algo que sabemos que no se nos da pero que queremos hacerlo —con cada palabra borraba el maquillaje corrido, haciendo que el rostro de Inés volviera a estar limpio—.

Creo que es algo muy lindo que estés dispuesta a aprender para esta ocasión.

Hugo puso una mano en la espalda de su hermana en modo de agradecimiento y luego llamó la atención de Inés.

—Amor. No vamos a tener el peor baile de todos. No debes tener pena, para eso son las clases, pero si te sientes cómoda con más personas, lo entiendo.

Inés lo miró angustiada

—Pero si no soy buena a la primera, ¿realmente vale la pena intentarlo?

Bea decidió que tenía que ser proactiva y encontrar la solución al problema. Nada se resolvería hablando.

Le sacudió el brazo.

—Pero, a ver, Inés ¿qué quieres que hagamos? ¿Fingir que somos invitados?

Ella pareció pensarlo hasta que dio con la respuesta; los miró y negó con la cabeza.

—No, quiero que bailen con nosotros.

Bea se quedó quieta, muy consciente de la presencia de Pablo a su lado, quien había escuchado todo sin hablar.

—¿Cómo? ¿Quieres que Pablo y yo bailemos con ustedes?

—No el día de la boda, pero sí por lo que resta del ensayo. Creo que me haría sentir menos nerviosa saber que no somos los únicos bailando.

Bea no pudo reaccionar cuando la voz de Pablo intervino en la conversación

—Por mí está bien.

¿Qué tanto tendría que disimular para ocultar lo que la hacía sentir tenerlo de cerca por un buen rato? Aquel acuerdo de conocerse era prácticamente nuevo. Habían pasado pocos días desde el encuentro en la alacena y las conversaciones breves ya no se sentían hostiles ni incómodas. Las charlas a primera hora de la mañana no eran forzadas, iban lento, pero había un avance. Entre

las responsabilidades y lo que faltaba por ayudar con la boda, no habían tenido tiempo de acordar una salida. Bea temía que su indiferencia fuese algo que echara por la borda aquel avance que habían hecho y, sinceramente, ella no quería decirle que no.

—Pues bueno, ¿dónde nos acomodamos?

El instructor, que hasta ese momento había ignorado por completo a los demás, guardó su celular y les apuntó con la mano una de las tantas equis hechas con una cinta negra que indicaban una posición. Los cuatro se reincorporaron y se colocaron en los lugares indicados.

Bea volteó su rostro y los vio reflejados en el espejo; el contraste entre ellos y la otra pareja era evidente. Qué diferentes se veían. Ella recordó lo mucho que le gustaba mirarlo, su rostro era como esas pinturas que había memorizado a detalle. Ahora, al mirarlo de frente, el paso del tiempo era evidente… y le gustaba mucho lo que veía.

—¿Cómo empezamos esto, Pablo?

—Bueno… —él se aproximó un paso, reduciendo la distancia entre ellos— el conocimiento que tengo sobre esto es que debemos acercarnos un poco y poner ciertas extremidades en su lugar —tomó sus manos y las guio hacia arriba, un camino que ella siguió hasta sus hombros tensos, mientras una de las manos de Pablo se encontraba en su cintura esperando la aprobación de Bea que se había quedado congelada—. El resto déjamelo a mí.

Una canción vieja que reconocía de algún lado comenzó a sonar de las bocinas del estudio. Una guitarra eléctrica y batería indicaban una balada de los años cincuenta. Ella asintió dejando que Pablo tomara el control, quien los mecía al ritmo de la canción, sintiendo cómo toda la presencia de él la llenaba y le envolvía los sentidos.

En los primeros minutos escucharon el auch de su hermano seguido de la risa nerviosa de Inés, que lo había pisado por accidente. Por otra parte, Pablo estaba moviendo sus pies fácilmente

a una distancia prudente de su pareja. En el pasado, era de las cosas que más les gustaba y que mejor hacían.

—Sé que te estas conteniendo de bailar como lo sabes hacer.

Pablo sonrió, sabiendo perfectamente a lo que se refería. El recuerdo de aquellas noches donde bailar y cantar hasta que los dos estuvieran agotados regresó a ella. Como siempre, parecían ser el centro de atención sin quererlo, por la forma en la que todo el mundo se borraba cuando ambos se entregaban a la música y a lo que sus cuerpos dictaran.

—No entiendo cómo le hacíamos para bailar y cantar tantas horas sin perder la voz ni los pies al día siguiente. Éramos los mejores en la pista de baile casi siempre.

—Sí que lo éramos.

Se mecían suavemente cuando la canción cambió a otra. La voz de Nat King Cole y su hija hablaban de lo inolvidable que puede llegar a ser el amor, mientras Bea se hundía en la sensación de su cuerpo moviéndose con el de Pablo.

—Pero… míranos. No pensé que esto volviese a ocurrir, ni siquiera pensé en la posibilidad de volver a verte.

El instructor, que hasta ese momento había estado callado, decidió romper con su voz el silencio.

—A ver, ustedes dos —dijo, señalando a Bea y a Pablo—. En mi salón existe una regla: si ustedes participan, tiene que hacerlo al cien por ciento. Para mí este también es su baile de esposos, entonces, por favor, véanse a los ojos.

Bea se preguntó si tanta intimidad era necesaria pues nada más estaban de apoyo emocional. Estuvo a punto de responderle cuando, rápidamente, Pablo tomó su barbilla con dos de sus dedos y alzó su mirada hacia la de él. El aire se le fue y salió de manera entrecortada.

—Creo que es mejor obedecerlo a rebatirle; por como lo veo, no creo que podamos contra él.

Eso la hizo reír. Mirarlo fue suficiente para que todo a su alrededor se difuminara, que la música fuera como un eco lejano, como si viniera de uno de los otros salones. Las otras personas que estaban ahí se convirtieron en meras sombras. Solo estaban él y ella, y la sensación de que todo a su alrededor no existiese, a excepción de la forma en la que él la alejó y le dio una vuelta para volver a acercarla; ella colocó sus manos en el pecho de él.

—¿Crees que nos regañe si hablamos?

Era difícil esconder la risa que parecía colarse entre sus labios.

—Podemos ponerlo a prueba. Creo que subestimas mi carácter si nos llega a llamar la atención de nuevo.

Él rio y aprovechó para darle otra vuelta. Bea quedó de espaldas a él.

Dejó salir un respiro fuerte si bien él seguía meciéndolos suavemente. Ella miró hacia el espejo; la mirada de Pablo los observaba.

—No puedo creer que esto aún sea igual. Ni a ti ni a mí se nos fue el ritmo que teníamos.

Ella no pudo evitar sonreír ante tal recuerdo. ¿Cuántas veces no habían bailado así en el pasado? Su cuerpo, tan familiar al suyo. Los giros entre ellos, los besos y las miradas. Las risas sumergidas en vino, en canciones dedicadas al otro, en buscarse entre la multitud para unirse en un baile que parecía una celebración de lo que tenían. Todo el amor que solo un corazón intacto puede llegar a sentir. Lo inmenso e infinito que es todo a los veinte años. Cuando el quererse parecía un juramento, uno que no se rompería.

Pablo la separó y le dio una vuelta, llevando sus manos al cuello de Bea.

Todo se sentía cómodo entre ellos en ese momento. Sus manos en el hombro de él, el rostro de Pablo apoyado en la cabeza de ella. No fue difícil hacer uso de la memoria muscular para traer de regreso las coreografías que no habían sido bailadas en años. Dos personas que se reencontraban en movimientos que los dos

simultáneamente, contra tiempo y distancia, todavía sabían cómo hacer.

—A ti los años te dejaron mejor que a mí, Bea.

—¿Lo dices por el ritmo? Tomé un par de clases de baile.

—No me refiero al baile, sino a ti. Te ves mejor de lo que alguna vez me atreví a imaginar cuando pensaba en dónde estarías.

—Por favor —su voz sonó un tanto sarcástica—, ¿a poco pensaste en mí en estos años?

Pablo sonrió, sin decirle nada, para el alivio de Bea. Él decidió seguirlos meciendo al ritmo de la música y el mundo a su alrededor sonaba como una balada de amor. Sentía el olor de la loción de Pablo y su aroma propio, una mezcla que la hacía querer enterrar su cabeza en el pecho de él e inhalar. ¿Cuántas veces no lo había hecho en el pasado? Qué terrible era tener los recuerdos de lo que entonces se sentía. Se descubrió teniéndole envidia a una Bea del pasado que sí podía hacerlo. Aquella fue libre de poder hacer lo que la Bea de hoy quería hacer. No estaba segura de cuáles serían las consecuencias, pero, aquí y ahora, esto se sentía correcto.

La canción estaba por terminar. Pablo apoyó su cabeza cerca de la sien de Bea. Era deliciosa la forma en la que su cuerpo parecía doblarse para poder estar más cerca de ella.

—That's why, darling, it's incredible that someone so unforgettable thinks that I am unforgettable too.

La voz de Pablo tan cerca de ella retumbó en sus huesos. Tal vez no pudiera ver la verdad de él, pero sí sabía la suya. En este momento no quería hacerse responsable, pero era evidente que la reacción de su cuerpo hacia él era meramente física. Pablo sabía a la perfección lo que estaba haciendo, sabía lo mucho que le gustaba que él le cantase. Todas esas noches en las que él la arrullaba con alguna canción regresaron a ella en un segundo.

Ella también había aprendido un par de cosas en el camino. Su cuerpo tenía memoria y, sin pensarlo, uno de sus dedos acarició los rizos suaves que adornaba su nuca.

—Bea…

El jugueteo que apenas comenzaba se terminó junto con la canción que los había hecho volverse a sentir de veintidós y veinticuatro años.

Bea se quedó esperando una incomodidad que no llegó. Lo único que sintió fue unas profundas ganas de regresar a donde estaba porque, aunque el cuerpo ya no fuese igual, la sensación era la misma. Aún podía sentir sus manos cálidas en sus caderas. La forma en la que sus manos cubrían la mayoría de su espalda.

Aquel momento se rompió cuando se escuchó un suave palmoteo en el aula. El instructor, que hasta ese momento los había observado en silencio, estaba aplaudiendo pese a que mantenía la cara de seriedad. Se giró hacia Hugo e Inés, señalándolos, como si Pablo y Bea fuesen alguna especie de video instructivo y no personas reales en la habitación.

—Y así es como unos novios deberían bailar su primera canción. Practiquen en casa viendo a estos dos y van a mejorar para el día de la boda.

Y, sin más, comenzó a desenchufar los cables de una bocina y a recoger sus cosas. Ambos asintieron mientras aceptaban lo cómico que era toda la situación. Pablo y Bea caminaron hacia Inés y Hugo, que los veían de una forma que Bea no supo reconocer.

—No sabía que te podías mover así, hermano. Quién viera al serio de Pablo.

Ella reconoció en su hermano la expresión que ponía cuando era pequeño y planeaba una travesura la cual terminaba con la desaparición de un póster, una galleta esfumada antes de tiempo o, más grande, una escapada a altas horas de la noche para ver a Inés. Bea lo sabía porque siempre estuvo a su lado para ayudarlo. Inés se acomodó en el brazo de su prometido y un brillo se veía en sus ojos mientras los miraba. Hugo le hizo una señal a Bea para que lo acompañara a la entrada del salón. Los dos se inclinaron para recoger sus zapatos.

—Yo solo te voy a decir que, si vas a intentar ligarte a Pablo, tienes mi bendición. Llevo años intentando hacer que conozca a alguien, pero él no se deja. Es un hueso duro de roer, pero si sucede, por favor, tenle paciencia.

Bea no tuvo el corazón para decirle que era demasiado tarde para aquel consejo.

—¿Estás loco? Ya sabes la regla estricta que tengo con salir con alguno de tus amigos —reviró. Técnicamente, Pablo había sido su amigo primero.

Hugo alzó los hombros y miró divertido a Pablo, que todavía los veía de soslayo mientras escuchaba a su futura esposa.

—Ese de allá es el que me hubiese gustado tener de hermano si papá y mamá hubieran tenido otro hijo. Hay muy poco amigos como él. Dale chance, capaz y te equivocas.

Pablo e Inés estaban conversando; ella parecía estar convenciéndolo de algo a lo que él negó con la cabeza, al mismo tiempo buscaba la mirada de Bea a través del espejo. Un silbido llamó la atención de los tres. Su hermano le hacía señas para que los otros también se acercasen. Inés se puso a un lado de Hugo, rodeando su brazo con el suyo.

—Bueno, aquí ya terminamos. Muchas gracias por venir. Al final me distrajo tanto que estuvieran aquí que ya no pisaba tanto a mi futuro esposito. Hugo y yo tenemos que ir a hacer otros pendientes. Pablo, ¿tienes algún plan?

Él negó con la cabeza.

—¡Padrísimo! Entonces pueden regresar solos… a la casa… mientras platican… y ven lo bonito que se ve Coyoacán de noche… lindo, ¿no?

Cada frase enfatizada le olió a peligro a Bea. Hugo e Inés tomaron sus cosas, le pagaron al instructor, un par de besos en la mejilla como despedida y desaparecieron del salón. Una suave canción de piano sonaba en la academia. Afuera, el ruido del tránsito

les recordó que todavía faltaban unos buenos veinte minutos para llegar a la tranquilidad de la casona.

—Claro que pensé en ti.

Bea alzó la mirada hacia el espejo y vio la silueta de Pablo, que la observaba expectante.

Desde su reflejo, vio cómo las manos de él se hacían puños en las bolsas de su pantalón. Lo dijo como si no tuviera vergüenza de admitirlo, algo tan fácil de reconocer que simplemente se admitía.

—No sé si es extraño que te lo diga, pero así fue.

Todavía con la mirada puesta en el espejo, Bea vio a Pablo acercarse. Buscaba su mirada, tratando de hallar en sus ojos algo que le dijera que estaba bien lo que le había escuchado decir y cómo la hacía sentir. Como si esos años se hubieran buscado a la distancia, una espera que ninguno de los dos sabía si tendría fin y que aun así se afrontaba. Los ojos grises de Pablo brillaban con determinación, sin una pizca de perplejidad. Ella alzó la mano con lentitud, sorprendida de que no temblara en aquel gesto. La palma de su mano acarició suavemente la piel de su mejilla. Con la memoria muscular que se acciona sin pensarlo, Pablo se inclinó hacia ella.

—Éramos unos jóvenes que se amaron mucho, ¿verdad? Tú y yo… eso fue real.

Lo último lo dijo como una afirmación, no como una duda. Él asintió, el vello de su barba le hacía cosquillas en la piel. Su mano se deslizó y se acomodó a su costado mientras sonreían con la nostalgia de saberse lejos de aquellos que fueron. Para su alivio, el presente estaba frente a ella y tenía mucho que descubrir. Ella caminó para tomar su bolso y le hizo un gesto con la cabeza para que se fueran del salón.

—Si vamos de regreso a la casona vamos a tardar un rato en llegar entre la caminata y los transbordos al metro. Entonces cuéntame, ¿qué hacías cuando no pensabas en mí?

Salieron y las calles, ahora más tranquilas, fueron el escenario donde se permitieron volver a preguntarse lo que cada uno sabía del otro. Algunas respuestas habían cambiado con el tiempo, otras cosas eran nuevas y los sorprendían.

—¿Tu helado favorito es el de menta con chocolate? —la voz de Pablo fue demasiado fuerte para las personas que iban en el vagón del metro, que lo miraron, curiosas.

Ella escondió su risa con la mano libre que no se estaba sujetando al tubo.

—¿Por qué todo mundo lo detesta?

—¿Será que es porque sabe a enjuague bucal con chocolate?

Todos en el vagón ignoraron la carcajada de Bea, sabiendo que había gente de todo tipo en aquella estación. Iban haciendo una lista mental de todas las cosas que aprendían del otro: la travesía que fue para él terminar su maestría, la especialización de ella. Todos los artistas y películas que habían descubierto en ese tiempo. Estaban demasiado ocupados para notar que el usual trayecto de treinta minutos se sintió como apenas unos cuantos instantes estando juntos.

Algo le dijo que las preguntas más personales serían para después; por ahora, este territorio era el correcto, pero ella quería ir un poco más allá de lo superficial.

Cuando llegaron a la casona, fueron recibidos por Alicia y Leonor, que iban de salida hacia la reunión semanal que las hermanas tenían en casa de la tía Caro.

—¿Y ustedes de dónde vienen?

Así como Alicia, la casona había notado que los dos estaban muy sonrientes, había un aire divertido en ambos.

—Ay, mami, después te cuento. Me saludan mucho a tía Caro, por favor.

Se dieron un beso y Alicia se despidió de Pablo con un gesto de la mano.

Cuando ingresaron a la casona y entendieron que aquel momento había pasado, uno fue a la derecha y el otro a la izquierda del recibidor: él se dirigió al pasillo iluminado por unos candelabros que colgaban de la pared, preguntándose por qué las velas de la casa siempre estaban prendidas cuando llegaba de noche. Nunca había visto a nadie prenderlas ni apagarlas. Del otro lado, Bea sonrió cuando escuchó unas risas traviesas atrás de ella. Los muertitos habían hecho lo suyo y ahora corrían hacia lo siguiente que tenían que hacer.

La casona los había visto llegar desde la esquina y les había avisado a todos que volvieran a sus puestos. Pablo todavía no podía verlos, pero pronto lo haría: algo había cambiado en el aire, algo que lo hacía empezar a notar el velo suave que separaba los mundos que convivían dentro de aquella casa. Él sentía algo en el pecho, ella lo sentía en su estómago. La casa los miraba con la paciencia de alguien que ha acompañado a otros en sus insomnios y grandes emociones. Algo dentro de ella vibró como solo pocas veces lo había hecho. Una piedra cayó en el fondo del pozo y al impactar con el agua hizo un eco que se sintió en los cimientos y lo profundo de Bea. Ahí donde el pasado y el presente chocaban, un punto donde el tiempo se comprimía y se estiraba, el cambio comenzó.

La casona y los muertitos sonrieron, volviendo a lo suyo. Por fin había ocurrido lo que tanto esperaban y, ahora sí, podían empezar los preparativos de lo que todos sabían sería un gran cambio en el corazón de Beatriz y Pablo.

CAPÍTULO 8
2017, España

El sol de Alicante le quemaba tanto que, si cerraba los ojos, podría jurar que estaba de regreso en el jardín de la casona. Ella podía fingir que debajo de su toalla había pasto y que lo que olía no era el mar, sino las grandes matas de buganvilias que crecían cerca de su rincón favorito. Lo único que la traía de regreso a la realidad era la sensación de la arena, cada uno de los granitos era un recordatorio de que aquel no era su hogar, que estaba de paso y no tomando el sol en el jardín de la casona. En sus audífonos se escuchaba la *playlist* que había hecho para la ocasión, acostada sobre una toalla. Toda ella olía al tan familiar bloqueador que le recordaba a las playas de Acapulco y Oaxaca.

Aún con los ojos cerrados, extendió una mano y enterró sus dedos en la arena. Por más que lo quisiera, la arena no era el pasto en el que tantas veces había encontrado catarinas mientras crecía, en el que los muertitos dejaban sus cosas cuando, apresurados, huían de ella. Definitivamente no estaba en casa pero aquel lugar, siendo distinto a lo que le funcionaba para estos momentos, estaba comenzando a ser uno de sus tantos espacios felices. Estaba extrañando su hogar porque ahí sería más fácil aceptar lo que sentía cada vez que Pablo le sonreía. Solo recordarlo hacía que una sonrisa absurda adornara sus labios.

Todo sería distinto si hubiera conocido a Pablo en su tierra, se dijo. Ahí al menos tendría a aquel árbol para ir a pensar, para intentar controlar lo que en su pecho crecía día a día. Aquí tenía el mar inmenso frente a ella. Más allá de donde los niños jugaban en la orilla, donde las personas nadaban, viéndose a lo lejos como arañas pequeñas en una amplia pared, las grandes olas se formaban. Ella, aun fuera del agua, intuía que su fuerza era enorme, que debían ser igual de intensas que sus propias aguas que parecían estar conteniendo sus sentimientos. Eso era lo que el hombre con ojos dulces le causaba.

Junio había pasado en un abrir y cerrar de ojos, igual de rápido como ese hombre se le estaba comenzando a pegar en las pupilas. Si antes era difícil ignorarlo, ahora era imposible no notar cuando llegaba o se iba. Si era franca, no quería hacerlo ya. Era tan fácil hablar con él. Sin querer alzar rumores de un posible romance, los dos se mantenían cordiales en horas laborales. Solo un buen observador advertiría la forma en la que él siempre estaba pendiente de lo que ella hiciera, moviendo su cuerpo en su dirección y cómo ella ocultaba una sonrisa pequeña cuando él hablaba.

Lo peligroso de todo esto era que ella comenzaba a admirarlo: De una forma directa, amable y propositiva, comandaba el equipo del despacho de su padre para lograr sus labores. Decir que estaba excediendo las expectativas era quedarse corto: en tiempo récord habían conseguido más de la mitad del equipo necesario para comenzar las restauraciones.

Ella, por su parte, se dedicaba a lo administrativo y a ser sombra del personal del museo: había aprendido mucho acerca de contrataciones y adquisiciones en el tiempo que llevaba aquí. La rutina se había creado sin esfuerzo alguno y, en ella, Pablo trenzaba su presencia en el tapiz de memorias que comenzaba a crear de esta experiencia. Cuando Lía salía a comprar su almuerzo y ella terminaba sus labores, siempre en su escritorio aparecía un pequeño ramillete de flores, de esas que se encuentran en las jardineras.

Cada flor era distinta en tamaños y colores, un "Pensé que sería lindo que las dibujaras para tu cuaderno" transformado en un detalle que el arquitecto Grant Benítez tenía con la practicante. Con él, acostumbrarse a las flores era fácil.

Algunas veces, Pablo aparecía en el umbral de su puerta para asegurarse de que el detalle fuese recibido y le sonreía para después irse. Otras veces las flores eran golosinas de la región y, otras, post-its con pequeñas notas.

"¿Cómo está la serie que estás viendo?".
"Me muero por contarte de lo que hizo Miri en la mañana".
"Se te ve muy bien el color verde".
"¿Quieres salir de nuevo conmigo?".

Otro cambio fue que Pablo ahora caminaba de vuelta a casa con Lía y Bea después del trabajo.

—Sí recuerdas que, según lo que me contaste, mi departamento está bastante lejos del tuyo, ¿verdad? —ella le preguntó la primera vez mientras terminaba de guardar sus cosas.

Pablo tomó el pesado bolso de Bea y se lo acomodó en el hombro, llevaba las cosas de los dos, le ofreció el brazo, un gesto antiguo que hacía que las mariposas que aleteaban dentro de Bea se movieran sin control.

—Sí lo recuerdo, pero no me importa. Es una gran forma de completar mi reto de pasos diarios. ¿Vamos?

Lía la esperaba afuera del museo mientras fumaba un cigarro, emitió un gritito de emoción a la distancia que hizo que Bea y Pablo voltearan a verla. Bea le hizo una mueca que Lía entendió como un "compórtate". Ella sonreía intentando ocultar su emoción con una calada.

—Veo que tenemos compañía; me encanta —Lía le hizo un gesto de militar con la mano a Pablo—. Un gusto volver a verlo, arquitecto.

Desde entonces, todos los días caminaban juntos a su departamento. Lía había decidido que era mejor que ellos fueran sin ella, adelantándose para dejarlos solos. Ninguno de los dos quería dejar de hablar durante el trayecto: aquel silencio cómodo que conocieron en las montañas había desaparecido para dar paso a la conversación. Hablaban de todo tipo de cosas: desde la primera película de terror que vieron hasta los memes de moda en Facebook. Bea tomaba nota de los detalles que Pablo le compartía, quería crear una lista de las pequeñas cosas que hacían a Pablo ser un hombre cautivador.

Mientras lo escuchaba pensó en lo interesante que era oírlo hablar. Sabía un poco de todo, con una inteligencia de esas que, por ser modestas y entusiastas, se vuelven irresistibles. Cuando hablaban de su infancia, Bea se encontró queriendo regresar en el tiempo y conocerlo en la niñez, aunque probablemente no hubiesen sido amigos entonces: Pablo la hubiese aterrorizado. Le gustaba pensar que, en algún otro universo, ellos se habrían conocido y hubieran sido amigos confidentes que jugaran a descubrir el mundo, justo como se sentía ahora. A su lado, ella parecía estar mirando de frente al universo a través de sus ojos.

Algunas veces se detenían por helado que él le invitaba, otras veces se quedaban platicando en el café del primer piso del edificio donde ella vivía. Pablo nunca había preguntado si podía subir a su departamento y Bea se sorprendió de lo mucho que eso le gustaba. En una edad en la que la mayoría de ese tipo de salidas terminaban en un "¿quieres ir a mi departamento?", él parecía estar satisfecho con su conversación y compañía.

El único toque que compartían era cuando caminaban: su mano envolvía la piel de su brazo y sentía su calidez a través de la ropa. Su cuerpo había comenzado a reaccionar a él y su imaginación, terrible y curiosa, comenzaba a hacer preguntas: ¿cómo se sentiría tocar su mejilla? ¿Sus labios son igual de suaves como se ven? Ella decidió que si él, en un arrebato, le robaba un beso, ella

correspondería sin dudarlo. Cuando sus pensamientos se dirigían en esa dirección difusa de la amistad, ella se acordaba de que hasta el momento todo parecía ser detalles de alguien que estaba interesado en ella como amiga. No entendía por qué la palabra *amistad* se quedaba corta para explicar la dirección a la que ella comenzaba a sospechar que inevitablemente llegarían.

Bea había aceptado dos cosas desde ese momento: una segunda cita y que Pablo le gustaba mucho. No tenía sentido huir de lo que le hacía sentir estar con Pablo. Pequeñas margaritas brillaban en su pecho cuando lo veía, mismas que se entristecían cuando era el momento de decir adiós. Lo único que la detenía era ignorar adónde pararía esta historia en particular. Su maldición parecía haberse ido desde el momento en que lo conoció. No había punzadas ni escalofríos, nada que le avisara de algún final. Ella esperaba constantemente a que algo hiciese clic, la pista de que aquello iba a terminar, pero, en cambio, solo había quietud. Casi tres semanas habían pasado y únicamente había felicidad que se sentía como los rayos del sol acariciando su rostro.

De tanto pensarlo, sabía que el lugar indicado para aceptar sus emociones era con su mejor amiga y el mar. Bea se quitó los lentes de sol y tomó su celular. En la pantalla había una notificación que había llegado hacía una hora y media.

Pablo:
¿Tienes algo que hacer esta noche?

Deslizó el dedo por la pantalla, leyendo los mensajes que habían compartido. Si lo pensaba bien, parecía que él también la buscaba cuando se separaban. Bea ocultó su sonrisa detrás de sus dedos y aventó su celular al bolso. Lía bajó el libro que sostenía y subió sus lentes de sol para mirarla acusadoramente.

—Dile a Pablo que no pasa nada si no hablan por un momento, que es superseguro que tú también estés "colada" por él.

Bea se sentó y estiró su mano hacia la pequeña nevera portátil —que le había pedido prestada a uno de sus *roomies*— para sacar un jugo de mandarina que habían comprado en la tienda de camino a la playa. Ella se acomodó boca abajo al lado de Lía para poder verla mejor

—¿Tanto se me nota?

—Bea, queridísima… —Lía cerró su libro y se giró de costado para verla—. ¿Estás siendo honesta con tus emociones por primera vez?

—Hasta yo estoy sorprendida… —Bea sonrió cariñosamente y le dio un sorbo a su jugo. La amistad entre Lía y ella funcionaba gracias a que las dos conocían los límites de la otra. Lía sabía del silencio de Bea y ella sabía que su amiga requería de sus espacios donde solo eran ella y su mundo.

Cuando era niña, Bea nunca llevó a nadie a la casona porque sabía que si alguien veía las cosas que ahí pasaban, jamás volvería a recuperar aquella presencia pequeña que tenía con su grupo de amistades. Nadie volvería a invitar a las tardeadas a la chica callada que vivía en una casa antigua donde se escuchaban pasos cuando no había nadie. Lía no fue así. En la secundaria, cuando ambas se conocieron, las emparejaron para hacer un proyecto en equipo. Como siempre, Bea había ofrecido la cartulina para la presentación a cambio de ir a la casa de la otra.

—¿Podemos ir a tu casa? Seguro que es más interesante que la mía.

Bea le había inventado todo tipo de excusas, pero nada parecía convencer a Lía de no ir a trabajar a su casa. Pero ahí aprendió el ímpetu que tenía la voluntad de Lía. Así fue como por primera vez una compañera suya entró a la casona. Como siempre que recibían visitas, Bea supo que la casona estaba husmeando en busca del peso de sus pasos, el carácter de la chica algo alta para su edad, que hacía ruido con su mochila llena de llaveros curiosos. Todos en

su familia sabían que ella solía ser muy selectiva con quienes permitía dejar pasar sin darles un susto con su advertencia. La familia Domínguez contaba con ella para cuidarlos y ella cumplía sin falta a esa promesa. Trabajaron en el estudio hasta que su compañera preguntó por el baño. Bea esperó pacientemente, susurrándole a las paredes que cuidadito y la asustaran. Supo que Lía era especial cuando, unos momentos después, regresó del baño y le dijo:

—Oye, ¿ya te diste cuenta de que en tu casa hay fantasmas? Creo que algo me saludó de camino aquí… ¡qué chido! Me tienes que contar qué onda con eso.

Desde entonces se habían vuelto amigas y la casa la recibía siempre con silencio y tranquilidad. Bea descubrió que para alguien que vivía entre ruido y ajetreo, eso era lo que necesitaba para sentirse bienvenida. Meses después, en uno de los tantos proyectos que hicieron juntas, Lía le contó lo que la casona supo desde que vio que aquella joven veía a la oscuridad de frente.

—Mi papá le pega a mi mamá. Tengo mucho miedo, los gritos son espantosos y siento que un día de estos la va a matar… ¿qué hago, Bea?

Olvidaron la tarea para dar paso a una conversación difícil, pero vital. Lía había llorado con Bea mientras le contaba el secreto familiar que se escondía detrás de la ilusión de una familia bien acomodada. Lía le habló del miedo, la desesperanza y la rabia que le daba escuchar a su mamá llorar por las noches cuando su padre regresaba oliendo a alcohol, sacando sus frustraciones con ella. Le habló de cómo le rogaba para irse, que juntas podrían lograrlo, que cualquier otro lugar era mejor que aquel departamento. Por desgracia, la madre era un pájaro que había aprendido a volar en círculos entre aquel viejo amor que conoció y el terrible matrimonio que la hacía sentir que cualquier cosa era mejor que la soledad.

Leonor, que las había escuchado cuando les llevó limonada, habló con sus hermanos sobre lo que le pasaba a la chica alegre que había

logrado sacar a su niña de la casona, que la hizo ser como las demás chiquillas de su edad. Los tres tomaron la decisión y hablaron con Bea. Leonor la veía con comprensión, su madre con decisión y su tío con la disposición de defender a juzgar por la seriedad que era poco frecuente en su carácter.

—Escuchamos a Lía contar sobre lo que le pasa a su madre y a ella. Diles que son bienvenidas en la casona si necesitan un lugar donde quedarse en lo que todo se acomoda.

Días después, Bea se quedó en el salón con Lía durante el recreo para contarle. Su amiga había llorado y abrazado a Bea por el gesto, pero convencer a su madre de que huyeran resultó ser más complicado y lento de lo esperado. No fue hasta meses después de moretones, gritos y manipulaciones que Graciela y Lía llegaron en una noche lluviosa a las puertas de la casona. Lo que habían alcanzado a guardar se transportó en una maleta a medio cerrar, una bolsa grande que Lía cargaba y el gato pardo grande que Graciela parecía usar como ancla a la realidad de lo que estaba ocurriendo.

La casona vio cómo el gato saltó de sus brazos y caminó lentamente, mirando sus alrededores, intentando seguir el sonido proveniente del comedor que le llamó la atención. Después de asomarse debajo de la mesa, vio a los muertitos sentados tomando el té, que habían dejado de platicar para voltearlo a ver. Uno de ellos, que después de la muerte seguía amando a los animales, le pasó la mano haciendo que el gato ronroneara y erizara su pelaje del gusto, por lo que concluyó que su ama y su niña estaban en un lugar seguro por fin. Él regresó a donde sabía que lo esperaban, junto a los demás humanos que hacían un círculo protegiendo a sus amas. Lía y Bea durmieron abrazadas esa noche y hablaron hasta que sus ojos comenzaron a pesarles. La casona sintió la paz de Lía cuando, al cerrar los ojos, por primera vez en mucho tiempo, tuvo la certeza de que su mamá y ella estaban a salvo. Abajo, en la cocina, Leonor y Alicia sostenían a una Graciela que no dejaba de llorar de

furia, asco, vergüenza, culpa y, sobre todo, de tristeza. Entre mujeres que entendían lo que era ser esposa y madre, no hubo ni un gramo de ganas de juzgar, solo escuchaban, se consolaban y contenían las emociones de aquella mujer que se había acostumbrado al miedo.

La primera semana fue difícil: Graciela quiso salir corriendo mil veces de regreso a aquel infierno que había convertido en un hogar. Las mil veces Leonor y Alicia la habían escuchado y habían hecho que su mente encontrara una distracción momentánea.

Alicia había comenzado a hacer postres para la hora de la comida y Graciela se había ofrecido a ayudarla. Así fue como ella encontró lo que la hacía poner todo el ruido en pausa: ocupar sus manos en masas, porciones por medir y esperar a que el dulce olor a panqué emergiera del horno; esto le hacía entrar en un estado casi de meditación que la mayoría de las mujeres experimentaba cuando se entregaban a esta actividad.

Pasó enero y la separación por fin fue definitiva. En febrero, una sombra que la casona y los muertitos habían identificado como aquel que le había robado la paz a Lía y su madre intentó forzar una de las ventanas para entrar a la casona… Basta decir que fue un gravísimo error convocar la furia de aquellos espíritus. Ellos tenían amistades lejanas, que al usar la energía correcta podían hacer una pequeña visita a cambio de un favor que seguro después se cobrarían. Los vecinos dicen que el grito que pegó el hombre se escuchó a algunas cuadras más allá de la casona. Ese mismo día la policía encontró en una esquina solitaria a un señor que no paraba de llorar y gritar, llamando la atención de los vecinos. “Yo lo vi. Vi al diablo, viene por mí porque soy un asco”.

Fuese el demonio o no, la casona no pudo evitar reírse cuando el chisme llegó hasta los hogares que colindaban con la casona. Lía y su madre jamás se enteraron de esto y él nunca más las volvió a molestar.

Después de juntar varios sueldos y pedir un préstamo, Graciela poco a poco emprendió un negocio de postres que, después de un año, le había dado la oportunidad de construir un hogar con su hija con sus propios medios. En todo ese tiempo se había creado entre Bea y Lía un lazo de amor incondicional y de hermandad que se sentía igual de fuerte años después.

Por eso Bea sabía que ella era de las pocas personas que genuinamente la conocía con todas sus sombras y colores. No tuvo miedo de contarle lo que la estaba comenzando a sacudir en lo más profundo de sus cimientos, lo que era su identidad y por qué la mención de una posible pareja para ella la llenaba de ansiedad.

—Me da la impresión de que los dos están caminando hacia algo que no es mera amistad, pero puede ser que a él también le dé miedo dar un paso más y asustarte. ¿Qué es lo peor que podría pasar? Si al final no ocurre nada, habrás encontrado una linda conexión en la que los dos sintieron interés platónico, que también puede pasar. El enamoramiento en las conexiones no románticas existe y es más frecuente de lo que se piensa

Bea le dio una sonrisa triste y Lía asintió suavemente.

—¿Es sobre lo que me contaste que te dijo el pozo de chiquita? Amiga, ya habíamos hablado de esto.

Bea le había contado de su maldición cuando experimentó su primer beso con Ignacio en el baile de la secundaria. Lía se había reído entonces, pero luego él le dijo a Bea que realmente no quería nada con ella. Para la tercera vez, Lía se asomó al pozo con curiosidad para ver si a ella también le decían algo, pero, como se esperaba, no hubo respuesta.

—El problema está en que con Pablo no hay nada, Lía. No tengo síntomas de que algo vaya a salir mal. Todo este tiempo había tenido una ventaja porque sabía en qué momento retirarme, porque el final siempre llegaba a mí antes. Pero ahora… todo esto es demasiado nuevo. Nunca había llegado tan lejos con alguien, como

si estuviera sintiendo todo por primera vez —su voz era tan vulnerable como todo esto que sentía—. ¿Tiene sentido?

—¿Te has puesto a pensar que esto nos pasa a todos los demás mortales a los que una bruja no nos dijo lo mismo que a ti? Hasta ahora, tú eras la que decidía, como si fuera el destino, pero ahora estás ante la incertidumbre y te toca soportar —eso la hizo reír—. A todos nos da terror el daño que podría ocasionarnos el rechazo, pero ninguna historia hermosa comenzó sin esperanzas.

La incertidumbre la estaba comiendo por dentro. Una parte de ella quería hacer exactamente eso: tener la esperanza de que, si no sentía nada, era porque tal vez, solo tal vez… Pablo era el camino seguro. Jamás se había planteado qué pasaría si algún día conocía a su persona indicada. Sabía que existía porque, así como había finales, también había "por siempre" en todo momento a su alrededor. Más escasos, pero ahí estaban.

—Sí sabes que esto llega hasta donde tú quieras, ¿verdad? —la voz de Lía siguió— No estás sola y estoy aquí para escucharte. Quiero que te diviertas y que disfrutes esta experiencia. Deja que todo fluya… que simplemente se dé.

¿Cómo iba a saber qué hacer si era la primera vez que algo se sentía tan perfecto y correcto? Sentía que, al primer suspiro, algo pasaría y terminaría como todas sus historias lo hacían. Una punzada en su abdomen y, con eso, él se convertiría en un recuerdo amargo de la primera vez que rozó con los dedos lo que tanta curiosidad le daba y que, en el fondo, quería para ella.

Lía estiró su brazo y con su mano apretó suavemente el antebrazo de Bea, presintiendo que en el silencio de su amiga había ruido.

—Vamos a hacer algo: si en cualquier momento el miedo se vuelve demasiado y no puedes estar con él, dime y me consigo a alguien para ir a citas dobles con ustedes. Ya sabes que soy muy fan de ellas.

—Gracias —Bea tomó su mano y la apretó suavemente también, antes de sentarse para ver hacia el mar—. Pero estar sola y sentirme a salvo no es el problema; al contrario… Nunca pensé que podría simplemente… existir, que la otra persona también lo haga y que se sienta como magia. Con él todo es muy tranquilo y eso me está gustando mucho, Lía.

Un grupo de personas le llamó la atención. Eran unas cinco o seis personas de todo tipo de tamaños y complexiones que iban saliendo del mar mientras sostenían lo que parecía una pelota de voleibol. Bea lo reconoció con solo ver su cabello húmedo y despeinado por el mar.

Cuando la distancia se acortó, lo primero que notó fue aquella sonrisa despreocupada que llevaba siempre que estaba fuera de la oficina. Un hombre moreno, un poco más bajo que él, llevaba una bocina mediana sobre su hombro, mientras bailaba de una forma graciosa al ritmo de la música, haciendo que todos se rieran con él. De todo el grupo reconoció a dos compañeros que venían del grupo de arquitectos de Pablo, pero no así a los otros tres que venían con ellos: dos chicos que iban tomados de la mano y una chica con un largo cabello negro que le llegaba hasta la cintura.

Intentó concentrarse en otra cosa, pero era imposible cuando la piel de Pablo parecía reflejar tenuemente la luz del sol. Todo en él le gustaba: la forma en la que caminaba con decisión, cómo sus músculos se notaban desde donde estaba y aquel suave vello que adornaba su pecho.

Pareció dudar si acercarse o no, por lo que Bea le hizo una seña con el brazo.

—Esto va a ser divertido —Lía se había sentado en su toalla también, mientras se ponía al revés la gorra que había empacado en su bolso.

Pablo intentó caminar lo más sereno posible, pero algo en su interior pareció encenderse cuando la vio a lo lejos. Inseguro de no saber si era prudente interrumpir una salida que claramente era

entre Lía y ella, sintió un enorme alivio cuando Bea lo llamó. Había salido con un par de compañeros del museo y tres amigos que había hecho en otros veranos anteriores en Alicante, con la intención de aclarar sus pensamientos y lo que él había comenzado a sentir cada vez que Bea estaba cerca de él.

Aquel proyecto, uno que lo mantenía estresado y temeroso de que saliera mal, de pronto se convirtió en algo que parecía fluir sin estrés ni tantas angustias. Las llamadas matutinas de su padre seguían, pero ahora las escuchaba sin malestar porque sabía que el trabajo se hacía bien y que, en unos cuantos minutos después de colgar, podría encaminarse al museo, donde ella ya estaría ahí.

Había sido fácil mezclar su trabajo con intentar llamar la atención de Bea.

En algún momento se habían hecho amigos. Si ella veía una buena película, siempre se la recomendaba. Si quería ir a probar un nuevo restaurante, la invitaba a almorzar. Reírse era fácil con ella, los dos hablaban sin parar y él se sorprendió por lo fácil que era simplemente *ser*, sin presiones ni tener expectativas que cumplir.

Pablo estaba aprendiendo que en los silencios detrás de aquella chica había intención y que, una vez que lograbas ir más allá, había melodías en las historias que ella iba compartiendo en cada salida.

En el pasado, muchas de sus anteriores citas se habían dejado guiar por el exterior. Pablo sería hipócrita si no reconociera que había heredado lo mejor de sus padres y que era atractivo, pero llegaba un punto donde lo físico lo había aburrido. En los años recientes, comenzó a sentir curiosidad por algo más profundo que el sexo, algo como lo que su madre y su padre tenían y que él había visto durante toda su vida. Había comenzado a compartir con sus citas un poco de sus pasiones, pero cuando comenzaba a hablar de lo mucho que amaría trabajar en un museo, de sus metas y planes a corto plazo, las chicas asentían sin más y no agregaban nada a la conversación. Odiaba sentir que las personas se quedaban solo por lo exterior y no por lo que él era.

Ahora frente a él estaba la chica que hacía preguntas:

"¿En qué museo te gustaría estar?".

"¿Cuál fue tu materia favorita en la carrera?".

"¿Qué corriente de arte es tu predilecta?".

Pablo estaba descubriendo lo letal que podía resultar conocer a alguien cuyos sueños y aspiraciones se alineaban con los suyos. Él la admiraba: con solo veintidós años había salido de su casa y había llegado a un lugar completamente nuevo donde ella tendría que resolver todo. Extrañaba su país y a su familia, pero ahí estaba: dispuesta a aprender y dar lo mejor de sí en el proyecto.

Su corazón comenzó a latir con fuerza con cada paso que daba para llegar a ella. Al caminar hacia Bea y sentir su mirada, tuvo que ocultar un rubor en su rostro. Tendría que estar ciego para no notar lo preciosa que se veía con aquel bikini azul que hacía contraste con el tono moreno claro de su piel. Saludó a Lía, quien le sonrió antes de ponerse de pie.

—Voy a ir a nadar un rato al mar.

—Justo venía a preguntarles si no querían venir con mi grupo de amigos. A dos ya los conocen y los otros son amigos a los que frecuento cuando vengo a Alicante. Teníamos planeado jugar voleibol en esa red.

—No somos las mejores, pero creo que podemos intentarlo —dijo Bea

Lía la miró indignada mientras se bajaba los lentes de sol.

—¿Somos? Habla por ti, hermana. ¿Ves estos? —Lía flexionó orgullosa los músculos de su bíceps, que entrenaba tres veces por semana religiosamente—. Espero que tus amigos y tú estén listos para conocer mi saque.

Tomaron sus cosas y caminaron hacia su grupo de amigos, quienes saludaron a las ya conocidas Lía y Bea, de México.

Bea y Pablo se alejaron un poco del grupo para acomodar sus bolsas debajo de la sombrilla que habían traído para resguardar sus pertenencias.

—Sí sabes que Lía se va a ligar a tu amiga, ¿verdad?

Pablo se giró para ver lo mismo que ella miraba: Lía ladeando su cabeza mientras que su amiga, interesada en lo que ella le decía, respondía con su cuerpo, haciendo evidente una atracción mutua.

—No sabes cómo admiro las agallas de Lía para ir tras lo que ella quiere. Si algo le gusta, va y lo intenta. Cuando no funciona, simplemente va a lo siguiente y acepta que esa experiencia no era para ella.

Ante esas palabras, Pablo tuvo que hacer lo que parecía que explotaría en su pecho.

—¿Quieres salir de nuevo conmigo, Bea?

—Claro, ¿qué es lo que…?

—No como amigos, quiero *salir* contigo en una cita real.

Bea abrió mucho los ojos y él no supo cómo interpretarlo. Bea ladeó la cabeza y pareció buscar algo en su rostro que, por las veces que lo había hecho en ocasiones anteriores, parecía no encontrar.

Sonrió y le dio una palmadita en el brazo

—Claro que sí. Pensé que nunca me lo preguntarías.

Él sonrió y regresaron con los demás, que los pusieron en equipos opuestos, dispuestos a tener una linda tarde cerca del mar, acostumbrados a ver tardes así en sus aguas y sus orillas.

Después de dos partidos fue hora de volver a casa. Bea y Pablo recogieron sus pertenencias y volvieron juntos a su departamento. No le sorprendió a Bea que Lía y la amiga de Pablo hubieran subido juntas, había miradas coquetas y susurros que hacían que el ambiente se sintiera tenso.

—¿Cómo le haces, loca? —Bea le susurró a Lía, quien regresaba a su habitación con una botella de vino y un par de copas. Ella le guiñó el ojo y le dijo: "Si el nerd de allá tiene suerte, vas a estar igual que Raquel en unos momentos".

Bea se asomó a la sala donde Pablo estaba ocupado analizando el interior del departamento.

—¿No me digas que ya te empezaste a fijar en la construcción y el diseño? —le preguntó.

Él se irguió sorprendido, encogiéndose de hombros

—Es una costumbre que tengo, no lo puedo evitar.

Era cómica la forma en la que ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar ahora que sabían que el interés en algo más era mutuo. Bea, que llevaba algunos días con curiosidad, se acercó y se puso de puntillas queriendo acercarse a su rostro. Pablo inmediatamente se quedó quieto, sorprendido por su cercanía.

—¿Te habías fijado que las pecas se te notan más cuando te asoleas?

Con un dedo tocó un lunar de su mejilla para después tocar otro en su barbilla. El ruido de la calle se filtraba por la ventana, así como el sol que empezaba descender. Ahora que sabía que él también sentía aquello, le sorprendió el valor que había comenzado a salir de ella.

—¿Te pongo nervioso, Pablo Grant Benítez?

Su voz sonó juguetona, avivando el fuego que comenzaba a sentirse cuando pasaba sus dedos sobre la mejilla de él, pero debió olvidar que alguien como Pablo tenía experiencia, porque la sorprendió tomando su mano y acercando sus labios a su muñeca.

—Claro que sí, me encanta que me sorprendan.

Con cada palabra, sus labios habían rozado su piel, haciendo que se erizara por completo. Al entender su reacción, con una sonrisa, él bajó el brazo y tomó la mano de Bea, entrelazando sus dedos.

—¿Tanto miedo doy? Si soy inofensiva.

—Tengo la sospecha de que harás que mi mundo entero se sacuda, claro que debería temerte. ¿Estás lista?

—¿Vamos a ir así? —ella miro hacia su habitación, que estaba directamente al lado a la de Lía. Bea llevaba un vestido vaporoso que dejaba ver que aun traía su bikini. Su cabello apenas se mantenía en control por unos clips de mariposa que despejaban su

rostro. Pablo tenía unas bermudas beige y una camiseta varias tallas más grandes de lo que debería.

—De nuevo, estás perfecta, así como estás. A donde vamos es un lugar al que todos los locales suelen ir después de la playa. Confía en mí.

Ambos tomaron sus cosas y salieron del departamento de la mano, como si andar juntos así fuese algo que llevaba ocurriendo años y no meros momentos atrás.

Las calles de Alicante parecían vibrar de una forma diferente. La ciudad, como camaleón, parecía experta en transformarse, era una de día y otra de noche. En ese momento, mientras caminaban, diferentes locales que estaban vacíos o con pocas personas durante el día comenzaban a llenarse de mujeres y hombres que buscaban hacer recuerdos de verano. Anécdotas que contar al regresar a casa, algo que recordar cuando la vida inevitablemente retomara su cotidianidad. Grupos de amigas caminaban y se asomaban en bares para ver cuál tenía el menú más barato. Parejas enamoradas se tomaban fotos y caminaban lentamente de la mano, como si el tiempo no tuviese importancia.

¿Qué diría un extraño si pudiese ver a Pablo y a Bea caminar juntos? Probablemente dirían que llevan bastante tiempo juntos por la forma en la que van de la mano y discuten tranquilamente. Los verían robar risas y sonreír orgullosos. El mismo extraño vería a Bea como una persona tímida que intenta seguirle el paso al otro. Una chica que parecía mirarlo como se ve al cielo: con cariño y el disfrute de sentir el calor de aquel muchacho. Alguien que escucha y que contesta con el suficiente ánimo para no dejar duda de que ahí está creciendo algo interesante para los dos. El lenguaje de ella se escondía en cosas nimias: el nerviosismo de sus manos, la dirección de su mirada, la sonrisa que parecía no desaparecer de sus labios y que le llegaba hasta los ojos. Verían a dos jóvenes empapándose del uno del otro, ambos igual de hermosos y llenos de vida, andando con decisión hacia delante.

Bea y Pablo caminaron por casi quince minutos, hasta llegar a un pequeño lugar donde la vida urbana y la turística se unían. Había ruido, pero no estridente, como el que sonaba cerca del mar. De un lado había departamentos, restaurantes y pequeños bares. Las personas caminaban sin prisa ni indecisión. Aquí, en esta zona, las personas sabían a dónde iban.

—Siempre te gusta mantener en secreto nuestros planes, ¿verdad?

—Me ayuda a mantener el misterio —él le guiñó el ojo—. Al saber que no has salido de la zona turística, lo cual es cien por ciento entendible porque eres una turista, creo que era necesario traerte a uno de los lugares más divertidos de Alicante.

—Si es tan divertido, ¿por qué no he escuchado de él?

Él se acercó a su oído

—Es un secreto guardado por los locales.

Frente a ellos, entre dos edificios de departamentos lujosos y altos, había un local mediano, como si se hubiese negado a ceder el espacio permaneciendo ahí en medio de forma rebelde. El bar tenía sillas y mesas altas en la parte exterior, desde fuera se alcanzaba a ver la decoración del interior, una mezcla entre estilo disco y hawaiano. En cada pared había una pantalla gigante donde se reproducían videos musicales que ella conocía bastante bien. Solo unas tres personas estaban ya acomodadas en una mesa de la esquina del lugar, tomaban lo que parecía ser margaritas gigantes de una pecera. Si hacía el cálculo, no había forma en la que más de treinta personas pudiesen acomodarse en aquel bar, haciéndolo completamente acogedor.

—Este de aquí es el mejor bar karaoke que hay en todo Alicante —dijo Pablo cuando entraron al lugar.

—Eh, ¡Pablo! Qué milagro. Tenía tiempo sin verte por aquí. Espero que hoy no vengas con ánimos de opacar a nadie, que la última vez que cantaste la gente se peleó por dejar pasar el turno —

dijo Agus y Pablo se rio suavemente sin agregar nada—. ¿Qué van a querer tomar?

Pablo hizo un ademán para que Bea ordenase primero. Ella pidió una margarita y él, una cerveza. Bea aprovechó para mirar a su alrededor y notar que le recordaba a esos bares escondidos en la Ciudad de México con temáticas imposibles, pero que prometían pasar un buen rato.

—¿Esto es el karaoke bar más conocido de Alicante? Me sorprendería si esto se llenara a tope.

—No juzgues algo por cómo se ve —Pablo hizo ademán de ver su reloj—. Dale unos veinte minutos y este lugar va a estar tan lleno que probablemente yo termine sentado en el regazo de alguien más.

Fue una ventaja que el lugar se encontrara prácticamente vacío, porque sus bebidas llegaron más rápido de lo que ella anticipó. Un pequeño sorbo a su margarita y todo el calor del día se mezcló con la frescura de su bebida.

—¿Me vas a contar sobre lo que dijo Agus? —murmuró Bea, esperando que su tono fuese inocente.

Pablo volteó a ver a Agus, que ignoró por completo la mirada asesina.

—Ya había dado las gracias porque pensé que habías ignorado lo que dijo, porque es una vil mentira.

—¿Debería sentirme especial porque me trajiste aquí para escucharte cantar?

—No, no, no, para nada, Bea —su cuerpo entero se había puesto tenso, mientras negaba con la cabeza—. ¿Así es como se entiende esta cita? Te traje porque es de mis lugares favoritos y…

Pablo hablaba rapidísimo, casi balbuceando, y Bea no pudo evitar soltar una carcajada. Pablo se le quedó viendo y Bea sintió cómo los dedos de él le pellizcaban la mejilla suavemente.

—¿Qué voy a hacer contigo, Beatriz González?

—Tal vez podrías empezar por contarme de tu afición secreta a cantar.

Pablo le dio un sorbo a su cerveza y, al echar la cabeza hacia atrás, su cuello quedó al descubierto. Algo tan natural como el movimiento de su garganta al beber le hizo preguntarse a Bea cómo se sentiría pasar su lengua por la vena que sobresalía con cada trago que él daba. ¿Realmente se podía culpar por las fantasías diminutas que ahora eran posibles?

La pesadez en sus manos era cada vez más difícil de ignorar y no sabía muy bien qué hacer con ellas. Quería trazar la fina piel de su cuello con uno de sus dedos, ver si se sentía igual a como se la imaginaba.

Este hombre está siendo tierno y amable, contándome de sus cosas, y yo estoy devorándolo con la mirada.

Pablo dejó su cerveza en la mesa y Bea se dio cuenta de que se sentía apenado. Había visto a un Pablo divertido, preocupado e incluso coqueto, pero no avergonzado.

—No hay mucha historia que contar. Cuando era pequeño, mi mamá me solía cantar las baladas que ella escuchaba para dormir. Dice que era impresionante lo rápido que me dormía. Un día comencé a cantar yo también y, según sus palabras, no lo hacía tan mal. Cantar con ella se volvió algo que nos gustaba hacer cuando arreglábamos la casa juntos. Si te soy honesto, no estoy seguro de si realmente lo hago bien.

Un brillo especial nacía en sus ojos cuando hablaba de su madre. Bea sentía mucha ternura cuando se imaginaba a Pablo siendo un niño que comenzaba a aprender del mundo y lo que le gustaba hacer.

—Suenas a alguien que disfruta mucho estar en familia. ¿Te llevas bien con tus padres?

—Mi madre y yo siempre hemos sido muy unidos. Cuando estoy en Madrid, me dice que no la dejo en paz, pero… —una pausa—. Yo sé que todos decimos que nuestra madre es la mejor del mundo, pero yo genuinamente siento que tuve suerte con ella. Por otro lado, mi padre puede llegar a ser particular conmigo.

Pablo había mencionado muy pocas veces a su padre y, cuando lo hacía, era muy distinto de como hablaba de su madre. Al intuir que era un tema sensible, ella prefirió esperarlo en silencio y pacientemente. La suave voz de Adele sonaba de fondo, y las conversaciones de las personas, que poco a poco habían comenzado a llegar, hacían que el lugar comenzara a cobrar vida.

—Pienso que mi padre un día despertó y decidió que quería dominar al mundo desde aquel reino de concreto, planos y medidas en el que mi abuelo nos metió a los dos. Siempre supe que quería ser arquitecto y hacer cosas bellas con lo que nos rodea al caminar por las calles, pero… ha sido complicado mantener el sueño.

—¿No es lo que esperabas?

—Fue lo que esperaba y más, amo mi profesión, pero… no vi venir que tendría que estar en una constante competencia con mi padre.

Bea le dio la oportunidad de decidir si quería seguir tocando el tema, no quería presionar por la forma en la que la mano de Pablo se había tensado al agarrar el tarro de su cerveza, era sensible para él.

Pablo pensó sus palabras y continuó:

—Ha sido difícil hacer mi trabajo en condiciones donde, incluso sin que yo sepa, tengo una expectativa que superar. Desde que entré a la universidad y se hizo oficial que sería un arquitecto, mi padre ha ido subiendo más y más la vara de lo que se espera de mí. Yo sé que soy un gran arquitecto y que haré cosas increíbles, pero… —la voz de Pablo sonaba diferente, lejana, como suenan aquellas cosas que nos lastiman al externarlas—, a veces quisiera solo ser alguien que tuvo la suerte de trabajar con su papá y que se divierte haciéndolo, ¿sabes?

Bea estaba a punto de responder cuando unos golpes en el micrófono hicieron que todos miraran hacia el frente, donde un muchacho lo sostenía y también un paquete de post-its.

—¡Bienvenidos al mejor karaoke de todo Alicante! Todo nuestro equipo está aquí para que paséis un gran rato. Os darán unos papelitos y un bolígrafo, que espero ver de regreso, para que apuntéis la canción que queráis cantar. Hay una promoción endos por uno en margaritas para las primeras tres personas que pidan una canción. Dicho esto, les dejamos el micrófono. ¡Excelente noche!

—¿Qué pasa si te digo que no soy la mejor cantando y que tengo suerte si llego a afinar?

Pablo soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás, tomando el papel que le extendía Agus.

—Te diría que agradezco la honestidad y que me siento halagado, porque eso solo significa que estas aquí porque quieres pasar tiempo conmigo.

Ella le dio un golpe en el brazo y él sacó la lengua de manera juguetona.

—¿Quién eres? Voy a ser honesta y decir que me gusta lo obvio que eres con el *crush* que tienes conmigo.

—¿Bromeas? Estoy emocionadísimo y no me da corte hacértelo saber —apoyó su brazo en la mesa y se giró hacia ella

Bea negó sonriendo mientras Pablo meneaba las cejas cómicamente, riendo entre nervioso y feliz, al mismo tiempo que anotaba algo en el papel para entregárselo al mesero.

—¿Puedo saber al menos cuál es?

—No, no. Es sorpresa.

—¿Y si no me la sé?

—Pues improvisamos.

Un guiño y sus preocupaciones se fueron por la puerta del bar. Con Pablo era sencillo divertirse, no pensar demasiado en las decisiones ni en vergüenzas.

En el lugar comenzaron a vibrar las primeras notas de la icónica guitarra de "Hotel California", de Eagles, una canción que todo mundo parecía reconocer por la reacción de la audiencia. Conforme

la noche avanzó, se escucharon canciones de todos los géneros: bachata, pop en inglés, pop en español y de cantantes españoles que no había escuchado antes. Todo a su alrededor parecía brillar y Bea se dejó envolver por el aura de diversión.

¿Cómo podría explicar lo que le hacía sentir ver a Pablo? Había algo casi infantil en su mirada, que la buscaba para ver si ella también estaba cantando, si ella se estaba divirtiendo tanto como él. Pablo estaba en su elemento: parecía saberse todas las canciones y eso la maravilló. No había nada que le gustase más que las personas que brillan mientras disfrutan lo que aman sin pena alguna, mostrándose tal y como son sin miedo a ser juzgados.

Supo que era su turno cuando escuchó la singular canción de Moderatto y Belinda que tantas veces había cantado con sus primas en fiestas familiares. "El pop rock renació con Belinda en el 2000, le guste a quien le guste", había declarado Lía con mucha razón, porque había sido tan emblemático que se había colado en tierras tan lejanas a la suya. Todos en el local parecían conocerla también, porque sonaron gritos de emoción y algunos imitaban a los cantantes.

Para su sorpresa, un mesero se aproximó a su mesa y les entregó unos micrófonos. Pablo se acercó a ella y le susurró en la oreja:

—Dime, por favor, que sí te la sabes.

Sorprendida por su compromiso de escoger una canción que tuviese altas probabilidades de sabérsela, ella contestó directo en el micrófono

—Soy de México y crecí en los dos mil: claro que me sé esta canción.

Y Bea comenzó a cantar. Su voz no era fea, entonaba bien y conocía sus capacidades para saber a dónde podía llegar sin desafinar. Cantaba como alguien que disfrutaba hacerlo cuando nadie la veía.

Cuando fue el turno de Pablo, el lugar entero gritó y vitoreó. Algo dentro de Bea supo que el mesero no había exagerado, que

realmente sí cantaba bien. Era una voz ronca y aterciopelada, suave, que seguía los comandos de su dueño. Lo hacía con toda la comodidad del mundo, como si hubiera nacido para hacerlo, y Bea pensó que no había voz más bonita que la de él.

En el coro, Bea gritó "¿Cómo dice?", y el público comenzó a corear la canción. Pablo y Bea se movían y bailaban al ritmo, cantándose el uno al otro mientras reían. Si su familia la pudiese ver, la desconocerían.

La canción terminó y las personas del bar vitorearon y los felicitaron.

Bea abrazó a Pablo en un impulso nacido de la felicidad, sintiendo como si Pablo hubiera estado mucho más tiempo en su vida que un mes. El cuerpo de Pablo no tardó ni un segundo en envolver el suyo con la naturalidad de alguien que abraza seguido a los que quiere, con seguridad y cuidado. Bea se sentía acunada en el pecho de aquel hombre que la llenaba de su aroma. No pudo evitar reírse mientras él pasaba una mano por su pelo.

—¿A que no es divertido?

—Nunca lo dudé, solo me hice la interesante.

Las canciones siguieron sonando y ellos bailaban mientras entonaban las canciones que conocían. Todo el lugar vibraba con diversión y la promesa de que la noche apenas comenzaba. Pablo pidió otra canción para los dos y ahora cantaban de la forma más desafinada posible una canción de Katy Perry que todos se sabían. Ambos jugaban a ver quién bailaba más, quién miraba más al otro, quien se acercaba más.

Después de unas cuantas canciones más, Bea jaló a Pablo de la manga de la camiseta.

—Voy a salir a dar un respiro. ¿Te parece bien?

—Claro, déjame pago la cuenta y te veo afuera.

—¿Pagar la cuenta tú? No, vamos los dos.

Pablo le detuvo la mano que ella había metido a su bolso para sacar la cartera.

—De verdad que yo invito —le guiñó el ojo—. No todos los días una chica guapa canta y baila como tú conmigo.

—Adularme no sirve de nada, pero, bueno, si insistes…. —ella se puso de puntillas y le dejó un beso en la mejilla mientras tomaba sus cosas y se dirigía a la salida, desde donde alcanzó a ver a Pablo tocarse la mejilla con la palma de la mano.

Enfrente del bar se encontraba un pequeño parque iluminado. Los acordes de una canción que reconocía, pero que no recordaba su nombre, empezaron a sonar desde el bar. La luna brillaba grande, inmensa, a través de las hojas de los árboles.

Vio a Pablo cruzar la calle para llegar a la banca donde ella se encontraba sentada, esperándolo. Se sentó a su lado, girando su cuerpo hacia ella y apoyándose en el respaldo de la banca.

—¿Te divertiste hoy?

—Más de lo que pensaba. Estoy empezando a sentir que tienes un talento peligroso, además de una voz preciosa.

—¿Piensas que mi voz es preciosa? —preguntó Pablo suavemente, bajito, como si sintiese pena.

—Claro que sí. Te ves muy feliz cuando cantas.

Él asintió suavemente y le sonrió. Voltearon a ver al bar, donde una balada en inglés de los noventa comenzaba a sonar, una canción que reconocía de alguna comedia romántica que había visto con su tía.

—¿Conoces esta canción?

Ella asintió y juntos cantaron por lo bajo:

—Kiss me out of the bearded barley, nightly beside the green, green grass…

Sus voces hacían una armonía que no era perfecta, pero que sonaba hermosa para los dos.

Bea sintió el calor de los dedos de Pablo acercarse a los suyos. Bajó la mirada y vio su meñique hacer una caricia suave en su dedo, como pidiendo permiso, y Bea apoyó la cabeza en su hombro,

entrelazando los dedos y disfrutando de aquella deliciosa sensación de que algo hermoso pasaría si se dejaba llevar.

Bea se acordó de que cuando llegó a Alicante, tan lejos de la burbuja en la que nada la podía tocar, se había prometido una historia que pudiese recordar… y ahí estaba.

"Lift your open, strike up the band and make the fireflies dance…".

Aún en su hombro, Bea alzó la mirada. Pablo la observaba en silencio mientras la canción continuaba.

"Silver moon's sparking…".

Él alzó la mano y con un dedo acarició el contorno de su mejilla mientras ella buscaba en sus ojos aquello que, incluso en un momento tan decisivo, no aparecía.

Decidió que era un pesar enorme no descubrir qué se siente ser besada por alguien como Pablo por miedo a lo que sucediera después.

"So kiss me…".

Bea se sintió valiente cuando cerró la distancia entre ellos, haciendo una suave presión de sus labios contra los de Pablo. "Tierno" fue la palabra que se le vino a la mente, a pesar de la poca cordura que le quedaba, al intentar definir el beso a fin de recordar ese momento después. Fue dulce la forma en la que ambos probaron aquello que inició con la mano de Pablo en la nuca de ella y Bea acercándose más a él.

Hubo una pausa, un momento diminuto en el que ambos se separaron, donde ella se rio nerviosamente y él la abrazo con suavidad.

—¿Quieres estar conmigo? Porque yo quiero estar contigo. No me importa el tiempo que estés aquí ni lo que…

Ella lo interrumpió con un beso un poco más profundo.

Sus bocas se exploraron, respiraban entrecortadamente. Bea hizo un pequeño sonido de gusto y las manos de Pablo temblaron al sostener su rostro.

Unieron sus frentes y Bea le dio un pequeño beso antes de asentir.

—Estar juntos suena como un gran plan.

Pablo la abrazó.

Con la cabeza en su hombro, ella miró a la calle y todo seguía normal. Las personas cantaban y los peatones caminaban, ajenos a lo que ocurría entre ellos. Para ella, algo había cambiado y se expandía con la promesa de que la felicidad que sentía en ese momento era el inicio de un recuerdo que visitaría años después, cuando la memoria le fallase. Podría olvidar todo, pero nunca la forma en que estar en sus brazos era como por fin encajar una pieza que no sabía que estaba suelta.

CAPÍTULO 9
2024, Ciudad de México

La casona, sabia y paciente en sus modos, notaba que algo había cambiado en el andar de uno de sus habitantes. Alguien que caminaba con pasos soñadores y que se sentía ligero, sin preocupaciones.

En apariencia, todo seguía igual. Eran las nueve de la mañana y todo era como debía ser: el canto de los pájaros se escuchaba por la ventana, las hojas de los árboles hacían sonar su canción con el frío soplar del aire que solo se sentía en este tipo de momentos en la ciudad. El sol se filtraba por las cortinas de tul, haciendo que Bea cerrara sus ojos y sintiera todo a su alrededor desde la ventana de la cocina.

Se concentró tanto que no notó que un joven, que aparentemente había estado leyendo, la miraba desde el sofá. Por primera vez desde que Pablo llegó, no sintió la necesidad de ir en la dirección opuesta, sino que decidió compartir el espacio con él mientras se comía un pedazo de manzana que había cortado en la cocina.

—¿Vas a ir en la noche a la fiesta?

Bea, que miraba a un pequeño pájaro azul comer del alpiste que su tía Leonor les dejaba en las ventanas, dirigió su mirada a Pablo, notó que el calor del sol no tenía nada que ver con lo que sentía en sus mejillas.

—¿Realmente crees que tengo la opción de no ir? —respondió Pablo.

Aquella noche era la despedida de solteros de Hugo e Inés, una fecha que tanto los padrinos como las damas de honor estaban emocionados por celebrar porque significaba dos cosas: baile y alcohol.

—La verdad es que no tendría modo de huir. Creo que Hugo encontraría la forma de que me deporten si no voy a su despedida de soltero.

Bea se alejó de la ventana, tirando en el bote de basura el corazón de la manzana. El gato de la tía Leonor dormía cómodamente en el sofá opuesto en donde Pablo estaba sentado, señal de que era el lugar en el que debía estar para hacerlo enfadar. Por ser un gato panzón que dormía la mitad del día, aceptar mimos era parte de su rutina.

—¿Tienes todo listo para la noche? Ya me encargué de enviarles las indicaciones a todas las chicas.

—Sí, ya hice lo mismo. Hugo respondió que el primero en sugerir strippers sería vetado de la boda porque "la única que me puede bailar es mi futura esposa".

—¿Tú votarías por bailarinas?

Pablo dejó su taza sobre la mesa, entrecerrando los ojos. Bea se había sentado en el sofá opuesto a él.

—¿En serio, Bea?

Bea jugaba con Melchor, que se había vuelto a subir a su regazo.

—Es por pura curiosidad. Recuerdo que entonces nunca habías ido a un lugar así, pero mucho debió haber pasado en este tiempo.

—Y, como te dije hace años, ver mujeres bellas debe de ser una buena experiencia y hay mucho respeto detrás de ese oficio, pero nada como *tocar* a la mujer que realmente quieres ver.

Bea sintió cómo sus mejillas se ruborizaban: el peso de lo que aquella palabra significaba. Ella había sido tocada una y otra vez por él, encuentros que regresaban para torturarla.

En ese momento se escucharon las voces de la tía Leonor y de su mamá entrando a la cocina, con bolsas llenas de verduras y compras de la semana colgando de sus manos. Como la sala estaba casi enfrente de la cocina, fue fácil distinguirlas y que Pablo se parara rápidamente hacia ellas.

—Permítanme ayudarles —les quitó las bolsas, llevándolas sin mucho esfuerzo hacia la mesa.

Leonor y Alicia, aprovechando que Pablo se había volteado, le hicieron señas a Bea con las manos, mientras ella contenía una risa para no dejarlas en evidencia.

Leonor comenzó a acomodar las cosas que Pablo iba sacando de las bolsas.

—Desde que Hugo se salió de la casa no había alguien que cargase las cosas pesadas. ¿No quieres quedarte más tiempo? Olvídate de pagar renta, con tal de no lidiar con la compra ni ese tipo de cosas que fastidian a una. Estoy segura de que todos estaríamos encantados de robarte de España.

—¿Te olvidas quién ha cargado las cosas pesadas o qué?

Bea puso los ojos en blanco, ignorando la risa de su madre y la de tía Leonor.

Había un ligero cambio en la forma en que Pablo interactuaba con los demás. Aquella sonrisa que había desaparecido los primeros días ahora se asomaba con facilidad, mientras Alicia le platicaba sobre su pequeña rutina de pesas y le daba sugerencias de lo que ella podía hacer para ganar músculo.

Lo veía interactuar con su familia con tanta facilidad, al ayudar y convivir con todos como si los conociera, le movía hilos que ella había tensado hace tiempo. Pablo se había convertido en alguien hermético, pero ahora gozaba de un ritmo que parecía dejarlo disfrutar las cosas que antes significaban no cumplir con expectativas. Al ver ayudar a dos de las mujeres más importantes de su vida, podía apreciar cómo surgía de nuevo el hombre joven que ella alguna vez conoció. Comenzaba a ser difícil ignorar aquella

combinación peligrosa que era ver su apariencia y ser consciente de que su personalidad era igual de interesante que antes, con aspectos nuevos que ella moría por descubrir.

Desde el sofá, escuchó cómo Alicia prendía su bocina y ponía la lista de reproducción que ella le había hecho de viejos boleros que tanto les gustaban.

—Bea, mi amor, ¿me puedes hacer un favor?

Ella se enderezó aún con Melchor en su regazo.

—¿Podrías ayudarme a buscar mi arete? Se me cayó hoy en la mañana y creo que debe de estar debajo de la cama.

—Mamá, pero el piso de tu cuarto es de talavera. ¿Sabes lo tardado que va a ser que lo encuentre?

Su madre le hizo un puchero que fue demasiado tierno para ignorarlo. Bea puso los ojos en blanco, mientras despertaba a Melchor, que atinó a estirarse y hacerse bola de nuevo en el sofá mientras Bea salía de la sala y le decía a su madre: "Me debes una".

Sus pasos se fueron alejando hasta que Alicia, Leonor y Pablo la dejaron de escuchar.

—¿Te puedo contar algo, Pablo? —dijo Leonor, rebanando una cebolla mientras la carne molida flotaba en un cuenco con agua para descongelarla.

Alicia comenzó a cortar limones para hacer la limonada.

—Por supuesto, señora.

—Antes que nada, no me digas señora, que en mi mente soy igual de joven que tú. ¿De acuerdo? —Pablo asintió, divertido—. La única diferencia es que ahora sé un par de cosas más que antes y soy buenísima para esto —señaló con su dedo índice su ojo derecho —. Observando: ahí es donde uno aprende de todo si se fija bien. Y yo te he estado observando, jovencito.

Una sonrisa pícara adornaba el rostro de Leonor. Por el tono suspicaz e inquisitivo, la casona presintió que la tía Leonor estaba acercándose a territorio peligroso. Ella también había notado cómo Bea y Pablo comenzaban a acercarse, que ahora parecían buscarse

más desde que los había rescatado de la alacena, dos semanas atrás. Iban un poco lento, pero, como buena observadora, sabía que tal vez el joven necesitaba un empujón.

—¿Debería tener miedo? —preguntó Pablo mientras que, con una seña, se ofrecía a ayudar a Alicia, quien le pasó un cuchillo y unos limones.

—En lo absoluto. Creo que ya es tiempo de contarte una vieja historia. O eso es lo que me dice la casa.

Alicia, que había estado callada, se dirigió al joven.

—Beatriz creció en este lugar. Mi exesposo y yo, cuando estábamos casados, veníamos casi todos los días aquí con nuestros hijos. Como dijo Leonor, es prácticamente imposible que un Domínguez pueda escapar de aquí, y está bien. ¿Quién quisiera salir de un lugar tan mágico como este?

Alicia respiró profundamente y cerró sus ojos con una sonrisa que a Pablo le recordó a la de otra mujer que caminaba en el segundo piso, maldiciendo y luchando contra los muertitos que parecían esconder una y otra vez el arete en lo azul del piso de talavera.

—Todos los que hemos crecido en esta casona conocemos sus pasillos y habitaciones de memoria, no hay forma en que uno de nosotros se pierda, pero hubo una vez en la que Bea no aparecía por ninguna parte. Estábamos comiendo cuando se levantó para ir al baño y no regresó. No era raro que alguno de nosotros no volviera a la mesa, sobre todo con la tradición de dormir la siesta, pero cuando me asomé a su habitación no estaba en su cama. Lo primero que hice fue gritarle a mis hermanas y a mi esposo que Bea no estaba. Manteníamos la puerta principal cerrada con llave, así que no había salido a la calle. La buscamos por horas debajo de los muebles, de las camas, en la alacena. No estaba por ninguna parte. El que la encontró fue Hugo, escondida en el clóset de sus juguetes. Ella estaba hecha bolita, temblando. Nos asustamos porque la casona nunca había hecho algo violento contra nosotros. Le preguntamos a Bea si alguien le había hecho daño y dijo que no, que nos había

visto buscándola pero que, por más que ella gritaba, nadie la escuchaba. Intenté hacer que hablara, que me dijera cómo se sentía, pero solo me abrazaba y me decía que estaba bien. Esa noche durmió entre mi esposo y yo. ¿Sabes qué aprendí de mi hija ese día? Que no le gusta hablar de sus sentimientos. No volvió a dormir sola durante meses, hasta que Leonor hizo que los muertitos le pidieran disculpas por haberse pasado de la mano con sus travesuras.

—¿La casona le hizo daño a Bea?

La casona, lejos de ofenderse, se sintió orgullosa de aquel fuego que había sentido en el joven hombre ante la posibilidad de que hubieran lastimado a Bea.

—No exactamente. Ninguna de nosotras sabe cómo funciona lo que hacen los muertitos y la casona, pero sabemos que son seres distintos, cada uno con sus limitaciones. Creemos que ese día los muertitos exageraron. La casona los dejó encerrados en su habitación por tres días sin poder salir como castigo por haber asustado a Bea. Nadie de nuestra familia había tenido miedo aquí dentro.

—Debió de haber sido terrible para Bea.

—Sí lo fue —interrumpió Leonor—. Mi sobrina puede ser alguien… difícil de leer. Pienso en ella como en esas canciones en inglés que escuchabas en la radio: en un primer momento lo que uno apenas puede apreciar es la melodía, lo que está por encimita. No es hasta que pones atención a la letra que entiendes que estás ante una gran canción, pero, cuando menos te das cuenta, se termina sin que sepas cómo se llamaba. Hay partes de ella, de las que casi no habla con nosotras, que la hacen… profunda en sus sentimientos.

—¿Profunda? —inquirió Pablo, interesado en la dirección que estaba tomando la charla.

—Sí —continuó Alicia—. Mi hija ha pasado por cosas que la han vuelto más… selectiva con sus sentimientos, si lo podemos decir

bonito. Crecer aquí te puede volver excéntrico y Bea es, junto con Leonor, una de las más empapadas de la magia de la casona en la familia. No le es fácil acercarse a alguien, pero contigo ella no fue así —ella lo estudió y sonrió satisfecha—. Me darían nietos muy bonitos, si es que ambos lo quisieran.

Leonor le dio un codazo a su hermana, sabiendo perfectamente que ella medía sus palabras con el resto del mundo, pero que cuando se trataba de su familia, los pelos en la lengua desaparecían por completo.

—¿Qué? —dijo Alicia indignada—. Me gusta ser bien honesta. Unos niños con piel canela y ojos grises serían preciosos. Además de que serían enormes, como el papá. Los años pasan y ni Hugo ni Bea traen niños a la casa.

Leonor se cubrió la frente con la mano mientras negaba con la cabeza, sin creer que su hermana tuviese el descaro de hablar así, cuando el plan era empujar a Pablo a que se diera cuenta de que Bea tenía interés en él, no hacer que se casaran. Las hermanas comenzaron a cuchichear entre ellas y Pablo, dándoles su espacio, aprovechó para seguir guardando las cosas que habían quedado en la mesa.

Ver convivir a las hermanas siempre era algo chistoso para la casona. Al hurgar en lo profundo de la mente de Pablo, la casona sintió su ternura y la calidez que había explotado en su pecho. Vinieron a su imaginación los niños que mencionó Alicia.

Pablo soltó una risa nerviosa que la casona intuyó que era más por la conciencia de aquello enorme que renacía en su corazón que por lo chistoso de la situación. La risa llamó la atención de Alicia y Leonor y lo voltearon a ver, como recordando que seguía ahí.

Leonor, juguetona como siempre, se cruzó de brazos.

—¿Escuchaste algo de lo que hablábamos?

Pablo negó con la cabeza mientras hacía una señal de cerrar sus labios con un cierre invisible.

—Por supuesto que no. Algo me dice que las necesito de mi lado y, si escuché algo, probablemente fueron los… ¿muertitos? —Pablo se acercó a la tarja y se enjuagó las manos—. Solo me reí porque recordé que me ha pasado lo que Leonor contó sobre las canciones en la radio. Para mi buena suerte, nunca me rindo hasta dar con ellas. Sobre todo si son de ese tipo que quieres escuchar una y otra vez. ¿Necesitan algo más de mi parte?

Las hermanas se sorprendieron ante la franqueza que había detrás de sus palabras, sabiendo perfectamente de qué canción hablaba. Una de ellas sonrió asintiendo y la otra negó con la cabeza.

El joven se despidió, dejando a las hermanas solas en la cocina.

Alicia contó hasta veinte y con pasos cautos se asomó por el pasillo que daba hacia las escaleras del segundo piso para ver si Pablo se había ido y si Bea venía de regreso. Lo único que vio desde ahí fue la silueta de un zapato antiguo asomado al pie de las cortinas, como si alguien quisiera hacerse notar.

No hizo caso y regresó con su hermana.

—¿Qué diantres acaba de pasar? —Alicia inquirió en voz baja, pues no quería arriesgarse a ser escuchada.

Leonor estaba tomando trozos de la carne molida, haciéndolos albóndigas.

—Eso es un hombre que se acaba de dar cuenta de que lo vemos y de que, si no hace algo al respecto, la Bea se le va a escapar de las manos.

—¿Tú crees que realmente tenga futuro algo entre los dos? Digo, él es de España y nuestra Bea está aquí, con nosotros. Pablo regresará a su país dos días después de la boda.

—¿Y quién dice que tiene que ser algo permanente? —Leonor acomodó la última bolita de carne molida en un plato y la miró, seria —. A ver, Alicia, ¿cuándo fue la última vez que Bea nos presentó a alguien?

Alicia hizo memoria y la última vez que ella había conocido a alguien lo suficientemente importante fue cuando… Alicia la miró con

los ojos abiertos, mientras ocultaba su sorpresa detrás de la palma de su mano.

—Exacto. Bea no nos ha contado de nadie desde aquel muchacho del intercambio ese que hizo en España… cuando regresó deshecha…

Leonor esperó a que su hermana por fin se diera cuenta de la realidad detrás de Pablo y Bea. La casona y Leonor sabían que el adiós entre ellos había hecho que Bea se convirtiera por años en la mujer callada que no caminaba por los dulces jardines del amor.

—¿Crees que debemos intervenir así? Sabiendo que él la lastimó así…

Ella negó con la cabeza

—A nosotras no nos toca juzgar ni meternos. No podemos hacer preguntas ni decirle a Bea que sabemos. Si nos cuenta será porque quiere hacerlo. Si él quisiera hacerle daño, la casona ya lo hubiera espantado desde el primer día que entró. Como iba diciendo, no había visto a nuestra niña así nunca. ¿Ya viste cómo no se pueden separar uno del otro? Ese hombrón aprieta los puños cuando Bea se acerca demasiado a él. Aprieta los puños, Alicia. Tú y yo sabemos lo que eso significa.

Alicia, una romántica, aún en la indecisión de proteger a su hija o dejar que su destino la encontrara, no evitó emitir uno de sus característicos gritos de emoción. Leonor le aventó un pedazo pequeño de carne que la otra esquivó por acercarse hacia donde estaba su hermana.

—Necesito que te concentres —le dijo Leonor—. Tengo una corazonada sobre todo esto. A ver, hasta la casona se remueve cuando estos dos se juntan. Ya los encerró en la alacena, luego, luego. Creo que nosotras ya intervenimos lo suficiente, les toca a ellos actuar si es que así es como debe suceder.

Aunque les costó trabajo quitarse la sensación de incertidumbre y emoción por Bea, las hermanas continuaron su labor, cada una en sincronía con lo que le tocaba hacer. Un equipo que la casona había

visto formarse desde que eran pequeñas. Una hermana era perspicaz y vivaracha, a la otra le gustaba ver por la ventana cuando sus padres conducían el coche. Eran distintas y parecidas, como las flores de colores que brotan de un mismo tallo. La intuición que tenían, heredada de su madre, las hacía sensibles.

Leonor era los ojos y Alicia los oídos de lo que sucedía ahí dentro, ambas conectadas de forma distinta a la casa, pero igual de perceptivas. Por eso las hermanas sentían que algo se removía con calidez. No era la primera ni la última vez que la casona había reaccionado así. Alicia lo sintió cuando trajo a su exesposo a cenar por primera vez, cuando apenas eran amigos. Leonor lo sintió cuando tomó de la mano a aquella chica que le escribía notitas en clase y cuando le robó un beso a su mejor amigo afuera de la casona. Para ella el final era indiferente. Todo corazón roto inicia con una historia de amor y, en ese momento, la casona no pudo mostrarles la conclusión de esta. Además, sabía que sus habitantes tenían que pasar por eso para convertirse en lo que hoy son. Y a veces, como ocurría con Bea que luchaba contra su destino, se involucraba para echarle una mano.

Del otro lado de la casona, Bea miraba su reflejo en el espejo intentando ignorar las mariposas en su estómago. Cuando por fin encontró el arete de su mamá y volvía a la cocina para dárselo, escuchó a su tía contarle a Pablo sobre la casona. Nunca había sido de escuchar conversaciones ajenas, aunque la inclinación por el chisme era algo que corría en las venas de la familia. Como decía su mamá: siempre era mejor estar informada de lo que pasaba a su alrededor.

Para mi buena suerte, nunca me rindo hasta dar con ellas…

Ella se había tenido que cubrir la boca para no dejar salir el grito ahogado que amenazó con delatarla. Pablo era un hombre inteligente; claro que había entendido la metáfora que su tía le había

dicho para referirse a ella. Fue increíble escuchar que el cambio entre ellos, ese extraño y nuevo aire que giraba a su alrededor, no era imaginación suya. Pablo estaba interesado en ella.

Ahora, se miró en el espejo y deseó con todas sus fuerzas creerse lo que se decía a sí misma desde la tarde: que esto no tenía por qué cambiar la dinámica entre los dos, que era normal que hubiese atracción entre ellos teniendo en cuenta lo que habían vivido antes. Claro que no escogió su mejor blusa y su mejor pantalón para el evento de la noche, que se tomó más tiempo en maquillarse y peinarse porque quería verse bonita para él.

Sin hacer ruido, Bea regresó a su habitación y ahí se quedó durante el resto del día sin poder estar quieta. A la hora indicada, se asomó por la ventana y vio llegar a las primeras damas y padrinos para la despedida de solteros de Inés y Hugo.

Claro que esto no cambia nada entre nosotros, pensó Bea mientras bajaba las escaleras.

Los muertitos, que eran buenos oliendo las mentiras, negaron con la cabeza y se dirigieron a la alacena, dispuestos a robar un poco de pan y miel para cenar mientras Bea se enfrentaba a su destino.

Las instrucciones de Inés habían sido claras: ambos bandos se reunirían en la casona para después recorrer diferentes puntos de la ciudad en una especie de búsqueda del tesoro por lugares importantes en los que los novios habían pasado parte de su historia juntos. La ropa debía ser cómoda y los tenis no podían faltar.

A Hugo fue a quien se le ocurrió aquella actividad cuando, una tarde, le preguntó a Inés si todavía se acordaba del lugar donde a él se le había roto un diente mientras patinaban en un parque cerca de la colonia Doctores. Los dos creyeron que sería una forma divertida de hacer memoria y visitar las esquinas que resguardaban los recuerdos de su propia historia. Así fue como Inés escribió las pistas de Hugo, y él, las de Inés. Bea las había leído para asegurarse de

que ningún lugar se repitiera y Pablo había elegido la última pista para desempatar al equipo.

Cuando Bea cerró la puerta de la casona vio a los padrinos de Hugo: Octavio, Miguel, Pedro y Armando. Había conocido a algunos desde que su hermano iba en la preparatoria y a otros los había visto en fotos en diferentes momentos: salidas al antro, partidos de futbol, cenas o viajes a la playa. La mayoría de los amigos de Hugo se habían convertido en los suyos a lo largo de los años, sin contar a Armando, con quien había cometido un error gravísimo.

Un par de años después de su regreso, Bea quería probarse a sí misma quién era después de que le rompieron el corazón. Llevaba tiempo entumecida y quería ver si realmente había perdido toda capacidad de deseo por otra persona. Armando resultó ser alguien que en su momento consideró excelente para llevar a cabo tal experimento: ver qué tanto ella había cambiado desde el amor anterior. En el proceso tuvo citas con otros e incluso llegó a disfrutar la compañía de alguno de ellos, pero siempre, aunque no lo quisiera y con muchísimo enfado, pensaba en Pablo y cómo se había sentido a su lado. Salir con Armando debió haber sido todo lo que ella quería. Él era dos años mayor, ingeniero y amable en su forma de hacerle preguntas para conocerla. Fue paciente y directo con lo que quería de ella:

—Yo no busco una relación en este momento. Podemos divertirnos y ver qué pasa.

Bea llevaba dos años sin lograr sentir alguna conexión con alguien. Pronto descubrió que el sexo podía ser uno de los caminos para conseguir intimidad, sabiendo que la piel y la unión que ella buscaba realmente se había quedado a miles de kilómetros de distancia de ella.

Los dos se disfrutaron sin compromiso por varios meses, buscaban en el cuerpo del otro aquello que les quitaba la soledad por un par de horas y estaban contentos con lo que esa relación era para cada uno. Todo iba bien hasta que Armando rompió una de las

reglas que él mismo había propuesto. Aún envueltos en sábanas, se volvió para verla y le rozó el cuello suavemente.

—¿Qué pasaría si te digo que estoy comenzando a sentir algo por ti?

Ella sonrió y lo miró incrédula mientras terminaba de estirarse perezosamente en su cama.

—Te diría que mejor lo dejamos hasta aquí.

Armando, que juraba que había una conexión, se quedó pasmado por la respuesta tan abrupta de Bea. Él podía haber empezado a quererla, pero eso no significaba que ella quisiese lo mismo. Armando intentó convencerla diciéndole que podían hacerlo funcionar, que le diera una oportunidad.

En esos meses de prueba Bea descubrió que su capacidad de sentir estaba completamente fracturada. No solo la maldición estaba de regreso, vibrando en sus entrañas cuando Armando le rogaba un "por siempre". El color rosa que había adoptado al interesarse en alguien había desaparecido. Todo lo emocionante de estar con alguien nuevo, atreverse a imaginarse un futuro ahora era interrumpido por la realidad de los hechos: Su corazón había cambiado y el amor era ahora solo un amargo recuerdo de lo que tuvo y que ya no era.

Ella le dio un beso en la mejilla, levantándose de la cama sin ocultar su desnudez. Levantó su ropa del piso y comenzó a vestirse.

—Siento mucho no poder corresponderte, pero creo que esto no va a funcionar. Si necesitas tiempo, está bien. Entiendo si quieres tu espacio. Gracias por la compañía, pero no nos podemos volver a ver así.

De camino del departamento de Armando a la casona llegó a dos conclusiones: no volvería a entregar su cuerpo por las razones equivocadas y que era mejor que estuviese sola por el momento. No tenía nada en contra de los encuentros casuales, pero debía ser honesta y reconocer que podría llegar a lastimar a alguien. El sexo le daba, por unos momentos, la falsa idea de que podría volver a

sentirse como alguna vez lo hizo. En esos minutos todo era posible escuchando los susurros amorosos de quien la amaba pero, cuando terminaba, aquel vacío que había en su pecho permanecía ahí. Todo seguía igual y no podía dejar a su paso corazones rotos. No ahora que sabía lo que se sentía.

Para sacudirse el pasado, Bea se acercó a saludar a las amigas de Inés. Todas usaban una playera blanca con *leggins* negros, el uniforme designado para la ocasión. Del otro lado, los varones llevaban una playera color rosa con la cara de Hugo en medio de un corazón; la de su hermano tenía impresa el rostro de Inés en la parte de enfrente y caminaba orgulloso apuntando con el dedo el diseño que parecía hecho en PowerPoint.

Un apretón en su codo la hizo voltearse y tuvo que contener la risa cuando reconoció a Pablo: había un contraste entre su mirada contenida y la playera color rosa chillón con el rostro de Hugo. Ocultó su reacción detrás de su puño, intentando fingir una tos.

—Anda, sigue riéndote, te reto —él podría querer hacerse el serio, pero detrás de esa voz él también contenía la risa.

—Si sigo, ¿qué? ¿Qué vas a hacer? No hay mucho que puedas decir o hacer para que te tome en serio cuando llevas a mi hermano en el pecho literalmente.

Pablo se miró el pecho y Bea no pudo evitar fijarse en lo amplio que se veía. Cuando volteó a verlo a los ojos, Pablo sonreía, pícaro.

—El rosa se me ve excelente y creo que lo sabes, Beatriz.

Siempre era impactante escucharlo decir su nombre. Actuando sin pensarlo, porque no quería mostrar más de lo que le causaba, le dio un golpe suave en sus costillas, y él se rio en respuesta.

—Bueno, bueno. Yo vine a hablar de la logística —dijo mientras sacaba unos papeles de la mochila que llevaba—. ¿Tienes todo listo?

Bea sacó de su bolsa una libreta, un marcador y las consignas de los equipos. Al ser padrinos, tenían que coordinar la actividad, y quién mejor que ellos que habían vivido la historia de amor de los novios de manera más personal que cualquiera de los presentes.

Pablo podía recordar cuando se conectaban al videojuego y Hugo le hablaba de una novia con la que llevaba ya algunos años. Bea se acordaba de cómo su hermano llegaba de las reuniones con sus amigos de la prepa, cuando la timidez y el nerviosismo de no saber qué hacer lo habían guiado hasta su hermanita menor por consejos.

—Es que la quiero invitar a salir, pero me da mucha pena.

Bea, con todo su miedo y falta de experiencia que el don le había dado hasta ese momento, no quería que su hermano acabara como ella. Si alguien en esa familia iba a tener mala suerte en el amor, no sería su hermano mayor, el que siempre cuidaba de ella y quien la acompañaba cuando su llanto era demasiado.

—Si tú no lo haces, alguien más lo hará. El "no" ya lo tienes, ¿qué tienes que perder? —le dijo en tanto le daba suaves palmadas en la espalda.

Ahora, mientras los veían conversar, notaba cómo Hugo buscaba siempre la piel de Inés y ella parecía mirarlo como si no existiese nadie más. Hablaba mucho de su relación que se hubieran decidido por una despedida de solteros divertida y no algo separado, como se acostumbra.

—Qué bonitos son, ¿verdad? Parece que el tiempo no ha pasado y que siguen siendo esa pareja que era al inicio. Qué suerte tener a alguien que se quede —comentó Bea, pensativa.

No fue consciente de que sus palabras se debieron de sentir como un dardo en el corazón del otro hasta que ella misma sintió el ardor. Con esa nueva dinámica en la que eran amigos, olvidaba el profundo dolor que la había desarmado en el pasado.

Un suave apretón en su codo la hizo voltear a ver el lugar donde la piel se conectaba y, de nuevo, esa extraña energía que vibraba entre ellos se acentuó.

—Bea…

Antes de que pudiera decir algo más, Bea, que no quería que esa conversación sucediera en un día que no era de ellos, gritó:

—¡Buenas, buenas, equipos! ¿Están listos para iniciar?

Los equipos, que se habían mezclado para conversar, giraron su atención a los capitanes de la búsqueda, separándose de acuerdo con el color de sus camisetas. Pablo se giró hacia los demás junto con ella, aclarándose la garganta y cruzando los brazos, claramente incómodo por la atención.

—Los hemos citado aquí porque este par se nos casa. —Bea señaló a su hermano y a Inés—. Un aplauso, por favor —diferentes chiflidos y porras se escucharon por parte de los dos equipos, que aplaudían con una sonrisa.

—Hemos organizado esta búsqueda en lugares simbólicos de la pareja donde pequeñas grandes cosas ocurrieron. Las reglas son sencillas: las pistas están ocultas en piedras que hemos escondido en los lugares que iremos visitando —continuó Bea—. Los novios tendrán que adivinar las pistas que ellos mismos nos han dado. El primer equipo en terminar será el ganador de una sorpresa que han preparado especialmente los novios para ustedes.

Bea intentaba fingir que no se daba cuenta de la forma en la que la prima de Inés parecía brillar al mirar a Pablo. Otra de las damas parecía estarlo molestando, porque ella solo sonreía tímidamente mientras lo miraba fijamente. Claro que alguien dulce y cordial como ella se fijaría en Pablo. Sintió el enojo recorrer su rostro, pero el silencio le recordó dónde y con quiénes estaba. Pablo la miraba a ella, esperando a que hablara.

—La primera pista será enviada a los celulares de los novios en tres minutos, comenzando la aventura. Son cinco lugares representativos, así que preparen sus autos y carguen energías.

Lo dijo con el mejor de los ánimos, aun cuando no tenía ganas de correr, no cuando pensar en su prima con Pablo le revolvió el estómago. Antes de que el grupo se dispersara, notó que Armando caminaba hacia ella. Tuvo unos cuantos segundos antes de decidir si iba a saludarlo o hacerse la tonta, pero antes de que ella pudiese siquiera moverse, Armando alzó la mano como un saludo.

Como siempre sucedía, él besó su mejilla, quedándose más tiempo y más cerca de lo normal.

—Hasta que te dejas ver, guapa.

A Bea la sonrisa no le llegó a los ojos e hizo lo posible para que se notara que estaba fingiéndola.

—Pensé que ya habíamos aclarado que no me gusta que me digas guapa, Armando.

—Puede ser que algún día de estos te acostumbres. He estado intentado dar contigo, pero nunca me contestas los mensajes. Tengo algo importante que preguntarte, ¿ya tienes pareja para la boda?

Algo debió haber visto en su rostro, porque Armando pareció reconsiderar lo que sea que estuviese planeando.

—¿Con quién ir a la boda? —repitió Bea—. ¿Te tengo que recordar que soy dama de honor y que prácticamente toda mi familia va a estar ahí?

Armando se acercó aún más y ella quiso retroceder, pero no quería llamar la atención. Nadie sabía lo que había sucedido entre ellos, así que no había razones aparentes para rechazarlo.

—Ajá, pero ¿con quién vas a bailar?

Antes de que pudiese responder, sintió el peso de una mano sobre sus hombros. Quiso dar gracias cuando reconoció el olor amaderado que había aprendido a guardar consigo celosamente cuando, todas las mañanas, Pablo la saludaba.

—Va a bailar conmigo.

La voz de Pablo se escuchaba relajada, contrario a lo que Bea estaba sintiendo. Su abrazo hizo que sus costados se juntaran y que sintiera cada parte de su cuerpo. Sintió su calor y quiso arroparse con él. Sin pensarlo mucho, recurriendo a la familiaridad de un gesto que había sido frecuente en el pasado, fue natural extender su propia mano y tomar la de él.

—Te iba a buscar para despedirme antes de irnos y, por supuesto, ganarles. ¿Tienes todo? —preguntó Bea, mientras le acariciaba la

mano. ¿Quién diría que Armando por fin sería útil para algo? Era la excusa perfecta para poder tocarlo sin miedo.

Pablo había entreabierto los labios, en una respuesta no dicha. ¿Lo estaría incomodando? Buscó en su mirada algo que le diera una respuesta y solo pudo ver una leve sorpresa por su acción.

—Sí, está en la mochila —ahí fue cuando Pablo decidió mirar a Armando—. Qué grosero soy, no me he presentado. Soy Pablo, amigo de Bea y mejor amigo de Hugo. ¿Tú eres…?

—Armando. Un viejo amigo de Bea y de Hugo. Nos presentaron en la cena.

—Es verdad, hombre. Discúlpame, debí haberlo olvidado.

Se estrecharon la mano, sacudiéndola con más fuerza de la necesaria. Bea, quien comenzaba a sentir que sostener el abrazo era demasiado para ella, pasó su mano por la cadera de Pablo, enredando sus dedos en el *loop* donde pasaba el cinturón, como solían hacerlo antes.

—Un gusto, Pablo. ¿Por qué no había escuchado de ti antes? —Armando se giró hacia Bea—. Y tampoco sabía que estabas saliendo con alguien.

¿Saliendo con Pablo? Antes que pudiese aclarar las cosas, Pablo le ganó la palabra.

—Es algo muy nuevo. Apenas reconectamos y estamos volviéndonos a conocer. Pero bueno, fue un gusto conocerte.

Sin temor a parecer grosero, Pablo se giró y se puso frente a ella. Bea estaba congelada. ¿Realmente le había dicho a Armando que estaban saliendo? Ella no sabía qué tan cómoda se sentiría fingiendo solo para quitarse la molestia que le causaba Armando. Pablo se inclinó y le tomó suavemente los hombros, mientras la apartaba a un espacio donde él pudiese hablarle bajito sin que alguien más lo escuchara.

—¿Estás bien? He visto la forma en la que te miraba y tu incomodidad.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —ella se asomó a través de la silueta de Pablo, viendo cómo Armando regresaba al grupo de padrinos. Bea volvió a su posición donde la figura de él la ocultaba —. Sé que no conoces a Armando, pero ese de ahí está en camino a contarles a los demás, incluido a mi hermano, lo que acabas de decir.

La respuesta de Pablo fue extender su mano y acomodar un rizo que se había escapado de su gorra mientras le sonreía suavemente. A lo lejos escuchó el "¿Qué?" de su cuñada, que probablemente veía desde lejos una muestra de afecto que Bea reconocía para hacer más factible lo que acababa de hacerles creer a los demás.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta tu cabello? Se te ve precioso largo.

—Mi tía y mi mamá no te van a dejar en paz —le dijo Bea seria.

—Me divierto muchísimo con ellas, suena perfecto.

—Ja, les voy a decir que dijiste eso —Bea sonrió—. Gracias por eso. Armando puede llegar a ser un…

—¿Completo idiota?

—Un dolor en la muela, pero sí, eso también. ¿Cómo se supone que debemos actuar?

—Pues exactamente como lo que dije: dos personas que reconectan y que están volviendo a conocerse.

Antes de que Bea pudiese reaccionar, él le dio un rápido beso en la mejilla y se dirigió al grupo, que fingía hacer todo menos observarlos; con su atención desapareció aquella sonrisa que Pablo le compartía a ella y la reemplazó con los gestos neutrales que usualmente mostraba a los demás. Una forma casi camaleónica de ser el hombre serio que todos habían llegado a conocer.

—¿Listos, equipos? —Pablo volvía a llamar la atención de todos—. Los novios deben tener ya la primera pista. ¡Buena suerte!

Ambos equipos corrieron hacia los novios, esperando a ver la primera pista. Antes de que Bea fuera a reunirse con Inés, se volvió

a ver a Pablo. Él, con un brillo en los ojos, le guiñó y sonrió antes de correr al lado de Hugo.

La aventura inició una noche de octubre preciosa, con los dos equipos corriendo en direcciones opuestas, con la frescura del viento golpeando el rostro de quienes acompañaban a dos personas que habían construido una historia de amor con una ciudad como testigo. Pequeños grandes momentos que habían ocurrido en esquinas y calles que ahora los guiaban como puntos clave en una línea del tiempo que contaba lo sucedido en ese lugar donde se vieron por primera vez.

El primer mensaje decía:

> Escondido en una ciudad con ruido y demasiada altura, hay un camino que recorrimos y que me vio darme cuenta de la mujer tan única que eres. Debajo de una banca encontrarás el siguiente punto de la ruta.

Inés supo inmediatamente en qué dirección dirigirse: cerca de la Cineteca Nacional, a la altura de avenida Río Churubusco se encuentra Canal Nacional, un tramo con parques que tienen como guía una antigua acequia. Cuando Hugo se armó de valor para invitarla a salir después de haber caminado por ahí, ambos ya conocían las pequeñas cosas del otro, con el presentimiento de que mirarse no era algo fortuito, sino que uno y otro disfrutaban los pasos que daban y lo que se decían entre pregunta y pregunta. Al final de ese día Hugo supo que Inés tenía que ser su novia.

Cerca de una banca que Inés recordaba, había una piedra que tenía algo anudado con hilo café. Una pequeña nota se escondía por debajo:

“Lo que más me gusta de ti es que me haces reír. Contigo las tristezas se me van y solo existes tú cuando estas a mi lado. Todo es más divertido porque me amas. ¿Recuerdas aquella carcajada que casi me ahoga? Cerca de ahí te espera una nota con un elotero”.

En otro lugar de la ciudad, Hugo estaba afuera de la casa de uno de sus amigos. El primer mensaje que recibió fue:

> ¿Te acuerdas de la primera vez que hablamos? Te diría que ahí nos conocimos, pero tú ya me habías llamado la atención desde antes. No sé qué hizo que me miraras, pero ahí, en ese lugar que se vistió de luces y globos, fue donde todo comenzó.

En cada ubicación había un recuerdo valioso para la pareja. Fue hermoso traer al presente los momentos importantes. El primer beso en un parque en Chimalistac, donde les gustaba caminar y comer helado. Esa otra cafetería donde tuvieron una cita antes de que él le preguntara si podía ser su novio. Volver a sentarse en la fuente de la Plaza de los Arcángeles, donde ella le dijo un suave “te amo” que le deshizo el corazón de amor.

Cuando el equipo de Inés llegó de vuelta a la casona, los amigos de Hugo esperaban pacientemente con una sonrisa tierna dirigida hacia la novia. Ella chocaba puños con todos, mientras se dirigía hacia el patio central. Y ahí, esperándola, estaba Hugo.

El último lugar de la búsqueda fue el patio de la casona, donde en un momento solo para ellos dos él le preguntó si quería pasar el resto de sus días a su lado. La casona y Bea sabían que el amor que había entre ellos era genuino. Con su maldición a flor de piel, ella se maravilló al comprobar que sentía una sensación cálida y tenue cuando los veía. Ellos sí conocerían el “por siempre” de la mano del

otro. Inés corrió hacia Hugo, arrojándose a su cuerpo para darle un beso que todos en el patio celebraron. Incluso Leonor y Alicia, que miraban desde el patio, gritaron emocionadas.

Ahora, Inés besó a Hugo y, con aquella muestra de amor, la celebración comenzó.

Hugo se separó de Inés y ambos gritaron:

—¡Vámonos a festejar!

Se encaminaron hacia la salida mientras Bea buscaba a Pablo con la mirada. Él ya la estaba viendo. Intentando disimular, escondió su sonrisa mirando hacia el suelo. Algo en ella revoloteaba y le auguraba una noche de cambios; habían iniciado un juego que ella no estaba segura de si sería capaz de terminar.

Intentó postergar lo inevitable, se fue junto a una de las amigas de Inés que conocía desde hacía años y entrelazó uno de sus brazos con el de ella.

Elisa la miró sorprendida, buscó algo con la mirada y sonrió cuando lo encontró.

—Sí sabes que hay un hombre hermoso viéndote y esperando a que vayas con él, ¿verdad, Bea?

—¿Qué? ¿No puedo convivir con alguien a quien no veo desde hace mucho? —Bea alzó uno de sus hombros a modo de pregunta.

—¿Estás demente? Sí tuviera al más guapo de todos detrás de mí, fingiría demencia y no conocería a nadie de aquí. Bueno, no está de más ponernos al corriente.

Juntas caminaron las cuatro cuadras que había de distancia entre la casona y el bar que frecuentaban Hugo y Bea. Como era algo temprano, había poca gente cuando los grupos se acomodaron en diferentes mesas alrededor de Inés y Hugo. Las botellas se iban apilando en las hieleras y la música comenzaba a sonar más fuerte. Poco a poco la gente fue llegando, hasta que la presencia de su hermano mayor se hizo notar cuando llegó a su mesa con dos cervezas.

—Si te invito una, ¿me vas a explicar qué fue lo que vi entre Pablo y tú hace unas horas?

Ella suspiró, tomando una de las cervezas. Buscó con la mirada a Pablo: estaba con otros chicos intentando participar en la conversación, sin mucho éxito. Bea sabía que sus amigos estaban haciendo lo posible para integrarlo, sin importar que él no dijese muchas palabras, pero ahora Pablo parecía de buen humor porque platicaba con los demás. Sintiendo su mirada y la de Hugo, él se giró y le guiñó un ojo.

Su hermano, que también miraba a Pablo, tuvo que agarrar una servilleta porque se le había salido por la nariz un poco de cerveza . Bea ahogó una risa cuando Pablo solo alzó los hombros y volvió a su conversación.

—¿Qué acaba de pasar?

—Ese era el callado de tu mejor amigo salvándome de Armando y de su negación a que yo no esté interesada en él.

Hugo miró a Pablo y luego a Bea mientras entrecerraba los ojos, evaluando la situación. Le dio un trago a su cerveza, dejándola casi a la mitad.

—Tengo que aceptar que hacen bonita pareja. Sí he visto la forma en que se miran y creo que seguiste mi consejo del estudio de danza. Inés me dijo que había sentido una vibra y no le creí. Si se divierten, por favor, cuídense, ¿sí? No quiero sobrinos antes de tiempo.

Bea le dio un zape y Hugo le mostró el dedo de en medio. Él se fue de la mesa y las otras damas llegaron para discutir los últimos detalles de sus vestidos para la boda. La fiesta continuó y las personas platicaban mientras bebían. Un grupo grande había comenzado a bailar amontonado entre las sillas y mesas altas que la gente usaba como descanso.

Bea y Pablo, en mesas opuestas, se observaban de lejos, pero ninguno se acercaba. Conversaban como solo se podía hacer un viernes, cuando las preocupaciones desaparecían y quedaba la

noche con sus infinitas posibilidades. Si se concentraba lo suficiente, Bea volvía a tener veinte años, cuando sentía que podía sostener el mundo entero en la palma de la mano. Nada la había lastimado y tenía mucho tiempo frente a ella. Las luces que destellaban a su alrededor hacían parecer que todo fuese transparente, parpadeos de claridad y oscuridad que, al ritmo de la música, apuntaban hacia el único hombre que había amado.

Algo debió haber visto en su mirada, porque Pablo, que estaba conversando con otro de los padrinos, pidió disculpas y comenzó a abrirse paso entre el mar de gente. Poco a poco, él avanzaba y Bea sentía que aquello no tendría vuelta atrás.

Elisa, a su lado, le dio un codazo suave.

—Buena suerte, querida. Ese tipo de hombres son de los que te arruinan, pero ¡cómo se disfrutan!

Elisa se giró para seguir la conversación con las otras chicas cuando Pablo llegó frente a Bea. Como siempre, le pareció fascinante el poder que tenía: de parecer distante, casi como queriendo simular que estaba ahí por compromiso y en un minuto cambiar su lenguaje corporal por completo.

La música sonaba algo fuerte, por lo que él tenía que inclinarse un poco para hablarle al oído.

—Hola —ella sintió su voz bajar por el cuello, un escalofrío delicioso que recibió encantada.

—Hola —su saludo lo había pronunciado cerca de la botella de cerveza que cargaba con las dos manos.

De pronto no le dio temor mostrarse tímida. Algo que vibraba y jugueteaba con lo nerviosa que la ponía estar tan cerca de él, la llamaba a acortar la distancia, a probar lo que sea que ocurriese… ella estaba curiosa de vivir lo que fuera a pasar. ¿Cómo no estar bien cuando Pablo le regalaba una de esas sonrisas pequeñas que tanto estaba aprendiendo a querer?

—Te estás divirtiendo —dijo Bea, más como una afirmación que como una pregunta.

Él asintió y dio un respingo, mirando sobre su hombro confundido. Alguien había pasado y lo había empujado hacia Bea. Ni él ni ella intentaron recuperar la distancia entre ellos, quedándose donde estaban.

—No me imaginé que fuese a ser así, y lo digo como un cumplido. Es del tipo de bares que me gustan.

Ella asintió y se alzó de puntillas para acercarse a él, quien puso de su parte al inclinarse para que pudiese alcanzar.

—Pensé que nunca te acercarías a mí. Digo, creo que si estás fingiendo salir con alguien deberías estar unos ratos conmigo, ¿no? —Bea sabía que jugaba en territorio peligroso, escondiendo lo que ella realmente quería detrás de lo que los hacía caminar cerca del fuego—. El Pablo veinteañero que comenzaba a salir conmigo ya hubiera estado aquí hace horas, ¿no crees?

Él rio mientras le daba un trago a su cerveza. Tenerlo así de cerca era hipnotizante, la hacía sentir como un par de imanes que no tenían más opción que moverse y crear su propio campo magnético que los acercaba.

Cuando la miró, sus ojos recorrieron su rostro, deteniéndose en sus labios.

—El Pablo de ahora es paciente y sabe que hay cosas que valen la pena esperar. Sé lo que quiero y cómo ir por ello.

Él la vio a los ojos con una intensidad que, sin poder evitarlo, la hizo sonreír tímidamente, desviando la mirada a la vez que ocultaba una risa detrás de su mano. Pablo tomó la misma mano y la bajó, sin soltarla.

—¿Está bien? —preguntó Pablo, apretando levemente sus dedos —. Armando nos está viendo demasiado y creo que es correcto que personas que están saliendo se tomen de la mano.

—Por supuesto, no queremos que piense que esto es falso, ¿verdad?

Bea se sentía cerca del fuego, su corazón latía rápidamente y rogaba para que no fuera obvio lo gustosa que estaba de seguirle el

juego. Los movimientos, ya antiguos y enterrados, de pronto volvieron sin dificultad al presente: ella acercándolo con la mano y él acariciando el dorso con sus dedos .

Bea no estaba segura de lo que estaba pasando, pero se sentía bien. Su mano en la suya se sentía correcto. No había nervios, había certeza.

—¿Quieres bailar? —preguntó Pablo,

De algo me tengo que morir, pensó mientras tiraba por la borda todo gramo de razón y asentía. Él la guio a través de la gente hasta llegar a un espacio donde ambos apenas podían moverse. En el bar, que parecía tener un gusto musical bastante mixto, ahora sonaba una canción de Bad Bunny. Sorprendiéndola, Pablo se sabía toda la letra.

—¿En serio ahora te gusta el reguetón?

—¿Qué? De algún modo tenía que mantener la atención en las obras, y qué mejor que canciones que te quitan el sueño y te ponen de buen humor.

Bea sentía su presencia en todas partes. Las manos de Pablo estaban en su cintura y ella se sostenía de sus brazos. Aquella incomodidad que temía nunca llegó y fue reemplazada con familiaridad y felicidad. Bailaban por los que fueron y que ya no eran, y los años no se sentían entre ellos.

El cambio de ritmo musical llegó a ellos. Una canción ochentera comenzó a sonar, una que ambos reconocieron al instante. "Love Bites", de Def Leppard, hizo que las personas comenzaran a corear. Pablo la había acercado a su cuerpo, ambos se balanceaban suavemente con la música. Probablemente no era la mejor canción para hacerlo, pero lograron encontrar un ritmo correcto para mecerse.

—Esto tampoco ha cambiado mucho—murmuro Bea.

Él acarició su cintura, apoyando su mejilla en la coronilla de su cabeza.

—Bailar contigo siempre se sintió especial, como hablar otro idioma que solo tú y yo entendíamos. Y aún lo hacemos muy bien.

Bea iba a decirle que la edad lo oxidaría pronto, pero al intentar hacerlo, se acercó demasiado a su rostro, sintiendo su aliento cerca de sus mejillas. Ella tembló por dentro, al mirar lo suaves que se veían sus labios. De pronto, él aproximó sus labios apenas lo suficientes para no rozar los de Bea.

—¿Alguien nos está viendo o por qué estás tan cerca?

—Estoy cerca porque también era algo que ocurría cuando bailábamos.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —su voz era apenas un murmullo—. Dios mío, sí es cierto…

Pablo se detuvo y suspiró profundamente. Sus ojos estaban calculando algo que ella no podía distinguir. Con nueva decisión, Pablo se separó tomándola de la mano, y la guio entre las personas hasta salir del bar y caminar hacia el local vacío de al lado. Una farola los iluminaba, mientras la música sonaba aún fuerte y clara hasta donde estaban.

—¿O estoy equivocada, Pablo? —continuó Bea, mirando al piso, sin poder verlo a los ojos. Le daría mucha vergüenza si todo había estado en su imaginación, si ninguna mirada o roce significaba algo para él—. No quiero hacer las cosas incómodas ahora que parece que hemos encontrado un punto medio, pero quisiera ser adulta y mencionar que hay algo aquí, que algo cambió. O al menos, eso es lo que siento. No sé si tú también lo sientas o…

Cuando alzó la vista, Pablo parecía serio. Sus manos estaban hechas un puño y su rostro parecía sorprendido. Bea estaba a punto de decirle que lo olvidara, que ella siempre veía cosas donde no, cuando él se acercó y le rozó con un dedo la barbilla, que alzó hacia él. La respiración le falló a Pablo y ahí, tan cerca de sus labios, le respondió:

—Dime tú, Bea, ¿crees que podría fingir algo así?

Sin aviso alguno, sus labios estaban sobre los de ella. Habían pasado años desde la última vez que se habían besado y, al inicio, Bea se quedó inmóvil, fue un beso casto. La mano de Pablo se había deslizado hacia su mandíbula y se había acomodado en su cuello, una suave caricia que la sintió recorrer todo su cuerpo. Ni en sus más locos sueños se había atrevido a imaginarse algo como este momento, donde la posibilidad de un beso fuese real. Lo había extrañado por años y esa misma necesidad hizo que, en cuestión de segundos, todo cambiara. Lo tomó del cuello y lo jaló hacia ella.

Se besaban con desesperación, sosteniéndose uno al otro como si la vida se les fuera en cada movimiento de sus labios. Ella apretaba suavemente su cuello y él dejaba salir pequeños sonidos de lo profundo de la garganta, que hacía cuando algo se sentía bien. En aquel abrazo que los unía él podía sentir su cuerpo entero apretado contra el de ella. En algunos momentos Pablo se separaba y le decía "Respira, Bea… respira", mientras su propio aliento vacilaba también, pero ella no quería que nada la alejase de él.

Ella no era consciente de lo diferente que había sido todo con él hasta ahora, pero volvía a percibirlo. No recordaba cómo era besar y que todo dejara de existir a su alrededor. Sentir que, al menos por esos minutos, era deseada. Sus manos exploraban suavemente sus hombros y recorrían sus brazos, sintiendo la fuerza con la que la sostenía. Él acariciaba su cintura con una mano mientras que con la otra la acercaba a él. ¿Así es como debía de ser? Juntos se derritieron en un abrazo que no querían romper. Después de un momento, se separaron, sus pechos subían y bajaban agitados, sorprendidos de lo que acababa de ocurrir. La música a su alrededor sonaba aún y ellos, sin saber muy bien qué hacer, comenzaron a reírse ante lo imposible del momento.

—¿Tienes dudas, Beatriz?

Ella acarició su mejilla y negó con la cabeza. Él la rodeó con su cuerpo, abrazándola al mismo tiempo que una de sus manos la sostenía del cabello. Una voz diminuta, la que usaba con sus pocas

fuerzas para decirse que estaba cometiendo un error, dejó de existir cuando esa misma mano le acarició la espalda. De arriba abajo, ella iba olvidando por qué eso debía sentirse mal, se quedó esperando el peso de haber cometido un error sobre sus hombros, pero lejos de ello, solo sintió calma. Fue tanta la paz que la embargó que, de pronto, el cansancio del día hizo que sus ojos comenzaran a sentirse pesados.

—¿Me acompañas a la casona? Estas ya no son horas para que yo esté despierta —murmuró contra su pecho. Él asintió y, después de dejar un suave beso en la coronilla de su cabeza, la tomó de la mano. Bea y Pablo caminaron de vuelta a la casona, disfrutando del fresco aire de otoño, sin despedirse de los otros invitados, pero sabiendo que todo estaría bien.

Cuando la casona los vio llegar de lejos supo que por fin había sucedido. Los muertitos se sacudieron cuando ella entró a la alacena para alertarlos de que esa noche habría una celebración: la historia estaba avanzando como tenía que hacerlo.

Bea no tenía por qué escuchar lo que se decían en murmullos, escondiendo sus risas de Leonor y Alicia. Le bastó ver ese último beso de despedida en sus pasillos, en la puerta del cuarto de la niña Bea: fue un beso sin urgencia y lleno de palabras que ninguno dijo. Un "Cuánta falta me hiciste" de Pablo y un "Mañana me podré arrepentir, pero hoy no. Esto es perfecto" de Bea. Sabía que había todavía un camino por recorrer.

Finalmente, Bea se separó de él y lo abrazó. Así se quedaron, sintiendo en el pecho aquel hilo roto enhilándose. Fibras que aparentemente se habían quebrado volvían a unirse, como si el tiempo no hubiese pasado entre ellos. Bea se encargó de quemar esas fibras sueltas, como lo hacía su mamá para que sus listones no se deshilaran. ¿Era normal que con solo un beso todo se sintiera como si volviese a empezar?

Le dio un beso en la mejilla de puntillas y entró a su habitación. Ya en la cama, cuando estaban a punto de cruzar la línea entre la lucidez y el sueño, la casona les hizo escuchar las olas del mar… y fue como volver a empezar.

CAPÍTULO 10
2017, España

Cuando era niña siempre se preguntó cómo sería viajar en trenes. A Bea siempre le había gustado imaginarse la vida de antaño, aquella que probablemente sus antepasados habían vivido en la misma casa donde ella había crecido. En uno de los tantos libros ocultos en los estantes de la biblioteca familiar, se encontraba una colección antiquísima de tres tomos con fotos de época, y en uno de ellos había un tren enorme color negro. La gente posaba frente a él, maravillada por aquel monstruo que cambiaría la historia de la industria, acortando la distancia entre familias que no podían verse.

Se imaginaba estar dentro del tren, escuchar sus ruidos, ver a las personas sentadas mirando por la ventana. Debía ser terrible el calor allá adentro. Un vaivén bastante inestable que prometía acercarte al lugar donde debías estar en horas, y no días como antes sucedía. El precio de la modernidad fue decirle adiós a lo que alguna vez unió a su gente a los dioses, ese aire fresco que ya no se respiraba en aquella ciudad enorme que amaba. Los valles, los montes y los pastos guardaban todavía la memoria de una historia antigua que a ella le gustaba visitar en lo que leía y veía en pinturas.

Había pasado una hora desde que habían salido de Alicante. En tanto Lía y Raquel dormían apoyadas una en la otra, ella veía por la ventana. La tierra que tenía de frente era preciosa, pero la sentía ajena. A la velocidad a la que iban podía distinguir los enormes

campos verdes que se extendían frente a ella. Por un rato solo vio cerros que no se parecían a los de México: ahí también había belleza, pero era distinta.

Aún era muy temprano y podría dormir si así lo quisiera pero ¿cómo iba a hacerlo cuando sentía que ya vivía dentro de un sueño? El suave peso de la cabeza de Pablo sobre su hombro era suficiente para sentir que caminaba en una de las tantas fantasías que su mente imaginaba. Él dormitaba cerca de su pecho y sostenía su brazo como si fuese la almohada más suave. De vez en cuando hundía su rostro ahí en donde su cuello y hombro se unían, su suave respiración le hacía cosquillas deliciosas.

El día después de aquel primer beso empezó como cualquier otro para el resto del mundo. Bea, al abrir los ojos, sintió la certeza de haber librado una batalla que había ganado. Ninguna maldición había podido parar la ternura y suavidad que estaba viviendo con Pablo.

Habían pasado tres semanas desde aquel primer beso. De pronto las estaciones parecieron desaparecer, porque dentro de ella solo había primaveras. Una flor por cada vez que su corazón saltaba al verlo en las mañanas en su puerta para irse juntos a trabajar. Una enredadera cuando se dirigían miradas y sonrisas en plena junta de trabajo. Un prado enorme, verde y brillante con el rocío de las mañanas se instalaba en su pecho cuando la besaba. Todo en ella se sentía con vida de una forma que nunca había experimentado. De pronto no había pausas ni silencios incómodos, no existía la inconformidad ni mucho menos algo llamado soledad. Incluso cuando él no estaba ahí, lo sentía cerca contando los minutos para volverlo a ver.

Pablo comenzó a ser parte de su rutina. No se volvió todo, pero sí una mayoría, una causa de alegrías diarias que parecían no terminar. Bea estaba acostumbrada a que a las dos semanas de salir con alguien algo saliera mal, un cristalazo al enorme vitral de esperanza que se quebraba con un “No era lo que esperaba” o un mensaje

enviado durante la madrugada, dejándole en claro lo que realmente quería. En esta ocasión, no era la única que pintaba colores en aquel cuadro donde se retrataba lo dulce que es estar con alguien.

Por primera vez en su vida había sentido lo que era desear a alguien. Sus amigas siempre hablaban de pasar la noche con alguien más, algo sin compromiso. Ella misma no había sido ajena a lo que se sentía dejar a alguien más acariciar los valles y caminos de su cuerpo, pero casi siempre se sentía como un compromiso, algo que tenía que pasar y, aunque quería hacerlo, no era lo que ella esperaba.

Con Pablo, todo era nuevo. No sabía que su piel podía vibrar ante la anticipación, que un solo beso podía iniciar en ella fuegos que tenía que apaciguar con sus manos por la noche. Los dos comenzaban a conocerse, a saber qué era lo que hacía estremecer al otro, una caricia que generaba sonidos que la dejaban sin respiración, con unas ganas infinitas de continuar y descubrir qué se sentiría recibirlo, de ser flor y dejar que entre humedades y calores se volviera infinita. La espera era deliciosa. Jamás imaginó que un "buenas noches" entre besos se sintiera tan profundo. Ninguno de los dos se había animado a preguntar "¿quieres quedarte a dormir?". Habían estado en el mismo departamento solos, pero algo los detenía, una espera que asumían hasta que el momento indicado llegara.

Kilómetro a kilómetro, el ventanal del tren le mostraba lo que había entre aquella ciudad al lado del mar y la ciudad antigua de Madrid. Estaba a un mes de terminar sus prácticas profesionales y el proyecto había avanzado como debía hacerlo. Las restauraciones ya estaban en manos del equipo de Pablo, quien reportaba felizmente al despacho que todo procedía sin ninguna complicación de por medio.

Pablo se veía mucho más relajado, a diferencia de las primeras semanas. Las risas eran constantes e incluso lo había escuchado bromear con su padre por teléfono. No sabía la forma en la que este

reaccionaba, pero, por como Pablo respondía, parecía no importarle tanto.

—¿Has ido a los museos de Madrid?

Un día Bea y Pablo estaban acurrucados viendo una película cuando ella le hizo esa pregunta. Aunque lo que veían era una comedia en la que un museo cobraba vida durante la noche, ella sintió una gran punzada por no haber tenido tiempo de organizar un viaje hacia la capital, que solo estaba a dos horas y media, y aun así no se le había ocurrido ir a ver todas las pinturas, esculturas e intervenciones que había inspirado su gran amor al arte.

Pablo, que jugaba con los dedos de ella distraídamente, la miró. Bajó el volumen de la televisión y dejó que la película corriera en el fondo.

—No voy desde que era un adolescente, pero he ido a la mayoría, claro. ¿Por qué?

—Vas a pensar que soy sentimental, pero no puedo creer que a un mes de irme no haya ido a visitarlos. ¿Sabes lo que pasaría si piso El Prado? Probablemente lloraría de felicidad ahí mismo.

Él se quedó pensativo por unos instantes. Le dejó un beso en la mejilla y le dijo:

—Puedo imaginarte perfectamente. ¿Cuáles son los museos que más te gustaría conocer?

La película se quedó en el olvido, hablaban en el lenguaje de los que sienten pasión por algo, uno que, incluido Pablo, Bea pensaba era imposible que alguien más lograra entender. En ningún momento hubo indicios de aburrimiento; al contrario, Bea vio que Pablo tenía el ceño levemente fruncido de cuando se concentraba en algo. Le contó del Museo del Prado, del Reina Sofía, Thyssen-Bornemisza, del Cerralbo y todos los que alguna vez leyó en libros de historia del arte.

Pablo le contó de la vez que fue al Reina Sofía de pequeño y de cómo su mamá le leía las descripciones de las obras de arte que le habían interesado a él. Cuando los fines de semana eran largos y su

padre salía de la ciudad, él y Margarita se iban de aventuras por Madrid.

—¿Para qué nos quedamos encerrados, mi niño? Un fin de semana tú escoges lo que haremos y otro yo.

Así fue como su mamá escogía ir a museos, librerías o al cine con su único hijo, Pablo, quien siempre, muy tranquilo, miraba todo con ojos curiosos y brillantes. Cuando Pablo le mostró una foto que él y su madre se habían sacado en una máquina de instantáneas, Bea casi había llorado de la ternura de ver a un Pablo que sonreía sin un diente, al lado de su madre. Lado a lado podía reconocer que Pablo tenía muy poco de su madre: quizá los pómulos y los labios y un poco de la forma de los ojos, pero el resto debía de ser del padre que no había visto.

Bea conoció a Margarita un día en el que ambos cocinaban en el departamento de Pablo. Ella se había distraído jugando con Miri, que observaba todo desde el piso atenta a cualquier pedazo de alimento que cayera por accidente, cuando Pablo llegó con su teléfono en la mano.

—Ven, Bea. Quiero presentarte a mi madre.

Margarita la saludó con mucha emoción cuando se vieron frente a frente en la pantalla.

—¡Pero, hijo! Mira qué jovencita tan linda es Bea. Muchísimo gusto, guapa. Yo soy Margarita, me hace mucha ilusión poder conocerte por fin —su voz sonaba dulce y emocionada, mientras sonreía desde una sala amplia y elegante en su hogar en Madrid.

—El gusto es mío, señora.

Margarita se apuntó con el dedo e hizo la broma de mirar a su alrededor, buscando.

—¿Cuál señora? Suena demasiado formal. Tú me puedes decir Margarita, cariño.

Platicaron brevemente sobre sus planes de cocinar y ver una película. Margarita sonreía cálidamente. Conversaron sobre el trabajo de Bea y un poco sobre cómo le iba en Alicante. Ella, quien

en otras circunstancias sentiría vergüenza al hablar con la mamá de alguien a quien quería, descubrió que Margarita era tan amable y afectuosa que cualquier posibilidad de apenarse era imposible por su apertura; parecía que no era la primera vez que hablaban.

Cuando se estaban despidiendo, Margarita miró a su hijo, señalándolo con su dedo índice.

—Hazme el favor de traer a este dulce de chica a Madrid para conocerla en persona, por favor —ella dirigió su atención hacia Bea, a quien le obsequió una sonrisa—. Tú sigue siendo un encanto y no dejes que mi niño se encierre tanto en sí mismo. Sean jóvenes y disfruten el verano, que siempre acaba aunque se siente eterno.

Bea se quedaría con un dulce sabor en la boca después de convivir con ella, entendiendo de dónde salía lo bonachón del carácter de Pablo. Dos días después, cuando estaban a punto de salir a comer con los demás, Pablo se presentó en la entrada del museo, donde Bea y Lía habían estado organizando unos documentos. Lía lo miraba con una sonrisa y aplaudía levemente.

—¿Ya le vas a decir?

Él hizo un gesto con el dedo para que guardara silencio mientras sonreía.

Lía le apretó las mejillas a Bea a manera de cariño.

—Bueno, bueno — ella comenzó a tomar sus cosas—. Los veo en el restaurante, que mi chica probablemente ya nos está esperando ahí también. Bea, hermana, tú solo di que sí, ¿sí?

Lía se fue con los demás compañeros, dejándolos solos en el vestíbulo del museo.

—¿De qué está hablando?

Pablo se acercó del otro lado del recibidor y le dijo:

—Cierra los ojos, ¿puedes?

—Dime, por favor, que no adoptaste al gatito que viste el otro día a la vuelta de mi departamento, porque si lo hiciste no te voy a juzgar, pero sí te voy a envidiar, porque estaba divino.

—Anda y haz caso, mujer. Te prometo que no es nada que maúlle.

Ella cerró los ojos y escuchó el ruido de algo deslizarse en el mármol del escritorio.

—Ahora, ábrelos.

Frente a ella había papeles impresos. Por un minuto no entendió qué sucedía, hasta que leyó el primer ticket.

Eran unos boletos del tren de Alicante a Madrid, con su nombre.

—No juegues, Pablo. ¿Qué hiciste?

No solo había boletos de tren, sino también boletos impresos de todos los museos que siempre había soñado con visitar.

—Puede, o puede que no, haya preguntado si teníamos algo que hacer este fin de semana a nuestro supervisor y puede, o puede que no, me haya dicho que había un descanso programado en el que ninguno de nosotros tendría que trabajar —Pablo estaba moviendo mucho sus manos y la buscaba con la mirada mientras veía hacia los boletos que ella sostenía en sus manos—. Vi lo mucho que querías ir a los museos, y yo de verdad quiero estar contigo cuando veas todo lo que hay ahí dentro.

Bea todavía no podía hablar, y vio el momento exacto en el que Pablo confundió su felicidad con molestia, pues hubo un cúmulo de emociones sumadas a la alegría que brillaba en sus ojos.

—Si piensas que soy un intenso de lo peor, no pasa nada. Puedo pedir un reembolso y…

Ella lo había tomado de las solapas de su camisa para jalarlo hacia ella y besar sus labios. Qué más daba si un supervisor los veía. Tenía los días contados ya y no había palabras para poder agradecerle esto.

Pablo le tomó el rostro entre las manos y el beso se hizo tierno, lento, entre la respiración de los dos. Bea se separó y le delineó una ceja con uno de sus dedos, una caricia que a ella le gustaba hacer.

—¿Intenso? Diablos, Pablo. Me acabas de regalar el viaje de mis sueños. ¿Necesitas que pague algo?

Él le apretó una mejilla a Bea con cariño

—Absolutamente nada, cariño. Todo ya está arreglado. Lía y su chica también van, se quedan en el mismo Airbnb que nosotros.

Cuando salían del museo tomados de la mano, Pablo procedió a contarle del itinerario que había armado con Lía, para ver si ella quería agregar algo o reemplazar un lugar. Era tan fácil estar con él… Nada era complicado, solo se daba. No tenía que pensar en qué decir ni cuestionar sus sentimientos. Una claridad que se sentía igual de tibia como el sol en su rostro. Algo más cálido se estaba instalando en su pecho y no era difícil adivinar lo que era.

¿Así se sentía querer a alguien? Con Pablo las sonrisas eran frecuentes y fáciles. Tomar su mano se sentía como por fin poder encajar algo que antes, por más que había querido, no se acomodaba. Hablar de sus sueños y planes no era ridículo. Podía escucharlo por horas y, aunque a veces se quedaban sin conversación, siempre salía algo nuevo que hacer. Todo a su alrededor parecía brillante y emocionante. Cerrar los ojos y confiar en él era como sentir que, si se caía, habría un par de brazos para recibirla. Era un amigo que con los días comenzó a entrar a su corazón, conquistando cada rincón.

Jamás imagino que podía ser así. Tan acostumbrada a los derrumbes y finales amorosos a su alrededor, se le olvidaba que a veces, de puro milagro, dos personas se conocían en el momento y lugar indicado para poder estar juntas. Le sorprendió cómo el miedo se deshizo ante la enorme certidumbre que era Pablo. Todo lo que decía que haría, sucedía. Todo lo que él era se presentaba ante ella de un modo casi transparente, sin engaños ni tapujos. No había segundas intenciones ni juegos de palabras. Carajo, ni siquiera había insinuado querer pasar la noche juntos. Él realmente la veía, y eso la emocionaba y la aterraba. Aunque el miedo, pequeño pero presente, estuviese ahí, era imposible dejar ir a alguien como él.

En algún momento, ella apoyó su cabeza contra la de Pablo y cerró los ojos. El joven que aparentemente leía en su teléfono notó

cuando ella comenzó a moverse, tomando su brazo como almohada.

Pablo sabía que estaba a nada de despertarse y aun así no quiso moverse, así que se quedó lo más quieto posible intentando encontrar una postura cómoda para los dos. Sus rizos abanicaban su rostro y le hacían cosquillas. Un pequeño beso en la frente y recordó las palabras que su madre le había dicho en una de sus tantas llamadas: "Tienes que abrir bien los ojos, mi niño. El amor puede estar frente a ti y no debes dejar que el miedo gane. Esa batalla la tienes que ganar. La persona correcta va a ver más allá y se va a quedar. Si te enamoras, asegúrate de hacerlo cuando sea mutuo, ahí tienes todo mi permiso para perder la cabeza".

Y sí, su madre tenía toda la razón como siempre. Jamás se había sentido tan loco, tan feliz y delirante como lo estaba ahora. Con apetitos y sensaciones tan nuevas para él. No era la primera chica con la que conectaba, pero había algo distinto esta vez, una falta de incertidumbre que lo sacaba de su centro.

Ninguno de los dos había querido tener esa conversación sobre lo que pasaría después de que ella regresara a México. El dolor que sentía en su pecho era una clara señal al respecto.

Pablo miró a Bea mientras dormía y concluyó que no había otra forma: que perder la cabeza por ella sería algo que él haría gustoso si ella lo quería. Quería hacer todo y nada con ella: compartir su espacio, tomarla de la mano y acompañarla. Bastaba con que ella lo dejara estar a su lado para que sintiera que no había imposibles en su vida. Él se repetía que era bueno que fueran lento, que aunque una cuenta regresiva imaginaria comenzaba a marcar el tiempo que le quedaba a Bea en España, todo estaba sucediendo a buen ritmo. Ninguno de los dos había querido tener esa conversación sobre lo que pasaría luego de que ella volviera a México. El dolor que sentía en su pecho era una clara señal de lo que sentía al respecto. Pablo apretó ligeramente la mano de Bea, queriendo sentirla y notar que ella aún seguía ahí con él.

Él aún no creía la suerte que tuvo con ella, como ambos parecían tener planes similares y lo bien que se sentía estar a su lado. Ella era el sol, los rayos cálidos de luz que hacían que su frialdad, esa terrible herencia de su padre que luchaba todos los días por salir, desapareciera. Bea, con su brillante futuro, lo hacía querer ser mejor. Ella merecía a alguien a su altura y él corría, se estiraba y cambiaría de piel con tal de hacerlo. Beatriz, repetía su nombre mentalmente saboreando el sonido. Admiraba su sonrisa, sentido del humor y piel que quería recorrer con sus manos. Saber lo que ella soñaba para dárselo, correr kilómetros para llegar a ella sería fácil. Solo con escuchar su nombre bastaría para ir a ella.

Bea comenzaba a despertarse y él acarició su mano.

—Te levantaste justo a tiempo, bienvenida a Madrid.

Lo primero que la maravilló fue el estruendo de la estación de trenes. Sus ojos no podían seguir con el ritmo de todo lo que tenía enfrente: había gente por todas partes yendo en diferentes direcciones, demasiadas voces en varios idiomas: español, catalán, valenciano, todo en una mezcla de conversaciones, una forma de pertenecer a esta enorme ciudad que la recibía como a ella le gustaba: puro bullicio, diferentes caminos que descubrir.

—¿Estás lista? —preguntó Pablo, que había detenido un poco su paso para absorber su entorno.

Bea le sonrió y asintió, siguiendo a Lía y Raquel, que se habían adelantado. A través de la ventana del auto que los llevaba al Airbnb, vio una ciudad que parecía estar entre el pasado y el presente. Conforme el auto iba avanzando y se iba acercando al centro de Madrid, podía ver cómo lo actual luchaba por apropiarse de la antigua arquitectura de la ciudad. Estaba de más decir que el presente iba perdiendo, porque no había forma que la historia de esos edificios desapareciera de sus cimientos.

—Ahora entiendo por qué eres arquitecto.

—¿Cómo? —preguntó él con curiosidad.

—No me imagino todo lo que estos edificios han visto, todo lo que ha sucedido dentro. ¿Te has puesto a pensar en la historia que hay en estas calles? Me vuelvo loca de la emoción. De cierta forma me recuerda un poco a la Ciudad de México… el mismo aire antiguo se respira aquí.

Pablo asintió suavemente, escuchándola, y le contó un poco de sus edificios favoritos con la promesa de que, si tenían tiempo, la llevaría a conocerlos. Eran casi las nueve de la mañana cuando llegaron al departamento que Pablo había rentado para los cuatro. Al entrar, Bea no pudo imaginar cuánto debió de costar, porque toda la decoración gritaba que ahí había lujo. Todo era en tonos verdes que le recordaban su etapa de fascinación con el interiorismo. Los muebles eran entre antiguos y modernos, acomodados de una forma que ningún espacio estaba sin aprovecharse. El calor de la ciudad casi pasaba desapercibido por los grandes ventanales que daban hacia la calle. Había dos habitaciones con baños propios, al final de un pasillo.

El chiflido de Lía se unió a la mezcla de sonidos provenientes del exterior.

—Vaya que te gustan los espacios lindos, mi arqui. Excelente gusto… ¡Pido escoger habitación primero!

Lía pasó sujetando su bolso y el de Raquel, su novia, que la veía mientras se reía divertida de la reacción de su chica.

Pablo siguió el pasillo hasta llegar a otra habitación disponible, cargando su equipaje y el de Bea. Abrió la puerta y se detuvo en seco en el umbral mientras murmuraba un "Ay, no".

—¿Son de las camas esas que se ven tiesas como…? —a Bea se le debieron haber subido hormigas a las mejillas, solo así podría explicar las vibraciones que había ahí y en sus brazos. El problema no era precisamente que estuviese duras, sino que, frente a ellos había una habitación preciosa con ventanas que dejaban ver el exterior fácilmente y una cama king size con sábanas blancas.

—No, no… —repetía él—. Yo puedo jurar que leí que había una habitación con dos camas individuales. ¿Qué diantres? —Pablo dejó las cosas y se asomó a la otra habitación, que también tenía una cama matrimonial.

Regresó y miró a Bea con angustia.

—No te preocupes, voy a dormir en el sofá para que te sientas cómoda…

—Hey, tranquilo. No tienes por qué dormir en la sala. No me molesta en lo más mínimo dormir contigo.

—¿Segura? Que puedo irme a casa de mi madre y quedarme ahí…

Su voz era diminuta, quería que ella supiera que tenía opciones. Bea lo sabía, pero tendría que estar loca para no querer compartir su espacio con él.

—Sip, estoy segurísima. Ahora apúrate, que me muero porque nuestro día comience.

Ninguno de los cuatro tuvo las ganas de desempacar. Había demasiada emoción en el aire, particularmente en dos de las chicas que iban a conocer algo que habían discutido una y otra vez durante las clases en la universidad.

Después de un breve desayuno en un café que vieron dos calles abajo, caminaron en parejas hacia el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Si bien retener casi cuatro años de carrera era complicado, era imposible olvidar las obras que estudiaron y que visitaron en sus clases. Miró, Arroyo, Domínguez… todos estaban ahí. Lía y Bea recorrían las salas reconociendo y conociendo nuevos pintores, pinturas que habían sido objeto de estudio y análisis.

Ninguna parecía saber a dónde dirigirse.

—¡Lía! —la llamaba intentando modular su voz de la emoción—. Mira cómo se ven los colores en persona —Bea señalaba con el dedo.

—No puedo creer que realmente estamos aquí —respondía Lía.

Pablo y Raquel intuyeron que ese era un momento que no les pertenecía y se limitaron a presenciar a la distancia la emoción íntima de un par de amigas que habían cruzado un océano entero juntas y que se divertían en una tierra tan nueva para ellas.

Todo fue silencio cuando llegaron a la *Guernica* de Picasso. Por ser tan temprano y en periodo vacacional, había bastante gente. Algunos hablaban, pero otros obedecían a la muda indicación de guardar un poco de silencio. No era la pintura favorita de Lía, pero entendía por qué su amiga parecía haberse quedado muda frente al cuadro.

Pablo se acercó.

—¿Era lo que esperabas?

Ella negó con la cabeza, sin dejar de ver al frente.

—No, es muchísimo más. Qué terrible el contexto de esta pintura, tanta gente perdida, desaparecida… tanta muerte.

Pablo asintió y dejó un beso sobre su hombro. Él volteó hacia Lía y ella le guiñó el ojo, como recordando la pequeña advertencia que le había dado sobre su mejor amiga: "A veces Bea necesita un poco de espacio y silencio cuando se enfrenta a cosas enormes".

La historia se respiraba en esos pasillos y ambas jugaban a ser viajeras en el tiempo contenido en cada cuadro y escultura. Permanecieron unos minutos más en la sala y salieron con una sensación de haber estado paradas ante el precipicio de algo que ninguna de las dos entendía.

Como era costumbre, compraron unas postales en la tienda de recuerdos y los cuatro salieron del recinto, caminando unas cuantas calles hasta llegar al metro. Dentro del vagón, Bea se hizo consciente del terrible calor que había en la ciudad. Lejos del mar y en el subterráneo, podía sentir una gota de sudor bajar por su cuello, rodeados de gente y de sonidos del transporte.

De pronto, Pablo estaba frente a ella. Se había acercado a su cuello y parecía querer sostener su cabello.

—¿Puedo?

Con un simple gesto, Bea casi se va de rodillas. Asintió y Pablo alzó sus rizos en una coleta, soplándole para refrescarla. La gente estaba demasiado ocupada en sus asuntos, demasiado acostumbrados a lo bizarro que ocurre en el metro, para notar a una pareja teniendo algo que para Bea se sentía íntimo.

—¿Mejor así? Recuérdame entrar a una tienda para conseguirte algo para sujetar tu cabello.

Bea, que comenzaba a tomar consciencia de nuevas sensaciones en su cuerpo, resistió las ganas de cerrar los ojos por el placer de algo tan diminuto como su respiración en ella. No la estaba tocando, pero era tanta su presencia que eso bastó para hacer que la envolviera la familiar sensación de calor que ya no tenía nada que ver con el clima.

Bea recordó que en la noche compartirían habitación y eso la hizo marearse un poco, cerrando los ojos unos segundos.

—¿Todo bien? Se me olvidó decirte lo caluroso que se puede poner aquí abajo. Ahora que salgamos podemos parar en un tienda para comprar agua.

—No, no pasa nada. Creo que es la gente. Ya casi nos bajamos, ¿no?

Pablo asintió, ajeno a la revolución que sucedía en su interior. ¿Realmente no se daba cuenta del efecto que tenía? Bea suspiro y se apoyó contra el brazo de Pablo, que permanecía extendido frente a ella.

Bea, ya no tienes dieciséis años, sin control de tus propias reacciones. Entiendo que es un hombre que, además de divino, es bueno y que, obvio, eso te tiene al borde todo el tiempo, pero tranquila.

Eso fue lo que se dijo a sí misma conforme descendían en la estación cerca de Cibeles, esa enorme fuente que estaba a unas calles del Parque del Retiro y que la hacía extrañar la que había en su ciudad. Bea se sentía pequeñísima en Madrid con enormes

edificios y gente que parecía brotar de todos lados. Los cuatro caminaron hacia el siguiente museo: el Thyssen-Bornemisza.

Recorrer los pasillos de ese museo en particular le hacía recordar esos primeros semestres de la universidad, donde todo era nuevo: amigos, maestros, salones. Nada la preparó para la experiencia de ver en persona todas las pinturas y esculturas que la remontaban a noches de estudio con sus compañeras.

Bea se prometió que jamás olvidaría esta primera vez. Quería abrir bien los ojos y anotar cada detalle que le llamase la atención, porque frente a ella estaba la mirada de alguien más, un mudo vistazo al pasado y a lo que alguna vez fue y que ya no era.

No se sintió tonta ni ridícula cuando una lágrima silenciosa resbaló por su mejilla cuando estuvo frente a las pinturas impresionistas, uno de sus movimientos artísticos favoritos. Más tarde, recordaría lo sorprendida que se sintió al ver pinturas tan antiguas como la misma ciudad, que habían trascendido el tiempo y que habían sobrevivido guerras y movimientos para estar aquí frente a ella. Ver de cerca las pinceladas hacía que todo se sintiera real. Que alguien había puesto el alma en poder ver más allá de un paisaje, que en la naturaleza se escondían con recelo los secretos de la inmortalidad que estos artistas habían descubierto y que ahora guardaban celosamente en sus pinturas.

En algún punto, Bea había terminado sola en una sala amplia, sentada en una banca de madera frente a segmentos de pinturas de Hopper. La gente iba y venía, hablando en susurros, como si entendiesen que era un espacio para el silencio y la reflexión.

Bea miraba hacia el frente cuando sintió que alguien se sentaba a su lado. Ninguno de los dos se movió al inicio, disfrutando de la vista, hasta que sintió una mano posarse encima de la suya.

Si los gestos tuvieran palabras, este lo sintió como un "No quiero interrumpir lo que está pasando. Solo quiero ir de tu mano mientras eso sucede".

Ella giró su mano y aceptó sus dedos en los suyos, y ahí se quedaron tranquilamente. Las palabras sobraban en un lugar tan cargado de un lenguaje que los dos juntos entendían.

No sabía que esto se podía sentir así.

Estoy ridículamente enamorada de este hombre que escucha mis silencios.

Con esa idea, se giró y lo miró. Pablo ya la veía con interés. En ellos había certeza de que los sentimientos que habían comenzado a brotar tenían un nombre. Ella, sorprendida; él, curioso de a dónde se dirigían ahora que sabía que el amor también se puede sentir en el estómago.

Pablo cerró la distancia y le dejó a Bea un suave beso en los labios. Sin decirse nada, hubo una conversación de dos personas que aceptaban lo que esos sentimientos implicaban.

El sonido del celular de Pablo cortó aquel diálogo dicho en un beso.

Pablo sacó su celular y suspiró ruidosamente, dando por terminado el momento que había sucedido.

—¿Qué pasa? —preguntó Bea.

Pablo le mostró la pantalla. En un mensaje de su padre:

William:
Tu madre me dijo que estás en la ciudad por el fin de semana. Pasa a la oficina, necesito darte unos documentos. Te veo antes de las cuatro de la tarde.

—No pensé que fuese necesario pasar al despacho. Sé que todavía nos faltan algunos lugares y…

—¿Bromeas? Tenemos mucho tiempo. No pasa nada si nosotros vamos para el despacho, le podemos decir a Lía y Raquel que se

adelanten para no retrasar sus planes.

Bea se levantó mientras él se quedaba sentado, claramente nervioso. Uno de sus pies había comenzado a subir y bajar rápidamente, mientras leía algo en la conversación de su padre. Después de unos momentos, miró hacia donde ella estaba parada.

—Es que no lo entiendes. Mi papá es alguien… particular.

—Pablo, se te olvida que yo me crie en una casa donde ocurren cosas bastante particulares. El papá de mi chico no me asusta, lo prometo —dijo, alzando su dedo meñique a modo de promesa.

Pablo pareció tranquilizarse al entrelazar su propio dedo meñique con el de ella. Una sonrisa juguetona comenzaba a aparecer en sus labios, olvidando por unos minutos la preocupación anterior.

—Tu chico, ¿eh? Vaya, hasta que por fin comenzó a salir un poco del carácter que me han contado sobre las mexicanas.

—Ah, no, conmigo no vas a jugar así. Pensé que serías mejor que eso, españolito.

Caminaban de la mano para buscar a Lía y Raquel.

—Me encanta que tengas carácter.

Bea lo empujó suavemente con el hombro y le dio un beso a su brazo. Con Pablo su lenguaje amoroso parecía salir a la superficie con una facilidad que la sorprendía. Nunca había sido mucho de contacto físico, pero con él las manos le quedaban cortas para poder abarcar todo su territorio. A veces se preguntaba si lo hacía para recordarse que era real, que esto sucedía de verdad y que no dormía bajo el sonido de la lluvia y los pasos de los muertitos de la casona, que había logrado salir de aquel pozo donde sus ilusiones se marchitaron y que no había ninguna maldición que la privara de estar con su amado.

Después de encontrar a Lía y a Raquel y contarles, se despidieron con el acuerdo de verse pronto. Como el trayecto hasta el despacho de su padre era largo, él decidió pedir un Uber y pronto la ciudad comenzó a transformarse, hasta llegar a una zona de edificios corporativos, enormes rascacielos tan distintos a la Madrid que había

comenzado a conocer apenas unas horas antes. Se detuvieron frente a uno de los tantos edificios y al salir a la calle notó lo distinta que era esa zona de la ciudad donde todos parecían tener prisa. Ahí las personas usaban trajes sastres y vestidos formales que poco tenían que ver con lo que había visto a Pablo usar en Alicante.

—¿Aquí está el despacho?

Pablo miraba hacia la enorme torre frente a ellos. Él nunca le había parecido alguien nervioso, siempre se enfrentaba seguro ante las incertidumbres que se habían presentado en el proyecto. Enfrentaba todo con un valor que ella admiraba. Bea nunca lo había visto inquieto, como si su cuerpo se rehusara a avanzar. ¿Cómo era realmente su padre si la mera idea de verlo causaba esa reacción en él? ¿Le temía a lo que su padre pudiese pensar sobre ella? De pronto una sensación helada la recorrió: el temor de estar en un lugar donde él quizá no quería que estuviera.

—¿Quieres que suba contigo? Si no quieres que suba, te juro que está bien. Me pareció ver un pequeño restaurante a una cuadra, te puedo esperar ahí si quieres mientras…

Pablo la detuvo con una mano en su hombro.

—¿Qué dices? —él tomó su mano, saliendo del trance en el que parecía haber entrado. Una sonrisa suave adornó los labios de Bea, al ver cómo Pablo besaba sus nudillos—. El lugar en donde quiero que estés es a mi lado.

Él respiró profundamente y después de un leve apretón a su mano, ambos avanzaron hasta llegar a la entrada principal del edificio. Por dentro lo primero que se veía era un recibidor amplio con un par de guardias de seguridad vigilando los accesos del personal que, con una tarjeta, podía entrar a los elevadores. A un costado había una pared con un amplio directorio de empresas e, impresionada, reconoció algunas firmas internacionales. Pablo había hablado del despacho de su padre, pero jamás se imaginó que sería de esta importancia. Debía tener reconocimiento internacional para estar en un edificio como ese.

Uno de los tantos recepcionistas que se encargaba de recibir a los invitados saludó a Pablo. Una etiqueta en su pecho lo nombraba como "Eduardo".

—Pablo, qué gusto verte por aquí de nuevo. ¿Ya tan rápido regresaste de la playa?

Pablo la acercó al recibidor, donde entregó su identificación y ella hizo lo mismo.

—Hola, Edu. Todavía me queda un mes más en Alicante antes de regresar al panal. Además, hay alguien que me gusta más que la ciudad.

Eduardo miró a Bea, recorrió con la vista el camino hacia donde estaban unidos de las manos y abrió la boca sorprendido.

—¡No me lo puedo creer! Por fin te hiciste de una novia —su voz intentaba guardar su emoción para no hacer ruido, que Bea sospechaba que debía estar prohibido al observar a su alrededor—. Ya era hora de que trajeras a una chica. Aquí todo es demasiado gris y aburrido, los robots de los oficinistas no conocen más diversión que la de ir a los bares cercanos y muchas veces, ni ahí hablan —Eduardo le entregó un gafete de visita a Bea—. Tienes aquí a un gran sujeto. Conozco a un par de chicas y otro secretario que van a gritar cuando les cuente lo que vi.

Bea no tenía ni idea de cómo reaccionar y solo atinó a sonreírle tímidamente a Eduardo.

Pasaron por el filtro de seguridad y se dirigieron hacia los elevadores. Bea y Pablo terminaron en el fondo del elevador, envueltos en una suave música de jazz. Un par de empleados más subía con ellos. El contraste entre la ropa de los demás y la de ella hizo que notara cómo desentonaba por completo con el ambiente: las personas iban vestidas de diferentes tonos de gris, blanco y negro. El único punto de color en aquel espacio eran los jeans azul claro y la blusa de tirantes color verde que ella había decidido usar hoy. Salieron del ascensor y Bea subestimó la relevancia del despacho del padre de Pablo. El despacho le recordaba a una de las

revistas de interiorismo que vio leer a sus amigas de arquitectura durante los recesos para inspirarse y diseñar. Si pudiera describirlo con dos palabras, serían "elegancia" y "poder". La hacía sentir que ahí dentro sucedían cosas importantes, que construir con ellos sería caro, pero que valdría cada centavo.

Las mujeres llevaban el cabello cuidadosamente acomodado, sin un solo pelo fuera de su lugar. Todas tenían un maquillaje mínimo y parecían salidas de imágenes que mostraban un equipo de trabajo que garantizaba el éxito de una empresa. A Bea le hizo gracia pensar en su cabello que caía en rizos que apuntaban en diferentes direcciones. ¿Este era el mundo del que Pablo provenía? Se le hacía imposible imaginar a alguien como él pasar tiempo en un lugar tan frío y cuadrado como ese edificio.

Para ser sábado, una recepcionista, sentada frente a un escritorio enorme de color café oscuro, parecía tener la carga de un día laboral cualquiera, a juzgar por sus manos que volaban por las teclas mientras escribía algo con toda su atención.

Bea notó que se detuvo un momento más analizándola, antes de volver al monitor.

—Hola, Pablo. Tu padre te espera en su despacho.

—Gracias, Irma.

A Bea no se le escapó la forma en la que el lenguaje corporal de Pablo había cambiado: su postura era erguida y caminaba sin aquella frescura que lo caracterizaba.

Aún con lo tenso de su cuerpo, ambos caminaban de la mano. Las personas a su alrededor intentaban disimular pero fallaban al seguir con la mirada a la chica que iba al lado del hijo del jefe. Para dejar de pensar en lo que los demás podrían estar opinando, ella mejor analizó sus alrededores. Se podía imaginar cómo debía ser esto en un día normal: abejas en un panal que rebosaba de actividades y pendientes, todas las labores igual de importantes para que nada saliera mal en los proyectos que se llevaban a cabo ahí dentro.

Juntos se detuvieron frente a una gran puerta de caoba con una placa dorada que decía: William Grant. Pablo se paró frente a la puerta y suspiró ruidosamente. Sus hombros se habían elevado y sus pies se alzaron en puntillas para volver al suelo, como si estuviera próximo a un vacío que solo él podía ver.

Pablo se inclinó para darle un beso en su mejilla y murmurarle cerca de su piel.

—Siéntete libre de husmear lo que quieras, curiosa.

Bea fingió indignación, robándole una sonrisa a Pablo. Ella depositó un suave beso en sus labios y se dirigió al despacho de Pablo. A sus espaldas, escuchó el sonido de los nudillos de Pablo tocar y una voz grave diciendo "*come in*". No alcanzó a verlo entrar a la oficina pero, si lo hubiese hecho, observaría cómo algo cálido y brillante se dirigía hacia la oscuridad que desprendía el lugar donde su padre lo esperaba.

La oficina de Pablo olía a limpio, con un escritorio enorme y un ventanal de piso a techo que dejaba ver los edificios vecinos. Se preparó un café y, aunque sabía que no era lo correcto, se sentó en la silla de Pablo. Ahí se sintió poderosa, como si fuese capaz de pasar uno de sus dedos en la orilla del escritorio y encontrar un botón que abriría un hueco al vacío al primer disgusto generado por la persona sentada enfrente.

Al conocer de cerca a Pablo, Bea se preguntaba cómo podía sobrevivir en un lugar así, donde todo parecía estar en escala de grises, tan ajeno a la calidez que había encontrado en él, que usaba calcetas con figuras debajo de sus pantalones de vestir, que le gustaba ver películas animadas y que disfrutaba la pintura casi tanto como ella. ¿Cómo un hombre con mirada de artista podía pertenecer a este mundo?

Del otro lado de la pared, voces masculinas comenzaron a elevarse. Una era más profunda, la otra se mantenía a raya. Bea realmente quiso respetar su privacidad, pero era imposible no escuchar algunas palabras que se decían en inglés:

—Eres un desastre, Pablo. ¿Cómo se supone que debo de confiar en ti?

— ¿Confiar en mí? Nada es suficiente para ti, papá.

La conversación se prolongó unos minutos, hasta que hubo un silencio de nuevo. Escuchó la puerta de madera abrirse y cerrarse. Pablo entró a su oficina y, sin decir nada, se acostó en el sofá negro que había a un costado del escritorio. La puerta de la oficina de al lado se volvió a abrir y cerrar, con los pasos de William alejándose sin decir adiós ni teniendo la intención de saludarla, si es que él sabía que ella estaba ahí. Pablo se cubrió el rostro con un fólder manila, golpeándose suavemente la frente.

—Soy un idiota, soy un idiota.

Bea asentó su taza de café y caminó hacia él. Ella puso su mano encima de la de él, parando el movimiento.

—¿Quieres hablar de ello?

Lo único que le respondió fue el silencio. Pablo buscó su mano y la acomodó en su pecho, sin quitarse el fólder del rostro. Bea sintió el subir y bajar pausado de cada respiración, una vieja técnica que ella utilizaba para tranquilizarse cuando el mundo se le hacía diminuto.

—Aquí estamos bien, ¿okey? No tienes por qué decirme nada. Con que sientas esto —dijo Bea, dándole un apretón a su mano— es suficiente.

Bea se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en el brazo de Pablo. Le dolía mucho no poder hacer nada más que esperar, respetando lo que él decidiera hacer.

El pecho de Pablo bajaba y subía rápidamente.

—Ven, respira conmigo —apremió Bea—. Inhala, exhala. Todo va a estar bien, estamos bien.

Ambos respiraron al unísono. Bea no podía verle el rostro, pero algo en su pecho se oprimió cuando vio una silenciosa lágrima resbalar por su mejilla. Bea la recogió con unos dedos y dejó una caricia silenciosa sobre su piel.

Pablo se quitó el fólder manila del rostro y vio hacia el techo. Sus pestañas húmedas y el enrojecimiento de la punta de su nariz delataban que el camino de lágrimas que había en sus mejillas había parado.

Se aclaró la garganta y con una voz algo temblorosa rompió el silencio de aquella oficina:

—Cuando era pequeño y apenas comenzaba a leer y a escribir, mis profesoras se dieron cuenta de que tenía una gran habilidad para deletrear. Las letras y su orden venían muy naturales a mí. Recuerdo claramente haber comenzado a deletrear palabras frente al salón sin vergüenza, porque casi nunca me equivocaba. Seguí practicando una y otra vez hasta que, un año después me animé a competir y gané una medalla. Fue el primer concurso en el que participé. Ese día mi mamá estaba entre todas las familias aplaudiendo y gritando más alto que cualquiera en la habitación. Algo aquí dentro —se tocó el lado izquierdo del pecho— se me llenó de luz, como si todo fuera posible. Mi papá no pudo ir porque había salido de la ciudad, pero regresaría más tarde para celebrar. Cuando llegó me lancé a sus brazos. Él me rodeó y le mostré muy orgulloso la medalla que colgaba de mi pecho.

Pablo la volteó a ver y Bea quiso poder hacer algo para que sus ojos no se vieran así de opacos. Tenía una sonrisa llena de ironía.

—¿Sabes qué fue lo primero que me dijo?

Ella negó con la cabeza.

—"A nosotros no nos corresponde un segundo lugar, hijo. Felicidades, pero tienes que esforzarte más".

Bea apretó el puño en su regazo. Su propio dolor infantil volvía a ella, por diferentes motivos, pero ahí estaban: las pequeñas heridas de la niñez que perduran y manchan el presente con sombras.

—Fue mi primer logro y el día en el que me quedó claro que mi papá siempre estaría insatisfecho con lo que hiciera. Sin importar el tamaño del logro, enorme o pequeño, siempre había algo que nunca podía obtener. Sin importar lo que haga, no alcanzo ese lugar en la

cima donde mi padre se sienta. Sé muy bien que solo hay un asiento y que no hay espacio para mí.

Pablo sonrió sinceramente, sin la ironía y enojo que había visto en su rostro.

—Lo sigo intentando, una y otra vez… pero estoy cansado.

Bea no estaba segura de qué responder. ¿Qué decirle a alguien con un padre que lo ha puesto en completo desorden, que transformó sueños en pasos para llegar a un lugar al que nunca iba a entrar?

El celular de Pablo cortó el aire pesado de la oficina. El *ringtone* de la familiar introducción de *The Twilight Zone* hizo que él sonriera antes de contestar el celular.

—Hola, madre, ¿qué tal?

Pablo siguió acostado, sin soltar la mano de Bea. Podía escuchar la voz de Margarita a través del celular.

—Justo estoy en el despacho. Hubiera preferido que no le dijeras que estaría aquí.

Él siguió escuchando, hasta que algo dijo Margarita que hizo que abriera muchísimo los ojos, emocionado. Se irguió y sonrió, dejando atrás levemente el momento vulnerable por el que había pasado hacía unos cuantos minutos.

Se volvió hacia Bea:

—¿Quieres ir a cenar con mi madre? Dice que hoy le apetece comer un guiso y que no quiere que te vayas de Madrid sin que pruebes sus tapas. Mi padre va a tener una reunión más tarde con otros socios; si llega, será más tarde. Lía y Raquel también están invitadas, por supuesto: si somos más, mejor.

Ella asintió, sin una pizca de nervios por conocer a Margarita, a quien sentía cercana después de saludarla en las llamadas frecuentes que tenía con su hijo.

—¿Te parece si te vemos por ahí de las ocho? —dijo Pablo al teléfono—. Te confirmo si van nuestras amigas. Vale, un beso. Chao.

Bea le acarició la mejilla.

—¿Qué quieres hacer ahora?

La luz del sol comenzaba a ocultarse, creando una vista preciosa de la ciudad que en otro momento le robaría el aliento a Bea. Imaginó que con el sol se iba el poco calor que había entre las personas de estas oficinas. Nadie debería seguir trabajando después de las cinco de la tarde y aun así había cientos de ventanas con luces prendidas, cada una de ellas un alma que trabajaba tiempo extra en un lugar que parecía absorber el alma.

Pablo miró hacia fuera y asintió.

—Creo que me vendría bien caminar.

Salieron sin despedirse de la secretaria, sin voltear atrás. Cuando el aire cálido de la ciudad los recibió y Bea no pudo evitar sentir que volvía a respirar aire fresco, el cambio en el ambiente fue inmediato. En todo el camino, Bea dudo si debía de hablar de lo que acababa de ocurrir. Como pudo, comenzó a robarle sonrisas a Pablo: chistes que ella sabía que eran malos, cruzarse con perritos adorables en la calle y mirar las luces de la ciudad. Poco a poco ella lo trajo de regreso, haciendo que al menos por el momento, olvidara aquel terrible lugar.

Bea usualmente tenía un gran sentido de orientación, pero ahora, en el auto, no tenía ni idea de dónde estaban. Al intentar ubicarse con el mapa del celular, vio un breve mensaje de Lía:

> "Muchas gracias por invitarnos, pero Raquel quiere llevarme a su restaurante favorito, que tiene cervezas importadas de diferentes lugares de Europa. Me muero por ir. Te quiero mucho, te irá excelente con la suegra. Cualquier cosa, me marcas".

Su emoción de conocer el lugar en el que Pablo había crecido parecía aumentar a medida que avanzaban por la ciudad. El Uber los dejó en una zona residencial que albergaba casas enormes y preciosas, algunas más clásicas que modernas, pero lo que tenían en

común era que aquí, sin duda, vivían personas que jamás habían comprado con descuento en el Mercadona.

—¡Por fin! —ella la rodeó con sus brazos suavemente. Al alejarse, miró su rostro y parecía analizarlo. Bea solo sonreía nerviosamente, mientras Pablo ocultaba su rostro llevando las manos a su cara, un ligero rubor colándose entre sus dedos—. Vaya, sí que tienes un cabello precioso. Ahora entiendo por qué mi hijo ha ignorado mi existencia en las últimas semanas.

Ella le sonrió de nuevo tímidamente.

—Muchas gracias a usted por recibirme, señora. Su casa es preciosa

—¿Bromeas? A mí me dices Maggie, como lo hacen mis amigos, querida. Pasen que se enfría el guiso.

A Bea le encantó la noche que pasó en la casa de aquel hombre que parecía brillar cuando estaba con su madre. Poco a poco se dio cuenta de la relación casi juguetona que ambos tenían: Margarita parecía ser el lado cálido del hogar, una brisa fresca en un lugar donde las cosas podrían ser demasiado agitadas. Lo supuso por la forma en la que su hogar parecía una mezcla entre lo perfecto y lo descuidado, como si quisieran dejar claro que ahí vivían personas con objetos personales y no una casa muestra.

Verlo interactuar de esa forma tan ligera y tierna con su madre la deshizo por completo. Con ella también compartía su sentido del humor y gusto por el buen cine. Ella escuchaba a Margarita contarle historias de cuando él era pequeño, de sus veranos en la playa, sus días en el colegio, sus paseos en Madrid y Londres. La noche pasó entre la cena, juegos de mesa y en ningún momento el padre de William fue mencionado, como si su madre intuyera que su hijo necesitaba un espacio lejos de él por el momento.

—Es un muchacho especial, ¿verdad? —Bea ayudaba a Margarita a ordenar las piezas de los juegos de mesa que habían jugado. Del otro lado, Pablo lavaba los platos sucios, moviendo ligeramente su cuerpo al ritmo de la música tenue que se escuchaba de alguna

bocina oculta en la pared—. Verlo crecer ha sido un honor. Me gusta cómo sonríe cuando te mira, me recuerda mucho a cómo su padre me ve a mí aun después de más de veinte años juntos.

A la mención de William, el cuerpo de Bea se tensó ligeramente. Intentó disimular su reacción, ella asintió escuchándola.

—Siempre he dicho que mi niño es lo mejor de los dos: Tiene el corazón y la voluntad de su mamá y la mirada de su padre. Ellos dos se parecen más de lo que les gustaría admitir, pero Pablo aún mantiene su sensibilidad, es difícil hacer que se lleven bien.

Cuando la cena acabó, Bea supo que ahora tenía un secreto. Lo supo cuando algo suave se impregnó en su pecho mientras miraba a Pablo frente a la ventana y lo confirmó cuando llegaron al Airbnb. La ciudad era un borrón frente a ella, todo parecía moverse demasiado rápido y lo único que necesitaba para anclarse a la realidad era el peso de la mano de él sobre la suya. Saber que ella lo amaba y que, tal vez, él también lo podría hacer. Nunca entendió por qué Margarita celebró que hubiera comenzado a salir con Pablo, siendo amigos, hasta que después de ponerse la pijama que tenía impresa la cara gigante de Melchor, el gato de su tía Leonor, ella le modeló cómicamente y él le aplaudió el espectáculo. Era una combinación letal cuando la persona que te arrancaba risas también era la que te hacía considerar la diminuta posibilidad de un "por siempre".

¿Enamorarse se sentía así? Cada conversación era interesante, aun cuando hablaban de todo y de nada. Quería quitarle las pilas a su reloj y borrar cualquier calendario: hacer que las horas no pasaran tan rápido o que los días duraran más para poder estar a su lado. Ella quería más de él: más besos, más miradas, más silencios. Verlo se sentía como querer desbordar todo lo que alguna vez sintió y contárselo. Entregarle todo lo que ella había sido con la esperanza que de que él estuviera en su porvenir. Quería inventar nuevas palabras e historias para que él las escuchara, para que ese sentimiento nunca huyera de ella y se quedara sembrado en lo más profundo de su corazón.

El peso de lo que significaba amar a alguien se sintió suave, lleno de necesidad que se potenció cuando las luces se apagaron y se acomodaron en la cama.

Las luces del exterior se colaban a través de las persianas. Los ruidos citadinos de los coches y de las personas al pasar se escuchaban desde el tercer piso donde se encontraba el departamento.

Al inicio, ninguno de los dos se atrevió a tocarse. Sabían lo que era estar en los brazos del otro, pero no de esta forma. No en la oscuridad ni en una cama. Con suavidad, Pablo giró todo su cuerpo y puso una de sus manos debajo de la almohada. Bea también se volteó y le sostuvo la mirada. Ella tomó su rostro con una de sus manos, mirando todo lo que lo hacía ser él. El lugar que sabía que escondía en su cuello, la pequeña cicatriz que tenía debajo de su ceja.

—No siempre va a ser así, ¿sabes? —susurró ella. Él, que había cerrado los ojos disfrutando de las caricias, la miró. Con una mano en su cintura, la acercó a él rodeándola con sus brazos—. Un día, cuando menos lo esperes, te darás cuenta de que ya tienes lo que más quieres. No hablo de tu papá ni nada de lo que él te dice que quiere de ti. Hablo de tus ambiciones y tus metas. ¿Sabes que podrías hablar por horas y yo te escucharía atenta a todo lo que me dices? —ella rio nerviosamente—. Es un deleite verte trabajar. Soy testigo de la concentración con la que lidereas, cómo creas con tus manos y conviertes bocetos en realidad. Estuve todo el día intentando pensar en qué decirte, algo para hacerte entender que no necesitas la aprobación de nadie. Que eres tú quien está labrando el camino de un futuro brillante —ella puso su mano en el pecho de él, sintiendo su corazón latir—. Lo que más me gusta está aquí. Solo alguien que mira el mundo como tú podría hacer esa magia de transformar sueños en realidad. Eres una excelente persona y suficiente en todos los sentidos.

Bea le dio un beso y unió su frente a la de él.

—A veces me gustaría asomarme en tu mente, saber qué es lo que pasa ahí dentro. Hacerme chiquita y sentarme cerca de tu hombro para intentar escuchar tus pensamientos. Todo se ve más claro, más transparente. Me hace sentido el mundo cuando estoy contigo. No soporto la idea de que, por un segundo, se te pase por la mente que no eres suficiente cuando… siento que tengo el mundo entero en mis manos cuando me abrazas.

Él cerró el espacio que había entre ellos y dejó un suave beso en sus labios. Bea lo había besado decenas de veces y estaba segura de que su reacción siempre sería la misma: una combinación de sorpresa y gusto, como si cada roce fuese un pequeño milagro en su boca. Él se separó apenas un suspiro de distancia de ella.

—¿Eres real? —murmuró Pablo—. ¿De verdad estás aquí, conmigo? El corazón siempre parece que me va a explotar cuando estoy contigo. Si yo soy todo lo que me dices, tú eres más. Mucho más de lo que podría llegar a ser alguna vez —él recorría con su nariz la piel de su mejilla, dejando suaves besos a su paso—. Pensé… pensé que esto era algo que solo les ocurría a algunos, no entendía por qué tanta pasión en los libros que he leído pero ahora lo entiendo. Estás aquí, respiras y me das todo con solo existir. A veces te veo y anhelo que toques mi corazón, que sientas su peso y forma para que descubras que cabe perfectamente en tus manos.

Bea quería hacer eso: que sus manos rompieran las leyes de la materia y pudieran traspasar su pecho y sentir el latido de su corazón para que ella pudiese darle el suyo. Como era imposible, lo más cercano a apaciguar su deseo fue acercarlo a sus labios, donde no tuvo premura por la forma en que con su lengua y sus dientes comenzaba a recorrer un camino que anhelaba poder compartir con él. Lo deseaba con el cuerpo entero, con la incomodidad entre sus piernas que palpitaban por necesidad, que se humedecía lentamente y esperaba. Quería que la tocara, que descubriera la forma en la que su cuerpo reaccionaba a él. Frente a ella tenía a un hombre hermoso y quería compartir su cuerpo con él. Anhelaba sentir su piel unida a

la de él, amarlo tan fuerte que las palabras para expresar lo que ella sentía se pudieran decir entre el choque de sus pieles.

—Quiero que me toques, Pablo —él acariciaba suavemente su rostro, mientras ella recorría el camino de sus hombros y acariciaba su piel cálida escondida detrás de la playera que él llevaba puesta. Bea se acercó y depositó tiernos besos por su quijada, mordiendo con dulzura el lugar que ella sabía que a él le gustaba que besara.

—Te estoy tocando, preciosa —murmuró él con la respiración entrecortada que ella sintió en su mejilla, donde él se había inclinado para besarla.

—No, quiero que me *toques* —ella subió la mano de Pablo para acercarla a su pecho, que rozó suavemente uno de sus senos. A través de la tela, su endurecida carne se adivinaba y Pablo dejó salir una respiración entrecortada.

—¿Estás segura? No necesitamos hacer nada hoy si no…

—¿Me deseas, Pablo? Yo a ti sí y quiero sentirte. Me duele no saber qué se siente ser de alguien como tú.

La mirada de Pablo pareció oscurecerse, entendiendo lo que ella le pedía. Una sonrisa que, lejos de ser tierna, parecía presagiar peligro.

—¿Desearte, Beatriz? —él tomó su barbilla entre sus dedos, haciendo que sus miradas se encontraran—. Me pongo duro solo con verte, cariño. Mis sábanas ya tienen tu nombre de tantas veces que lo he pronunciado cuando me vengo, solo que… no sabía si era algo que tú querías, pero ahora… —ella asintió, moviéndose inquieta entre sus brazos buscando que él se moviera al sentir cómo una de sus manos circulaba uno de sus pezones suavemente, apenas una caricia. Escuchó la risa ronca de Pablo cerca de su oído, donde él depositaba dulces besos y luego por su cuello hasta llegar a su hombro—. Vas a tener que ser paciente, preciosa. Si vamos a hacer esto, quiero verte primero.

Él se estiró sobre ella, prendiendo la luz de la mesita de noche que iluminó cálidamente parte de la habitación, lo suficiente para

que se pudieran ver. Él extendió la mano y se acomodaron en la orilla de la cama: Pablo sentado y ella parada frente a él, con sus largas piernas envolviendo la orilla de sus muslos.

Él acarició suavemente sus brazos y ella, por instinto, intentó subirse a él pero Pablo, con un leve "tsk, tsk", la detuvo. Él alzó la cabeza y a ella le gustó la forma en la que podía ver sus reacciones desde donde estaba.

—¿Por qué tan rápido, Beatriz? —él se recostó apoyándose sobre sus brazos—. Si vamos a hacer esto, quiero saborearte y conocer tu cuerpo poco a poco. Tenemos tiempo, preciosa.

Más por necesidad que por valentía, ella se separó y sin pensarlo se quitó la blusa dejando sus pechos desnudos. Ella luchó con la necesidad de cubrirse, pero le bastó ver la forma en la que Pablo la recorría con sus labios aún húmedos de sus besos para saber que no tenía nada de que preocuparse.

—No sabes cuántas veces he pensado en ti así —su voz sonó profunda mientras recorría aquella nueva piel disponible. Debió de estar nervioso porque, de pronto, comenzó a balbucear—. Te ves tan suave y eres tan hermosa… Soy un bastardo con suerte… ¿puedo?

Ella asintió y Pablo la tomó por la cintura y le dio un beso en el vientre, antes de subir sus manos y tocarla. Sus labios recorrían su piel y la besaban. Ella veía y sentía los latidos de su sexo comenzar a aumentar con fuerza cuando él depositó un suave beso en uno de sus pezones antes de metérselo a la boca y jugar con él. Ella se sostuvo de su cabello y gimió.

—Pablo… —a ella se le iba él aire por sus caricias, su lengua hacia sonidos al succionar que se le hacían tremendos. Era deliciosa la forma en la que sus dedos jugueteaban con aquella carne que parecía ser sensible a su tacto. Él la saboreaba con maestría, mordiéndola con suavidad y haciendo que ella brincara levemente por la mezcla de dolor y placer. Al empezar a necesitar fricción, ella se acomodó en uno de sus muslos y, tímidamente, comenzó a mecerse, aliviando un poco aquella necesidad tan intensa y nueva.

De pronto, él se separó de ella y se apoyó en su pecho mientras su respiración se agitaba. Pablo la tomó de las caderas, moviéndolas al mismo ritmo que Bea seguía. Él murmuró algo entre "mierda" y una grosería en inglés que había escuchado alguna vez.

—¿Puedo probarte? —suplicó él—. Por favor, me muero por tenerte en mi boca. Debes de saber divino, Bea.

Nunca habría adivinado que alguien le pudiese hacer sentir ese deseo que ahora corría por sus venas. Sentir que, si no lo tenía adentro pronto, se iba a morir. Él se irguió y la besó profundamente. Todo fue lento: la forma en la que sus manos recorrieron su espalda y en la que besaba su cuello. Sintió los dedos de Pablo enroscarse en el elástico de sus pijamas y tirar de él. Lentamente descendió de nuevo por su pecho, su estómago, donde dejó besos y, por fin, el lugar donde ella más lo necesitaba ahora.

—Puedo sentir tu olor hasta aquí. ¿Ya estás húmeda tan pronto?

Bea dejó escapar un gemido cuando le bajó la pijama y su ropa interior, repartiendo besos por el hueso de su cadera y mordiendo suavemente la carne antes de inhalar, reconociéndola. Su desnudez se sentía correcta. Nunca se había sentido así de adorada ni apreciada como en las manos gentiles y pacientes de Pablo recorriéndola.

Pablo se irguió de nuevo para quitarse el pantalón, quedando en unos bóxeres grises en los que se adivinaba la mancha húmeda de su propio deseo. Lo vio unos cuantos segundos antes de que Pablo la sentara en la orilla de la cama.

Sus manos se posaron en sus rodillas.

—¿Puedes abrirte para mí?

Bea solo pudo emitir un suave gemido como respuesta, separando las piernas y dejando que la viera. Pablo se humedeció los labios, sin dejar de murmurar "perfecta" entre cada beso que dejaba entre sus muslos. No estaba preparada para lo que vendría después: su lengua recorriendo cada centímetro de piel sensible y húmeda. Pablo dejó salir un sonido de puro placer cuando acomodó

sus piernas sobre sus hombros, concentrándose en lo que hacía con su lengua y sus labios.

Bea sentía que algo dentro de ella se iba expandiendo, un calor intenso en su vientre que crecía con cada succión y lengüetazo de Pablo sobre su punto más sensible. Comenzó a mecer sus caderas al ritmo que Pablo marcaba.

—Eso, muévete para mí.

Su voz se escuchaba ahogada y rasposa, como si le costara hablar. Pablo comenzó a succionar, introduciendo lentamente un dedo en ella, tanteando y probando la sensación. Bea sintió su tacto y, aunque fue una sensación nueva, potenció aquello que sucedía más arriba.

—Pablo… yo…

Sostuvo su cabello mientras echaba la cabeza para atrás, gimiendo su nombre una y otra vez. Pablo, acariciándola con los dedos, la alentó:

—Eso, preciosa. Déjalo salir. Lo estás haciendo bien para mí.

Cuando pasó su orgasmo y vio a Pablo apoyado en su vientre, Bea acercó su rostro al suyo y lo besó, probando su propio sabor en los labios de él.

—Si no me la metes me voy a morir, Pablo.

Hubo urgencia en todo lo que ocurrió después: en la forma en la que Bea le quitó los calzoncillos y los sostuvo en su mano, maravillándose de lo hermoso que era verlo así, en lo duro y hermoso que se sintió cuando rodeó su sexo con su mano, moviéndolo de arriba abajo, probando lo que a él le gustaba.

Fue graciosa la forma en la que él, buscando de prisa entre sus cosas, sacó una tira de condones. Bea, que lo esperaba en la cama, rio.

Hubo una pausa cuando él se acomodó entre sus piernas y la besó lentamente, regando besos en su frente y sus mejillas. Bea le hizo espacio, acomodándolo lo mejor posible. Sintió su calidez rozar su entrada, aquel lugar que palpitaba y le dolía por no tenerlo aún.

—Veme a los ojos, Bea. Respira conmigo, ¿sí, preciosa?

Pablo acarició su clítoris, aún sensible, mientras poco a poco empujaba suavemente hacia ella. Entre besos y caricias, Bea sintió un nuevo orgasmo formarse. ¿Era normal estar siempre al borde del abismo?

Pablo, sorprendido, comenzó a empujar más profundo.

—¿Te vas a venir nada más por esto? —otro empuje. Estaba a nada de llenarla—. Dios, estás tan mojada… Bea…

Bastó que moviera sus caderas para sentir una leve punzada que la hizo apretar los muslos de Pablo, entre el dolor y el placer. Pablo, quien respiraba con dificultad y tenía la piel húmeda por el esfuerzo, comenzó a salir y a entrar de ella, besando sus pechos entre gemidos.

Sus movimientos se volvieron más rápidos y, con cada empuje, Bea sentía cómo Pablo se movía con más fuerza, llenándola por completo. Repetía su nombre como una oración, como algo que se adoraba, y Bea sentía por todas partes que esa sensación se expandía, cobraba más fuerza y comenzaba a querer salir.

—Pablo… voy a venirme…

—Tócate para mí, preciosa. Quiero verte.

Pablo se separó lo suficiente para que, con dos dedos, Bea pudiera trazar círculos mientras él iba más profundo. En cuestión de minutos, ella sintió de nuevo el fuego por todo su cuerpo.

—Dios, estás apretando tanto, Bea… así, nena, justo así…

Unos instantes después, Pablo cayó encima de ella, abrazándose a su cuerpo sudoroso, aún dentro de ella.

Pablo se alzó sobre sus antebrazos y le sonrió tímidamente.

—Hola —le murmuró, haciéndole cosquillas en su nariz con la suya.

—Hola —suspiró Bea, acomodándole unos mechones húmedos.

Pablo se levantó y fue al baño para regresar con una toalla húmeda que colocó entre sus piernas.

Toda la urgencia había pasado a ser sustituida por las caricias lentas de dos amantes que comenzaban a conocer el cuerpo del otro. No se decían nada porque no era necesario, una conversación muda que existía en sus miradas. En algún punto, Bea cerró los suyos mientras Pablo le acarició el cabello y, entre sueños, reconoció su suave voz cantándole una canción sobre haber probado el cielo.

CAPÍTULO 11
2024, Ciudad de México

El día de la boda inició como cualquier otro sábado. Nada parecía ser distinto a otros fines de semana: los pájaros trinaban sus melodías, se escuchaba cómo se abría la cortina de metal del puesto de frutas de la esquina, el señor que recogía metales se dirigía con su carrito al inicio de su ruta, un vecino barría la entrada de su casa y los coches que pasaban formaban la sinfonía de todos los fines de semana, cuando todo parecía ir con más calma que de costumbre.

Quienes dormían con las ventanas abiertas y conocían de memoria los ruidos de aquella calle reconocieron los cambios que anunciaban que aquel día sería especial. El trino de los pájaros era más suave, incluso tierno, con notas nuevas en sus canciones. El sol que había comenzado a salir mezclaba el amarillo y el naranja de sus rayos extendiéndose entre las nubes. El aire que entraba por las ventanas agitaba las cortinas, con su frío parecía una especie de alarma natural para despertar a los habitantes de la casona. Bea, que se estiraba entre sus sábanas y decidía si dormir cinco minutos más, apenas pudo distinguir el sonido de los coches distraída por la canción que entonaban los árboles, como si sus hojas fueran las cuerdas de algún instrumento.

Todo se sentía como la promesa de que ese día de octubre era perfecto para una boda.

Sin despertar por completo, con un pie en el sueño y otro en la vigilia, era más fácil aceptar lo que había comenzado a revolucionar sus sentimientos, que era normal sentir las manos de Pablo recorriendo su espalda y sus labios besando cada centímetro de su mandíbula.

Ahí se atrevía a recordar su voz ronca diciéndole:

"Cómo extrañé esto…".
"Me hiciste tanta falta…".

Bea había ignorado deliberadamente lo que Pablo había dicho entre besos. Era demasiado para ella intentar analizar lo que esas frases significaban y, por eso, dejaba que toda su atención se concentrara en lo que había sentido su cuerpo.

Ahora que recordaba de primera mano lo que se sentía tenerlo cerca, era imposible ignorarlo. Algo la hacía ponerse en alerta, como si lo presintiera y tuviese que prepararse para lo que se aproximaba. Aún en la cama, un familiar dolor le atravesó el pecho. Una inquietud, una sensación terrible, la obligó a levantarse de la cama. Apenas se quitó las sábanas de encima sintió el aire fresco propio de las mañanas frías en la ciudad. Caminó abrazándose hasta su baño, donde vio su rostro en el espejo. Se miró en él y afrontó la triste realidad de las cosas: quería volver a besar a Pablo pero él se iría a España después de la boda.

No seas tarada, Bea. ¿Quieres volver a perder la cabeza, como la primera vez?, pensó mientras el agua fría la deshinchaba y le quitaba el poco sueño que le quedaba.

Bea intentaba no pensar en ello, pero era inevitable recordar vívidamente las consecuencias que aquella relación le dejó: noches en vela sin poder parar de llorar, meses en los que no comió bien y en los que se alejó del mundo porque todo era demasiado para ella. ¿Cómo podía ser tan tonta de nuevo? Sabía cómo iban a terminar las

cosas y no quería volver a ser esa versión suya, tan parecida a las ánimas de la casona.

Fingir que nada había pasado no ayudaría a la situación. Lo mejor era intentar ser amigable y no quedarse demasiado tiempo a solas con él, para no dar ningún espacio a que esa conversación ocurriera, no ahora que estaba tan cerca de regresar a España, sin que algo irremediable ocurriese entre ellos. Hoy era el día de su hermano. Si tenía suerte, solo lo vería al inicio de la boda y el resto de la fiesta sería un borrón. Nada tendría que salir mal esta vez, ahora ella tenía el control. Decidió que no habría lágrimas y que no cometería los mismos errores que la llevaron a perder un corazón que, poco a poco y con mucho temor, comenzaba a latir de nuevo.

Bea esperaba verlo, teniendo en cuenta que los dos eran igual de madrugadores. Ella estaba llevando su desayuno a la terraza, que consistía en un plato de frutas con pan francés, cuando se dio cuenta de que había alguien más en el jardín. Al fondo, donde había un espacio con piso diseñado para poner algunas mesas, Pablo alzaba un par de mancuernas, las que Hugo había dejado en la casona. No esperaba encontrarlo tan temprano y menos después de la desvelada de la noche anterior, pero ahí estaba…

Si Bea planeaba reaccionar casualmente al volverlo a ver después del día anterior, todo se fue al caño cuando vio a Pablo hacer ejercicio. Tenía los audífonos puestos y levantaba con poco esfuerzo unas mancuernas que debían de pesar al menos veinte kilos. Su cabello, humedecido por el sudor, se le adhería al rostro y a los costados de su cuello. Bea había sentido su cuerpo junto al de ella la noche anterior y sabía que ciertas dimensiones eran distintas a las que ella conoció. Siempre había pensado que Pablo de veinticuatro años en la oscuridad era el hombre más hermoso que ella había visto, pero el Pablo de treinta años la dejaba sin aliento.

Sintió un cosquilleo cuando lo escuchó emitir sonidos que delataban el esfuerzo detrás del ejercicio. ¿Qué clase de mujer era al preguntarse qué pasaría si pusiera sus manos en él?, ¿le escucharía

sonidos similares? Toda esa fuerza la hacía pensar en cómo podría acomodarla sin mucho esfuerzo en las posiciones adecuadas, dominar sus fantasías en las que es tan fácil rendirse y probar; ir a tientas y volver a explorar esa piel tan suave donde ella podría dejar su impronta para que nadie más lo pudiese ver así.

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, Pablo giró su rostro hacia ella. Era demasiado tarde para que Bea se volteara, así que optó por saludarlo y concentrarse en su plan inicial: hacer una lista de pendientes de lo que hacía faltaba para la boda.

Estaba en medio de una conversación con la coordinadora de la boda cuando una sombra hizo que el brillo de su celular aumentara.

—Buenos días, Bea.

Pablo había tomado la silla frente a ella y se había sentado. Su pecho subía y bajaba agitadamente. Un par de minutos después se despidió de la coordinadora y terminó la llamada.

—Buenos días, Pablo. ¿Cómo estuvo el entrenamiento? No sabía que hacías otras cosas además de salir a correr en las mañanas.

—Estoy bien. Encontré las pesas el otro día cuando ayudaba a tu tía en el jardín y me dijo que podía usarlas.

Tenía una sonrisa en el rostro y ella quiso salir corriendo. ¿Qué estaba haciendo con esa sinceridad que se sentía brutal?

—¿Cómo dormiste ayer? —continuó él.

Con una confianza que la pasmó, Pablo extendió el brazo y agarró su taza, bebiendo su café mientras la miraba con ojos brillantes, expectante. Un reto a que reaccionara. Extrañamente, el gesto no le molestó, solo la agitó.

Pablo no tenía por qué saber que no había dormido bien, que entre sueños había sentido sus labios sobre ella. Que era tal la sensación de hinchazón que tuvo que sacar de su gaveta aquel juguete que usaba cuando sus manos no se sentían suficientes. Que se había tapado la boca para acallar los suspiros y su nombre, como una oración que repetía en silencio contra su almohada. Que quiso tocar su puerta más de diez veces, pero no lo había hecho. Al

levantarse, cuando la ola de deseo había pasado, se había tocado la boca con los dedos para recordar el beso, cuando ella había gemido en su boca y él se había tragado ese sonido, sin dejarla de sostener en ningún momento.

Sintió sus mejillas sonrojarse y miró hacia su teléfono rápidamente antes de ponerlo en la mesa de nuevo, e intentó verlo a la cara.

—Bastante bien. Apenas llegué, me acosté y dormí como nunca. Los tragos de ayer estuvieron buenos, después de todo.

Él asentía y escuchaba su patético intento de no darle importancia. Pablo, quien hasta hace unos días se esforzaba en medir sus palabras, parecía no querer dejar en paz la conversación.

—Qué bueno. Yo no tuve tanta suerte. ¿Sabes por qué?

Se inclinó hacia ella, sus brazos gruesos se sostenían de los bordes de la mesa, y acercó su rostro al de Bea. El olor que emanaba de Pablo hacía una combinación que la hipnotizaba. Era ridícula la forma en la que comenzaba a desearlo ahí mismo, en ese estado tan despreocupado que le recordaba tanto al Pablo que alguna vez conoció.

—Yo no dormí por estar pensando en tus besos y en lo mucho que no quería dejarte regresar a tu cuarto —él tomó de su plato un trozo de piña y se lo ofreció, Bea abrió la boca y masticó, sintiendo la mezcla de sabor. Pablo debió sentirse satisfecho porque regresó a su lugar en la silla para pararse y tomar sus audífonos—. Pero bueno, cada quién, ¿no? Te veo después. Leonor me pidió que la ayudara con algunas cosas antes de que me vaya con tu hermano.

Sin apartar la vista de ella, pasó a su lado y tomó la taza de café que había decidido que era suyo, desapareciendo como si no le hubiese dejado claro que ese beso lo había afectado tanto como a ella. Sus ojos, traicioneros, lo miraron irse, admirando la forma en la que la humedad de su camisa se adhería a sus formas y a lo ancho de su espalda, y adivinaba la fuerza de nuevos músculos que no

había conocido. Sus piernas eran fuertes y Bea se preguntó qué se sentiría estar encima de ellas.

Se sobó las sienes, intentando encontrarle razón a la química que brotaba entre ellos. No sería la primera pareja de exnovios que se reencontraba y sucumbía a la curiosidad de probar si todavía seguía siendo lo mismo o si podría ser mejor que antes, aunque sospechaba que los dos estaban jugando con fuego al intentar encontrarle una respuesta.

Usualmente no era alguien que se sintiese abrumada por aglomeraciones, no era alguien que reaccionaba con nervios a los grandes eventos, pero la mezcla de ello con la mirada de Pablo que sentía a lo lejos sobre ella era demasiado. Había comenzado desde la mañana después de que ella salió de su cama, decidida a iniciar aquel precioso día. Leonor, su madre y ella habían comenzado a acicalarse desde el mediodía; Inés junto a su madre y las mujeres cercanas de su familia se arreglaban en el otro extremo de la casona. Un ejército de maquillistas y estilistas trabajaban al mismo tiempo de tres en tres, todas las presentes portaban una bata que decía "Inés y Hugo" en una linda letra cursiva bordada en la parte de atrás. Cuando llegó el turno de Bea, le pidió al estilista un recogido que pudiese acentuar sus rizos porque odiaba tener que planchárselos.

El muchacho delgado que tocaba su cabello asintió, concentrado, girando y torciendo su cabello en lo alto, armando un peinado. A Bea le encantaba la complicidad que había entre las mujeres y las personas que las arreglaban. Fue una hora y media en la que el estilista y la maquilladora escucharon su vida y ellos le contaron la suya. La plática estuvo tan amena que se sintió como un abrir y cerrar los ojos; Bea, por fin se miró en el espejo… y amó más a la mujer que la veía. Sus ojos cafés estaban acentuados en colores ahumados y sus rizos estaban suavemente acomodados en un recogido alto, y algunos enmarcaban su rostro.

No necesitaba confirmación para saber lo hermosa que estaba, pero sonrió cuando bajó la escalera, peinada y maquillada, y vio a Pablo tocarse el pecho con una mano mientras negaba con la cabeza. Pablo la esperaba al pie de la escalera. El traje se adhería como un guante a todas sus formas y, en cuanto llegó a él, se dio una vuelta cómica, abriendo parte de su saco, dejándole ver su camisa. Bea rio por su galantería, sabiendo que en el fondo él era consciente de lo bien que se veía.

—¿Ya viste que combinamos? —dijo Bea, señalando su vestido *strapless* y la corbata y pequeño pañuelo de Pablo, del mismo color verde.

—Le pedí a Hugo que me ayudara a escoger un tono parecido a tu vestido hace un par de días.

—¿Por qué? Inés fue bastante rígida con lo que usarían los padrinos.

—Porque quería que los demás supieran que vienes conmigo y no con alguien más.

Él le guiñó el ojo y fue a su lado, ofreciéndole su brazo para caminar juntos. Un gesto antiguo que la hizo sonreír y entrelazar su brazo al suyo. Salieron de la casona y, por primera vez en mucho tiempo, los muertitos se quedaron sin ganas de hacer una última travesura, reconociendo que ni ellos deberían arruinar aquel momento.

En la calle, los esperaba ya el resto de la familia. Cuando la tía Leonor los vio, chifló y aplaudió.

—¡Dios mío! Alicia, ve esto por favor —sacudió a su hermana como si no los estuviera viendo también—. Qué guapos se ven estos niños, déjenme les tomo una foto.

Leonor sacó la vieja cámara instantánea que guardaba para ocasiones especiales y ellos posaron frente a la enorme puerta de madera de la casona. Pablo la tomó de la cadera y Bea rodeó su cintura, acercando su rostro a su ancho pecho. A Bea no se le escapó la forma en que la mano de él se quedó unos momentos más

en su cadera y cómo ella había recorrido parte de su espalda, tocando lo más posible; finalmente caminaron hacia los autos que los esperaban para ir a la iglesia.

No tenía ni idea de lo que Pablo y ella estaban haciendo, pero se sentía peligroso y correcto en partes iguales. Coqueteaban y se tocaban, reconociendo que aquel beso los había acercado más que antes. No sabía la forma en la que avanzaría o siquiera si lo haría, pero Bea no podía parar. La tensión que comenzaba a sentir que subía dentro de ella como una promesa de algo grande.

Bea se preguntaba si las personas que caminaban frente a la iglesia los miraban extrañados por la forma en la que su familia parecía estar al borde del colapso. No porque algo malo estuviera pasando, sino porque todos parecían abejas en un panal dando vueltas a su alrededor sin ser particularmente silenciosos. Su madre hablaba con Hugo, intentando tranquilizar los nervios de su hijo. Leonor le estaba acomodando el moño a Melchor que estaba demasiado tranquilo y cooperando en sus brazos, su tío estaba por todos lados preguntando si alguien tenía unos lentes de sol extras, los hijos de su prima giraban en todas direcciones y jugaban con la almohada de los anillos y la canasta de las flores. Su madre los perseguía sin mucho éxito, caminando entre las damas y padrinos a su alrededor.

Bea podía oler desde la entrada de la iglesia las flores que adornaban las laterales del pasillo por el que caminaría Inés hacia el altar. Desde el lugar en el que Bea estaba parada con las otras damas y padrinos, podía ver a través de la ventana del auto cómo Inés abrazaba a su papá, llorando. Del otro lado del coche, su hermano se cruzaba de brazos mientras conversaba con su propio padre que sostenía a Hugo del hombro. Bea intentó luchar contra la incomodidad que le producía verlo tan cerca. Habían pasado semanas desde la última vez que lo vio y, como siempre, aquellas ganas de huir al estar en su compañía regresaban a ella. Entre Hugo

y él había sanado cualquier herida del pasado, pero con ella no había sido tan sencillo. Con su padre las cosas funcionaban mejor de lejos y él, que había intentado limar asperezas varias veces a lo largo de los años, había llegado a respetar su decisión de mantenerse al margen. Un asentir a modo de saludo de ella fue suficiente para que él supiese que había notado su presencia y que lo reconocía.

No tuvo mucho tiempo para planear porque, de pronto, la puerta del coche se abrió y salió el padre de Inés, un hombre bajito con poco cabello que tenía los ojos brillantes por las lágrimas que seguramente derramaría en unos minutos. Bea sintió sus propias lágrimas querer salir de la emoción y, con una respiración profunda, vio lo preciosa que se veía Inés cuando bajó del auto. Todas las damas emitieron un sonido emocionado, rodeándola y lanzándole un beso de lejos para, después, acomodarse en sus posiciones con los padrinos que habían sido emparejados con ellas para caminar hacia su lugar en los asientos de la iglesia.

Bea caminó hacia el frente, donde Pablo la esperaba detrás de su madre y su padre. Él le ofreció su brazo y ella lo tomó, sosteniendo el delicado ramo de lilas que todas llevaban en la otra mano.

Bea luchaba contra el mar de emociones que le producía estar ahí, el saber que pronto su hermano vería caminar hacia él al amor de su vida y cómo ella soñaba con un momento así. Lo fácil que sería fingir que era otro día, otro momento, otro universo, en el que esta no era la boda de alguien más, sino la suya. Que ella estaría caminando para encontrarse con aquel que la sostenía ahora. Ahí no serían dama y padrino, sino novio y novia. En esa realidad, todo había salido bien. Los años habían pasado, todo se había acomodado. No había habido tragedias, no existió esa terrible separación. Ahí era protagonista de la historia de amor y no una simple observadora con pena de vivir el amor a través de otros.

Un leve apretón de su brazo la regresó a la realidad

—Hey, ¿estás bien?

Pablo la miraba con el ceño levemente fruncido, preocupado por el súbito silencio. Bea se sacudió la soledad como pudo y asintió, temiendo que se le quebrara la voz. Se irguió y se salió un poco de la fila buscando a su hermano al fondo de la iglesia, quien se movía inquieto aguardando por Inés.

—No puedo creer que estoy a punto de ver casarse a mi hermano mayor —le dijo Bea a Pablo—. Creo que es imposible que no esté sensible hoy, pero estoy feliz, muy feliz por ellos.

Pablo asintió y también sonrió, soltando un suspiro largo que Bea sintió desde donde estaba.

—Desde aquí puedo ver lo nervioso que está, aunque no lo culpo. Estando en su lugar, yo también estaría emocionado de casarme con el amor de mi vida.

Bea sintió una punzada en el estómago al escucharlo hablar de sus intenciones de casarse algún día. Sintió mucha tristeza por saber que ella no sería la que caminaría hacía él, usando un precioso vestido blanco y un anillo como recordatorio de haber encontrado su propio hogar.

La envidia la sintió en su estómago y tuvo que carraspear antes de volver a hablar.

—Yo la verdad no sé si estoy hecha para eso.

Un poco de aquella tristeza se coló en su voz, delatando lo que aquella frase le había causado.

Para la suerte de Bea, el cuarteto de cuerdas que se encontraba al frente comenzó a tocar la pieza que se había escogido para dar inicio a la misa.

Fue una misa preciosa y llena de emociones. Claro que Bea lloró cuando el rostro de su hermano se iluminó al ver a Inés. Por supuesto que durante la misa no dejó de sonreír, dejando que un llanto de felicidad fluyera lentamente por sus mejillas, deseando con todo el corazón que ese amor entre su hermano y su esposa fuera para siempre, que el destino fuera tonto y que nunca se le pasara

por la mente separar a personas que eran tan correctas la uno para la otra.

Bea sabía que, muy en el fondo, estaba triste porque nunca usaría un vestido blanco ni la rodearían ramos de flores. Creer en Dios nunca fue lo de ella, pero lo haría si pudiese alguna vez jurarle amor eterno a alguien que cumpliría sus promesas. En estos momentos, aquella chica que se había atrevido a soñar con el "por siempre" regresaba con fuerza, decepcionada de ver en lo que se había convertido. Tenía todo lo que quería, pero, en el fondo, anhelaba la compañía de alguien que llegara a sumarse a lo entera que ya era su existencia. Ella también quería caminar al altar y ver llorar a su amado de pura felicidad. Quería saber qué se sentía que tu nuevo esposo no pudiera quitarte la mano de encima y estuviera pendiente de ti, como lo hacía su hermano, contento con sostener la tela del vestido de Inés mientras los ritos terminaban. Que alguien no tuviera miedo de amarla, de prometerle un "por siempre"… y quedarse.

Una vez su maldición falló, el hombre de ojos grises era un firme recuerdo de que había rozado con los dedos lo que otros podían tener y que ella no terminaba de tocar. Habían pasado años intentando comprender por qué su maldición había fallado con Pablo para concluir que, tal vez, le había permitido tener una experiencia normal, como la que todos los demás tenían. Quizás tuvo piedad y la dejó vivir unos meses con la ilusión de que había encontrado al amor de su vida como una lección para comprobar si había aprendido por fin que eso no era para ella. Claramente había fallado.

Bea estaba cansada de sentir aquel don avisarle que no acabaría bien. Su corazón ya había sentido todo y los susurros del pozo de su casa hacían eco en su mente, frente al altar: "Es inevitable el fin de tu historia de amor".

CAPÍTULO 12
2017, España

Bea había aprendido a ignorar aquella voz que le decía que no todo sería bueno para siempre. No sabía de dónde venía, pero había algo en ella que presentía las cosas antes de que ocurrieran, sin quererlo: una vez que esa corazonada terrible se instalaba en su mente, se repetía en todos lados. La escuchaba en canciones, en series y en libros. El inevitable fin de sus amores era algo que, por más que ella quisiera, tenía que comenzar… y que con Pablo parecía no llegar.

La primera vez que sucedió fue cuando comenzó a notar que su padre se ausentaba del hogar, cuando los pequeños gestos de amor hacia su madre comenzaron a desaparecer, anunciando el fin inminente entre ellos.

El día que Rafael se fue, su hermano no se había despertado, pero para Bea fue imposible ignorar la discusión que ocurrió en la sala de su pequeño departamento en donde terminó su infancia, cuando vio el corazón roto de su madre. Alicia, una mujer bastante prudente, explotó al mismo tiempo que rompía entre lágrimas una vasija que su madre le había regalado para empezar a decorar su casa, el lugar en el que formarían una familia. Lloró una lágrima por cada pedazo de arcilla en el suelo, su padre, apresurado, caminaba hacia la puerta principal con una maleta sin cerrar y las llaves de su coche.

Beatriz, quien hasta ese momento se escondía en las sombras, cuando vio que iba hacia la puerta, salió de su escondite, pisando un pedazo de arcilla; pequeñas manchas de sangre dejaron el rastro de sus pisadas hacia él.

—No te vayas, papá.

De sus mejillas redondas caían lágrimas que nublaban su vista y la partían en dos; pronto estas se volvieron en sollozos. Supo que su papá no se quedaría por la forma en que la miró, una mezcla entre derrota y resignación. La imagen de su hija menor no fue suficiente para que cambiara de opinión.

—Lo siento, chiquita. No puedo, es lo mejor para todos.

Sin voltear a ver hacia atrás, él cerró la puerta, y supo que nada volvería a ser lo mismo. Que iba a extrañar los días y años anteriores a este momento en el que todo se oscureció. Cuando regresaba a casa con pasos lentos no sintió ardor en las plantas de sus pies. Regresó por donde vino, siguiendo en el suelo la sangre que le indicaba el camino de vuelta a un hogar recientemente fracturado. En su lugar, aquella sala se convirtió en un mar donde Bea se ahogó sin que nadie se diera cuenta. Podía escuchar el llanto de su mamá, que se había encerrado en su habitación. ¿Cómo iba a poder volver a dormir así?

Bea esquivó los pedazos de arcilla rotos en el piso y se hizo ovillo en el sofá. Tomó dos cojines: uno para acomodar su cabeza y el otro para ponerla encima de su rostro. Intentó dormir, pero no dejaba de llorar. En algún punto, su hermano mayor había salido de su habitación y la había cargado para llevarla a su recámara. Ella lloró junto con él, que le dijo que había escuchado todo y que Bea no debió haber salido para ver aquello. Él la abrazaba y la intentaba consolar aun cuando él lidiaba con su propio dolor, pero Bea no podía dejar de ver a su papá irse. ¿Será que no insistió lo suficiente? ¿Por qué no corrió detrás de él? ¿Hubiese hecho alguna diferencia si se ponía frente al auto para que no se fuera? ¿Por qué no le importaba ver que, al irse, dejaba atrás los restos de una familia que

se quería y que ahora ya no existía? Toda su infancia se sentía falsa y eso le revolvió el estómago.

Se había quedado dormida agotada del llanto y no despertó hasta el día siguiente cuando Hugo la sacudió suavemente. Al abrir sus ojos, vio frente a ella un plato de huevo revuelto con jamón y un vaso grande de choco milk.

—Te doy el control de la tele para que escojas lo que quieras solo por hoy, ¿okey? Voy a hablarle a tía Caro y a Leonor para que vengan a ver a mamá.

Bea solo pudo erguirse, estirarse mientras bostezaba y jalar a su hermano para darle un abrazo. Sabía que él iba a ser un gran pilar para superar esto y que él también podía contar con su hermana, se necesitaban mutuamente. Bea prendió la tele de la sala y se acomodaron para ver las caricaturas del Canal Ocho de los sábados. Algún tiempo pasó cuando sus tías tocaron la puerta. Las dos entraron preguntando cómo estaban, abrazándolos y dándoles besos por todo el rostro. Al verlas, Bea había vuelto a llorar, dejando que ellas, que las sentía como una extensión de su verdadera madre, la arroparan y mimaran. Les hicieron de comer enchiladas de pollo y gelatina mientras ellos veían la tele. Después de cerciorarse de que los dos estuvieran alimentados, sinónimo de que todo en ellos estaba bien por el momento, entraron a la habitación de la que Alicia no había vuelto a salir desde el día anterior.

Hugo y Bea no contaron las horas, pero cuando volvieron a salir, ya tenían hambre de nuevo y la noche ya había comenzado a caer. De pronto, la puerta se abrió y de ahí salieron las tres hermanas: dos de ellas pendientes de la mediana, que tenía los ojos hinchados y una expresión terrible. Poco a poco comenzaron a lidiar con el corazón roto de su mamá. Cada día que pasaba era claro que ese espacio era terrible para todos, más para su madre. No fue una sorpresa cuando un día llegaron sus tíos con cajas vacías y cinta adhesiva.

—¿A dónde vamos, tía?

—Los tres se vienen a casa conmigo —les dijo con cariño Leonor —. Aquí los están persiguiendo cosas peores que lo que hay en la casona. Vamos a ver películas, van a poder ir a jugar al parque… van a estar mucho mejor que aquí. Ya verán.

Bea notó el momento en el que su mamá miró por última vez el departamento y sintió frío. La había visto pasar días enteros congelada, sin que ella pudiese hacer mucho. Aparentemente seguía siendo la misma mamá de siempre, pero el llanto por la noche delataba que el dolor era terrible.

Así fue como los tres se pararon enfrente de la casona, tantos años atrás. Cuando entraron y pasaron la entrada principal, esta se sentía cálida y el olor a chocolate caliente llegaba hasta la entrada principal. Alicia, con el amor y paciencia de Leonor, la voluntad de la tía Caro y la empatía del tío Carlos, poco a poco volvió a coser con un hilo finito su corazón roto. Metía la aguja y esta traspasaba su piel donde habitaban las promesas grabadas con fuego hace tantos años. Lo hizo una y otra vez hasta estar bien para ella y los que más amaba que la cuidaban con la paciencia de quienes se amaban y se protegían ferozmente.

Ahora en el presente, Bea siempre estaba al pendiente de aquella sensación final que había en sus amores, pero con Pablo, esta no parecía llegar y eso la tenía preocupada. ¿Qué significaba no sentir el fin? ¿Habría encontrado a ese amor que tanto soñaba tener?

Pronto volvería a su hogar en México. Todo estaba resuelto: el proyecto continuaría sin ella y sin Lía, las dos regresarían con sus prácticas completas y con la promesa de una posible contratación a futuro. Ella podría retornar a España y tal vez, solo tal vez, todo con Pablo podría seguir igual de bien que ahora. La idea de una despedida parecía imposible, casi le daba risa la idea de dejarlo ir ahora que Pablo dormía sereno sobre su pecho desnudo.

Ese día lo habían pasado en la playa con sus amigos. Cuando fue momento de regresar al departamento de ella, bastó con que él la mirara para que sus deseos se encendieran. Un beso y subieron las

escaleras entre más besos, jalones, risas y caricias. Había pasado una semana desde que habían regresado de Madrid y toda aquella hambre que había entre ellos parecía haberse desbordado de la misma forma. Bea recordaba lejanamente las conversaciones con sus amigas sobre el sexo. Sin mucha experiencia, Bea escuchaba incrédulamente cómo todas coincidían que una vez que comienzas, es difícil querer parar. La idea le parecía exagerada entonces pero ahora, sabiendo lo que se siente estar con Pablo, nada parecía ser suficiente para ella.

Bea no sabía que el sexo se podía sentir así. Cada hora que los separaba era una tortura, ahora que la fantasía se había vuelto realidad estaba sedienta y sus manos anticipaban sentir aquel cuerpo que comenzaba a memorizar con cada camino que sus uñas y sus dedos creaban en la piel del otro. Ya no se reconocía cuando se miraba al espejo. Su desnudez, que antes la intimidaba, ahora la hacía sentir poderosa y dueña de sí misma. Esta hambre era nueva y era increíble cómo él parecía corresponderla incluso con más intensidad que la suya.

Cuando volvieron de la playa, Pablo la puso frente al espejo de su cama, donde podía observarla sobre su hombro. Ahí comenzó su camino hacia abajo, dejando besos hasta arrodillarse a su lado. Sus manos, inquietas, no sabían a dónde aferrarse, así que las dejó en sus muslos, anticipando el momento para moverse. Él la desnudó con paciencia, deshaciendo los nudos de los finos hilos que sostenían sus sandalias mientras les daba besos suaves a sus pantorrillas. Conectó con sus ojos desde el espejo, abriendo uno a uno los botones de su blusa mientras admiraban cada centímetro de piel que iba descubriendo.

—¿Sabes todo lo que provocas en mí?

Bea no podía hablar, pequeños ruidos sustituían sus palabras que, con él, salían sin vergüenza. Pablo la dejó en el bikini azul que llevaba la primera vez que se vieron en la playa.

—¿Te puedo confesar algo?

Bea asintió mientras la mano de Pablo comenzaba a subir y bajar por la meseta de su vientre, acariciando su cintura hasta subir a sus pechos, mientras reía suavemente.

—No sabes cuánta fuerza de voluntad necesité para no tomarte de la mano y subirte al departamento sin importar lo que dijeran mis amigos. Te vi durante horas con este bikini y yo solo podía contar los segundos para poder tenerte a solas.

Con sus manos acariciaba sus pezones, que estaban duros y necesitados de su atención.

—¿Ajá? —suspiró Bea. Su voz jadeaba, como si le hubiese tomado demasiado esfuerzo.

Se miraban en el espejo y la imagen parecía salida de sus más profundos deseos: ella sin aliento y él con las pupilas dilatadas, hablándole al oído, moviendo sus manos en sus pechos y haciéndola gemir mientras descendía hacia el sur, donde más lo necesitaba.

—Miré la forma en la que los otros hombres te veían.

Con un mano, Pablo jugó con el nudo que sostenía el lado derecho de su bikini, lanzando una mirada que contenía una pregunta, una pausa para poder continuar. Bea asintió y Pablo deshizo el nudo lentamente, acariciando la piel que había en el pliegue que se le formaba en el muslo hasta llegar al lugar entre sus piernas.

—¿Te molesta que me vean? —preguntó Bea. Su voz sonaba un poco más grave de lo usual. Era complicado hablar cuando Pablo comenzó a deshacer el segundo nudo, el único que todavía se sostenía.

Una risa despreocupada la sorprendió. Pablo deshizo el último nudo, el del top, dejando sus senos desnudos y tomó sus caderas con ambas manos que ahora recorrían sus muslos. Pablo la miró a los ojos.

—¿Puedes abrir, nena?

Bea obedeció, hipnotizada por lo que veía frente a ella.

—Eso, preciosa —se había acercado a su cuello y depositaba suaves besos que bajaban desde la sensible piel de su oreja hasta la base donde se encontraba su clavícula—. Para nada me molesta. ¿Sabes por qué?

Bea negó con la cabeza. La boca de él tiró suavemente del lóbulo de su oreja para decirle:

—Porque al final del día el que puede hacer esto soy yo.

Pablo acomodó su mano en su entrepierna, separando su piel y haciendo que húmedos sonidos se escucharan en la habitación. Cuando él llegó a donde más lo necesitaba, sus gemidos comenzaron a inundar la habitación.

Esta no era la primera vez que alguien la complacía con los dedos, pero Bea estaba aprendiendo que con Pablo toda era nuevo. Esta intensidad era imposible para ella. Sus manos apretaban sus muslos mientras él se concentraba en el punto que comenzaba a hincharse y sentirse sensible. Bea apoyó su cabeza en el pecho de Pablo que subía y bajaba. Ella cerró los ojos por lo intenso de todo esto: los sonidos húmedos, la sensación de Pablo hundiendo sus dedos en la piel de su cintura mientras apretaba sus senos. Todos sus sentidos estaban al límite.

Bea se tapó la boca para amortiguar los sonidos.

—No, no te tapes la boca. Lo estás haciendo muy bien. Eso, nena.

No sabía exactamente lo que estaba haciendo bien, pero algo dentro de Bea se apretó al oír esas palabras. Pablo, insatisfecho por cómo ahora los sonidos se escuchaban ahogados, se separó un poco. Su dedo índice reemplazó a su pulgar, haciendo movimientos lentos. Su otra mano sujetaba el muslo izquierdo, dejando una suave caricia que bajaba y subía.

Bea, demasiado estimulada, gemía sin poder soportar más. Se encontró suplicándole sin pudor alguno.

—Más, Pablo. Por favor.

Él apoyó su cabeza en su cuello, sintiendo cómo su piel temblaba de la energía, y la miró con una sonrisa satisfecha. Parecía estar memorizando sus gestos, todas las formas en las que sus facciones se comprimían y deshacían al rozar un lugar al que se estaba volviendo adicta.

—¿Qué quieres? ¿Mi boca o mis dedos?

—Ambos.

Pablo dejó salir una carcajada y Bea gimoteó. Sus movimientos eran demasiado lentos y sentía que estaba a punto de caerse si él no comenzaba a moverse.

—Mi chica es demandante. Me encanta.

Pablo se posicionó delante de ella con su espalda en el espejo. Poco a poco recorrió su pecho, bajando sin prisa por su vientre hasta llegar a sus muslos. De nuevo a ese lugar donde más necesitaba su atención; la miró a los ojos. Ella esperó sentir cierto pudor que no llegó al verse tan expuesta. Con una paciencia que la estaba matando, una de sus manos descendió hasta su entrada, recorriendo la humedad que de ahí emanaba, mientras que la otra se sostenía de un muslo. Comenzó a introducir uno de sus dedos, probando y masajeando hasta meter el segundo, rozando un lugar que ella desconocía, probando su reacción.

Cuando Bea estuvo cómoda, Pablo acercó más su carne al acomodar una pierna sobre sus hombros.

—Quiero que te veas como yo lo hago, preciosa. Entiende por qué no puedo hacer otra cosa que pensar en ti una y otra vez.

Su lengua comenzó a masajearla y sus dedos hacían esos movimientos que la hicieron temblar por todas partes. Ella se sostuvo de su cabello, apretándolo contra su centro. ¿Cómo se había estado perdiendo de algo tan magnífico? Él la saboreaba y gemía con su boca en la de ella. Todo se iba contrayendo y no sabía qué sería lo que por fin detonara el fuego que sentía en su interior.

Bea se irguió y comenzó a tocarse uno de sus senos, que cosquilleaban y clamaban atención, masajeaba su pezón y apretaba

levemente; un dolor que disfrutaba ahora que estaba tan cerca.

Miró hacia abajo y pudo ver el momento exacto en el que la mano libre de Pablo se deslizó hacia su entrepierna y comenzó a subir y bajar, como si el mero acto de complacerla le diese tanto placer como a ella. Verlo tan desesperado, gimiendo contra su carne, y escuchar los ruidos húmedos de ambos la hizo brincar hacia aquel abismo.

—Dios mío, Pablo.

Todo su cuerpo se ondulaba, no había control en sus movimientos. El alma se le estaba yendo y no sabía de dónde sujetarse que no fuera del cabello de Pablo.

Pablo gruñó cuando Bea tiró de él, siguiendo los movimientos involuntarios de su cuerpo.

—Eso, déjalo salir. Así, monta mi rostro, nena.

Poco a poco Bea regresó a la realidad y, frente a ella, había un hombre que la miraba con devoción. Ella bajó hacia donde él estaba y lo besó lentamente, probando su sabor en su lengua mientras que, aún en el piso, le bajó el pantalón, sintiendo lo duro y dispuesto que estaba el sexo de Pablo entre sus manos. Ahora ella quería hacerlo sentir bien, hacerlo ver un poco de ese paraíso que había conocido en la boca de él. Quería ser ruda, tomar el control cuando bien sabía que en cada beso se le estaba yendo el corazón.

Bea le apretó un hombro indicando que se levantara y, al hacerlo, lo llevó a la cama, donde él se sentó erguido en el centro. El pecho de cada uno subía y bajaba. Sus senos sensibles recibieron sus besos al tiempo que Bea se acomodaba entre sus piernas.

—¿Tienes condones? —preguntó Pablo.

—No te preocupes, tomo la pastilla todas las noches. Hace unos meses me chequé y todo en orden. ¿Tú?

Pablo besaba la curva de sus senos y ella vibraba por lo mucho que quería meterlo dentro de ella.

—También, todo en orden.

Contuvieron el aire cuando ella lo tomó entre sus manos, acomodando su dureza para que entrara en ella. Piel a piel, centímetro a centímetro, recibía aquel dolor pequeño que siempre sentía. Bea apoyó su frente en su hombro y siguió bajando poco a poco.

—Ay, Pablo —su voz era casi aire, un susurro quedito.

Él la sostenía de la espalda y sus manos acariciaban toda la piel disponible.

—Yo sé que puedes conmigo.

Bea gemía por la sensación de sentirse llena. El grosor del sexo de Pablo, aunque no era nuevo, parecía siempre ser difícil de recibir.

Una mano bajó hasta donde se unían los dos y comenzó a masajear su clítoris.

—¿Ves lo preciosa que eres? Eres perfecta para mí.

Sus palabras y sus manos eran lo que Bea necesitaba para poder terminar de recibirlo, sentada encima de él. Pablo había movido su mano de su centro y comenzaba a acariciarle la espalda, y Bea sintió aquel ardor transformarse en una necesidad de movimiento.

Las manos de Pablo se acomodaron en su cintura y juntos comenzaron a moverse. Arriba abajo desplazaban sus cuerpos, ella guiaba el ritmo. No tomó mucho para que Bea buscara con sus dedos el sitio de donde brotaba el placer. Pablo chupaba sus senos, la acercaba a él y la miraba con completo deseo. Bastó con sentirlo tan profundo, verlo tan pegado a ella, sentir su piel rozar la suya, para que alcanzara el orgasmo. Pronto Pablo la siguió, dejando una marca en sus caderas y gemidos que se guardarían en la memoria de su cuello, donde más rebotaban los ecos de su placer.

Curiosamente, la intimidad no era tan potente en el sexo, sino en lo que ocurría después. Pablo podría haber estado dentro de ella hacía unos cuantos minutos, pero había otro tipo de cercanía cuando Bea colocaba su cuerpo entero sobre su regazo.

Bea le acariciaba el cuello, Pablo tocaba su mejilla, pero aquel roce no era suficiente para ella. ¿Cómo podría tocar su corazón? A

veces quería hundir la palma de su mano en el pecho de él, buscando en algún rincón del alma su esencia misma. Quería que él hiciera lo mismo y así pudiese sentir cómo sostenía su corazón en la palma de su mano.

La piel que estaba expuesta no tenía nada que ver con la claridad del momento. Toda ella estaba al descubierto y, así de transparente, se sintió querida. Si Pablo se fijaba con detenimiento, notaría que con cada caricia dibujaba su nombre en su piel: "Pablo" en la espalda, "Pablo" en la cadera, "Pablo" en sus labios. Toda ella era una extensión de lo que él había comenzado a crear.

—No me imaginé que fuese así —lo dijo en voz bajita, como si hablar en voz alta rompiera la burbuja en la que estaban. Pablo había cerrado los ojos y ella lo observaba. Etta James les cantaba desde la mesita de noche, donde estaba su celular.

Pablo negó con la cabeza.

—Nunca había sido así con nadie.

—¿No sientes miedo?

Pablo abrió los ojos

—¿Miedo?

Bea se reincorporó lo suficiente para acomodarse en una almohada y acercar su rostro al suyo.

—No sé si es miedo, la verdad, pero… ¿lo sientes también? Dime que no estoy loca y que tú también lo sientes. Le digo "miedo" porque no se me viene otra palabra a la mente para describir esta sensación de estar parada en el límite de un abismo que no conozco, pero que se siente bien porque estoy contigo ahí. ¿Estoy loca?

Pablo sonrió y la jaló de nuevo hacia su pecho desnudo. Ninguno de los dos estaba cubierto por la sábana delgada que yacía a sus pies.

—No estás loca, preciosa. En cualquier caso, si tú lo estas, yo también lo estoy. Y la respuesta a lo que me preguntaste… —Pablo la miró a los ojos y con un gesto cariñoso le apartaba uno de sus rizos del rostro. Habló con una voz bajita, en el mismo volumen que

ella—. Claro que yo también lo siento y claro que estoy aterrado. Me siento demente sin poder alejarme de ti.

Pablo tomó su mano y la colocó en su pecho. Bea sintió el palpitar tranquilo de su corazón. Cosas terribles pasaron por su mente, ideas que la locura del amor podría crear: ¿cómo le podría hacer para arrancarlo y llevarlo consigo a todas partes? Ese sentimiento al que tanto temía tenía un nombre, el cual amenazaba con brotar en momentos como este. Su vuelo de regreso a México estaba programado para dentro de una semana y media. Los últimos días habían sido un sueño, pero estar ahora tan unida a él le hacía recordar la realidad del vinculo que, aunque fuerte, podía debilitarse ante un signo de interrogación gigante que iba de la mano de los dos.

—¿Qué vamos a hacer cuando me vaya, Pablo? —lo dijo demasiado rápido, de nuevo susurrando. Su corazón latía a mil por hora.

Bea se quedó quieta, dispuesta a escuchar su respuesta.

—Cuando te vi la primera vez supe que quería conocerte, algo me empujaba hacia ti, me hacía querer acercarme sin saber si querrías que yo estuviese ahí contigo. Creo que parte de mí te reconoció en ese momento, tal vez confundí mi curiosidad con la sospecha de quién serías para mí. Después me hice tu amigo y ha sido divertido conocerte. Estoy completamente maravillado por lo que eres y soy un maldito suertudo al saber que es a mí a quien decides acompañar todos los días. Tus risas y esto —dijo él dando suaves golpecitos a su sien— es un regalo. Te veo, Beatriz González. Tus sueños, tus miedos, tu futuro, tu pasado… lo veo y me caigo de rodillas por ti. Yo sé lo que quiero —él acercó su rostro al suyo, acariciando su nariz con la suya—. Yo te amo, Bea, y quiero estar contigo de todas las formas posibles en las que tú me lo permitas. Quiero verte partir sabiendo que voy a regresar a ti siempre. ¿Puedo seguirte a donde vayas?

Su corazón, que ahora parecía estar en la punta de sus dedos, le acariciaba la mejilla y le daba pequeños besos ahí.

—Yo también te amo, Pablo —su voz sonó bajita, como queriendo evitar que aquel momento pasara—. Lo quiero todo: la distancia y el tiempo. Quiero extrañarte y esperar tus llamadas. Contar los días para volverte a ver, la frustración de no verte, las videollamadas… todo eso con tal de saber que del otro lado vas a estar tú. No quiero un adiós, no contigo.

—¿Con todo y la distancia?

—Con todo y la distancia, Pablo… ¿estás seguro de querer hacer esto conmigo? —parte de ella quería las palabras, que no quedara duda de lo que él le prometía.

—Siempre, Bea.

Un pequeño beso en la nariz de Bea y todo en ella se relajó como nunca lo había hecho. Creyó en él sin dudar un segundo. Sus palabras y acciones eran simétricas, y ahí en medio vivía la certeza de saber que su amor estaba seguro con él.

Se acostaron, escuchando cómo Miri tocaba la puerta con sus garritas, queriendo entrar a la habitación. Estaban demasiado ocupados besándose, platicando de todo y nada. Ninguno de los dos escuchó el celular de Pablo vibrar una y otra en la sala durante diez minutos hasta que, por fin, se quedó en silencio de nuevo. Un silencio que perseguiría a Pablo por el resto de su vida.

Margarita siempre supo que llevaba el corazón demasiado expuesto en un lugar donde el mundo entero parecía verlo. Alguna vez su madre le dijo que caminaba con una mirada rosa y, a lo largo de su vida, eso le habría de costar demasiadas lágrimas. Unas terribles y otras, la mayoría, maravillosas: lágrimas de asombro ante un precioso atardecer en la playa de la mano del hombre que amaba; de amor por ver a su único hijo llegar a sus brazos por primera vez,

un rostro rosado e hinchado al que, aunque le cortaron el cordón umbilical, sentiría unido a ella toda la vida.

Margarita lloraría en secreto también por todo lo que no pudo ser. Por la amargura heredada del hombre que amaba, que parecía reservar la dulzura para ella. Una dulzura que resultaba ser insuficiente para su pequeño y, aun después de tanto tiempo, le costaba apuntar el momento en el que todo se destrozó entre ellos.

William y Pablo durmieron abrazados todas las noches durante aquel primer año de vida. Su esposo, un hombre enorme, se volvía delicado y tierno cuando se trataba de su hijo. Era suave con sus acciones, casi no hacía ruido por temor a despertarlo o asustarlo. Le contaba en inglés historias de su país, de lo antiguo que era y de cómo, poco a poco, se había construido. Para muchos, era ridículo contarle a un bebé la historia de la arquitectura del Reino Unido. Para ella, que lo conocía mejor que nadie, sabía que era la forma de conectar con su hijo.

Fue doloroso ver cómo aquella relación padre e hijo se fue deformando hasta ser lo que era hoy. Los ojos de su hijo, tan iguales a los de William, la dejaban ver que Pablo sufría por la dureza de su padre.

¿Qué podía hacer ella? Más de una vez fueron a terapia, sin mucho éxito. Pablo tenía quince años en ese entonces y, como cualquier adolescente incomprendido, el enojo se instaló en su corazón, al mismo tiempo que ella había comenzado a sentir los roces de algo que jugaba con el suyo. Inició con mareos, una fatiga que antes no estaba ahí y que la agotaba súbitamente sin que ella tuviese que hacer muchos esfuerzos. Sus caminatas diarias la hacían agitarse demasiado. Estos síntomas eran más frecuentes y, sin querer dejarlo pasar, acudió al doctor de la familia pensando que tal vez le hacía falta alguna vitamina cuando la realidad de lo que sucedía la tomó de imprevisto.

—Usted padece del corazón, señora Margarita. Hoy en día hay diferentes tratamientos para la hipertensión sin que esta influya en

su calidad de vida. Nada más tenga cuidado con sus emociones. Le recomiendo que haga yoga en las mañanas, se aleje de situaciones estresantes y esté tranquila para que usted cuente con una excelente salud. Esto no tendría que representar un peligro.

Margarita aceptaba resignada las noticias. William, a su lado, le apretaba la mano y hacía preguntas sobre su condición, pedía consejos, opciones de los mejores tratamientos en el país. En su marido podía ver preocupación, la desesperación de controlar algo que ni ella ni nadie podía anticipar. Por otra parte, Pablo comenzó a leer y documentarse para saber cómo ayudarla con esta nueva condición. Le enternecía cómo detrás de la iniciativa y afirmaciones que su hijo le hacía se escondía una preocupación por su nuevo estado.

Su corazón parecía estar de su lado, los años pasaron y la hipertensión era algo con lo que había aprendido a vivir. Todo en su vida era tranquilo, siendo la relación padre e hijo lo único que le atormentaba al sentirse culpable de no hacer lo suficiente para remediar lo que hacía sufrir a Pablo.

Ahora, con veinticuatro años, Pablo excedía las expectativas que su esposo le pedía en el despacho, pero William no cedía, pidiendo más y más.

—¿Cómo puedes ser tan duro con él, William?

Esa noche ella no preparó la cena. No se perfumó ni se puso el labial que le gustaba para besar a su esposo. Esa noche no se escuchó aquel viejo disco de Aníbal Troilo, el silencio enardecía el aire. Cuando William entró, supo que estaba en problemas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, apoyando su maletín en el sofá confundido.

—Todos estos años ha sido mi error no insistir lo suficiente, pero ya me cansé. Creo que es momento de que hagas algo con la horrible relación que tienes con tu único hijo.

—No tengo una horrible relación con él —William se cruzó de brazos, erguido a su altura en defensiva.

Ella hizo lo mismo, acostumbrada a lo necio que podía ser su esposo.

—¿Cómo se llama la novia de tu hijo, William?

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Pablo tiene novia?

—¡Exacto! —exclamó—. Estoy cansada de ver cómo día tras días ustedes dos se alejan y discúlpame, pero en este caso Pablo lo hace por una buena razón. Yo tampoco soportaría el peso que le pones encima al pobre —Margarita se acercó a él y le tomó el rostro entre las manos—. Yo sé lo mucho que lo amas; lo noto todos los días en lo orgulloso que estás de él. ¿Por qué nunca le dices que lo admiras? A veces me atrevo a dudar de tu amor hacia Pablo y eso me duele. Él es tu sangre, una parte de ti y de mí. Si no lo amas a él, es como si no quisieras lo mejor que tú y yo hemos construido. Sabes que mi corazón lleva tu nombre, que eres el hombre de mi vida, pero esto ya es insostenible. ¿Sabes lo mucho que intenta ser mejor para ti? Yo sé que tu padre fue duro cont…

—No hables de él —su voz sonó dura y distante, como lo hacía siempre que su padre entraba a colación.

—Tu padre falleció hace años, Will. ¿Te acuerdas de que me dijiste que no querías ser como él? ¿Que querías encontrar otras formas de hacer las cosas? Cariño… estás haciendo lo mismo que él hizo contigo.

—¡Basta!

La sala se quedó en silencio. El pecho de Margarita subía y bajaba lentamente. Sintió el familiar mareo, pero no podía flaquear ahora que tenía el valor de decir lo que reservaba para su propio juicio.

—Tú no eres él, cariño. Yo sé que aún se puede hacer algo entre ustedes, no todo está perdido. Eres mi adoración, amor. No hay nada que no haría por nosotros, pero siempre lo voy a escoger a él. No es la primera vez que te lo pido y necesito que me escuches en esto como lo haces en todo lo demás —Margarita suspiró, cansada

—. ¿Tienes idea de lo egoísta que me he sentido todo este tiempo? ¿Ver cómo a mí me toca lo mejor de ti mientras destruyes los sueños de tu hijo? Tú merecías más de lo que recibiste, si pudiera haría que no conocieras la desilusión y el dolor que tu padre te heredó. Sé mejor que él.

Resignada, Margarita tomó su vaso de agua y se dirigió a las escaleras.

"Sé mejor que él".

William creyó que recuperaría aquel lado humano y sensible que había perdido en el frío hogar en el que creció. Que tal vez podría revivir un pedazo del corazón que creía podrido por el odio e indiferencia de su padre. Con Margarita había aprendido que no era necesario tanto enojo y dureza todo el tiempo, que su disciplina podía cohabitar con la ternura que lo llamaba a acercarse a su hijo, que representaba una oportunidad de reconciliarse con su idea de la paternidad.

Desconocidas son las formas en las que se van heredando las maldiciones familiares, esas que no tienen nada que ver con brujería o lo oculto. De generación en generación, la sangre se corrompe, se tiñe de indiferencia y, una vez que comienza, no hay vuelta atrás. No supo en qué momento sucedió. Un "Felicidades, sigue mejorando" cuando su hijo sacó la mejor calificación en su salón. ¿Qué era exactamente lo que tenía que mejorar? ¿Existía algo más arriba que una calificación perfecta? Luego un "Qué bien que tuviste el promedio más alto de nuevo, es tu responsabilidad sacar esas calificaciones": una falta de reconocimiento al esfuerzo del hijo que con los ojos brillantes esperaba otras palabras muy distintas. ¿Cómo romper con las cuerdas que han guiado su historia?

William no conoció otra forma de hacer las cosas y, sin darse cuenta, la sombra de su propio padre, quien aun después de la muerte parecía seguir atormentándolo. Un recordatorio constante de ser el mejor, porque, si no eres eso, no eres nada. De otro modo, cualquiera puede llegar a tomar lo que con tanto esfuerzo, sudor y

sacrificios se levantó del polvo. De todas las exigencias que le habían costado el amor de su hijo, Pablo tendría que aprender, fuera cual fuese la forma.

Quería ir a ponerse de rodillas ante su mujer, explicarle que no sabía cómo acercarse a su hijo. Que dentro de él estaba el veneno de su madre y de su padre. Que no estaba seguro de cómo regresar a él. William conocía a su esposa y sabía que era mejor darle su espacio. En la penumbra de la sala, se preguntó cómo podría sacudirse la dureza con la que él creció.

Nada indicaba que esa noche sería distinta a las demás. Todo era exactamente como debía ser: la alarma de seguridad sonó antes de acostarse, el perro del vecino gimoteó para que lo dejaran entrar y los eventuales ruidos de autos pasando por las calles. Margarita se acostó en la cama de la habitación reservada para su hijo y apagó la luz de la lamparita. Del otro lado de la casa William se acostó en su habitación y sintió frío aún cubierto por las sábanas.

Años después, él se preguntaría si aquel frío fue ominoso, si debió haber corrido al cuarto donde su esposa dormía, soñando con días soleados y el sonido del mar. En el sueño, a lo lejos, escuchó la voz de su esposo que la llamaba, extendiéndole la mano y con la otra sostenía a un niño pequeño que reconocía perfectamente. Ella quería quedarse en la orilla, algo la detenía de entrar en el mar. Por más que quiso, fue imposible no sentir el avance del agua en sus pies, sabiendo lo que significaba aquello. Aquí era paz y levedad, no tan distinta a la vida real que cada vez sentía más y más lejana.

El corazón de Margarita dejó de latir mientras ella soñaba que caminaba hacia el sol y su familia.

CAPÍTULO 13
2017, España

Bea aprendió que la felicidad es algo que debe disfrutarse en tiempo presente. Los "buenos días" entre besos antes de que los dos se despertaran por completo la perseguirían por siempre. Escucharía durante meses el sonido de la puerta de su habitación entrecerrarse mientras ella seguía en la cama. Recordaría a Pablo salir por algo para que desayunaran. Tendría en la mente ese minuto en que Pablo tardó, mientras ella pensaba en lo que harían aquel domingo. Ninguno de sus planes involucraba un funeral.

Bea escuchó un quejido, un sonido lo suficientemente alto para que se levantara.

—Pablo, ¿qué pasó?

Abrió la puerta y supo al instante que la burbuja se había roto. Pablo tenía el rostro escondido entre las manos, sentado en el piso entre la mesa de la sala y el sofá. Su cuerpo se había doblado sobre sí mismo. Bea se acercó rápidamente, preocupada por lo que veía. Pablo lloraba en silencio.

—No me espantes —Bea desconoció su propia voz—. ¿Qué pasó?

Él alzó la mirada. Sus ojos no tenían brillo.

—Mi mamá murió, Bea.

Un quejido de dolor brotó del pecho de Pablo y se arrojó a los brazos de Bea, que se cubría la boca con la mano y sostenía a Pablo con la otra. Pablo lloraba y lloraba, quejándose y moviendo el cuerpo

como lo hacen los animales cuando se retuercen de dolor. Él lloraba y Bea no podía creer la noticia. Lo rodeó con sus brazos con la certeza de que no había palabras que pudieran calmarlo. No supo cuánto tiempo pasó, pudo haber sido pocos o muchos minutos, pero en algún momento el llanto cesó y se hizo silencio.

—Necesito ir a Madrid, Bea.

Bea le dio un beso en la frente, lo sentó en el sofá de la sala y corrió a su recámara para sacar una maleta que siempre tenía afuera y comenzar a meter las cosas de Pablo. ¿Qué se supone que una se pone en el funeral de la mamá de la persona que amas? Recordó que había empacado un vestido formal que su tía Leonor le sugirió incluir porque "una nunca sabe, mi niña". Rápidamente empacó las cosas de él y salieron en tiempo récord. Cuando fueron a su departamento, Bea le contó a Lía lo que había ocurrido, pidiéndole que le hiciera compañía a Pablo en lo que ella se preparaba. Con prisa, tomó una ducha rápida para cambiarse y alcanzar el último tren a la capital.

Durante el trayecto ninguno dijo nada. Pablo miraba por la ventana, hacia las casas de campo afuera de Alicante y a los espacios entre la ciudad y el mar. No reconocía en nada a la persona que estaba enfrente y a la que había despertado apenas unas cuantas horas atrás. No sabía qué hacer ni qué decir. Con sus dedos atrapaba las lágrimas que escurrían de los ojos de Pablo, quien parecía contener su tristeza, tomando su mano sin soltarla.

Ese día fue un borrón para Bea. Ella se encargaba de dirigirlos y de hacerle preguntas a Pablo sobre direcciones y transporte para llegar a su destino. Era consciente de que en ese momento ella era su ancla a la realidad y, como pudo, se hizo cargo de la situación. La ciudad se movía rápidamente frente a ella. Recordaba haber llegado a una elegante sala de velaciones. Había muchísima gente ahí reunida: familia, amigos, compañeros de trabajo, amigas de Margarita… y William. Lo reconoció porque era la copia exacta de su hijo. Con la misma altura, el cabello era una combinación entre claro

y oscuro por la edad y los mismos ojos, el padre se erguía silencioso cerca del ataúd.

Cuando padre e hijo se vieron, ella esperó un abrazo efusivo, una nueva ancla en la que Pablo se pudiese aferrar. Fue terrible ver cómo solo intercambiaron un apretón de manos, sin decir nada. No hubo abrazos ni consuelo entre ellos o un intercambio de miradas que reconocieran el dolor del otro. ¿Cómo podría haber tanto frío entre ellos ahora que más se necesitaban?

Bea se quedó a su lado durante toda la noche. Pablo parecía haberse quedado congelado, apenas contestaba a los pésames de las personas que se acercaban a despedirse de Margarita antes de llevársela. Pablo no había querido verla, sentado en las bancas al lado del ataúd donde su madre descansaba con las manos entrelazadas.

Bea le acercó un plato de comida que algunas amigas de Margarita habían llevado, alimento que se sentía más cálido que lo que ofrecía el servicio funerario.

—Ándale, amor. No has comido nada en todo el día —él, a regañadientes, le dio unos mordiscos a las tartaletas de pollo y un par de sorbos de agua.

Cuando llegó el momento de la última misa y del entierro, Bea, supo que tenía que ser fuerte. Su familia había padecido el dolor de la abuela Isidora; aún recordaba lo mucho que Alicia y Leonor habían llorado cuando vieron al ataúd descender a la tierra en la que su madre sería devorada.

Aun con su experiencia, nada la preparó para escuchar los gritos de dolor de Pablo, unos sonidos que la hacían querer romper en llanto, sintiendo propio ese sufrimiento que él sacaba con cada grito, ante la certeza de no volver a ver a alguien a quien se ama con el alma. Las lágrimas brotaban sin parar de sus ojos y se apoyaba en Bea, tal y como uno intenta aferrarse a lo más cercano, a lo que sea cuando estás en caída libre. Pablo le confió su dolor, y Bea derramó algunas lágrimas, él se sentía pequeño en sus brazos.

William observó todo, lloraba en silencio. No hubo gritos de su parte; solo un estoicismo que se rompía por sus ojos rojos y las lágrimas que bajaban sin parar por sus mejillas. Había cosas que delataban las grietas de su armadura: la forma en la que apretaba sus manos, cómo jugaba con su anillo de bodas, el pequeño sonido que salió de su pecho al ver irse a la luz de su vida.

Para lo que Bea tampoco estaba lista fue para lo que vino después. El resto de sus días en el extranjero los pasó en Madrid. Su encargado de prácticas había escuchado lo que había pasado con Pablo y le había firmado su documentación de cierre sin pensarlo dos veces. Lía había decidido quedarse en Alicante, porque sabía que no iba a servir de mucho que ella se fuera a Madrid.

"Cualquier cosa que necesites aquí estoy. Dale un enorme abrazo a Pablo de mi parte", le había dicho en una llamada donde se ponían de acuerdo para que Lía la alcanzara con sus cosas para que regresaran juntas a México.

Bea sabía que cuidar a alguien que atraviesa un duelo es un acto de amor enorme. No era fácil alimentar a Pablo, que ya no sabía si había comido o no. Lo difícil que era dormir junto a alguien que rompía en llanto porque recordaba lo ya no existía. Pablo se convirtió en un fantasma, y lo único que pudo hacer Bea fue estar y sostenerlo lo mejor que pudo. Decirle por las noches en pequeños susurros: "Estoy contigo aquí, llora lo que tengas que llorar, mi amor. Te amo y aquí siempre estaré".

A veces los silencios se rompían en conversaciones que buscaban traer de regreso a Margarita a través de la memoria, de historias que lo hacían sentir menos perdido al traer así la presencia de su madre cerca de nuevo.

—¿Alguna vez te conté que fue por ella que mi papá cedió a que trabajara en el proyecto de Alicante? Mi papá pensaba que no estaba preparado, que todavía me hacía falta su vigilancia. ¿Sabes qué le dijo? "A ver, William, ¿cómo vas a heredarle todo esto si no lo dejas trabajar? Claro que es capaz. Un hijo mío puede con todo". Pero no

puedo con esto, Bea. Me duele tanto el corazón que me lo quiero arrancar.

Bea no podía evitar sentir una desesperación profunda. ¿Qué se supone que era lo que tenía que hacer para aminorar el dolor? Los días pasaban lentamente. Salían a caminar por las tardes a un parque cercano para respirar aire fresco. Otras veces compraban café o un pedazo de pizza del restaurante italiano de la esquina. El duelo ajeno le hizo olvidar que el suyo estaba muy cerca. Sin poderlo evitar, llegó la última noche que pasarían juntos.

Abrieron las ventanas del departamento para airear las tristezas. Ahí se estaban velando dos pérdidas completamente distintas.

—Pablo, ¿estás segura de esto? —él levantó su rostro que dormitaba en el pecho de ella.

—¿De qué hablas? —ella se giró y se acercó a él.

—Mañana me voy a México y me preocupa dejarte así. Acabas de perder a tu mamá y entiendo perfectamente si no puedes sostener una relación en este momento. Solo te pido por favor que, si es así, me lo digas de una vez. Yo voy a entender que…

Pablo la detuvo poniendo su dedo índice sobre sus labios.

—Te lo dije una vez y te lo repito: yo te amo y quiero todo contigo. Esto va a ser difícil de afrontar pero va a ser imposible sin ti. Estoy seguro de lo que quiero y es a ti, sin importar lo que suceda. Te amo con el corazón entero, no quiero que tengas ni una sola duda de que así es como debe ser esto.

Pablo le besó la mano en silencio mientras Bea se acomodaba en su pecho, entrando al sueño al compás del latido de su corazón. Esa noche durmieron tan profundo que no hubo sueños ni fantasmas que los acompañaran. Cuando el sol se asomó por su ventana, un frío le recorrió el cuerpo entero. Con un nudo en la garganta abrió los ojos, sintiendo las primeras lágrimas de muchas derramarse. ¿Tenía derecho a sentirse triste cuando a su lado había una tragedia? Reservó su propio dolor para después, sin querer que él la viera así desde ese momento. Todo el camino al aeropuerto lo

hicieron tomados de la mano. Una suave canción sonaba por la bocina del auto de Pablo.

—Te voy a extrañar mucho, mucho.

Su voz se comenzaba a romper, pero hacía lo mejor que podía para no llorar.

Él le apretó la mano y le dio un beso.

—Siempre voy a volver a ti, preciosa. ¿Recuerdas? Cuando me extrañes, no lo olvides. El dolor es ese espacio que hay entre la distancia y el volvernos a ver.

La acompañó al filtro de seguridad, lleno de personas que hacían fila para pasar.

Se pusieron frente a frente, ella sin poder controlar más el nudo en la garganta que la hacía derramar lágrimas que se deslizaban lentamente por sus mejillas. Pablo se acercó a ella y la besó suavemente, de manera tierna. Sus propias lágrimas se confundían con las de Bea. Llevaban días sin que él la tocase así y no pudo evitar ahondar el beso al recordar la forma en la que sus brazos se envolvían en su torso, el sabor de sus labios, el sonido diminuto de gozo cuando hacía algo con su lengua y que le gustaba. Quería llevarse consigo la sensación de que esto podría funcionar, que todo saldría bien.

Bea se separó y lo miró a los ojos.

—Vas a estar bien. Puede ser que esto nunca deje de doler, pero te prometo que la tristeza puede ser algo bueno. Si te duele así es porque el amor fue igual de enorme que el dolor de no tenerla. Te amo mucho y, por favor, que no se te olvide comer. Te necesito fuerte y sano para cuando te vea, ¿sí? Todo va a ser mejor la siguiente vez.

Él asintió y la abrazó de nuevo. Pablo besó su frente y las juntó mientras le sostenía el cuello.

—Escúchame bien, Beatriz González. Siempre regresaré a ti. No importa el tiempo que tome o la distancia que haya entre nosotros. No importa lo que haya a la mitad, siempre vas a ser mi destino y el

camino que voy a seguir hacia el futuro. No puede ser de otra forma, preciosa. Me tienes aquí, siempre —él acomodó la palma de su mano en su corazón—. Soy tuyo como no lo soy de nadie más.

Ella recorría sus facciones con los dedos, memorizando las pequeñas cosas para recordarlo y llevarlo consigo siempre. El lunar de su cuello, sus ojos, la cicatriz cerca de su ceja, sus labios. No quería olvidar nada de aquí a la siguiente vez que se vieran. Él parecía hacer lo mismo con sus ojos, recorriendo cada esquina de su piel, buscando y encontrando todo lo que la hacía ser ella. Los altavoces anunciaron el vuelo de Bea y con eso se dieron un último beso; ella se formó para pasar a la sala de abordaje.

Cuando Pablo desapareció de su vista se permitió llorar. Se sentía egoísta por sentirse triste cuando la separación era lo de menos para él en ese momento. Lía, quien se había adelantado después de darle sus cosas y algo de privacidad, la vio llegar con su maleta de mano y los ojos enrojecidos por las lágrimas que no dejaban de fluir por su rostro.

—Todo va a estar bien, chiquita. Es normal que duela. Ya va a pasar.

Bea lloraba de miedo e incertidumbre. Ahí, en los brazos de su amiga, dejó salir todo lo que sentía.

—Odio que no hayamos tenido tiempo. Me enferma que no pude despedirme bien de él, apenas pudo salir de la cama para acompañarme al aeropuerto. Detesto que todo se haya terminado así. Y tengo mucho miedo, Lía. ¿Y si esta es la última vez que lo veo?

—¿Terminado, amiga? Ese hombrón no tiene la intención de dejarte ir. Sé que esta última semana pudo haberse sentido imposible para los dos y es ahí donde se ve que el cariño es genuino. A todos nos incomoda el dolor ajeno, aun cuando queremos profundamente, y mira lo que hiciste con él. Decidir cuidar a alguien que está sufriendo es de los actos de amor más honrados que existen. Cuando sostienes a alguien en un duelo lo haces sin

esperar nada más que la otra persona esté bien. Hiciste lo correcto, Bea. Tienes derecho a llorar.

Al tomar su lugar en el avión, al lado de la ventana, en su celular había un mensaje de Pablo:

Pablo:
Eres lo mejor que me ha pasado, Bea. Gracias por todo este tiempo y por tu compañía. No tengo mucho que pueda pagarlo, pero espero que la pequeña sorpresa que tengo para ti cuando aterrices sea suficiente. Cuídate mucho por favor, que me llevas contigo a todas partes. Te amo mucho.

Lía y Bea aterrizaron en México en la madrugada. Su madre y la tía Leonor las esperaban con globos y cartulinas que decían "Bienvenidas a casa, españolitas", con dibujos cómicos que Bea reconoció de su mamá.

Bea subestimó lo mucho que las necesitaba hasta que, al verlas, se arrojó a sus brazos y comenzó a llorar.

—¿Qué pasa, mi niña? —su madre estaba confundida. Le hacía señas a Lía a modo de pregunta y ella solo les decía que esperaran —. Ya estás de regreso en casa, corazón. Todo va a estar bien.

Apenas el auto frenó frente a la casona, Bea quiso besar la madera firme de la puerta de la entrada principal. Cada vez que llegaba a su casa, el hilo que la regresaba siempre a ese lugar se agitó de puro gusto. La casona estaba igual que como la dejó hacía unos meses. Al pasar por la entrada principal, notó el suave olor a nata que provenía de las esquinas, un olor familiar que le recordaba las mañanas de primavera. Escuchó vítores chiquitos, voces emocionadas que celebraban debajo de la mesa del comedor el

regreso de la más pequeña del hogar. Entró a su cuarto alegre de poder sentirse de nuevo en su elemento. Los pisos de la casona se sentían frescos, las sábanas de Bea olían al incienso que más le gustaba y, de su ventana, una enredadera se había formado a lo largo del pequeño balcón, en la que una flor amarilla bailaba con el viento. Bea la acarició y sintió en sus venas que la casa la había extrañado tanto como ella.

Antes de dormir, recordó el mensaje de Pablo. Rápidamente vio su celular y abrió el último de sus mensajes:

Pablo:
Me contaste que la casona es un gran lugar para pasar Día de Muertos. No me quiero quedar con las ganas de conocerla y darte todo mi amor. No me extrañes tanto que ya estoy de regreso a ti.

Abajo del mensaje iban adjuntas unas fotos de un boleto de ida y vuelta de Madrid a México con el nombre de Pablo.

Bea:
¿Te he dicho lo afortunada que soy? Te amo mucho. Cuento los días para que vengas. Te advierto que mi familia es una locura.

Pablo:
Si son como tú, voy a divertirme muchísimo. Dulces sueños, te amo.

¿Esta era su vida ahora? Aquel mensaje la emocionó, le encantó ver cómo Pablo insistía en la idea de que los dos seguirían juntos. Quería ser optimista, de verdad que sí. La realidad le decía que no había motivo para que dudara de su palabra, y, aun así, ¿por qué sentía algo en su pecho que no sabía explicar?

Bea se acostó a dormir esa noche con una sensación agridulce. Unas horas después, cuando el sol la despertó, sintió aquel sentimiento escurridizo que parecía amargar las tardes cuando les contaba a su tía y su madre lo que había vivido del otro lado del mar. Cuando menos lo esperaba, ahí estaba. En una frase, en una canción… un terrible pensamiento fatalista que deseaba eliminar, pero que comenzaba a purgar como una herida en sus fantasías.

¿Cuánto tiempo me queda al lado de Pablo?

Ahora, con la cabeza fría y sin las emociones de la despedida de su novio, sentía un hueco en el estómago cuando pensaba en lo que esto iba a durar. Los esfuerzos estaban ahí, pero algo no se sentía del todo correcto. Faltaban dos semanas para que regresara a Puebla y su último semestre de la universidad la sorprendería con sus rutinas. ¿Cómo iban a poder sortear los desafíos que venían en camino?

Así comenzaron a enfrentar sus primeras experiencias estando a la distancia: ver películas juntos, los mensajes diarios, las videollamadas. Con esfuerzo luchaban contra el reloj y sorteaban cualquier dificultad de estar a ocho horas de diferencia. A Bea le rompía el corazón ver los ojos hinchados de Pablo, el silencio de su lado, una falta de emoción por las cosas, natural ante la pérdida de un ser amado. Él transitaba un duelo que ella sabía que estaba afrontando en silencio y que cuando ella intentaba acompañarlo, rápidamente cambiaba de tema.

Las semanas pasaron y Bea estaba de regreso en la universidad. Un nuevo semestre siempre era emocionante: nuevas rutinas, sus últimas materias y los procesos de graduación prometían mantener su mente ocupada. Tal vez fueron tantas sus ganas de disfrutar su

último año que pasó por alto cómo Pablo comenzó a conversar menos en sus llamadas. Bea le preguntaba cómo estaba, que le dijera lo que sentía; él esquivaba cualquier intento de respuesta, preguntándole a ella sobre su día.

Las lluvias de agosto dieron paso a septiembre y las cosas seguían igual: ambos lo intentaban y la distancia parecía crecer lentamente. Bea intentó convencerse de que se trataba de la diferencia de horario, que él tenía otras responsabilidades que atender y que era normal que no estuviese pegado al celular, sobre todo ahora que su padre y él habían comenzado a trabajar codo a codo. Ahora él pasaba gran parte del día en la oficina junto a William.

—¿Y qué tal va eso? ¿Estás cómodo estando tanto tiempo con él?

Ella recorría con un dedo el rostro de Pablo con una sonrisa nostálgica. Odiaba no estar en el futuro y poder vivir la teletransportación o una tecnología que le permitiera traerlo de regreso a su lado.

—Te ves guapísimo con ese traje. Carajo, que ganas de poder besarte.

—Gracias preciosa. ¿Esto? —él tiró de los bordes de su saco mirando hacia abajo—. Es un viejo traje, nada del otro mundo. Todo va bien, hemos conseguido muchos proyectos y me ha estado incluyendo en la mayoría. Nuestra relación ha mejorado bastante. De hecho… —Pablo miró su reloj— en diez minutos tenemos una junta, así que debería irme.

Un beso a través de la cámara y Bea supo que aquella mentira que se repetía estaba comenzando a fracturarlos. El Pablo que ella conocía no huía de sus sentimientos así de fácil. De lo único que parecía querer hablar ahora era sobre el trabajo, sus proyectos y lo que estaba aprendiendo. En el verano, cuando Pablo hablaba de sus sueños, tenía un brillo en sus ojos, una esperanza y decisión que ahora no encontraba en ningún rincón de las cada vez más breves conversaciones que tenían.

Bea supo que Pablo no vendría a México una semana antes de la fecha de su llegada. Octubre había terminado dejándola agotada: la época de parciales había terminado con ella, teniendo como única esperanza el recordatorio de que Pablo pronto vendría. Ese lunes había comenzado como cualquier otro: luchando contra el sueño y las pocas ganas que tenía de dejar el calor de las sábanas. Prepararse su desayuno y salir corriendo a la regadera para no llegar tarde a su primera clase del día. Revisó su celular y, de nuevo, no tenía una nueva notificación de Pablo desde hacía dos días.

Pablo:
Voy a estar ocupado en estos días, te mando mensaje cuando pueda.

La parte adulta de su cerebro le decía que era un recado bastante considerado de su parte, un aviso de su ausencia… y, aun así, su memoria no la dejaba vivir con esa ilusión. Habían pasado ya dos días desde ese mensaje y ella no había reunido el suficiente valor de escribirle.

¿En serio puede pasar tanto tiempo sin que él sepa de ti? No le cuesta nada mandar mensajes de vez en cuando.

Odiaba la forma tan ridícula en la que pensaba enviar un mensaje que antes era igual de natural que pestañear. Antes no habría dudado en buscarlo sin el temor de ser intensa. Bea también tenía cosas que hacer: una rutina, tareas que entregar, lecturas propias de la clase y sin embargo, miraba disimuladamente su celular cada hora para ver si había algo en sus notificaciones. A pesar de todas sus responsabilidades él no salía de su mente y ella no entendía cómo él, si la quería, podía vivir sin saber de ella.

Trató de no pensarlo mucho de regreso a su habitación cuando su celular sonó con el característico tono de Pablo.

Pablo:
Hola, ¿todavía nos vamos a conectar para una videollamada?

Bea:
¡Sí! Te veo en un rato, ya tengo el itinerario listo para lo que haremos este fin en la Ciudad de México.

No hubo respuesta a ese mensaje.

Tal vez está en una reunión. No pasa nada, pensó distraída mientras cerraba la puerta del baño. Faltaba media hora para la cita, y se ocupó arreglando su habitación y el área común que compartía con otras chicas.

Cuando Pablo apareció en la pantalla de su computadora fue como quitarse un peso enorme de encima, un aire fresco a su mente, que parecía no callarse. Ahí de frente tenía al que le robaba el sueño y en quien tanto pensaba, sonriéndole suavemente.

—Vaya… hasta que te dignas en saludarme, perdido. ¿Cómo estás?

Bea estaba demasiado entusiasmada para notar que algo en él no estaba bien. Pablo parecía tener varios días sin afeitarse, la sombra del vello facial delineaba las pronunciadas ojeras.

Él hizo un gesto con los hombros.

—Estoy bien, supongo. ¿Tú?

—Ha sido extraño asimilar que es mi último semestre, que todo después será tan distinto y que va a cambiar una vez que regrese a la Ciudad de México. Pero ¿sabes qué? Nada de tristezas de mi parte. Te quiero hablar del itinerario para la siguiente semana… debe de estar en tu WhatsApp. ¿Te llegó?

Había preparado varias opciones de actividades que podrían hacer juntos durante la visita de Pablo: quería pasar las tardes a su lado para luego ir el fin de semana a presentárselo a su hermano, su tía y su mamá. En la lista había una mezcla de cosas que ella sabía que disfrutarían, pequeños rincones de la ciudad que quería compartirle.

—Quiero hablar contigo sobre eso.

Pablo miró hacia abajo y Bea vio una lucha silenciosa pasar frente a ella, en la pantalla. Él se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar. Su cuerpo se sacudía con cada sonido terrible.

—Hey, hey, hey, cariño. Déjalo salir. Háblame, aquí estoy.

Pablo no dejaba de llorar. A Bea le dolía el pecho verlo así, a cientos de kilómetros de distancia. ¿Qué podía hacer?

Entonces lo recordó.

—Mira, respira conmigo. Yo te sostengo desde aquí. Sigue mi voz. Inhala… —Bea respiró profundamente—. Y exhala…

Pablo, que seguía con el rostro cubierto, intentaba inhalar y exhalar al ritmo que Bea le indicaba.

—Eso, precioso… solo somos tú y yo. Aquí estás a salvo.

Cuando los sollozos los dejaron hablar, Pablo se sostuvo el rostro con la vista gacha.

—No puedo hacer esto, Bea.

—No pasa nada si cambiamos la fecha del viaje. Tenemos tiempo. Podemos…

Él negó de nuevo con las manos en la frente, viendo hacia abajo mientras silenciosas lágrimas caían por su rostro. Su voz sonaba débil, casi inaudible.

—No puedo estar contigo, Bea.

A Bea le sorprendió la risa nerviosa que salió de ella. La parte cuerda de su cerebro le recordó que tenía que estar triste, pero no sentía nada más que ganas de reír, y no de la forma bella que había descubierto que era posible al lado del hombre que ahora la miraba en silencio, con una pena enorme en los ojos. Esas risas hacían que

todo se viera más bello, más brillante. Ahora la misma razón de su felicidad parecía estarla hundiendo en un abismo del que caía y caía, sin sentir un final.

Los colores a su alrededor se desvanecieron, dejándola en una oscuridad que apuntaba hacia él.

—¿De qué hablas, Pablo?

—No puedo seguir con esto y seguir sufriendo… no estoy seguro de poder con esto…

Bea decidió mentirse a sí misma. Decidió que Pablo no hablaba en serio. Que tendría ella que explicarse mejor, volver a decirle lo que sentía. Pablo acababa de perder a su madre y era normal quererse aislar. Tenía que recordarle que estaba ahí para él. ¿Cómo no iban a poder seguir juntos, si lo tenían todo para seguir? Su historia, los momentos juntos… ellos eran el resultado lógico de una suma perfecta que los había llevado a conocerse.

Bea lo quería y Pablo la quería, eso debía ser suficiente.

—Pablo… —Bea buscaba sentirlo cerca con una mirada, como si no estuviera a kilómetros de distancia. Sus manos se apoyaron en la mesa, presionaba las yemas de sus dedos contra la madera fría de la mesa de su habitación. Era imposible tener las palabras correctas para un momento así—. Yo sé que esto es complicado. Ninguno de los dos sabemos qué va a pasar mañana, o en unos meses. Sé que estas pasando por algo terrible y no sabes cuánto me duele no poder estar ahí para ti.

Él la miraba en silencio. Sus ojos parecían brillar por las lágrimas que se comenzaban a acumular en ellos.

—En Alicante, en mi habitación, me dijiste un millón de veces que tú sabías lo que querías. Nunca he sido buena para las palabras, pero hoy te lo digo: aun en el dolor, es fácil estar contigo. Me mata verte así, pero estoy dispuesta a acompañarte en esto. Quiero estar a tu lado en la incertidumbre y en lo que te quita el aliento cuando lloras. Aun en el dolor, me quiero quedar. Yo te amo, Pablo. No quiero a nadie más que a ti, tan roto o completo como estés.

Pablo seguía en silencio. Su cuerpo se veía laxo, sin fuerzas. Sentía que lo que alguna vez fue cierto ahora se le escurría de entre los dedos. El eco de su maldición repicaba una y otra vez en su mente, como un disco roto que la lastimaba: "Es inevitable el fin de tu historia de amor. Es inevitable el fin de tu historia de amor. Es inevitable el fin de tu historia de amor".

—Yo sé que sientes que te estás ahogando. Perder a tu mamá es de los dolores más grandes que alguna vez vamos a sentir. Déjame sostenerte. Tengo la fuerza para ello.

—No puedo, Bea.

La voz de Pablo se endureció. Sus preciosos ojos grises que alguna vez la miraron con cariño ahora eran lejanos. Una nueva decisión se desprendía de ellos, un camino que Bea presentía que no iba a poder seguir.

Era curiosa la forma en la que sus sentimientos iban deslizándose, uno a uno. Pudo sentir el momento exacto en el que algo terrible y oscuro se empezó a mover en sus venas. La chispa convertía en llamas su interior.

Bea se cruzó de brazos.

—¿Qué no puedes, Pablo? —su voz era firme, y él pareció notarlo. Parecía estar buscando algo en su rostro, sorprendido ante su tono de voz. El silencio la enfureció más. ¿Dónde estaban las promesas que le había hecho?—. Dale, dime. ¿Qué es lo que no puedes hacer, Pablo? ¿No puedes estar conmigo? ¿No puedes con la distancia? Porque yo te lo pregunté. Una y otra vez te pregunté si querías estar conmigo y siempre tu respuesta fue un sí. Dime, ¿cuál es?

Pablo suspiró.

—No lo sé, Bea.

Cuatro palabras fueron suficientes para que todo se desmoronara. Los planes, las conversaciones, las caricias, la amistad… todo lo que había existido ahora estaba en duda. Bea se había quedado callada, sin poder contar las emociones que sentía al

mismo tiempo: tristeza, enojo, vergüenza y, sobre todo, decepción. ¿Qué carajos fue de aquel sujeto que con absoluta certeza la había querido en voz alta para que el mundo lo escuchara? Era casi cómica la forma en la que ahora, frente a ella, los colores de ese amor se le iban deshaciendo con tres simples palabras. Era terrible lo poco que hacía falta para romper algo que con tanto amor se había construido.

Un pequeño sentido de preservación se le atoró en la garganta, un instinto de defenderse antes de la última estocada que probablemente la mataría. Lo hizo en oraciones que tenían escamas y que amenazaban por reptar por su cuello, con colmillos y listas para deshacerlo con puro veneno. Total, ella había heredado la lengua filosa de su padre y la furia que cargaba desde hacía años.

Se sabía de memoria la historia de irse y no mirar hacia atrás.

—Entiendo que estás pasando por algo imposible. No me puedo imaginar lo que debes estar atravesando. Genuinamente lamento mucho que estés viviendo esto. Pero ¿sabes qué es lo que no se vale? Te lo pregunté, Pablo. Te pregunté si estabas seguro de esto. Te dije una y otra vez que esto podría terminar si no nos convencía a los dos. Si tú me decías que no podías, yo iba a guardarme el dolor… pero al final, yo estaría bien. Entendería que fuiste honesto. Pero me dijiste que sí, que querías estar conmigo. Cabrón, hasta te compraste un pinche boleto para venir a verme. ¿Por qué lo hiciste si sabías que ibas a terminar conmigo así?

Bea sabía lo que tenía que hacer y odiaba haber tenido la esperanza de pensar que esta vez sería distinto. Que su maldición era real y que el amor existía para todos menos para ella. Estar viéndolo a través de una cámara se sentía terrible. Escuchar que él seguía sin palabras, sin decir algo, hacía que su enojo aumentara.

—Va. Si no quieres decir nada, no hables. Pero quiero dejar algo bien claro. No se vale que juegues con mis sentimientos. Si no estás seguro de lo que quieres, aquí la dejamos.

—Bea, no…

—¿Qué quieres, Pablo?

Algo en ella, algo diminuto, se atrevió a tener esperanza, a pensar que quizá había malinterpretado todo. Nunca habían discutido y era inevitable que sucediera en algún punto. Que tal vez se iba a echar para atrás, recordando lo mucho que ambos se querían, que no era tarde para resarcir el daño.

—No puedo con esto, Bea. Perdóname.

Ella miró el teclado para no verlo. El peso del engaño la hacía sentir diminuta. Su vista comenzó a nublarse con las primeras lágrimas que brotaban de su mejilla. Con toda la fuerza que tenía, lo miró una última vez, reconociendo que este sería el día en el que le rompieron el corazón por primera vez. La habían decepcionado antes, pero nada se sentía como esto.

—Te dije lo mucho que esto me asustaba —su voz sonaba vulnerable; era honesta con lo mucho que esto la lastimaba. A ella no le importó sentirse estúpida, él tenía que saber lo que había hecho—. Te conté que no quería salir herida, Pablo. Creí en lo que me dijiste y míranos ahora. Hubiera preferido mil veces que me dijeras que no querías seguir y dejarlo. Si realmente me amabas, ¿por qué hiciste esto? —ella no quiso esperar una respuesta. Solo asintió, mirándolo por última vez—. Gracias por todo.

Bea colgó. En la computadora, miró la foto de Pablo y Bea frente al sol de Alicante en la primera caminata que hicieron juntos. Pablo tenía el sol en el rostro y la veía con una sonrisa. Recordaba esos primeros nervios como si hubiera sido ayer. Una prueba de lo que fueron y que ahora se evaporaba ante ella.

Intuyendo lo que iba a ocurrir, Bea se levantó de su cama y salió de su habitación. A esa hora había una persona en su departamento y era justo la que más necesitaba en ese momento.

Se paró frente a una puerta y tocó tres veces.

—¡Pasa! —la voz de Lía sonó distraída. Bea abrió la puerta y se quedó en el umbral.

Su amiga estaba dibujando. Cuando notó que ella no avanzaba, se quitó uno de los audífonos, confundida.

—¿Cómo te fue?

—No quiso seguir conmigo, Lía.

El desborde comenzó en la seguridad de la habitación de su mejor amiga. La escena le dio pena a ella misma: Bea sollozaba mientras cubría su rostro con ambas manos, sintiendo un terrible dolor en el pecho. Todo se sentía irreal, como si la ruptura se la hubiese imaginado. Le pareció escuchar que Lía dijo: "¿Pablo rompió contigo?", su voz sonaba notablemente sorprendida por la noticia, pero era difícil estar segura entre sus sollozos. Bea sintió los brazos de Lía guiarla hacia su cama, lloraba sin poder parar, dejándose caer en el colchón. Aun años después asociaría el olor de las sábanas y la voz de Julieta Venegas que escucha quedito, quedito desde los audiófonos de su amiga, con la primera y única vez que perdió su corazón.

No puede ser, no puede ser…, pensó una y otra vez.

No lo podía creer. ¿Quién era ese extraño que había roto con ella? Ella solo conocía al Pablo que la amaba, que habló del futuro juntos y que pareció hacer lo que requería para llegar a ella. Al que la hacía reír con sus chistes, con el que gustaba de hablar de todo y que dormía abrazado a ella sin poder quitarle la mano de encima. A él que había sido su amigo, que la hizo confiar en él con su precioso corazón. En un momento irreal, sintió el impulso casi mecánico de contarle a Pablo lo que le pasaba. Decirle que alguien la había herido hasta que recordó que ese mismo confidente era quien sostenía el arma con la que ahora ella sangraba por dentro. El dolor de saber que ya no tenía un mejor amigo al cual recurrir, hizo el dolor más agudo, deshaciendo sus ojos en lágrimas que no parecían parar. Bea no supo cuánto tiempo pasó, pero Lía no se movió de lugar, pasándole los dedos por el cabello; Bea escondía el rostro en su almohada, dejando una mancha húmeda donde sus lágrimas se

acumulaban. Finalmente, el llanto cesó. Bea respiró con dificultad, una mezcla entre suspiro y quejido.

—Estoy lista para escuchar cuando tú me lo digas, hermana.

Bea se acostó boca arriba y encontró a Lía sosteniendo un papel de baño. Su rostro estaba lleno de compasión y tristeza por verla así. Mirando al techo, temiendo verse como una tonta, comenzó a contarle lo que había ocurrido en los meses anteriores. Su amiga la escuchaba atentamente, intuyendo que ella estaba dando gracias por no haber cometido el mismo error que ella. Raquel y Lía habían acordado dejar su romance donde nació. Se dijeron adiós sin complicación y siguieron en contacto por Instagram. No hubo lágrimas ni decepción ni dolor.

—¿Por qué me dijo que sí quería estar conmigo si al final me iba a terminar así? De verdad que no lo entiendo.

Bea, quien había logrado contarlo sin llorar, se había vuelto a tapar su rostro con el peluche de castor de Miniso sobre la cama de Lía.

—Ay, chiquita —Bea lo creyó imposible pero Lía parecía igual de impactada y confundida que ella—. Tienes todo el derecho de llorarlo. No tengo mucho más que decirte que sí, es horrible todo esto y que se entiende completamente que estés así

Y así fue como emprendió el terrible viaje para recuperar su corazón. Esa primera noche no pudo dormir de lo incómodos que se sentían sus ojos por lo hinchados que estaban. El peso de lo que había ocurrido la hundía en su almohada, sorprendida de que la emoción que la ahogaba era la confusión. No entendía cómo esto había ocurrido tan súbitamente, cómo de un momento a otro alguien podía pasar a ser nada cuando de sus manos aún colgaba un futuro que comenzaban a construir juntos.

Bea pronto entendería lo mucho que un corazón roto puede llegar a cambiar a alguien. Cómo estar herida puede hacer que la realidad se sienta rota y vacía de sentido. Al día siguiente le extrañó que estaba como si nada. Ignoró cómo, inconscientemente, buscó el

chat de Pablo para darle los buenos días, pero cuando lo hizo, recordó lo que había sucedido el día anterior. Tenía mensajes de Lía, uno de su mamá y otro de una agencia que le enviaba las noticias más recientes. Fuera de un malestar en el pecho, algo que la oprimía desde dentro, todo fue como cualquier otro día. Las calles sonaban igual, el mismo guardia de seguridad le daba la bienvenida y las personas caminaban en direcciones distintas a su alrededor.

Bea no se había dado cuenta de la cantidad de parejas que iban de la mano en su universidad hasta ese día, como si su propia pérdida le hubiese dado la capacidad de ver lo que ahora ya no tenía. Las observaba pasar a su alrededor, otras platicaban de cerca en las mesas de metal y otras se susurraban cosas.

Bea frunció el ceño y el dolor en el pecho se acentuó, pero no lloró.

Artes Visuales y Tecnología era de sus clases favoritas, ahí sentía que de verdad aprendía a usar sus ojos, a no mirar, sino observar. No debía ser distinta a otra clase, pero en esa ocasión, Alfredo, su maestro, había encendido el proyector y las diapositivas mostraban algo que Bea ya había visto en Twitter y en Instagram: artistas que mezclaban poesía con collages. El profesor Alfredo explicaba cómo, dependiendo del tema, el *mixed art* cobraba vida en un proceso de imprimir imágenes, intervenirlas y escanearlas. Una especie de *stop motion* a la antigua.

En una de las diapositivas había un video corto de un minuto que usaba el piano de la canción de "Someone Like You", de Adele, mientras se escuchaba a Idea Vilariño recitar *Carta III:*

Querido
No te olvides
de que te espero siempre
Estoy aquí
No duermo
No hago nada sino eso

Te espero.

La elegante voz de Idea entonaba con claridad y desesperación una espera que era claro que no iba a tener fin, había recurrido al papel y a la tinta para sentir que sus palabras tenían un remitente, que era escuchada. Bea miró su cuaderno y vio que sus lágrimas desvanecían la tinta de sus apuntes; entendió que, como Idea, ella no quería saberse olvidada.

En noviembre descubrió lo buena que podía ser mintiéndose a ella misma. La esperanza, poderosa y dañina, le decía que tal vez él regresaría. Sus amigas, que escuchaban atenta su historia le decían: "Segurito regresa, todos lo hacen". Bea pensó que tenía sentido, que todo había sido tan rápido que seguramente habría una oportunidad de remediar las cosas y continuar juntos.

La única que miraba con detenimiento esa posibilidad era Lía, que le decía una y otra vez que así como era factible que ocurriera, también existía la eventualidad de que nunca regresara. Para ella, cualquier escenario donde él la dejaba de querer era mejor entonces, pero comenzó a mentirse diciéndose que era temporal. Que su encuentro no podía ser algo de tres meses, que esa experiencia debía tener un sentido más profundo para ambos, que solo se podía aprender a la distancia.

Con la mentira tatuada en su mente, fue fácil continuar con su vida sabiendo que todo eso era transitorio. Diciembre llegó y, con él, el frío despiadado de la ciudad. El aire helado de las mañanas le entumecía los dedos y la ayudaba a disimular un poco los desvelos. Sus calificaciones habían ascendido tanto que sorprendía a sus profesores.

Eso, González. ¿Ves cómo te faltaba enfocarte?

Aquel mes fue de enfoque y persecución. De pensar en todo menos en él, en esa última conversación, añorando que faltaba menos para que él regresara. Estudiaba y leía sin parar. Se anotó a un taller universitario cuando antes ni abría los boletines que

llenaban su bandeja de entrada. Hacía las cosas diferentes para ver si así el tiempo de espera se hacía más llevadero. Miraba a donde antes no lo hacía, y en eso comenzaron las apariciones, como a ella le gustaba llamarlas. La primera vez que sucedió iba de regreso a su dormitorio cuando lo vio. Lo que le llamó la atención fue el color de cabello. La medida de su espalda, la altura… Llevaba una sudadera azul oscura a juego con unos pantalones de mezclilla.

¿Era Pablo? Por supuesto que no, era imposible pero ahí estaba alguien que se parecía mucho a él. Sintiendo el peso de la mirada de Bea, el muchacho volteó a verla y tenía un rostro distinto al que ella se sabía de memoria.

Estos episodios fueron frecuentes durante esa época, en la universidad, los camiones, las plazas. Alguien con su misma altura le llamaba la atención, cualquiera con el pelo oscuro atraía su mirada. Antes de darse cuenta de que ninguno de ellos era Pablo, un frío que no tenía nada que ver con el clima rodeaba su cuerpo entero. Lo veía en todas partes y nunca era él.

Las dudas la comían viva y la dejaban sin dormir por las noches, donde no podía huir de ella misma. ¿Por qué se estaba tardando tanto en regresar? El desamor la desconocía por completo: descubrió que podía ser egoísta al fantasear con que él la estuviese pasando mal como ella. Que podía ser alguien terrible al recordar que, si él estaba mal, era por dos pérdidas. Nadando en las suaves aguas de la negación, imaginaba otros momentos donde él le pedía una segunda oportunidad, diciéndole que no había pensado en lo que había hecho, que decirle adiós había sido la peor decisión de su vida. Que todo el tiempo que estuvieron separados no sería en vano para ninguno de los dos. Toda mentira era mejor que lo insignificante y pequeña que su adiós sin esfuerzo la había hecho sentir.

Sus delirios tenían una fecha de expiración que ni ella podría detener. Enero llegó y la desesperación comenzaba a carcomerla por dentro. ¿Qué tan mal sería si lo volviese a buscar? Tal vez ella podría

acelerar el regreso, dar señales de vida que lo hicieran espabilar. El tiempo estaba pasando y el amor se entibiaba dando paso a algo que Bea no quería nombrar.

Cuando vio la fotografía en su celular lo primero que le llamó la atención fue lo fresco que él se veía. Parecía sonreír despreocupado, sin prisa alguna. Su cabello estaba corto y no había rastro de vello en su rostro. Sus ojos no tenían ojeras ni parecía estar serio. Las demás personas del grupo se veían relajadas. Buscó en su rostro un indicio de algo que apuntara que la pensaba, que tenía la intención de volver. Que aquel tiempo lejos había sido una tortura y que él ya emprendía el viaje de regreso a su encuentro.

Lo único que encontró fue a alguien que había seguido con su vida.

Bea se miró al espejo y no reconoció aquella mirada vacía de sus ojos. Ella no compartía esa sonrisa y, en sí, su existencia se sentía opaca. Ella había esperado todo ese tiempo a alguien que no tenía ninguna intención de regresar por ella y, en ese momento, cuando la burbuja se reventó, entendió la gravedad de lo que había hecho. Mentirse solo había entumecido la herida que sangraba y que ahora, sin una venda que contuviera sus efectos, empezaba a sentir de nuevo el dolor. Y esta vez, su pobre corazón no recibió piedad alguna.

Su vida consistía en habitar el vacío. En estudiar, existir y en adolecer. Ella perdió la paz y se empezó a consumir cuando entendió que aquello realmente había terminado. Se sintió tonta por haber creído que eso sería distinto y, por vergüenza, se encerró en ella misma. Creó una firma muralla donde solo ahí podía gritar, llorar y maldecir su nombre una y otra vez. Odiarlo por haberle enseñado que el amor existía, que caminaba por ahí y que ella estaba destinada a no tenerlo. A extrañar su compañía, su conversación. A intentar salvar cualquier parte de ella que se sintiera igual al pasado, pero no había mucho que reconociera de sí misma. Se sentía vacía.

El tiempo lo pasó en el silencio y la crudeza de saberse sin corazón. Que sus fantasías dementes la habían dañado y que era su propia culpa. En esa época no le gustaba verse al espejo ni tomarse fotos, no quería mirar en lo que se había convertido. Ella caía y caía hasta que un día llegó al fondo y se acostó ahí por meses. Su familia, que notaba el cambio, intentaba llegar a ella y Bea los ignoraba. Aceptó que el resto de su vida sería esto: el recuerdo de una chica que soñaba con el amor, que lo tuvo y que ahora se deformaba ante la triste realidad de saber que aquello nunca le pertenecería.

Ella se graduó con una sonrisa falsa en sus labios. El tiempo perdió su figura y, al parpadear, estaba de regreso en la Ciudad de México. Se despidió de su universidad un viernes de julio con la amargura de saber que en aquella habitación viviría siempre una versión de ella que ya no existía y que nunca regresaría. La casona se dio cuenta de que Bea estaba en la noche más oscura de su alma. Ni ella misma ni los muertitos, que caminaban en otros tiempos y en las sombras, podían sacarla de donde estaba. Nada parecía penetrar en la mente de la más pequeña del hogar. La única con la fuerza suficiente para sacudirla fue la valiente y querida Lía.

—Ya estuvo bueno, Beatriz. Te dejé llorar, sufrir y patalear todo lo que quisiste, pero ya fue suficiente. O vas a terapia o te juro que hago lo que sea para que lo que asusta acá te haga regresar de donde sea que estés. Tienes que sanar amiga y tú solo pareces ir en caída —Bea, que la miraba seria, se sintió terrible al ver las lágrimas de su amiga—. Te amo y me duele como no tienes idea verte tan… sin vida. Quiero ayudar a mi mejor amiga a regresar, pero me tienes que dejar, por favor.

Más que por ella, decidió ir a terapia porque odiaba causarle dolor a las personas que amaba. La primera vez que ella conoció a María, su psicóloga, intuyó que a ella no podría mentirle tan fácilmente. Bastó con que le preguntara cómo estaba para que ella llorara por no tener las palabras para explicar lo perdida que se

sentía. Que su mente parecía haber perdido cualquier sentido de claridad y ganas de existir

—Los cuadros depresivos por una ruptura son más comunes de lo que piensas. Si me lo permites, yo puedo ser esa persona que te acompañe a sanar esa herida. Es importante que te permitas sentir eso que tanto evitas para poder atravesarlo —le dijo María en la tercera sesión.

Como siempre que salía de terapia, Bea iba a una cafetería pequeña a tomarse un chai latte y a dibujar. Llevaba tres semanas viviendo con la única meta de sobrevivir. Su familia, que sabía lo que había ocurrido por Lía, no la presionaba a conseguir un trabajo sabiendo que la mezcla de las dos experiencias sería fatal. Desde que había comenzado a ir a terapia, Bea dibujaba por horas hasta que anochecía. Ahí, con un lápiz en la mano, no había vergüenza. Siempre usaba el rojo, un color que se acercaba a la rabia que había comenzado a sentir. La ruptura se le hizo injusta y triste. ¿Será que fue demasiado exigente? Quizá pudo haber sido más paciente, más diligente con la situación. Él llevaba apenas dos meses de luto y las personas hacían cosas descabelladas por el dolor. Las palabras eran un reflejo de sus propios deseos, acciones que no tenían sentido pasaban por su mente.

Había comenzado a ver las cosas como si fuese una tercera persona, recreaba una a una las escenas de una película sobre lo que había ocurrido entre ellos. Siempre salía llorando de las sesiones y fue así como sintió la necesidad de hablar de ese dolor con las personas que más necesitaba: su familia.

Esa tarde su madre había puesto un viejo disco de Dolores del Río y Leonor, que sabía que algo iba a ocurrir en esa cocina, empezó a fumar sus inquietudes con uno de sus cigarros de clavo. Bea las observaba en silencio, al mismo tiempo que le daba un sorbo a su chocolate caliente. Los muertitos, que siempre salían a recibirla, no se encontraban en ninguna parte. No escuchaba ni una risita ni pasos que delataran su escondite. Era extraño no sentirlos cerca,

pero incluso la casona parecía lejana, sin saludarla ni sentirla cerca de su particular manera. Sabía que aquella intimidad y espacio eran necesarios para las tres.

Casi como adivinando sus pensamientos, Bea sintió cómo una de las losas, la que estaba debajo de su pie que no paraba de moverse por los nervios, parecía brincar un poco. Un "Tú puedes, ve hacia ellas. Deja que te apapachen".

Ella fue la que rompió el silencio.

—Llevo meses sintiendo que un día de estos me voy a morir de tristeza.

Su voz sonó pequeña que casi Leonor y Alicia no la escuchaban. Dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a ella. Con ojos llorosos, Bea comenzó a contarles cómo se había sentido durante todo ese tiempo: les habló del vacío y de lo mucho que lo había amado. De lo frustrante que todo era para ella y cómo por meses se sintió completamente vacía y sin color. Había pasado casi el año desde la ruptura y parecía que, con sus mentiras, ella había retrasado todo su proceso de olvidarlo.

—Y todo porque me enamoré de alguien… me siento completamente estúpida por haber sentido tanto… tan intensamente.

—Es normal que te duela así, mi niña —Alicia sonaba paciente, llena de comprensión ante el dolor de su hija.

—¿Dolerme? Pero, mami, fue algo de tres meses. ¿Cómo algo tan breve pudo haber tenido un impacto tan grande en mi vida al grado de convertirme en esto? —Ella se señaló con las manos—. En tan poco tiempo se metió dentro de mí y no sé cómo sacármelo.

—Sí sabes que el amor no conoce de tiempo. No hay una fórmula que calcule cuánto es lo que se debe de llorar por alguien que ya no está, que sea proporcional al tiempo en que se quisieron ¿verdad?

Bea esperaba de todo menos ese comentario. De alguna forma, quizás la fuerte intuición femenina que corría por las venas de las mujeres de su familia, Leonor había dado justo al blanco de lo que

llevaba atormentándola. Sucedió mientras se bañaba: una sencilla pregunta hizo que se le quitara el apetito hasta la tarde.

¿Por qué estoy llorándole a alguien con el que estuve tres meses?

Conocidas, amigas, entraban en cuadros depresivos por relaciones de años, cuando parejas que habían estado juntas desde preparatoria, cuando tanto el amor como las personas comenzaban a crecer y de repente terminaban. Ahí las reacciones que ella tenía le harían sentido. ¿Ella tenía el derecho de sentirse así por alguien cuya relación fue tan breve?

Sintió vergüenza por ella misma. Cuando quería ponerse a llorar porque escuchó su nombre en la calle, se recordaba que no fue para tanto. Cuando le costaba trabajo levantarse de su cama, separarse de la mano invisible que la jalaba para seguir durmiendo, se recordaba que estaba exagerando, que no había forma que las miradas compartidas entre ellos fueran para tanto, si él la dejó ir así de fácil. Las conversaciones habían sido una ilusión de los primeros días amorosos entre ellos. Todo estaba bañado con miel porque habían sido amigos que nunca se sintieron como tales. Al menos no para ella.

Las palabras de su mamá fueron una sacudida.

—Sí, mi amor. A veces los amores más cortos son los que más nos marcan. Echan raíces y una no se da cuenta de cuándo llegaron a lo más profundo. La única forma de hacer que pase es que lo aceptes y comiences a reconocer que no estás bien.

Los meses pasaron entre el sube y baja de emociones con las que ella luchaba. Estaba cansada de su propia mente. Justo cuando parecía que todo acababa por fin y que regresaban los días de quietud, una nueva revelación llegaba. Tener el corazón de verdad roto se convirtió en una experiencia que miraba con curiosidad y dolor. Inició entonces el proceso de reconocer a la persona que era después del quiebre. Si ella no se reconocía, debía comenzar a escribir lo que ahora existía en ella.

El inicio de 2019 estaba a la vuelta y Bea ya comenzaba a salir del fondo donde vivió por meses. Eran vísperas de Año Nuevo y Hugo la había obligado a salir con sus amigos a un antro, alegando que le haría bien divertirse. Para ese punto en el que sus emociones parecían regresar más amablemente, la diversión para Bea se veía como jugar cartas con Leonor y su mamá. Quizás robarle un cigarro de clavo y beber ponche calientito. La casona se había vuelto su lugar seguro y no salía mucho de ahí, como si en ese lugar estuviese volviendo a recuperar la fuerza y el color.

—Ay, hermanita. Tienes que salir a que te dé el aire. Además, te quiero presentar a alguien. Estoy seguro de que te va a caer superbien.

El antro al que fueron estaba lleno de gente. Era la una de la mañana, hora razonable para decirle adiós a la familia y salir a divertirse con los amigos. Había brillantina por donde sea que ella mirara. Las luces y el olor a cigarro le hicieron querer darle un zape a su hermano por haberla animado a ir, pero se contuvo porque Hugo parecía estarse divirtiendo con Inés y sus amigos de la universidad.

No, el enojo por haber cedido a salir no llegó ahí. No fue ni por la cantidad de personas que había ni por el enfado que sentía al no tener ganas de bailar, cuando ella amaba hacerlo. Llegó cuando se fijó en la gente a su alrededor. Así como Hugo, había decenas de parejas bailando juntas. Le dio coraje verlos tan felices, tan cercanos. Lo íntimo que era cantarle a alguien versos de deseo, mirarse a los ojos. No importaba que probablemente la mitad no llegara a recibir el próximo año nuevo juntos, pero ahí estaban, frente a ella. Un recordatorio de que lo que le hacía falta y que alguna vez tuvo.

Ahí, en la mesa pegajosa y húmeda del antro, se prometió que este año sería distinto. Que ya era hora de comenzar a soltar, que ella también merecía un cierre a algo que aun después de tanto tiempo, recordaba con mucho cariño. En los siguientes meses se

repitió que no necesitaba a nadie. Se había condicionado a pensar que, si no tenía a nadie a su lado, era porque así tenía que ser. Reflexionaba sobre sus errores y una vieja frustración regresaba, prometiéndose jamás volver a confiar así de rápido.

Los hombres mienten, usan y lastiman todos los días porque pueden, Bea. Así son. No les importa lo que sucede después. No piensan en lo que una simple oración puede ocasionar. No saben que una pierde la cabeza intentando entenderlos cuando simplemente está en su naturaleza hacerlo.

La vida tenía formas curiosas de poner todo en su lugar. Fue una mañana, cuando Bea consiguió el trabajo que sospechaba sería la puerta correcta para encaminarla a sus sueños. Llevaba un tiempo reflexionando lo que quería hacer ahora que las fuerzas parecían haber regresado a ella. Había pasado demasiado tiempo hundida en su tristeza que se olvidó que aún había sueños esperándola pacientemente. Con motivación decidió comenzar a buscar y después de dos meses, una carta de recomendación de sus profesores, las prácticas profesionales y sus calificaciones le habían abierto la enorme puerta de madera del Munal.

"El trabajo no es sencillo. Como nunca has estado en un museo, entendemos tu falta de experiencia. De todos modos, tendrás que aprender a hacer un poco de todo. ¿Te interesa?".

El puesto era el de asistente de un catalogador. No era usual que una vacante así se abriera y, por lo mismo, la paga era el sueldo mínimo, pero garantizaba acceso a algún puesto dentro del equipo de trabajo.

Con los ánimos de iniciar una rutina nueva, poco a poco volvió en sí. Empezó a ver al sol salir a primera hora de la mañana, a apreciar el tiempo y espacio que se había tomado para ella misma en ese año. Parecía tan frágil esta nueva tranquilidad que decidió dar pasos pequeños: volvió a buscar a sus amigos, a pintar y salir a correr por las mañanas.

—¿Es normal que sienta nostalgia cuando pienso en él?

Leonor estaba picando fruta en la cocina mientras Bea se preparaba un café con leche. Después de varios meses, su plan de reconquistar su vida había funcionado. El recuerdo del vacío ahora era solo una remembranza triste, un lugar del que se acordaba con mucho asombro y pesar. Pero de pronto, en pequeñas cosas, el fantasma de lo que fue ese amor se asomaba. Tenía meses sin hablar de él porque no le nacía hacerlo. Ya no había nada más que decir, nada que analizar. Cuando volteaba al pasado, por fin entendía lo que los llevó al abismo. No fueron ni las circunstancias, el duelo de él o la esperanza. La respuesta era dolorosa pero verdadera: él no había querido seguir con la relación.

Leonor, que era experta en fantasmas del pasado, la entendió completamente.

—¿Quieres que te diga la verdad, mi niña?

—No sabía que conocías otra cosa que no fuese ser ridículamente honesta, tía.

Leonor se rio. Alzó su propia taza de café y le dio un sorbo.

—Probablemente no vayas a olvidarlo nunca. Tú sabes qué tan profundo alguien echa raíces en ti. Yo también llevo por dentro los hilos que personas tejieron dentro de mí. Al inicio es difícil asimilar que su ausencia no hace menor el impacto de lo que alguna vez hubo, pero con el tiempo llega la comprensión. Cariño por lo que fue y por lo que pudo haber sido. Que una historia de amor termine no le quita un gramo de historia de amor, mi niña.

La casona sintió paz al ver a la menor de las Domínguez comenzar el camino que debía recorrer.

El tiempo pasó y Bea no volvió a saber nada de Pablo, pero la casona, que conocía de amores imposibles, supo que aquello era una ilusión. Ella tenía que seguir adelante en el camino de su vida, sin que nadie la detuviese. Esa era la única forma en la que el extranjero llegara a ella. En sus ratos de soledad, tenía visiones de un hombre joven de ojos grises llorando por las noches y siendo serio durante el día, que hacía lo necesario para cumplir. Había

perdido los colores. El único recordatorio de la luz era la foto que llevaba en su cartera y las pláticas que tenía por la noche con sus amigos de internet, un ejercicio que su terapeuta le había sugerido para volver a conectar con las personas. Si sus cálculos no le fallaban, por estas fechas era cuando Hugo y él por fin iban a coincidir.

La casona rio. Aun después de tantos años, se seguía sorprendiendo por lo malvado y juguetón que podría llegar a ser el destino. ¿Por qué no había dejado que estos dos niños que se amaban siguieran juntos? Todavía no tenía la respuesta, pero sabía que, tarde o temprano, el extranjero, sin saberlo, cumpliría su palabra de regresar por ella.

Solo tenía que esperar.

CAPÍTULO 14
2024, Ciudad de México

Para Bea, su parte favorita de las bodas siempre sería el primer baile que compartían los esposos. Tenía una lista de los más memorables, que iban desde coreografías ensayadas hasta canciones épicas. Desde que se sentó en la mesa designada para los familiares, supo que el de su hermano sería uno de sus favoritos.

Lo que le llamó la atención fue la intimidad que se sentía entre ellos dos, aun cuando más de cien personas los miraban desde sus asientos. Era tal su acercamiento que sintió unas ganas enormes de desaparecer a los invitados de la amplia sala del antiguo hotel, ella incluida, para darles privacidad. La iluminación les daba un aura etérea, como si fueran parte de un sueño, fantasmas del hotel que regresaban a revivir una y otra vez aquel baile que se volvía algo inolvidable para los dos. Se preguntó si alguien más sentía que estaba de sobra, que estaba viendo algo que debía ser privado.

Hugo e Inés tenían sonrisas suaves en su rostro mientras se mecían al ritmo de la música. Inés apoyaba su cabeza bajo la barbilla de Hugo mientras él se recargaba en ella. Una canción de amor sonaba y ellos realizaban el baile que alguna vez les había estresado y que ahora fluía fácil entre los dos. Bea jamás sabría si Inés pisó a Hugo como ocurrió en el pasado. En ese momento, veía sus rostros felices, diciéndose cosas al oído. Todos los invitados los miraban con cariño. Unos grababan, otros disfrutaban de la vista y

unos cuantos pocos, como Bea, disimulaban lágrimas que caían libremente.

Bea lloraba de felicidad por su hermano, sí, pero también lo hacía por su soledad. A esa edad, la maldición del pozo era algo que recordaba con menos frecuencia. El inevitable fin de sus amores era algo que ya no la tomaba por sorpresa, lo aceptaba y dejaba ir junto con las cosas que alguna vez soñó para ella, pero en esos momentos en los que cedía el velo en el que envolvía sus deseos, se permitía tener miedo. Bea también quería perderse en un baile que se sintiera eterno y llorar porque era ella a la que le prometían un "por siempre"… y no por tener la certeza de que ese amor nunca llegaría.

No ayudaba que la presencia de Pablo, que la hacía querer mirar sobre su hombro donde él estaba sentado, le recordaba lo que casi tuvo y se fue de entre sus dedos. ¿Qué pasaría si se acercara a él? No había pensado en las consecuencias que aquel beso tendría en ella. Se había iniciado una cuenta regresiva en su interior, un *tictac* que sonaba en el fondo de su mente avanzaba hacia algo que no podía nombrar aún, pero que iba creciendo desde el beso en el bar.

La primera grieta de su fachada la sintió cuando caminaron hacia el escenario para llegar justo enfrente de la mesa de los novios. La música se había detenido y las miradas de los invitados estaban sobre ellos, esperando curiosos el discurso del padrino y de la dama de honor. Pablo parecía seguro de sí mismo con el micrófono en la mano y ella respiraba profundamente antes de hablar.

—Hola, ¿me escucháis?

Probó el micrófono. Desde su mesa escuchó a su mamá gritar un "¡Sí!" entusiasta. Pablo sacó una hoja en blanco del interior de su saco y se la extendió a Bea mientras él extraía otra idéntica. La desdobló y se acercó al micrófono.

—Vale. Antes que nada, quiero pedirles una disculpa. Me han dicho que hablo rápido cuando siento vergüenza, como cuando tu mejor amigo virtual te dice, según sus propias palabras, que tienes que "decir algo sentimental para tu discurso como padrino, porque

es lo que te tocó hacer" —dijo Pablo imitando el acento de Hugo, cosa que le sacó risas a los invitados y a ella—. Creo que no es fortuito que me haya pedido esto porque, como es probable que no sepan, Hugo y yo nos hicimos amigos por jugar videojuegos. Se podría pensar que dos hombres de más de veinticinco años jugando en el internet podría ser contraproducente, pero mi amigo llegó en un momento crucial para mí.

"Yo perdí a mi madre en uno de los mejores veranos de mi vida —continuó Pablo—. Sentí que la vida me había puesto el mismísimo sol en el rostro y que, de pronto, este se había ido sin que yo pudiese hacer algo al respecto. Pasaron seis meses hasta que, gracias a mi terapeuta, comencé a intentar volver a la vida. Intenté hacer amigos varias veces y la verdad es que no conectaba con nadie hasta que llegó Hugo. Al inicio jugábamos en bandos opuestos. Él era un hueso duro de roer, nada fácil de vencer. ¿Han visto a Hugo desesperado y enojado? Inés, admiro tu infinita paciencia con él.

Pablo hablaba de su historia de una forma tan sincera que fue imposible que los invitados no lo tomaran con humor. Él la miró expectante, indicándole que era su turno de hablar.

—Buenas noches a todos, mi nombre es Bea y es improbable que no me conozcan pero si es así: ¡hola, yo soy la hermanita menor del novio! —las risas de los invitados se escucharon en el salón—. Crecer con Hugo ha sido uno de los grandes privilegios que me ha dado la vida. Lo hemos compartido todo juntos: la infancia y nuestro profundo amor al arte. Es precioso recordar el día en que llegaste de la preparatoria y me dijiste que habías conocido a tu futura esposa, pero que no sabías como acercarte.

—Y es verdad —intervino Pablo—. Años después de eso, cuando él y yo ya éramos amigos, me contó que llevaba varios años siendo novio de una chica que estaba seguro de que iba a ser su esposa. Él me dijo: "Es que si la conocieras de verdad entenderías por qué me tiene cacheteando las banquetas. ¿Sabes qué es lo que más me

asusta? Que no quiero que el tiempo pase cuando estoy con ella". Me preguntó si era posible que él supiese que ella era la indicada. Yo le respondí: "Si piensas que esa es tu chica, *la* chica, no dejes que nadie ni nada la separe de ti, ni siquiera tú mismo".

Bea había entrado en una especie de trance; tal vez Pablo no la miraba mientras continuaba su parte del discurso. Sus palabras eran nuevas y no estaban en las notas que habían hecho. Podía sentir su corazón latir fuerte. Le aterró pensar que su parte todavía no terminaba y ahí estaba él, hablando en código, hecho para que ella pudiese entender la historia que narraba.

—Tardé años en entender que el amor que estamos viendo hoy aquí es un acto de valentía. Cuando el amor llega, a veces uno no está listo. A veces puede ser paralizante encontrar en una persona un espejo en el que te puedes ver tan claro, que incluso observas partes de ti que nunca te habías atrevido a mirar, y puede ser terrible de reconocer. El amor te obliga a observarte y a conocerte, por eso es importante aferrarte a él cuando lo encuentras.

—El amor y sus consecuencias pueden ser aterradoras para algunos —si Pablo había improvisado, Bea también podía hacer lo mismo que él—. ¿Qué pasa si lo intento y sale mal? Nadie de nosotros se va a salvar de un corazón roto y está bien. Solo así podemos aprender y evolucionar pero en los últimos años me interesa más una pregunta diferente: ¿qué pasa si lo intentas, si das ese salto de fe y todo sale mejor de lo que alguna vez soñaste? Nadie de nosotros sabe con certeza el futuro pero me queda claro, viendo a Hugo e Inés, que el riesgo de su amor valió la pena.

Bea miró al frente firmemente, sintiendo la mirada de Pablo buscándola. Él carraspeo lejos del micrófono y continuó:

—He visto a este par transformarse en una de las mejores personas que conozco. Su amor ha ido cambiando con el tiempo. Todos evolucionamos, nada se queda igual, ni siquiera el amor. El de ellos ha ido creciendo y, no sé ustedes, pero eso me hace pensar en el milagro que es encontrar a tu persona y además estar listo para

ello. La coincidencia. No sé si es suerte o destino o un poco de ambos, pero hoy tenemos este recordatorio de ser valientes, porque la vida es demasiado corta para no ir corriendo tras lo que amamos.

—Hoy quisiera que alcemos nuestras copas en honor a los novios. Por la valentía y el triunfo del amor de Hugo e Inés, ¡Salud!

Los invitados alzaron sus copas y gritaron "¡salud!". Bea se bebió el líquido burbujeante de su copa de un solo trago, queriendo distraerse de lo que habían dicho. Con el reflector todavía sobre él, dio un sorbo a su propia copa, con la mirada puesta en ella. Sus ojos se encontraron y sostuvieron la mirada con una intensidad que, en ese momento, la aterró. Él la había visto de esa forma antes, en la soledad de las cuatro paredes de su habitación en Alicante. Sin saber a dónde huir, Bea desvió la vista y regresó a la mesa con su familia. De lejos, lo vio llegar a la mesa donde estaban sentados los demás padrinos. Fue recibido entre vítores y palmadas en la espalda por todos, menos Armando, que bebía de su vaso.

"Tengo que acercarme a él. Es que ve lo guapo que es. ¿Escuchaste cómo habló? Ese tipo de hombres, que además de verse así saben usar su boca, son los que me gustan".

Las damas de honor, que estaban en la mesa de al lado, soltaban risitas nerviosas por el comentario en doble sentido. Entre ellas hacían planes para acercarse a Pablo que Bea prefirió ignorar. Ella tuvo una satisfacción silenciosa que le sacó una sonrisa pícara por la ficción que la prima de Inés creaba alrededor de Pablo. Ellas podrían imaginarse, pero Bea era la única que sabía lo que aquel "hombre guapo" podía hacer. Miró sobre su hombro, imaginándose lo distinto que sería estar con él ahora que había crecido para convertirse en un hombre apuesto. No las podía culpar, ella también estaría inquieta.

Aún con la cuenta regresiva que sonaba en su mente y las finas fracturas a su autocontrol, Bea se prometió que no dejaría que esta noche la pasaría angustiada. Volteó a ver a su madre y a Leonor, que brindaban con un movimiento alegre con un caballito de tequila

transparente. Todo a su alrededor era buena energía, el aire vibraba con una noche que prometía diversión.

No hay ningún amor que valga la pena la distracción del amor de mi familia.

—¡Oye, m'a! ¿Vas a aceptarme un baile hoy o no?

Su tía Leonor sacó la botella del tequila reposado que escondía debajo de la mesa y la azotó un poco más fuerte de lo que debía.

—Si van a bailar, necesitan un poco de esto. Vente para acá, aquí se puede ver mejor la pista de baile.

Bea se enfocó en su familia. Siempre recordaría la forma en la que el pelo de su mamá caía peinado en rizos suaves y cómo la tía Leonor, con cada caballito, se reía cada vez más fuerte con su hermana. Se acordaría de cómo tuvo que contener sus carcajadas al escuchar que su tía estaba criticando la cena.

"El pollo está demasiado seco. ¿Ves, Alicia? A mí me hubiese quedado mejor".

Cuando la pista se abrió, ella fue la primera en sacar a bailar a su hermano y su esposa. El DJ de la noche era conocido por su gran selección de canciones y, en unos minutos, los demás invitados habían comenzado a levantarse de su mesa y caminar a la pista. Bea se sentía libre y tranquila. La música la hacía querer soltar cualquier preocupación. En su afán de cumplir como dama de honor y que la gente a su alrededor se divirtiera, en un descuido de la tía Leonor agarró la botella de tequila. Cuando ella se dio cuenta, Bea estaba repartiendo *shots* a su alrededor.

—Alicia, ¡haz algo! ¡Se va a acabar mi tequila!

—¿Y qué? ¿Te lo quieres acabar tú? Luego la que te anda cuidando en las noches termino siendo yo. Déjala que haga lo suyo.

Bea le empinó la botella a las personas sirviendo *shot* tras *shot* hasta que la botella quedó vacía. Ni su tía ni su madre se preocuparon por ella, porque sabían que para ver borracha a Beatriz González hacían falta muchísimos caballitos de tequila.

Cuando Inés lanzó el ramo, ella fue la primera en acercarse a la novia para sostener la silla en la que estaba parada, mientras que Pablo agarraba a Hugo de los muslos, quien comenzaba a brincar emocionado por emborrachar a sus amigas. Risa a risa, giro en giro, las horas empezaron a transcurrir.

Durante los bailes, Bea sentía una tensión que la hacía querer buscar a Pablo entre la gente. Ella intentaba no hacerlo, pero era difícil no fijarse en él, cuando bailaba a una distancia prudente de ella. Por momentos sus miradas se encontraban y ella luchaba contra la necesidad de acercarse. No habían hablado desde su discurso y eso la tenía en un estado de alerta, sabiendo que, cuando se acercara, tal vez la cuenta regresiva llegaría a su fin.

Era imposible no mirar la amplia sonrisa que llevaba: cuando su hermano tiró una caja de tequila vacía en vez del liguero, Pablo reía como no lo había visto hacer frente a otros, mientras era empujado por los demás hombres, quienes vitoreaban para ganarse más alcohol. Cargó a su hermano junto con los demás padrinos para arrojarlo por los aires. También fue el primero en preguntarles a Hugo e Inés si necesitaban algo.

Verlo tan atento, tan lleno de afecto hacia su familia, la hacía querer mandar cualquier lógica lejos y estar con él. Tal vez era la euforia del momento, pero quería que la viera, que volviese a ser quien, sin arrepentimiento, parecía ir tras ella una y otra vez. Coincidieron en uno de esos curiosos círculos de amigos y familia donde todos bailaban con nadie en el centro: ella lo retaba con una sonrisa traviesa y él asentía mientras hacia la señal de "te estoy viendo" con dos de sus dedos.

Hugo e Inés entraron al centro del círculo y entre todos les hicieron fiesta, bailando y aplaudiendo. Cuando el espacio quedó vacío, Pablo estaba dentro del círculo frente a ella, y Bea lo retó a avanzar. Pablo se acercó a ella bailando y riendo, jalándola hacia él y dándole una vuelta mientras movían sus cuerpos al ritmo de la música. Su familia, quien no se salvaba de ser ruidosa, comenzó a

gritarles el famosísimo "¡eh, eh!" para que bajaran hasta el suelo, Pablo, sorprendiéndola por lograrlo, tuvo que sostenerse el estómago por la risa. Se miraron con un cariño que se sentía cálido y que no querían que acabara.

Bea necesitaba un poco de descanso y un vaso de agua, regresó a su mesa, sintiéndose completamente feliz mientras se sentaba. La gente a su alrededor parecía estar igual de contenta que ella, algunos seguían bailando y otros habían regresado a sus mesas. Las horas habían pasado y el DJ decidió que era momento de tocar algo más suave para los invitados y puso baladas. Conociendo a su cuñada, ella era la razón de que se tocaran esas canciones.

Desde pequeña había aprendido a reconocer el aroma a limpio de su loción cuando le daba un suave beso antes de irse a trabajar, en lo que ella caminaba en una línea entre el sueño y la realidad, así que supo quién se sentó a su lado, en tanto veía a Hugo e Inés bailar lentamente, rodeados de otras parejas.

Rafael veía hacía Inés y Hugo y ella lo veía a él.

—Hacen muy bonita pareja, ¿verdad?

Ella asintió, sintiendo la usual incomodidad de estar cerca de él. El *tictac* que no parecía dejarla, sonaba con más urgencia. La cuenta regresiva la estaba desesperando. No importaba que sus interacciones con Rafael fuesen contadas, siempre tenía la sensación de no querer compartir su espacio con él. A lo largo de los años habían respetado el espacio del otro pero Rafael, tal vez conmovido por la edad, intentaba acercarse sin tener mucho éxito. Bea pensó ingenuamente que tal vez el día de la boda trascurriría como sus otros encuentros.

Tomó el vaso de agua fría de la mesa. Le dio un sorbo y esperó a que el hielo hiciera algo para asentar la mezcla de emociones que sentía cuando su padre estaba cerca de ella.

—¿Ni en el día de la boda de tu hermano vas a regalarle una conversación a tu padre?

Ella lo miró y en sus ojos vio los estragos que el tiempo había hecho en ese hombre mayor que era su padre. Había algo nuevo en su semblante, algo que la propia distancia que ella había puesto no la había dejado ver. Parecía más cansado que antes, incluso derrotado.

—Siempre he estado aquí para platicar y lo sabes, papá.

—Si le llama a una conversación a que yo hable contigo durante aproximadamente cinco minutos, y tú inventes una excusa para alejarte, pues sí, tú y yo hablamos muchísimo —Bea consideró sus palabras, sorprendida de que él haya contado el tiempo exacto en el que ella huía de él—. No quiero seguir envejeciendo sin saber que todo está bien entre nosotros. Reconozco que no he hecho las cosas bien, pero…

Bea estaba segura de que había incredulidad en su rostro. Rafael pudo haber escogido otro lugar y momento para hablar con ella y, de todas las opciones, ¿tenía que ser hoy? Hacía tiempo que había decidido que Rafael no tenía un impacto en su vida y, por eso, prefería ser educada y respetar a una de las personas que la había criado.

—Creo que no es el momento para hablar de esto, ¿o sí?

Su voz sonó firme mientras ella se paraba de la silla, pero su padre la tomó por la muñeca. Bea giró su cuerpo hacia él.

—Espera, Bea. Si tan solo me escucharas, no quiero que te quedes con esa imagen mía de cuando eras pequeña…

Distraída con su padre, Bea no notó que alguien los observaba desde lejos, alguien que había decidido acercarse. Sintió la cálida mano de Pablo acomodarse en su hombro mientras le dirigía una sonrisa educada a su padre.

—Buenas noches, señor. Un gusto conocerlo. Pablo Grant Benítez, amigo de su hijo Hugo —con una sonrisa encantadora, él extendió su mano para estrechar la de su padre, quien le devolvió el saludo—. Espero no interrumpir, pero Bea me había dicho que quería bailar esta canción y pues, ¿quién soy yo para negarle algo? —él le ofreció

su mano y ella casi le dio un beso por ser el escape perfecto a esa conversación que sabía que sería incómoda—. ¿Vamos?

Bea miró a Pablo con alivio y, sin pensarlo dos veces, se acercó a él y tomó su mano.

Bea vio a su padre sobre su hombro y le dijo:

—Si realmente quisieras pasar tiempo conmigo, respetarías cuando te digo que este no es el momento ni la forma de hacerlo.

Pablo cubrió la mano de Bea; ella sintió un ligero apretón que entendió como un "todo va a estar bien". Ella no se quejó cuando se pusieron frente a frente y él la envolvió en sus brazos. Bea necesitaba el confort después de estar cerca de Rafael. Rod Stewart cantaba "For the First Time", una canción que le gustaba mucho a su tía y a su mamá, mientras Pablo y ella comenzaban a mecerse. Bea agradeció su cercanía y sintió cómo el ligero movimiento de sus cuerpos la comenzaba a calmar. Pablo le sujetaba la cintura con un mano y con la otra sostenía sus manos sobre su pecho.

Bea cerró los ojos para que así fuera menos evidente que había esperado toda la noche para estar entre sus brazos.

—Sé que probablemente no quieres hablar, pero ¿estás bien? —preguntó Pablo, agachando la cabeza para descansarla sobre su frente.

Ella abrió los ojos y alzó su rostro, sus ojos grises brillaban preocupados por ella. Bea no solía ruborizarse para nada pero, con él, las emociones se le subían a la piel.

—Sí, estoy bien. Tienes un talento para llegar cuando más se te necesita. ¿Cómo le haces?

Quería sonar normal, modular su voz para que pareciera que sus interacciones no la afectaban, pero era imposible cuando él era tan encantador.

—No lo sé —él se alzó de hombros, había un aire juguetón en sus gestos—. Si soy sincero, últimamente no soy el mejor midiendo mis tiempos. No soy tan puntual como crees.

—¿A qué te refieres? Yo te vi estar listo a tiempo en todo momento en estas semanas.

—Aquí hice mi mejor esfuerzo, no quería que tu madre y Alicia pensaran mal de mí.

—Créeme, si por ellas fuera tú te quedarías aquí con nosotras. Melchor tendría sus opiniones, pero seguro te lo ganarías después.

Bea no midió el peso de sus palabras hasta que habían pasado. Él rio suavemente, como si hubiera sido un chiste que solo él entendía.

—A quien quería ganarme era a alguien más, Bea —sus palabras eran tentativas, medía las reacciones de ella que lo miraba sorprendida—. ¿Ves cómo si he llegado tarde esta vez? —Pablo tomó su mentón entre sus dedos, haciéndole que lo mirara a los ojos—. Soy un imbécil por haberme tardado casi siete años en volver por ti, Bea.

El tictac, aquel sonido que la había estado siguiendo, se quedó en silencio. Bea miró a los ojos de Pablo y encontró algo que la desarmó: sinceridad, una súplica contenida que también buscaba algo en ella. ¿Qué tenían las bodas que hacían a la gente querer sincerarse? Como si el "por siempre" de los demás hiciera que el propio se sintiera como una necesidad.

—Me pasé siete años sabiendo que estabas a una persona de mí para volver a verte. ¿Sabes la tortura que era escuchar a tu hermano hablar de ti sin que yo pudiese opinar? Supe de ti y no pude acercarme y…

Bea se separó de él, atónita por todo lo que escuchaba.

—Si realmente hubieras querido, no habrías dejado que las cosas terminaran como lo hicieron.

—Bea, déjame explicarte…

La conversación que tanto temía estaba en curso y parecía explotarle directamente en el rostro. Si sus palabras eran claras, solo había un motivo por el que él se dirigiera con arrepentimiento hacia ella, como si esos siete años le hubiesen dolido igual que a Bea. Le

causó terror que él también sintiese lo mismo que ella, una prueba de que el pasado se había hecho presente y, ahora, estaban obligados a hablar de su ruptura.

Una serie de imágenes pasaron por su mente: ella llorando, confundida, extrañándolo. Bea rehaciendo su vida desde las heridas que el desencuentro entre ellos le habían ocasionado. Y sobre todo, se vio pensando en él a lo largo de los años, como se hace con los secretos que habitan en el corazón de las personas. Por eso hizo lo mejor que sabía hacer: Dio media vuelta, dejándolo solo. Tuvo a su favor que el ritmo de la música había cambiado, haciendo que fuera más difícil para Pablo atravesar a la multitud.

—¡Bea! ¡Espera!

En su escape, Bea miró sobre su hombro y vio cómo una de las primas de Inés, la que había sonado determinada a hablarle, lo tomaba del brazo y lo detenía.

Bea no quería ver nada. Se giró y reanudó su camino. Abrió las puertas de madera de par en par, saliendo a un pasillo que se extendía de lado a lado. Siguió su camino, cruzándose con diferentes pinturas y arreglos florales. Cada paso que daba parecía caminar sobre una línea de tiempo: la distancia que ponía entre ella y el salón, la regresaba el pasado. Se acordaba de las lágrimas, la depresión. Se veía a ella misma en el vacío, viendo su celular y esperando a alguien que nunca la volvió a buscar. Se vio luchando por meses contra la ridícula idea de perder la dignidad y buscarlo; navegando la frustración de lo injusto de las circunstancias, lo terrible que él había sido. Sobre todo, se acordó de lo mucho que lo había extrañado. Cómo, aun después de años, de vez en cuando, ella sentía la necesidad de buscarlo cuando algo bueno sucedía.

El pasillo se extendía hasta un balcón enorme que dejaba entrar el frío aire de la noche, que ondeaba las enormes cortinas blancas. Bea miró sobre su hombro. El pasillo seguía vacío, el eco de la fiesta se escuchaba a la distancia. No había mucha opción de a dónde ir, considerando sus opciones Bea movió las cortinas y entró al balcón.

Frente a ella, bajo una noche de cielo despejado, se extendía la enorme Ciudad de México. Un sinfín de luces brillaban frente a ella, cada una un alma, una historia que jamás conocería. Bajó unos escalones y avanzó hasta llegar al barandal, mirando hacia el cielo. Deseaba poder ver las estrellas, con la esperanza de que le dieran algún consejo sobre lo que iba a ocurrir. Sabía que tenía minutos valiosos para prepararse, que era cuestión de tiempo antes de que Pablo la encontrara.

Se había sentido celosa de la dama de honor, pero no porque Pablo fuera a corresponderle. Lo que le daba envidia era la frescura con la que podría conocerlo. No había un pasado un desastre que la detuviera de arrojarse en sus brazos y conocer al gran hombre sin sentirse como una tonta que cometía el mismo error dos veces. No sentiría culpa por volver a verlo, por querer dejarse llevar. No habría consecuencias porque no habría errores pasados que le advirtieran sobre la catástrofe que sería aquel vínculo.

Bea contó cinco minutos hasta que, a lo lejos, escuchó la música del salón aumentar de volumen y luego atenuarse de nuevo con el cerrar de la puerta del salón. Unos pasos se iban acercando a toda velocidad. Se detuvieron del otro lado del balcón, entre las cortinas vaporosas que bailaban a su alrededor. Vio su silueta, como si pudiese sentirlo a través de las cortinas. Un momento después separó la tela, y ahí estaba él. Su pecho subía y bajaba apresuradamente. Había preocupación en su mirada y la misma desesperación de hace unos minutos era perceptible en su rostro. Se veía terriblemente guapo con el traje de noche que usaba.

Verlo así no me ayuda en absoluto pero concéntrate, Bea.

—¿Puedo pasar?

Bea entrecerró los ojos dándole la espalda a la ciudad, mientras se cruzaba de brazos. Asintió, pero cuando Pablo comenzó a avanzar, alzó una mano hacia él.

—¿Eres consciente de lo que vas a hacer? —su voz sonó seria, como casi nunca lo hacía—. Quiero que lo pienses bien, porque

después de esto, puede ser que no haya vuelta atrás. Si tú y yo vamos a tener *la conversación*, necesito que lo hagas sabiendo que puede haber consecuencias que tal vez no te gusten. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Pablo se sostuvo del marco de la ventana de cristal. Los dos luchaban contra algo que no sabían distinguir.

Él fue el primero en rendirse.

—Jamás he estado más seguro de algo en mi vida.

Bea asintió de nuevo y bajó la mano.

Pablo bajó los escalones hasta llegar frente a ella. El aire hacía que el cabello de Bea, que se había soltado en algún momento del baile, ondeara alrededor de su rostro.

—¿Esta valentía tiene algo que ver con el alcohol de la fiesta?

Él negó con la cabeza.

—Solo tomé durante el brindis. No hagas eso, Bea. No intentes buscar otras razones por las que quisiera estar aquí, después de lo que dije en el discurso.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué otras razones podrías tener?

—Bea… —dijo su nombre como un suspiro, tan suave que apenas lo escuchó. Vio un leve temblor en las manos de Pablo, que estiró nerviosamente. En el tiempo en el que habían convivido, presente y pasado, no lo había visto estar tan intranquilo como ahora.

—No debí dejarte ir, Bea.

—¿Eso es lo único que tienes que decir?

Bea podía ver la lucha en sus ojos, una desesperación por tal vez no decir algo incorrecto que arruinara el momento. Ella sabía que lo estaba intentando pero el silencio era algo que no podía soportar. Negó con la cabeza y decidió irse. Ya no estaba dispuesta a pasar de nuevo por estos silencios.

Una mano en su muñeca la detuvo, haciendo que volteara a verlo. Bea sintió que el ojo del huracán estaba frente a ella. Necesitaba saber su parte de la historia, completar el rompecabezas

a medio acabar. Si él realmente no había querido verla, estaba lista para escucharlo. Al menos así, tendría por fin la certeza y podría seguir adelante conociendo la verdad.

—¿En serio quieres hacer esto? De acuerdo —Bea puso sus manos en sus caderas—. Dime por qué no me buscaste en todos estos años. Sabías perfectamente dónde estaba, incluso tenías a mi hermano como la excusa perfecta para hacerlo. ¿Qué te detuvo todo este tiempo?

—Pensé que tú sabías — murmuro él con el rostro quebrado—. Pensé que todo este tiempo tú también sabías y que no querías nada que ver conmigo. ¿Tienes idea de lo terrible que fue verte en fotos, ver en quién te habías convertido y no poder hacer nada al respecto? Yo estaba decidido a orbitar cerca de tu vida a la distancia, me iba a conformar con verte de lejos con tal de poder tener algo de ti. Fui un estúpido en asumir pero tu hermano me contaba de ti y de cómo sabías de mi existencia.

Bea buscó en sus recuerdos lejanos alguna conversación con su hermano hasta que dio con una noche cuando se habían desvelado: ella pintando y él jugando videojuegos.

—¿Tú eres él? ¿PBSandwich94? —dijo el nombre del usuario con una sonrisa, intentando contener una carcajada por lo ridículo que era. Pablo se ruborizó mientras asentía.

—Reconozco que no fue mi mejor momento creativo. Siempre me dio risa cómo mis iniciales eran las mismas que las de *peanut butter*. Sin pensarlo mucho, me puse ese nombre.

—Él siempre hablaba de un amigo que vivía en Inglaterra…

—No le iba a decir a un extraño mi ubicación ni muchos detalles, al menos no al inicio…

Bea se sostenía del barandal, intentando no reírse por lo absurdo de la situación. A lo largo del tiempo, su hermano sí lo mencionaba en algunas ocasiones como Grant. Ella abrió aún más los ojos por aquel detalle

—¡Y además le diste tu otro apellido! —exclamó ella, sin poder ocultar su risa. Pablo alzó los hombros y se acercó más a ella. Ella negaba con la cabeza, entendiendo que todo este tiempo sí había escuchado de él. Que Grant era buen equipo, que le gustaba ver películas como a su hermano y que parecía estar siempre ocupado para jugar con Hugo. Podría entender esa situación pero aún le quedaba otra respuesta por obtener.

—Yo te dije, una y otra vez, que podíamos terminar antes de que me fuera de España —su voz sonaba cansada, temerosa de la respuesta—. Yo sé que todo fue terrible por la pérdida de tu madre, de verdad —su voz intentó demostrar la paciencia y el entendimiento que tenía sobre cuánto había sufrido en el pasado por Margarita—. No sabes cuánto dolor me costó no solo haberte perdido, sino haberte dejado en el momento en el que más necesitabas de alguien. Yo quería estar ahí para ti, quería acompañarte, pero no me dejaste, Pablo.

—¡Pero yo no quería estar solo!

El pecho de ambos se movía rápidamente.

—¿Crees que fue fácil para mí irme? Si no te busqué, además de asumir erróneamente que no querías saber nada de mí, fue porque no quería lastimarte. No quería que vieras al hombre en el que me estaba convirtiendo, en el que me terminé convirtiendo después de ese verano. Cuando mi madre se fue…. —tragó saliva. Su voz se entrecortaba con cada palabra—. Cuando ella falleció, todo en mí colapsó. Yo me ahogaba en mi tristeza y ahí estabas tú, dándome más amor del que merecía. Tú eras lo único bueno. Eras esos momentos en los que no lloraba, en los que podía sentirme triste y saber que había alguien dispuesto a sostenerme, pero no quería arrastrarte conmigo. Creí que podría ser egoísta hacer que me acompañaras en esto.

”Mi padre y yo, en medio del duelo, encontramos un enemigo en común. La ausencia de mi madre fue el último tiro que se necesitaba para terminar de perder el vínculo que había entre nosotros. Por

meses, mi escape fue el trabajo. Lo hacía sin descanso y sin que yo pudiese pensar en otra cosa que en el siguiente proyecto. Todo estaba mal. No quería regresar al presente. En esos primeros meses más de una vez quise buscarte, pero me mataba saber que me verías convertido en esta versión vacía de mí. Yo ya no era el que conociste en Alicante y me mataba la idea de que me repudiaras.

Pablo se había apoyado contra el barandal, poniendo distancia entre ellos. Un espacio para que él pudiese seguir su historia.

—Pensé que esa sería mi vida: trabajar, intentar sobrevivir, dormir y repetir la rutina. Es peligroso cómo te puedes acostumbrar a existir sin realmente vivir. Me convencí de haber tomado la decisión correcta en dejarte ir. Pensé que merecías a alguien que no estuviese triste todo el tiempo, que pudiese hacerte reír como solía hacerlo. Un hombre que estuviese listo para darte lo que merecías. No me sentía digno de estar contigo, que conocieras una versión de mí y terminaras con otra persona completamente distinta. Tuvo que pasar un año entero para que fuera a terapia a buscar ayuda, y al inicio no fue fácil. Lloraba como no tienes idea, extrañaba a mi mamá y te extrañaba a ti. Tenía que sanarme primero, ver a la persona que saldría después de esto. En esa recuperación me aconsejaron intentar volver a socializar y los videojuegos en internet me parecieron un buen lugar de inicio para lograrlo —él giró su cuerpo hacia ella—. ¿Sabes? A él le conté todo menos tu nombre. Le hablé de lo intensa y fugaz que fuiste y lo profundo que habías llegado a conocerme. Decir tu nombre hacía que todo fuese real, que me pasó a mí y que fui un tonto en dejar ir lo que pensé que era el amor de mi vida.

Sus últimas palabras se sintieron como una punzada en su estómago. Lo que tanto quiso escuchar por años estaba frente a ella y ahora estaba sin palabras ante la realidad. Ella pestañeó rápidamente, evitando las lágrimas que amenazaba con resbalar por su mejilla.

—¿El amor de tu vida? ¿Sacaste esa conclusión de un verano juntos?

Pablo se acercó y, con una mano vacilante, le tocó la mejilla. Le estudió el rostro y sonrió suavemente.

—Yo también lo sentí, ¿recuerdas? Yo también estuve ahí, y por más que quise seguir con mi vida, fue obvio que no podría ser. Llegué a pensar en ti como una estrella fugaz que se escurrió de entre mis dedos, destinado a extrañarte toda mi vida. Pero ahora, por una jugada del destino, algo me hizo regresar a ti. Apareciste y estoy temblando, Bea. Me aterra saber que te perdí y que ahora estás aquí, yéndote entre mis dedos sin que yo pueda hacer algo. Que te volví a conocer y que no puedo sacar de mi mente a la encantadora mujer en la que te has convertido.

—Pudiste dejarme estar ahí para ti y me sacaste de tu vida en un segundo. Yo sentí que perdí parte de mi corazón ese día, algo que deambulaba perdido y que ahora regresa contigo. ¿Sabes lo horrible que se sintió seguir adelante y dejarte en el pasado? Llegué a detestar el presente porque me hacías falta tú. Y ahora estás aquí de nuevo. ¿Cómo recupero el tiempo, Pablo? Todas las lágrimas que lloré, las noches que pasé esperándote. Pasaron años en los que me quedé congelada, atenta a tu regreso y nunca lo hiciste y…

Pablo la tomó por sorpresa cuando comenzó a agacharse, hasta quedar de rodillas, aferrándose a sus muslos. Bea lo miraba con los ojos bien abiertos.

—Déjame dedicarme a ti enteramente. Deja que reemplace las lágrimas por sonrisas, que dedique mi vida entera a tu felicidad y verte lograr tus sueños. Perdóname por haberte dejado ir, por haberme ido cuando más nos amábamos. Dime qué es lo que quieres de mí y te lo doy: ¿quieres mis sueños? Te los entrego en un suspiro. ¿Quieres venganza? Te dejo destruirme si eso significa que al final tus manos serán las que me sanen. Soy un hombre queriendo regresar a casa, a la mujer que tiene con ella el secreto de mi felicidad completa. Te ofrezco mis años, pongo en tus manos

mi futuro, Beatriz González. Sé que mi corazón ahí estará a salvo, donde tiene que estar —él apretaba suavemente sus muslos, sus ojos brillaban con lágrimas atoradas en ellos—. Me tienes aquí, soy completamente tuyo.

Entre sueños y delirios, Bea había imaginado este momento donde su locura se hacía realidad. Ahora se reencontraban y se volvían a conocer después de una separación necesaria para los dos, para crecer, para sanar… algo que no podían hacer juntos. Que el tiempo les daría perspectiva, transformándolos en las personas que debían ser para que, al final, sus caminos volvieran a unirse. Esa realidad estaba frente a ella y tenía miedo, pero también se sentía arder. Después de esas semanas, le quedaba claro que su amor no había pasado, que el tiempo había servido para avivar las llamas que los había incendiado y marcaban la dirección de sus destinos.

Sé valiente. Ninguna maldición puede contra mí. Si esto es el destino manifestándose, ¿quién soy yo para dejarlo ir?, pensó Bea.

La esperanza en el rostro de Pablo se estaba apagando frente a su silencio. Sus ojos brillaban mientras comenzaba a soltar sus muslos, nervioso por la negativa que sentía venir.

—Si el tiempo fue demasiado, si no quieres estar conmigo, lo voy a entender. Solo… por favor… —su voz era ahogada, apenas un murmullo—. No me saques de tu vida, por favor. Ahora que te veo, que estoy aquí, permíteme estar cerca de ti. No podría con el hecho de no saber de ti y tener que…

En un momento fugaz, Bea se hincó, tomando sus mejillas entre sus manos y sellando sus labios con los de él. Sonrió cuando escuchó un sonido, casi como de dolor, que salió de los labios de Pablo, quien la acercó más a él tomándola por el cuello.

Bea se separó lo suficiente para que pudiera hablar y respirar.

—¿No lo entiendes? Nunca te fuiste, Pablo. Intenté odiarte cuando lo que realmente detestaba era todo el tiempo que estábamos perdiendo. Pero no fue en vano, nosotros no lo somos. No te fuiste porque ibas conmigo siempre, aquí —ella le puso su

mano en el pecho, Pablo imitó el gesto colocando su otra mano en la suya—. ¿Crees que iba a poder olvidarte? Eso no se puede, Pablo.

Pablo sonrió y juntó sus frentes. Se abrazaron y Bea, queriendo tomar lo que era suyo, presionó sus labios de nuevo con los de él. Lo besaba con la delicadeza y el reconocimiento de sentimientos recíprocos. Sintió la renuncia al fantasma del pasado porque el presente prometía ser mejor de lo que alguna vez lo fue tiempo atrás. Ahí, en la caricia de sus manos, se contenían años donde no se tocaron y extrañaban el fuego que ahora se hacía presente en la urgencia con la que se tocaban. Ella quería estar con él, en el proceso de recuperar el tiempo que él le ofrecía.

—¿Quieres escaparte de la boda conmigo? —ella rozaba suavemente su cuello. Para esa hora, faltaba poco para que la boda terminara. Al día siguiente tendrían más tiempo junto a su familia, pero ahora estar con él se sentía más necesario que nada.

Pablo se levantó y la tomó de la mano, guiándola a paso apresurado por el amplio pasillo de vuelta al salón. Caminaban rápidamente, concentrados en la sensación de algo tan sencillo como ir al lado uno del otro y de sentir cómo la felicidad se les escapaba en risas. Cuando entraron, la fiesta parecía estar a punto de terminar a juzgar por cómo las personas se movían al ritmo de "No rompas más". Bea vio unas chanclas encima de su silla y, sin pensarlo dos veces, se quitó los tacones y se las puso con un sonido de satisfacción. Pablo tomó sus tacones y los sostuvo mientras se pasaba su saco por atrás, como si fuera lo más natural del mundo tomarla de la mano y caminar hacia la salida. En el camino se encontraron con Hugo e Inés, quienes al verlos no hicieron preguntas y los abrazaron.

Bea sonrió satisfecha, dirigiéndose junto a Pablo a la salida. En el camino alcanzó a ver el momento en el que la tía Leonor, que aparentemente estaba demasiado ocupada platicando con un familiar de Inés, alzó su caballito de tequila en su dirección y le

guiñó el ojo. Ella le lanzó un beso al aire y Pablo agitó su brazo para despedirse.

Cuarenta minutos después, entraron con tropiezos a la casona. Bea y Pablo, que estaban demasiado ocupados dándose besos, subían por las escaleras, y no vieron a los muertitos riendo con picardía detrás de las palmas de sus manos, ni notaron cómo la casona los ayudó a subir las escaleras sin que ninguno de los dos se cayera en medio de sus caricias. Había pasado algo de tiempo, el suficiente para que el cansancio del día hiciera que el deseo menguara y que todo se sintiese más suave.

Ahora que estaban en su habitación, Pablo ayudaba a Bea a quitarse el vestido que tenía complicados botones en la parte de atrás. Él la sostenía de la cadera, sintiendo su mano cálida aun con la tela separándola de su piel. Con el deslizar del cierre, Bea comenzó a sentir mucho sueño. Había sido un día largo y lo que quería era descansar en sus brazos.

—¿Podemos dejarlo para después? —le preguntó Bea desde el espejo de su baño, donde él ahora la estaba ayudando a quitarse las horquillas que quedaban en su cabello.

Pablo le dio un beso en el hombro hasta subir a su mejilla, haciéndola reír por las cosquillas.

—Soy un hombre paciente, ¿recuerdas? Es suficiente para mí dormir contigo. Voy rápido a mi habitación a bañarme y dejo que tú hagas lo mismo, preciosa.

Él se despidió con un suave beso en sus labios. Bea se quedó a solas en su baño y se metió a la regadera, dejando que el agua caliente le confirmara que nada de lo que había pasado había sido un sueño y que él la quería como ella lo hacía. Cuando se estaba cambiando, escuchó la puerta de su habitación abrir y cerrarse, imaginando que Pablo la esperaba en su cama.

Ella salió del baño posando de manera sexy en el umbral de la puerta, modelando la playera vieja que tenía de Snoopy y unos shorts a juego que su mamá le había regalado el pasado san

Valentín. Pablo había vuelto con una pijama fresca y oliendo a su loción de siempre.

Pablo abrió sus brazos y Bea corrió para envolverse en ellos.

Cuando los dos se acostaron y Pablo apagó la vieja lámpara de noche, se acariciaron el rostro. Estaban cansados, pero no querían que el momento terminara, no querían dejar de sentir la piel del otro. Bea trazaba las finas líneas que su edad habían marcado más; Pablo acariciaba las nuevas pecas que adornaban sus mejillas, pequeños besos del sol que había recibido por los años en los que él no estuvo.

Bea se acomodó en el pecho de Pablo.

—Buenas noches, Pablo.

—Buenas noches, Bea.

Cerraron los ojos y se quedaron dormidos en cuestión de minutos.

Ella soñó con días soleados y el sonido del mar, con una espalda que conocía de memoria y unas manos unidas para correr hacia las olas. Se vio a sí misma con unos años menos, sintiendo la certeza de que seguirlo era lo correcto.

Él, en cambio, soñó con un prado en el que había un roble gigante con hojas verdes y frondosas. En el pasto, una mujer le sonrió y le extendió los brazos. Él se dejó caer en su pecho, emocionado, y un familiar olor a rosas lo envolvió. La sostuvo fuerte. Ella le acarició el cabello suavemente y le dio un beso en la mejilla.

¿Ves cómo todo tenía un tiempo y un lugar? Ya era hora de que regresaras por ella, mi niño.

Al día siguiente, tendrían la sensación de estar caminando entre tiempos distintos, pasados e imaginarios, donde por fin todo era como tenía que ser.

Capítulo 15
2024, Ciudad de México

En algún lado Bea leyó que el cerebro humano tenía la capacidad de soñar la mayoría de las noches, pero ella no solía recordar sus sueños. Para ella dormir era cerrar los ojos y despertarse con la ilusión de que solo transcurrieron minutos y no horas, sin un recuerdo de sus sueños, pero aquella noche fue diferente. Pudo haber jurado que aún dormida sintió arena en sus pies y un lejano olor a mar que se fue tan rápido como llegó. Intuyó que no iba a tener mucho tiempo en este estado entre el sueño y la vida real, entonces prefirió quedarse ahí hasta que el resto de su cuerpo se encendiera.

Lo primero que sintió al despertar fue la piel de la mejilla de Pablo. Con los ojos cerrados, se estiró suavemente, una sensación áspera de vello le hizo cosquillas. Sonrió. Lo siguiente en encenderse fueron sus brazos. Uno de ellos rodeaba una superficie firme y el otro estaba por encima de su cabeza, descansando sobre una almohada. Una de sus piernas apenas envolvía las del otro.

Lo último en sentir de nuevo fue su pecho en el que alguien descansaba y respiraba acompasadamente.

La cabeza de Pablo estaba acomodada en su pecho mientras él le rodeaba el torso con un brazo. *Al menos uno de sus brazos debe estar entumido, pobrecito*. Sentía sobre su piel la suave respiración haciéndole cosquillas.

Una sonrisa permaneció en su rostro mientras recordaba la noche anterior. La forma en la que habían huido de la boda, los besos suaves antes de dormir, como él le tomó la mano y no la soltó durante todo el camino de regreso a casa. Pablo fue el primero en dormirse y ella fingió lo mismo para ver su rostro. Le gustaba la forma en la que se veían sus pestañas. Bea sintió el pecho de Pablo subir y bajar a un ritmo que ella aún se sabía de memoria, y ahí se durmió, escuchando su corazón.

Ahora que todo estaba en su lugar, pudo abrir los ojos. Como todas las mañanas, los pájaros cantaban y el día afuera parecía ser fresco. En una respiración profunda, casi un suspiro largo, le llegó un olor a durazno, algo con notas de canela. Bea no recordaba que tuviese alguna vela con esa esencia.

Levantó un poco el rostro y vio que el ventanal estaba abierto, dejando que el usual viento frío de otoño entrara, pero lo único que sentía era calidez. Una frescura cómoda en la que podía estar cubierta o no con apenas una sábana. Miró hacia abajo y pasó una mano por el cabello oscuro y revuelto de Pablo. Sus dedos provocaron que el familiar olor a loción llegara hasta ella. Lo quería sentir, recordarse que no era un sueño, una de esas tantas visiones que tenía al despertarse, en las que sentía que alguien más la sostenía y no una almohada.

Bea continuó acariciándolo suavemente hasta que Pablo se comenzó a remover.

—Si sigues haciendo eso nunca vamos a salir de la cama, preciosa.

Bea bajó su cuerpo para acomodarse frente a él. Pablo abrió los ojos y ella le acarició una ceja.

—Buenos días a ti también, guapo.

Le dio un suave beso y él se volvió a acomodar sobre su pecho

—En serio no tienes planeado levantarte, ¿verdad? —sonrió Bea, sintiendo la sonrisa de él contra su piel.

—Nop.

—Sí sabes que tarde o temprano vamos a tener que bajar con mi mamá y mi tía, ¿verdad? Que nos vieron irnos de la mano. Van a tener muchas preguntas…

Tan cerca uno del otro, Bea sentía incluso el humor de Pablo en todo el cuerpo. Una risa juguetona brotaba lentamente de aquel hombre y Bea tuvo que hacer esfuerzos para recordar que debía respirar, que necesitaba el aire para seguir viéndolo.

Pablo bajó sus manos a una de sus piernas y comenzó a jugar con el elástico del short que Bea traía puesto.

—¿Y qué tiene? Mejor que sepan que no te fuiste solita. Yo puedo contra los Domínguez. Sé cómo ser persuasivo cuando quiero.

Su mano, que había descendido por su muslo, volvió a subir suavemente. Pablo desvió la mirada para seguir el recorrido de sus dedos. Bea, por otra parte, luchaba contra las ganas de jadear. Era increíble que una simple caricia bastara para que todo su cuerpo se encendiera, que sus manos se sintieran inquietas.

—¿Y las preguntas?

—Pues les diré la verdad —Pablo se acercó a su boca y ahí se quedó, a un respiro de distancia de un beso—. Que la hermanita de mi mejor amigo me hizo unos ojitos tan lindos que no pude dejar de verla desde que me la llevé a casa.

Pablo estiró el elástico del short y lo soltó, pellizcándola ligeramente y haciendo que brincara del susto.

—¡Oye!

Bea soltó una carcajada y tomó una de las almohadas para forcejear con él. Estaba a punto de someterlo a cosquillas cuando tres firmes toques en la puerta los congelaron y la voz de la tía Leonor sonó clara a través de la gruesa madera.

—Oigan, les hicimos huevitos con nopales, por si gustan. Los invitados llegan como en hora y media. Digo, les aviso para que les dé tiempo de hacer lo que tengan que hacer y estar presentables.

Pablo rio mientras Bea se cubría el rostro con las manos.

—¡Tía!

Del otro lado de la puerta se escuchó una risa y unos pasos alejándose. Bea tomó su celular de la mesita de noche y vio que eran las once de la mañana: se le había olvidado por completo el recalentado, donde la gran mayoría de los amigos cercanos de Hugo e Inés volvería para comer y "conectar" la fiesta. Pablo y Bea se abrazaron un momento antes de regresar a la realidad, que ya no se sentía tan pesada. Querían quedarse ahí y estar juntos, sin tantas personas a su alrededor, pero finalmente Pablo regresó a su habitación. Bea deseó que estuviera con ella mientras se bañaba y Pablo la pensó mientras se vestía.

Con una toalla envolviendo su cuerpo, Bea contempló los vestidos colgados en su clóset, decidida a tomarse un poco más de tiempo del usual en arreglarse. Sabía que era bonita, que tenía de esas bellezas inusuales que debías observar una, dos, tres veces para que descubrieras que había armonía en un rostro generalmente serio. Quería escoger el vestido indicado para la ocasión. Se decidió por uno de manga larga, ajustado en los lugares correctos y fluido en otros. Quería verse linda, una forma de compartir su felicidad con los demás sin decirles exactamente lo que estaba sucediendo.

Se arregló sus rizos castaños, se puso lo mínimo de maquillaje para cubrir el desvelo de la noche anterior y aplicó su perfume en lugares estratégicos de su cuello y muñecas. Se miró al espejo y se rio como una niña chiquita a punto de hacer una travesura.

Qué lindo se me ve el amor en el rostro, pensó, como si querer a alguien fuese el accesorio más importante que realzaba su belleza. Apenas salió al pasillo, escuchó risitas pequeñas muy cerca de la esquina. Sintió un pequeño tirón en la falda de su vestido.

—Ay, muertitos. Hoy sí de plano tienen carta verde a hacerme travesuras. Hoy me siento paciente y con ganas de jugar también.

Los muertitos se tomaron muy en serio el reto porque, apenas intentó avanzar, se encontró con que el piso de pronto se había humedecido con agua jabonosa y casi se resbaló.

Bea miró sobre su hombro y entrecerró los ojos.

—Acuérdense que el que se lleva se aguanta, canijos.

Los que moraban en los pasillos de la casona la vieron caminar hacia donde los demás estaban, sonriendo. Los invitados habían comenzado a llegar al jardín y ver a tanta gente les producía molestia a algunos y a otros diversión, porque ahora había más gente a la que podrían asustar y, sobre todo, husmear. Casi nunca salían de la casa, el exterior era demasiado ruidoso para ellos y por eso eran contadas las ocasiones en las que decidían gastar energía para ver el mundo. De todos modos, la casona nunca los dejaba irse muy lejos por miedo a que se confundieran por lo novedoso que el mundo parecía ser ahora.

La casona se preparaba para los invitados y comenzaba a sentir todas las energías de aquellas almas que llegaban. Aquella mañana era especial y tenía dos razones para estar feliz. La primera porque los novios habían escogido bien a los amigos con los cuales seguir la celebración. Cada uno de ellos tenía en su interior pura felicidad por aquella pareja que ella había visto crecer. La casona suspiró satisfecha, sabiendo que pronto habría niños pequeños que podrían jugar con los suyos.

La segunda razón por la que la casona estaba feliz era porque había amor en los pasos de las personas que caminaban en sus pasillos. Amor a los novios, a los amigos, a lo preciosa de la noche anterior. Había uno que a ella le gustaba observar con especial atención, tal vez por su corazón sensible, que a veces recordaba lo que se sentía vivir y que ahora miraba como espectadora. En ese amor había miradas cargadas de significado: dos personas que se acercaban y que orbitaban alrededor del otro sin realmente unirse. Ellos tendrían sus razones, pero podía ver cómo el joven de ojos grises rozaba suavemente la tela vaporosa del vestido de ella. Como Bea a quien se le erizaba cada uno de los poros de su brazo, la dulce sombra de esa casa parecía sentir la caricia en su propia piel.

A veces, cuando pasaba eso, algo dentro de ella se fracturaba. Como si una venda gruesa se cayera de sus ojos y la dejara ver en el archivo de su propia memoria. Miradas lejanas, caricias secretas. El saberse de alguien que no necesitaba decirlo para saberlo, porque sentía en los huesos ese tipo de reclamos. Ella aún lo experimentaba en sus cimientos, el nombre que guardaba celosamente y que no pronunciaba porque le dolía.

La que también lo había notado era la tía Leonor, que conocía muy bien el lenguaje mudo entre dos personas que se deseaban. Entendía la mirada de Pablo hacia su sobrina y, lejos de escandalizarse, se compadeció del joven que tenían entre sus manos una fuerza vital enorme que se sentía en toda la casa.

"Pobrecito. Esa mi niña siempre calla, pero cuando habla, se desborda".

Leonor aprovechó cuando Bea se escabulló a la cocina para buscar una jarra de limonada. Su rostro se veía brillante, pacífico.

—Te ves muy fresca y bonita, chiquita.

Bea dio un pequeño brinco, tirando un poco del agua de limón.

—Ay, tía, no me espantes. Suficiente tengo con los muertitos. ¿Ya te fijaste en que hoy andan particularmente inquietos?

—Me pregunto por qué será.

De perfil, pudo ver cómo Bea contenía una sonrisa.

—Te quería pedir un favor especial para más al rato, pero necesito que seas discreta. Te voy a dar estas llaves —Leonor sacó de un cajón unas pesadas llaves atadas a llavero de cuero—. Ahí por la Doctores tengo un departamento

—¿Cómo? ¿Te vas a mudar? —las preguntas se hicieron con pánico, buscando respuestas en el rostro de la otra.

—Calma, calma. No me voy a ir a ninguna parte. Es un espacio que tengo para mí cuando quiero alejarme tantito de tu mamá y pensar cosas. Fue un regalo de mi padre, que heredó ese piso del suyo. A los cuatro nos tocaron diferentes departamentos y el mío resultó ser el más cercano. La cosa es que voy cada semana a

limpiarlo, pero con todo este relajo, se me pasó por completo. Debe ser necesario abrir las ventanas, orearlo tantito. Necesito que vayas y hagas eso por mí.

El tono de su tía empezaba a ser insinuante.

—Hay bastante privacidad. Los vecinos son gente mayor que no hace ruido ni escucha bien. Aquí, la casona y los muertitos escuchan y ven todo, no me dejan concentrarme cuando necesito ocuparme de mis cosas. Dejé las sábanas bien limpiecitas en el cuarto de invitados, por si necesitan, digo, *necesitas,* acostarte un rato. Nada más me vas a deber un nuevo set de sábanas con esos de miles de hilos que se sienten, según, diferentes a las del súper, ¿entendido?

Leonor le puso la llave en la mano y Bea pasó saliva, negaba con la cabeza con una sonrisa en su rostro entendiendo perfectamente lo que Leonor le estaba ofreciendo. Su tía se acercó y la abrazó fuertemente.

—Anda, que te están esperando. Te amo tanto.

Un suave beso en la frente y su tía se alejó hacia el jardín.

Bea se apoyó en la ventana mientras miraba las llaves.

—Vaya con el parote que te acaba de hacer tu tía para que por fin rompas el celibato de años que tienes.

Bea se giró sorprendida y brincó a los brazos de Lía, que había escuchado todo desde la puerta.

—¡Loca! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué? ¿Crees que me iba a perder el chisme en vivo y directo? A mí no se me escapa nada de nada —dijo Lía, haciendo un gesto con los dedos señalando sus ojos.

Se acercó gentilmente a Bea y le puso una mano en el hombro.

—¿Me quieres contar lo que pasó? Ya sabes, extiéndete y exagera.

Bea asintió y le sonrió a su amiga mientras le contaba de la noche anterior: cómo ese primer beso en el bar había iniciado un incendio entre ellos, unas llamas que quemaron cualquier tipo de muralla, cómo se sentía todo tan inevitable e imposible. Cómo, de

algún modo, los dos volvían a coincidir en el sentimiento, en las ganas de estar el uno con el otro.

Lía, que intuía la clase de pasión callada que había entre ellos, escuchaba con comprensión.

—Sé que ahorita estás con las emociones a flor de piel y solo diré que me encanta verte así. Tan ligera y feliz. Disfrútalo y recuerda que aquí la que tiene el control eres tú. Vamos a regresar que mi tía Alicia va a venir a buscarnos en cualquier momento.

Se dieron un abrazo fuerte y regresaron al almuerzo.

En algún momento, a la casona le pareció que Pablo estaba muy lejos de Bea y se le hizo tonto. ¿Eso para qué? Demasiado tiempo habían pasado separados. Sin vergüenza alguna hizo que los muertitos, que aun en la luz del día eran selectivos sobre quién los veía, jalaran el pantalón de Pablo hacia donde Bea estaba. Pablo, confundido, caminó hacia ella entendiendo lo que aquellas presencias pequeñas, pero suficientemente fuertes, estaban haciendo. Él le rodeó los hombros mientras ella platicaba con una prima de Inés.

Bea automáticamente se apoyó en su brazo mientras escuchaba y acomodó su mano en el bolsillo trasero de su pantalón y ahí la dejó. Para ellos fue era algo tan natural que ninguno notó que, poco a poco, los invitados volteaban a verlos con caras sorprendidas.

Qué bonita pareja hacen, pensó la mamá de Inés.

—Vaya, el españolito ese no perdió el tiempo —susurró uno de los padrinos, que se había propuesto darle una palmadita en la espalda a Pablo cuando se acercara de nuevo a la mesa.

—¿Ya vieron la diferencia de alturas? ¡Me encantan! —le dijo una amiga de Inés a Lía, quien solo alzó la lata de cerveza hacía ellos en modo de brindis.

De pronto, un grito se escuchó sorprendiéndolos, guiando las miradas de todos hacia la entrada del jardín. Ahí estaban Inés y Hugo, con lentes de sol puestos. Inés estaba con la boca abierta y Hugo se cubría los labios, asombrado.

—No manches, ¿en serio me hicieron caso?

Por unos segundos muy breves nadie dijo nada. Ni Pablo ni Bea esperaron que Hugo comenzara a brincar hacia ellos, gritando emocionado mientras los abrazaba:

—¡No jueguen! ¡Pablo está saliendo con Bea! No sabía si esto se iba a poder dar, pero, Dios mío, ya era hora —Hugo se separó y los miró seriamente—. El primero que empiece con sus cosas se las va a ver conmigo. Ya somos adultos y no quiero corazones rotos, ¿sí?

Inés los abrazó también, mirándolos divertida.

—¿Qué les digo? Yo lo vi venir desde el ensayo del vals. Me adjudico el inicio de esta historia.

Ni Bea ni Pablo pensaron en corregirla, dejando que creyeran que se habían conocido hacía semanas y no años. Pablo apretó a Bea contra su cuerpo y se dirigieron a la mesa, donde él le sostuvo la mano y ella le dejó caricias en el dorso hechas con su pulgar.

Más tarde, esa noche, Bea y Pablo se fueron en un taxi hacia el departamento de la tía Leonor. Al entrar se retiraron los zapatos por temor a manchar el piso de madera. Bea estaba familiarizada con el maximalismo, un estilo de decoración que llevaba todo a los límites, y era justo como la personalidad de su tía: todo rebosaba de vida en ese lugar.

—¿Qué debe sentir Leonor, que no solo es la persona más *cool* del planeta, sino que también tiene un gusto exquisito?

Aunque no fuese evidente, había orden en el caos que era el departamento. "Ni se te ocurra moverme nada, todo ahí está bien acomodadito". Una indicación que ahora cobraba sentido. Fue imposible no husmear. Había libretas, libros, discos, revistas, CD... todo tipo de medios físicos posibles. El departamento era pequeño, justo para una persona. Algunas plantas adornaban las esquinas. El lejano ruido de la ciudad se colaba por las ventanas, sonidos propios de una avenida transitada. En la sala había un sofá café y una mesita frente a una televisión que se veía bastante nueva en

comparación con toda la decoración bohemia. Encima de algunas revistas había un cenicero con un par de colillas.

—Dios, qué envidia le tengo a mi tía en este momento —dijo Bea sin pensar.

—¿No te gusta vivir en la casona?

—Me encanta vivir ahí, es donde crecí y he pasado la mayor parte de mi vida, pero… —miró con nostalgia los libros en los estantes a un costado del pequeño comedor—. Hasta yo sé que no voy a poder quedarme ahí toda la vida. Tengo ganas de ver mundo, ¿sabes? Conocer otros espacios distintos a ese.

Pablo asintió, pensativo, sentándose en el sillón.

—¿Qué es lo que venimos a buscar exactamente? Viendo todo esto, va a ser un reto encontrar lo que sea que Leonor te haya…

Bea llevaba exactamente cinco minutos esperando a que él hiciese la pregunta que le permitiera hacer algo con lo que había comenzado a sentir desde que cerraron la puerta del departamento: un cosquilleo gentil en su cuerpo, la anticipación de saber lo que podría pasar si él quisiera también.

—No me pidió nada, Pablo.

Su confusión se hizo evidente mientras Bea se acomodaba para quedar de costado en el sofá.

—Puede que mi tía haya notado cierta tensión en el aire y creo que decidió tener piedad porque me prestó este departamento para tener espacio… para estar a solas… contigo.

Hizo énfasis en cada palabra para que entendiera el significado. El silencio se sintió cargado, él con un rostro serio, hasta que de pronto la carcajada de Pablo se unió al ruido ambiental.

—¡Demente! ¿Me estás diciendo que tu tía nos dio un espacio para que nadie en la casa nos escuchara?

Oír a Pablo externar lo penoso de la situación hizo que no tardara en unirse a su risa. Se quedaron sentados de costado en el sofá, recargando sus rostros contra el cojín, mirándose con una sonrisa suave.

—¡Oye! Imagínate mi reacción cuando me dio las llaves. Tuve que medio sonreír para disimular que tuve ganas de besarle las manos de agradecimiento. ¿Será que se nos nota tanto?

Pablo le acarició la mejilla y Bea le dio un pequeño beso a un dedo que pasó demasiado cerca de sus labios.

Pablo se encogió de hombros

—¿Qué tendría de malo? Yo te puedo recordar todas las veces que lo necesites… —se acercó a sus labios—. No me da pena que vean cómo te sigo a donde vayas, cómo eres lo primero que busco en cuanto llego a un lugar. Tu piel es un imán para mí. Esto iba a pasar —tomó la mano de Bea y la puso en su pecho, colocando su propia mano en el pecho de ella. Sentían el latir acelerado del corazón del otro—. No había otra opción.

—Eso somos, ¿verdad? No importa cuánto nos alejemos, parece que todo siempre regresa a aquí.

Pablo asintió, cerrando la distancia entre sus labios. Lo hizo pacientemente y con premura, tomándola de la cintura y poniéndola encima de él mientras Bea le tocaba los brazos, el torso, el cabello.

Pablo la sostenía, subía y bajaba sus manos por los límites de su figura.

—¿Quieres? —susurró Bea.

Como respuesta, él la alzó sin mucho esfuerzo y la llevó hacía la habitación mientras ella reía y le hacía cosquillas a su costado. No se fijaron en los detalles del espacio que los recibía; no necesitaban hacerlo. La dejó sobre la cama y encendió la lámpara sobre la mesita de noche, que emitía una luz cálida lo suficientemente fuerte para dejar ver el cuerpo del otro. Sabían que ahí ocurriría algo más profundo que un encuentro sexual y, como tal, comenzaba algo que sabía más a una ceremonia. Era el inicio de algo que los dos llevaban tiempo soñando.

El primer acto lo inició Pablo al quitarse la playera, permitiéndole acercarse y trazar con un dedo el músculo de su pecho; las suaves ondas dejaban claro que en un pasado hubo un abdomen marcado.

Ahora había una mezcla de fuerza y redondez. Con treinta años, Pablo estaba en su plenitud. Ya casi no quedaba nada del muchacho que alguna vez amó; frente a ella había un hombre que le ofrecía su piel sin pena, que se sentía real.

Bea depositó un suave beso en su esternón y se dio la vuelta, dándole la espalda. Conectaron sus miradas en el reflejo del amplio espejo de la comida. Alzó sus rizos, dejando su espalda expuesta.

—¿Me ayudas con el cierre?

Él depositó un suave beso en su cuello.

—Esto me trae recuerdos de otros espejos… ¿te acuerdas?

La voz de Pablo era suave, casi incrédula. Ella asintió, suspirando mientras él pasaba sus manos desde sus caderas hasta su pecho, antes de subir al nudo que ataba su vestido. Pablo también bajó el cierre, sintiendo el recorrido de sus dedos por su columna; los pechos de Bea se erizaban por la sensación. Si la temperatura había descendido, ninguno de los dos lo notó.

Bea se sentía observada. Sabía que su cuerpo ya no era el mismo de hacía siete años: había nuevas cicatrices, manchas y líneas que la marcaban, pruebas de la expansión que había tenido su cuerpo a lo largo del tiempo. Su respiración vaciló. Las manos de él sostuvieron su cintura, subiendo por su torso hasta llegar debajo de sus senos. Su mirada se encontró con la de él, hubo una pregunta no dicha que ella entendió.

Bea asintió y percibió cómo sus manos se ahuecaban, midiendo el peso de sus senos. Pablo se encogió hasta apoyar su rostro en el hombro de ella, dejando suaves besos por toda la piel disponible.

—Eres todo lo que siempre soñé, mira lo preciosa que eres.

Ella se volteó y tomó su boca con la suya. Esta vez no había urgencia en las caricias. Querían lentitud. Por primera vez en mucho tiempo, se sentían vistos. Se miraban la carne, los poros y las reacciones. Escuchaban los sonidos de gozo y alivio: gozo cuando él acariciaba los lugares correctos; alivio, cuando entendía que de nuevo eran ellos dos quienes se descubrían.

La magia debía de existir, una alquimia antigua, más que la misma ciudad, y se había hecho carne; estaba en la forma en la que se miraban. Tocarse se convirtió en una manera de ver sin los ojos. Se descubrieron y reconocieron, recordando el lunar que tenía ella en el muslo y el tatuaje que permanecía en la espalda de él. También había novedades, formas y marcas que se habían sumado al mapa de sus pieles con los años. Las pausas eran necesarias para apreciarlas, incluso para agradecerlas. Cada una de ellas los habían llevado a este momento.

Cuando él se encontraba igual de desnudo que ella, sus manos lo rodearon. Humedeciendo con su saliva, ella comenzó a subir y bajar, dejando salir un gemido de puro gusto de volver a tocarlo.

—No pensé volver a sentirte así —había emoción en la voz de Bea, que mostraba lo vulnerable que todo la hacía sentir.

—Vas a tener que parar porque no quiero terminar así, preciosa.

Escucharlo recordó la tira de condones que Lía le había dado con un guiño después de desaparecer. Con lentitud y ánimos de desesperarlo, se lo colocó lentamente, admirando sus reacciones y su respiración urgente.

Así es como debía ser. No había otra forma, pensó Bea cuando se colocó encima de él, tomándolo con la mano y sintiéndolo endurecerse en un movimiento involuntario que delataba lo mucho que él quería esto. Le gustaba ver el rostro descompuesto de Pablo; gestos pequeños como la presión de sus manos en su cadera eran una invitación a que hiciese con él lo que quisiera.

—Bea…

Su voz sonaba desesperaba mientras ella subía y bajaba su mano, pasando ligeramente el pulgar sobre la punta, como a él le gustaba.

—Por favor…

Algo en ella se doblegaba al escuchar su desesperación. Bea sabía que la estaba dejando tomar el control, que Pablo disfrutaba de ceder porque ahí también había poder.

—¿Me quieres a mí?

Él gimió y asintió, tomando su rostro entre las manos. Sus ojos se encontraron. Ella se había acomodado con su sexo encima del de Pablo. Algo enorme estaba por ocurrir y ella temblaba por la anticipación. Pablo intentaba controlar su respiración, sus manos no sabían de dónde sostenerse.

En un momento, todo se alineó: las miradas, los cuerpos, los recuerdos… y Bea empezó a descender sobre él. Se quejó un poco; había pasado bastante desde la última vez que alguien había estado dentro de ella así.

—Despacio, nena. Respira…

Pablo comenzó a acariciar sus pechos, a darle dulces besos en su cuello, en sus hombros. Tiernas caricias más al sur, donde ambos se unían. Suaves círculos húmedos que la relajaban, que hicieron el trayecto más llevadero.

—Justo así, vas muy bien, preciosa…

Bea gimió. Sus palabras eran un afrodisiaco, la hacían sentir poderosa. No pasó mucho tiempo para que por fin lo sintiera hasta el fondo. Lo tomó del cuello y lo miró: había vulnerabilidad, una especie de rendición.

Pablo subía y bajaba sus manos por la espalda de Bea. Le susurraba palabras de amor, de suavidad.

"Creo que me voy a morir aquí, Bea".

"¿Cómo pude vivir sin esto?".

"¿Tienes idea de lo mucho que te extrañé?".

Ella lo besó y comenzó a moverse. Los dos respiraban en la boca del otro, no querían espacio. En ese vaivén había música, sonidos con los que se comunicaban. Tal vez era por la unión o el tiempo sin el otro, pero aquello era intenso. Reconocían la sensación de plenitud que se sentía al ser invadido por el otro en una toma de territorio húmedo, un deslizar de las caderas de ella.

Algunas veces se movían en sincronía, otras veces alguno de los dos, preso de las ansias, aceleraba el ritmo.

—Ponte encima, por favor. Es demasiado intenso… puedes…

Pablo la tomó en brazos y los levantó para acomodarse. Alzó las piernas de Bea y las colocó sobre sus hombros. Bea lo sintió entrar de nuevo y pensó que podría ser feliz así, toda la vida: con su peso encima, con esta necesidad llena de hambre por el otro que la enloquecía al sentirlo en lo profundo de sus entrañas.

—Dios mío, te siento al fondo, Pablo.

—¿Quieres que vaya lento?

Él movía sus caderas lentamente, esperándola. Bea apretó su cadera con las manos, sujetándolo hacia ella.

—Por favor, Pablo. No quiero que pares.

Pablo asintió, besándola mientras aumentaba el ritmo. La suavidad del inicio se había quedado en alguna esquina de la cama. Ahora solo había desesperación.

Pablo aún sostenía sus piernas, haciendo que todo se sintiera más profundo. Con cada empujón de sus caderas, ella se sostenía de su espalda. Su aliento era pesado, la mayoría absorbido por la boca de Pablo. Estaba parada ante un tsunami, podía sentir que las aguas estaban a punto de sumergirla en algo divino.

—Pablo… estoy cerca.

—¿Sí? ¿Quieres venirte, preciosa?

Bea gimoteó y Pablo acomodó sus piernas en la cama. Pasó su lengua por las yemas de sus dedos, humedeciendo su propia piel. Se movió de nuevo y acomodó su mano en el sitio donde ella palpitaba, en su clítoris sensible.

—¿Así?

Bea asintió y echó la cabeza hacia atrás. Las manos de Pablo se habían vuelto una extensión de su propio cuerpo, su piel la sentía como suya. No estaba segura de dónde iniciaba ella y dónde terminaba él. Sintió el desbordamiento, algo que quería brotar de ella se hinchaba más y más con cada empuje, con cada sonido, con cada roce de pieles.

—Pablo…

El placer la dejó sin poder decir más que su nombre como una oración, un grito desesperado pidiendo regresar a la vida. Pablo la sostenía, la guiaba suavemente.

—Dios mío, estás apretando demasiado…

Bea recordaría siempre la forma en la que Pablo la sostuvo cuando él también llegó al lugar donde ella había sentido el cielo. Escucharía claramente los quejidos acallados por el peso de su cuerpo encima de ella. Cómo ambos se aferraban a la piel del otro para no perderse, para no morir.

Su respiración ya se había tranquilizado cuando Pablo alzó su rostro y la miró con timidez.

—¿Estás bien? —le preguntó, pasando sus dedos por sus caderas y sus piernas. Unas marcas, apenas visibles, estaban en su piel.

Bea vio los caminos rojos que sus uñas habían trazado en la piel de su espalda. Asintió.

—Espérame aquí.

Pablo se levantó con cuidado y caminó hacia el baño. La limpió con suavidad, teniendo cuidado con lo sensible que toda ella se sentía. Alguno de los vecinos debía de estar escuchando música, de algún lugar del edificio sonaba una canción que reconocieron. Bea le acarició la mejilla y Pablo pasó su mano por los rizos. La memoria muscular que se pensaba olvidada regresó a ellos sin esfuerzo. Sabían dónde colocar las manos para hablarse. Pablo comenzó a tararear, haciéndola reír:

—¿Aún te gustan ese tipo de canciones? —le preguntó, acomodándose sobre su pecho.

—¿Bromeas? Mi gusto musical sigue siendo impecable.

El tono juguetón y fanfarrón la hizo sonreír.

—¿Y qué cambió? Estuviste siete años fuera de mi vista, Pablo. ¡Siete! —ella se acomodó sobre su pecho y levantó sus dedos exagerando la cantidad mientras movía las manos tiernamente, que él atrapo y se llevó a la boca para darles un beso—. No supe nada de ti. Creo que es un hecho que hay cosas que ahora no sé de ti.

—Supongo que sí… así como yo no sé muchas cosas de ti.

Ella lo miró expectante

—¿Entonces? Cuéntamelo todo. ¿Quién eres ahora, Pablo Grant Benítez?

Con una desnudez que iba más allá de los metros de piel expuesta, conversaron. La penumbra resultó ser el lugar indicado para hablar del pasado; se colaba la suficiente luz para guiarlos por la línea de tiempo, el punto exacto donde sus caminos se separaron. Hablaron primero de lo nuevo: de cómo a ella le gustaba hacer pilates y cómo él disfrutaba tomarse un tiempo para pintar los fines de semana. Bea descubrió que la misma fascinación por Pablo, y todo lo que decía, la que sintió la primera vez, seguía ahí. Ella lo escuchaba atentamente, haciendo una lista mental para memorizarlo.

En algún punto de la noche, uno de ellos se durmió escuchando el sonido de la voz del otro.

Al día siguiente, se levantaron temprano. Pablo hacía el desayuno mientras Bea se desperezaba, dispuesta a preparar café.

—¿Aún lo tomas con esta cantidad de leche? —dijo él señalando la taza medidora con el líquido.

Pablo, en sus bóxeres, con el cabello revuelto y su rostro recién levantado, parecía tan humano, tan tangible, que la conmovió. Habían pasado años y él todavía se acordaba de la mezcla entre leche y café que más le gustaba. Pequeñeces cotidianas que se debieron haber perdido entre los kilómetros que los separaron pero que, contra todo pronóstico, estaban ahí. Alguien allá afuera conocía sus secretos y las pequeñeces que la hacían ser ella. Él la recordaba.

Bea lo besó y asintió con la cabeza.

Comieron en silencio mientras ella sonreía.

Ese mismo día, regresaron a la casona en metro, cosa que Pablo disfrutaba. Camino a Coyoacán, mientras venían platicando de lo que harían en el día, el vagón se fue llenando. Era fin de semana y la ciudad parecía deslizarse en todas las direcciones posibles. Iban

de pie, por lo que Pablo cubrió a Bea con su propio cuerpo. Bea sacó unos audífonos de su bolsa y le ofreció uno a Pablo, dándole *play* a escuchar una canción sobre un amor que llegaba para sorprendernos cuando menos lo esperábamos.

Bea debió ver lo que pasaba por su rostro, porque asintió.

—Es buenísima, ¿verdad? Elsa y Elmar canta precioso. Te voy a mostrar algunas canciones…

Mientras Bea le platicaba de artistas que le gustaban, ella notaba el interés que había en él al hablarle de la letra de canciones y por qué le gustaban. Pablo hacía preguntas y ella las contestaba. Le bastaron ocho estaciones para darse cuenta de lo mucho que había extrañado conversar con él. Ninguno de los dos era cien por ciento igual que años atrás, era imposible que lo fueran. Sin embargo, ella reconocía unas partes de Pablo del pasado que parecían asomarse por momentos: cómo ladeaba el rostro para dar a entender que estaba escuchándola atentamente, cómo aún le gustaba tomarles fotos a edificios lindos, cómo buscaba sus manos y ella las tomaba sin pensarlo.

Parecían haber regresado a esos tiempos adolescentes en los que solo se desea escabullirse para estar a solas con el otro. Ninguno de los dos quiso aceptar la generosa oferta de la tía Leonor de quedarse en el departamento durante las dos semanas que le quedaban a Pablo en la ciudad.

—Ay, muchachos, si se los estoy ofreciendo. No quiero escuchar ruidos en la noche.

Alicia casi se atragantó con su té al escuchar a su hermana que miraba a su hija y a este hombre que no parecía saber dónde esconderse.

La casona era sabia, y su vetustez le hacía saber que era mejor guiar a los que caminaban en ella lejos de donde Bea y Pablo dormían. A regañadientes, los muertitos se movían hacia el otro lado, a las habitaciones de las hermanas. Una noche, uno de ellos quiso aventurarse, ver lo que ahí sucedía. La casona, que no dejaba

escapar a ninguno, lo hizo caminar por un pasillo sin fin hasta la mañana siguiente por querer husmear donde no le incumbía. Jamás llegaría ni a asomarse por donde los amantes se querían. Y es que la casona sentía aquella tensión en sus suelos. Nunca había sido pudorosa, pero los susurros de esos dos la hacían sonrojar.

En esa habitación Bea y Pablo estaban recorriendo nuevos y antiguos caminos. Se detenían a apreciar y besar cada nueva mancha, cada cicatriz nueva. Las pieles se unían y se separaban. La habitación olía a una mezcla de canela y de amores entre dos personas que se necesitaban. Que marcaban con saliva ahí donde había necesidad. Ambos tenían hambre del otro y no parecían querer detenerse pronto. Justo cuando pensaban que podrían descansar, una caricia hacía que el juego volviese a iniciar.

—¿Quieres más?

—Ahí, ahí Pablo.

Pablo todavía no sabía qué era lo que más le gustaba: la forma en la que sonaba su nombre cuando suplicaba o cómo sus manos permanecían unidas a un costado del cuerpo de Bea. Pablo la sostenía en los orgasmos, la guiaba con palabras ardientes y tiernas.

Cuando Pablo entraba en ella, era como reiniciar un reloj. Había sido feliz durante esos siete años sin él, pero nada se comparaba con la sensación de calidez que la rodeaba ahora, con las miradas que se decían lo mucho que se había extrañado. Con los gestos de placer, los besos apresurados, los sonidos… todo era una armonía de lo que callaron en esos años separados.

—Te eché mucho de menos cuando te fuiste —susurró Pablo.

Después de días compartiendo cama, ya habían adoptado una posición preferida de descanso después del orgasmo: Pablo se apoyaba contra la cabecera y ella descansaba cruzando su cuerpo encima de él. Era rigurosa la forma en la que se acariciaban, una ternura presente después del incendio del que habían sobrevivido.

—¿Sí me extrañaste?

—Los días después de la ruptura fueron imposibles para mí. No solo lidiaba con tu pérdida, sino con la de mi madre.

Ante la mención de su madre, sintió cómo todo su cuerpo se ponía en tensión. Ella no había querido traer el tema por miedo a herirlo.

—Pasaron exactamente dos años hasta que pude soportar el espacio vacío en mi pecho. Si te soy sincero, todavía me siento así y está bien: es un recordatorio de que ella existió y ocupó un lugar en mi corazón. Que, aunque cada día que pasa me cuesta recordar su olor, cómo sonaba su voz, ella sigue aquí adentro.

Su voz se había quebrado, había humedad sin derramarse en el valle de sus ojos, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa suave.

—Creo que ella estaría muy contenta de ver en lo que te convertiste. Fuiste a lugares nuevos e hiciste cosas con tal de encontrarte en medio de ese duelo. Anduviste nuevos horizontes en busca de lo que realmente querías. Es de valientes volver a comenzar —dijo Bea.

—¿Tú crees?

Él la acomodó en su pecho y Bea escuchó el latir de su corazón.

—No lo creo: lo sé.

Escucharlo hablar de una forma tan firme de sus sentimientos hizo que en ella comenzara a nacer una duda, un algo que empezaba a reptar por su espalda, distinto al aire fresco que hacía que su piel se erizara.

Así se pasaron el resto de las dos semanas que tenían juntos: conversando horas y horas. Salían a caminar en las mañanas y se tomaban el primer café del día con Leonor y con Alicia. Pablo pasaba por ella al trabajo y regresaban juntos a la casona donde ella lo acompañaba a terminar sus propios pendientes laborales. Estaban cayendo en una rutina y con cada minuto que pasaba era más difícil evitar una pregunta que giraba en su mente, una que le dolía en los dientes y en cada fibra de su lengua.

Su maldición, que parecía estar entumecida, no parecía querer despertar. En ella solo había una profunda felicidad y paz de poder ver cómo uno de los grandes dolores de su vida pasaba y se convertía en una experiencia de la cual crecer. No la sorprendió que, en un intento de no volver a caer en los mismos errores, se armó de valor para preguntarle:

—¿Qué vamos a hacer cuando te vayas, Pablo?

No tuvo la fuerza para hacerlo a la luz del sol, quizás en las sombras pudiese encontrar un lugar seguro donde no se le notara el temor en la cara. Una vela al lado de la mesita de noche iluminaba lo suficiente para ver que Pablo tenía los ojos cerrados. Su vuelo salía en un par de días y ninguno de los dos había sacado el tema de lo que pasaría con esto que había comenzado a brotar de la mano de ambos.

Pablo se giró hacia ella mientras la rodeaba con sus brazos.

—¿Hacer?

—Con nosotros… tú te vas a regresar a España.

Pablo se inclinó y encendió la luz. Por más que deseara lo contrario, esta conversación tenía que ocurrir con los dos iluminados, donde no hubiera espacio para las dudas ni caminos equivocados.

—Ven, siéntate frente a mí.

Pablo estaba sentado con las piernas cruzadas. Ella se colocó frente a él y él se acercó a ella, lo suficiente para que Bea lo rodeara con sus piernas.

—¿Tú cómo te sientes? ¿Qué quieres hacer?

La pregunta tan directa la desencajó. Claro que lo quería, quería que se quedara, que siguieran por este camino que habían empezado a recorrer. Pero ¿cómo decírselo sin sentirse ridícula por estar en el mismo lugar en el que estuvieron siete años atrás? Todo su cuerpo le estaba rogando que huyera, que no podría soportarlo si él no la quería. Todavía no lo decía porque enunciarlo era un permiso explícito para revivir el pasado. Pablo se acercó, acomodó sus manos en su cuello y rozó su nariz suavemente contra su mejilla.

—Hey, respira y mírame, nena. Todo está bien. Te hice la pregunta porque quiero darte el control de esto. Yo sé lo que quiero, pero antes deseo escucharte.

Su aliento era cálido contra su piel. Bea se alejó un poco y respiró profundamente. Por más que quisiera, frente a ella se encontraba un camino: ser sincera.

—Tengo mucho miedo, Pablo. Cuando volviste a aparecer, una parte de mí, la que te guardó un espacio en un rincón de su corazón, se iluminó feliz de volver a ti. Esa mendiga te tuvo paciencia. Incluso yo dejé de esperarte, de verdad lo hice. Pero regresaste. Y aunque todo esté en nuestra contra, a pesar del dolor, del adiós, de la indecisión, aquí estamos. Y todo se siente mejor que antes y no quiero dejarlo ir.

Pablo se acercó a ella, juntando sus frentes.

—Bea, es que no entiendes que yo te…

—¡No lo digas! —dijo ella, deteniéndolo con un dedo en sus labios.

La conmoción fue tal que hasta los muertitos que jugaban cartas en la sala dirigieron su mirada hacia el otro lado, cruzando toneladas de tezontle y cemento, hasta llegar a donde la joven pareja discutía.

—No lo digas, por favor. No las uses en vano, porque no podría. Yo… —Bea tomó aire—. Te perdono con todo el corazón lo que sucedió en el pasado. De verdad que sí. Pero no digas esas palabras si no planeas usarlas con responsabilidad, porque ahí sí no podría perdonarte. No una segunda vez. Podemos seguir hablándonos, puedo ir a visitarte o tú a mí. Mi familia te quiere y siempre las puertas de la casona se van a abrir para ti. No quiero que el intento de algo nos vaya a arruinar. Sé que quiero estar contigo y que no quiero a nadie más.

A Bea no se le escapó la frustración de Pablo, que asintió y dejó un suave beso en la palma de su mano.

—No porque no te lo diga no significa que no lo sienta, pero comprendo tus miedos. Nada de esto tiene por qué cambiar. Déjame

a mí resolverlo, ¿sí?

Habían sido unos buenos últimos días juntos. Salieron con su hermano y su esposa, la tía Leonor había preparado buñuelos una noche en la que el frío se les subió a los huesos a todos. Una noche en particular había decidido salir a acostarse a mirar al cielo en el pasto de la casona con una frazada gruesa, unas gomitas de mango enchiladas y unos audífonos. Hablaron de lo enorme que era el mundo, lo cansado que era preocuparse cuando tenían la inmensidad de frente a ellos. Que bastaba con voltear hacia arriba para admirar el infinito.

—No te quiero de la misma forma que antes.

Él se reincorporó asustado para mirarla.

—¿Cómo así?

Bea le acarició la mejilla, tranquilizándolo.

—Pues así: es distinto. En el pasado todo fue muy intenso, muy apresurado. Te me hiciste familiar desde aquel choque contra ti. Cuando pasó el tiempo, lo recordaba como un incendio. Me llegué a sentir ridícula por haber sentido tanto en tan poco tiempo. Al menos tuve por momentos la paz de que no estuve sola, que tú también lo sentiste. Mi mamá me sacaba a jugar mucho aquí mismo, donde estamos acostados. Ella ponía una manta, hacía limonada y jugaba a las escondidillas conmigo y mi hermano. Mi papá leía, a veces participaba en los juegos. Siempre me escondía en uno de los árboles de la derecha —apuntó con su dedo a la oscuridad—. Me hacía bolita y juraba que no me veía, cuando el tronco no era lo suficientemente grueso para esconderme. Creo que por ser la pequeña me dejaban esconderme un poco más de tiempo y a mí me gustaba ver las hojas mecerse con el viento. Cuando era un día de suerte, se podía ver el cielo azul clarito frente a mí. No sabes cuántas ganas tenía de tomar fotos con mis ojos para recordar. Así se siente todo esto. Tranquilo como el mecer de las hojas del árbol que se mueven. Un movimiento inevitable, una consecuencia del viento. Algo que sigue el orden natural de las cosas. ¿Entiendes?

Bea se acercó y le besó la mejilla. Pablo asintió con un nudo en la garganta.

—En este tipo de momentos me odio mucho, Bea.

—¿Por qué? ¿Por regresar con una intensa?

—Por haberme ido —había vulnerabilidad en su voz—. Cuánto tiempo perdimos, cuántos momentos donde pude haber estado contigo…

—Shhh… Eso ya pasó. Creo que es algo que tenía que sucedernos. Por más que quiero imaginarte en estos años, no te logro ver. Te observo en mi imaginación cuando pensaba en las cosas que hiciste en mi ausencia, los lugares que diseñaste que no pude ver. Quiero que me prometas algo. Si vamos a hablar del futuro, tenemos que dejar el pasado. Ese no cambia. Si queremos esto, no podemos volver a mirar hacia atrás. Ahí se quedó una parte de nosotros, la que inició todo esto. A mí me interesa ver hacia delante, lo que viene. ¿Sí? Yo te perdono y tú me perdonas a mí. No hay más.

—No había otro camino que no sea este, ¿verdad?

—Nop, así debía ser y es perfecto.

Contaron aviones porque las estrellas no existían en esta ciudad. Esa última noche se quedaron dormidos en el pasto, sintiendo a la tierra intentar calentarse para ellos. Un truco que le causaba fatiga a la casona porque extendía sus manos más allá de los límites de sus cimientos. Cuando ya no pudo más, le avisó a Leonor que se asomara por la ventana.

Cómo me chifla que estos dos se vayan a decir adiós mañana.

Su familia se despidió de Pablo en la casona excepto la tía Leonor, que daba vueltas en el estacionamiento para que los agentes del tráfico no le gritaran y ella no tuviera que gritarles el doble. Bea recordaba la conversación que habían tenido en el césped mientras veía a Pablo documentar su equipaje. Caminaron en silencio hasta el filtro de seguridad y Bea intentó tranquilizarse, pero lo único que salió fue un quejido que intentó cubrir con su mano.

—Hey, no pasa nada… —Pablo la rodeó con los brazos. No sabía qué era lo que les deparaba el destino ni si lo volvería a ver. Su nariz inspiró su loción, por si tenía que despedirse por siempre, ahora sí.

—He respetado tu decisión de no mirar al futuro, pero, por si no quedó claro, esto ha sido lo mejor que me ha pasado —hubo un silencio que se sentía cargado de cosas que ella sabía que él contenía—. No me voy a ir fácilmente, no esta vez.

Pablo apretó un poco más sus brazos y la separó de él, mirándola a los ojos mientras limpiaba con uno de sus dedos una lágrima que se había escapado de su control.

—Voy a regresar. Ni siquiera lo voy a prometer, porque es un hecho. Esto no es un adiós, preciosa. No hay mar ni ciudad lo suficientemente lejos para apartarme de ti. ¿Qué más da si tengo que jugar a ser el destino para volver? En todas las líneas de tiempo, yo siempre regreso a ti. Tú y yo… así es como debe ser siempre, ¿sí?

Se besaron con el dolor de la despedida, de lo terrible que era recordar la última vez que se dijeron adiós. Ese beso se sintió como una promesa y una elección. Una deuda pendiente entre los dos y un reloj que había comenzado a correr de nuevo. Bea lo miró entrar por el filtro. Un beso volado, un parpadeo y se había ido. Suspiró y caminó con paso decidido hacia la salida del aeropuerto. No escuchaba ni el tráfico ni el silbato de los policías moviendo a los autos que, impacientes, no esperaban a que las personas se bajaran y ya estaban encima de ellos insistiendo en que se movieran. Su tía se orilló, esperándola. Cuando entró al auto, la miró con compasión.

—¿Se despidieron bien, mi niña?

Su tía no tenía ni idea de lo que "despedirse bien" significaba, y ahí fue cuando se quebró. Beatriz lloró todo el camino de vuelta, su tía le acariciaba el cabello con una mano y con la otra las guiaba de regreso a la casona, al lugar que la esperaba y que le hacía recordar que estaba destinada a siempre despedirse de lo que más amaba.

Capítulo 16
2024, Ciudad de México

Las cumbias que sonaban de algunos audífonos de una de las personas a su lado le hicieron recordar que estaba un poco más cerca de llegar a la casona. Aunque todavía le faltaba unas cuatro estaciones, el tiempo de espera se sentía mayor. La gente a su alrededor estaba de malas y con hambre. Sintió en el aire el olor que tienen las personas cuando salen de una jornada laboral, una mezcla entre desodorante y perfumes que intentan cancelar el cansancio. La mayoría estaba atenta al celular, otros tenían audífonos y unos pocos leían. Algunos, como ella, tenían ganas de por fin regresar a su hogar. No tenía nada que reclamarle a la señora que tenía enfrente que observaba a todos de una manera fulminante. Bea también estaba cansada. Las usuales lluvias de mayo y el aire fresco de la ciudad se colaban y provocaban una humedad que hacía que le dolieran los huesos de la pierna y de los pies. Podía sentir uno a uno, cómo rogaban por algo cálido.

Aún con la fatiga del día, había algo suave que la acompañaba entre avenidas y calles que atenuaba el ruido a su alrededor y que hacía el regreso a casa algo menos solitario y fastidioso. En el pasado seguramente andaría con los audífonos puestos para escuchar música, como las personas a su alrededor, pero desde hacía meses tenía algo mejor que escuchar para regresar a casa. Desde noviembre, se había acostumbrado a andar con audífonos

bien cargados, pero ese día fue la primera vez que se descuidó. Sus *playlists* o audiolibros estaban abandonados y, en su lugar, la voz de alguien más la acompañaba cuando regresaba a su hogar.

Tomó su teléfono y miró la pantalla, donde se reflejaban diferentes notificaciones: un recordatorio de una junta, una llamada perdida de su hermano y, encima, estaba él. Un audio con la voz de Pablo la esperaba. En realidad, no era uno, sino varios. Bea abrió la conversación y recibió un hilo de audios repartidos en diferentes momentos del día.

Como pudo, conjuró la paciencia que tenía para esperar a llegar a la casona para escucharlo, a falta de audífonos.

Debí haberme fijado mejor, qué mensa.

Bea:
Sé que debes estar dormidísimo. Voy saliendo del trabajo. ¿Te acuerdas de la nueva exposición que planeamos? Todo va excelente, pero cansado. Tengo descargados los audífonos, cuando llegue a la casona te escucho. ¿Con qué sueñas hoy, guapo?

Envió el mensaje y guardó su celular en el bolso.

Unos cuarenta minutos más tarde, por fin llegó a la casona. Desde una esquina antes, comenzó a acelerar el paso. Cuando la casona notaba urgencia, hacía que la puerta principal se encontrara abierta, esperándola.

Comper, comper. No los vaya a pisar, muertitos.

El camino de piedras se le hacía larguísimo, más cuando la esperaban para recibirla como siempre. Sentía manos en sus brazos que ella ignoraba para llegar a la puerta principal de la casa. De un portazo le hizo saber a su mamá y a su tía que había llegado.

—Hola, mami; hola, tía. ¿Qué onda? Voy a subir tantito, ahorita bajo, ¿sí?

Se acercó a ambas y les dio un beso tronado y rápido en la mejilla. Aventó sus zapatos al lado de la barra de la cocina y salió corriendo hacia su habitación, no antes de que escuchara a su mamá:

—¿Y a está qué le picó o qué?

—¿No ves, Alicia? Tu hija anda corriendo para alcanzar al novio antes de que se duerma. ¿Qué hora es en España?

Sus voces se fueron alejando mientras ella aceleraba el paso. No tenía la energía para decirle por enésima vez a su tía que Pablo no era su novio. Como si le leyeran la mente, los muertitos se rieron a su alrededor, como si el hecho de verla correr por escuchar la voz de alguien no fuese un claro signo de afecto. Ya después les devolvería la broma cuando estuviera más tranquila.

Apenas llegó a su cuarto, cerró la puerta y buscó en sus cajones los viejos audífonos que tenía, de los que funcionaban sin la necesidad de tanta tecnología. Puso a cargar el par inalámbrico que usualmente usaba y, como si se tratase de algo que requería preparación, encendió una vela, abrió la ventana de su cuarto y se cambió de ropa, eligió algo más holgado antes de sentarse en la cama y ponerse los audífonos.

Abrió la conversación y subió hasta encontrar la primera nota de voz de Pablo de ese día. Con una suave sonrisa le dio *play* y algo tibio se sintió en su vientre cuando escuchó su voz:

Pablo:
Hola, preciosa, buenos días. ¿Cómo dormiste?

Suspiró y se acomodó sobre sus almohadas mientras escuchaba atentamente.

—Hoy es un día un poco más relajado para mí. Por fin la negociación que te conté está a punto de cerrarse. Esa construcción va a ser nuestra, un poco más de tiempo y así será. Sé que te va a dar mucho gusto lo que eso significa, sobre todo para mí. Es un proyecto que espero que te agrade cuando lo veas.

Pablo debía estar caminando muy temprano por la calle, porque podía escuchar el canto de los pájaros y el paso de autos. Con los ojos cerrados, se lo podía imaginar perfectamente: una camisa de vestir, pantalones oscuros y el cabello bien peinado.

Pablo:
Ayer me dormí muy temprano y ya no pude terminar de ver ese capítulo en el que nos quedamos. Qué buena serie, joder.
Recuérdame que tú escojas más seguido las series que veremos, ¿sí?

Bea tenía la sensación de acompañar a Pablo en su día a día. De alguna forma, se deshacía de la materia y de la forma física y toda ella se vaporizaba hasta llegar a él. Las leyes del tiempo y del espacio parecían romperse cuando ella escuchaba esas notas de voz. ¿Será que Pablo la sentía como un fantasmita lleno de amor? El contacto había estado ahí desde el día que se separaron. Habían pasado siete meses desde la última vez que lo había visto y lo sentía cerca de ella porque habían encontrado esa forma de contarse lo que sucedía. Si bien a veces la vida y sus responsabilidades se metían en ese hueco enorme que los separaba, hasta ahora cualquier silencio era compensado con una videollamada para verse durante horas a través de la pantalla.

Bea aun recordaba cómo, después de que se fuera, tardó un poco en confiar y saber que esta vez sería distinta a la anterior.

¿Qué rayos estoy haciendo? ¿Cómo es que me permití regresar al lugar al que prometí no volver? Pablo, con la mano en la cintura, puede desaparecer un día y no volver. ¿Dónde voy a poner mi corazón si eso pasa?

Sus pensamientos estaban llenos de incertidumbre, preguntas a las que solamente el tiempo podría ofrecerle respuestas. Fue un hecho que sus seres queridos notaban lo inquieta que estaba. Aunque las llamadas de Pablo nunca le hicieron falta y siempre estaba ahí para contarle de su día, Bea odiaba la idea de volver a equivocarse y que las personas a su alrededor la vieran sufrir una segunda vez por lo mismo.

—¿Qué te pasa, loca?

Bea y Hugo habían quedado para cenar juntos un día de diciembre, meses después de la boda. Por alguna razón, Bea pensó que su hermano mayor iba a desaparecer después de su matrimonio, de lo que sea que viven los recién casados, que ya no sería tan frecuente su divertida presencia en la casona. Pero, al contrario, él ahora parecía estar buscándolas para recibirlas en aquel hogar que él había comenzado a formar.

Como ahora, que su hermano la miraba con suspicacia mientras apoyaba las manos en la mesa de plástico del puesto de tacos favorito que tenía cerca de su departamento.

—¿Qué me pasa de qué o qué? —le preguntó ella mientras bebía su refresco.

—Llevas cinco minutos mirando la pantalla de tu celular… ¿todo va bien con Pablo o tengo que jalarle las greñas?

Bea miró acusatoriamente a su hermano.

—Pues sí, estoy esperando un mensaje. Estoy nerviosa porque nunca he hecho esto. No sé si te diste cuenta, pero tu amigo me gusta mucho y esto es nuevo para mí y no sé cómo comportarme cuando estoy con él.

—Vaya, vaya… hasta que por fin te dignas en darme detalles. Supuse que ustedes dos seguirían, pero no sabía que estabas tan…

exaltada por la experiencia.

—¡Hugo!

Bea apoyó su Coca-Cola de vidrio sobre la mesa con más fuerza de la usual, haciendo que algunas personas los voltearan a ver con extrañeza.

—¿Has considerado que a lo mejor necesitas fluir? Dejar que las cosas pasen. A ver, ¿él te habla todos los días?

—Sí…

—¿Se comunica como el adulto que es y te hace saber cuando va a estar ocupado? —ella asintió—. ¿Entonces? Por lo que él me ha contado, está muy feliz de seguir hablando contigo.

—¿Él habla de mí contigo?

Eso la sorprendió mucho.

—Claro que sí, mensa. El tema está en que prometí no decir nada porque uno no traiciona a los panas.

—Uno no traiciona a las hermanas, querrás decir.

—Tú confía y deja que las cosas sucedan. Sé que la incertidumbre puede ser difícil para ti, pero te prometo que todo estará bien. Conozco a Pablo y sé que es difícil que te haga daño.

—Pero lo ha hecho en el pasado, hermano. Por estoy preocupada.

Hugo la miró confundido. Ella suspiro mientras le ponía más cilantro y cebolla a sus tacos.

—¿Te acuerdas del novio que tuve en Alicante?

—¿El que te dejó tirada en la tristeza por un año y del que no volviste a saber nunca porque terminaron de una manera muy trágica…? —Hugo pareció empezar a darle sentido porque, de pronto, él abrió los ojos desmesuradamente y abría la boca—. No puede ser, ¡¿Pablo es él?!

Ella asintió, y le contaba la versión resumida de lo que había sucedido entre ellos. Habían decidido no decirlo para evitar incomodidades, sin darles a conocer la forma en la que él le había pedido disculpas y lo bello que era volver a conocerlo.

De nuevo en la casona, donde Hugo escuchaba a su hermana, él la miró serio.

—Entiendo completamente la situación y no los juzgo. Yo conozco los dos lados de la moneda y, la verdad, creo que sí fue algo que ambos necesitaban. Me alegra que te haya pedido disculpas porque sí estuvo terrible lo que hizo. Hablando del presente, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que un día decidas que no quieres que Pablo siga estando en tu vida? Por ahora se puede decir que tú llevas el control de hacia dónde se dirigen. Deja que él se acerque. Puedo ver que eso suele ser algo complicado para ti, hermanita, pero Pablo me ha demostrado ser un hombre bastante decente para nuestra estirpe, que suele empezar y terminar las cosas con el pie derecho. Déjate querer y conocer. Confía en mí cuando te digo que él está haciendo todo lo posible por estar a tu lado.

Él le guiñó un ojo, una leve sospecha de que algo le estaba ocultado. Por miedo, no le quiso preguntar y decidió abrazarlo, agradecida por su amor y saberse comprendida. Era extraño cómo los mejores consejos parecían siempre proceder de las personas más improbables.

Quería hacer las cosas distintas porque en sí la experiencia era nueva para ella. Por la forma en la que hablaban parecía que tenían una vida juntos. Bea constantemente tenía que recordarse que, cuando llegara la casona, él no iba a estar ahí esperándola. Así de cercano lo sentía.

Durante los siguientes meses después de esa conversación le dio gracias a Hugo por recordarle que a veces una tenía que dejar que las cosas sucedieran como tenían que hacerlo. Cuando los audios de él cesaban, era el turno de Bea de contarle sobre su día. Le hablaba del cambio de las estaciones, del tráfico y de lo mucho que le gustaba quedarse unos minutos viendo hacia el espacio interior del museo, donde la luz entraba para recordarle que el día se había acabado. Le decía lo que había comido y lo que quería hacer el fin

de semana. Habían entrado en una nueva rutina que se basaba en aprovechar cualquier tiempo libre para estar juntos.

Los fines de semana, uno de los dos se levantaba más temprano de lo usual para tener videollamadas. La primera vez que Pablo vio a Bea, él sonrió con timidez y ella quiso besar la pantalla de su computadora. En vez de eso, lo saludó lentamente con la mano. Bea esperaba la incomodidad que la distancia solía traer, que la conversación se acabara con pensamientos de duda, preguntándose si realmente quería estar ahí, pero no. Pablo la hizo parte de su rutina. Si él tenía un compromiso el sábado, acomodaba un espacio para ella, aunque se tuviera que desvelar. Pablo jamás le pedía que se desvelara por él. Algunos de los muertitos que iban pasando se detuvieron cuando escucharon la voz de Pablo y asintieron con aprobación. Si su niña se desvelaba, no iban a dudar en hacerle bromas que llegarían a escucharse hasta España.

Bea y Pablo habían descubierto, a la distancia, que el espacio podía ser llenado con diferentes emociones y actividades que podrían hacer. Ver películas, preparar recetas, leer juntos; compartir lo que sea. Estaban aprendiendo poco a poco que todo se podía cuando las dos personas estaban dispuestas a cooperar.

—Yo también quiero mostrarte mi esfuerzo, que disfruto mucho platicar contigo, que quiero estar aquí —dijo Bea.

Pablo sonrió sinceramente.

—Que estés aquí, que me respondas las llamadas y te tomes el tiempo de escuchar a este arquitecto gruñón y sus sueños es todo para mí, mi sol. Esto es todo para mí.

Un día Pablo le comenzó a hablar de un proyecto secreto que su empresa había comenzado a gestar.

—Va a llevar unos meses, empezó a tomar forma desde que estaba en México. Me emociona mucho, pero debo ir poco a poco con las negociaciones. El socio es algo temeroso y tengo que estarle confirmando la inversión, que será grande para ambas partes.

—Pero ¿cómo? ¿Es un edificio o una restauración?

Él alzó las cejas queriendo ser misterioso y logró que ella se riera

—No te puedo decir mucho, así de secreto es el proyecto.

—¿Crees que yo le echaría mala suerte a algunos de tus proyectos?

Pablo iba caminando con una cuchara con lo que parecía ser mantequilla de cacahuate. En sus ojos había picardía y una inocencia fingida que le daba risa.

—Jamás. Desde que volviste a aparecer mi suerte cambió, guapa. Te necesito a mi lado para que esta buena racha siga.

Era difícil mantener sus emociones a raya cuando decía cosas así. Era aún más complicado prestarle atención mientras caminaba sin camisa por su departamento *Sé exactamente cómo se sienten esos músculos de sus hombros entre mis manos.* Bea jamás había conocido a una persona con gran apetito sexual: la mayoría de las veces le bastaba su propia compañía, pero ahora que sabía qué era estar en los brazos de Pablo, era complicado mantenerlo a raya. Su juguete usual aún la satisfacía, pero las vibraciones no le causaban lo que las manos de él.

Una noche que iba a salir, se tomó una foto frente al espejo con un bonito vestido negro corto, alzándose el cabello que caía en suaves rizos enmarcando su rostro. Sin pensarlo se la mandó a Pablo que respondió casi inmediatamente con una foto de él con la boca abierta.

Pablo:
Voy a envidiar a todos los que te vean así.

Bea:
¿No te molesta que me vea así?

Pablo:
Lo que me enfada es no estar ahí para mostrarles quién es el que va de tu mano en todo momento.

Ella se había sentido atrevida, animada a acariciar el suave deseo que había dentro de ella, y decidió tomarse otra foto, alzándose el vestido y dejando ver la ropa interior negra a juego, enviándosela en modo temporal.

Bea:
Solo tú podrías verme así, suertudo.

Cuando recibió la notificación de que había sido abierta y eliminada, ella sonrió.

Pablo:
La siguiente vez que nos veamos, me las vas a pagar.

Bea no sabía que podía jugar a la seducción pero ahí estaba: un deseo que no dormía pero que esperaba pacientemente. Diciembre le dio paso a enero, el año nuevo los encontró en diferentes horarios.

Bea:

Feliz año nuevo hasta el futuro. Como tú ya comenzaste el día antes que yo, espero tengas la decencia de avisarme del momento en el que vuelvas a mí. Te extraño profundamente y en mi mente estoy contigo".

Cuando llegó su turno de hacer la cuenta regresiva, Pablo se había quedado despierto para acompañarla y felicitarla. Toda su familia le había mandado abrazos a través de la pantalla donde habitaba el cariño de Bea.

Enero pasó con la promesa de volver a verlo, pero, con él, una duda se había comenzado a volver insoportable. ¿Cuándo iba a suceder? Bea no quería salir con nadie más y Pablo le había dicho que él tampoco. No eran novios todavía porque Pablo no se lo había preguntado, pero, si era honesta, la etiqueta estaba ahí, flotando entre las palabras y acciones amorosas que había entre ellos. La quería formalmente, pero en estos momentos algo le decía que esto era lo mejor. Fue en primavera cuando los primeros cambios de aire le hicieron tomar valor. Estaba en la sala frente a su computadora comiendo trozos de manzana con tajín mientras escuchaba a Pablo contarle un chisme que había escuchado entre sus compañeros de trabajo, de cómo uno de ellos había saboteado el trabajo del otro por una rivalidad que tenía que ver con una chica.

Bea lo escuchaba, pero su corazón latía fuerte. Una adrenalina, la sensación familiar de desbordamiento próximo que ocurriría pronto y que no tenía más opción que sacarlo todo.

—¿Cuándo nos vamos a volver a ver, Pablo?

La pregunta salió a borbotones, rápidamente y sin pensar mucho, interrumpiendo de forma abrupta su anécdota. Como siempre, sus pensamientos iban mucho más rápido de lo que ella podía articular.

—Pregunto porque siento que vamos muy bien y no quisiera que mi silencio se malinterprete por cómo están las cosas, porque no es

así: yo quiero volverte a ver.

Pablo apoyó ambos brazos sobre la mesa, dándole una vista de sus músculos que la distraía.

—¿Te soy honesto? Me estaba comenzando a asustar porque esta pregunta no llegaba.

—¿Y por qué no la hacías tú?

— No te equivoques, tu ausencia me duele a diario, a todas horas. Quiero regresar del trabajo y que estés aquí para platicar; poder dormir y despertarme a tu lado siempre. Esta negociación requiere que esté aquí, pero te prometo que va a valer la pena. ¿Confías en mí?

La pregunta le caló en el estómago, ahí donde sus emociones parecían habitar. ¿Confiaba en él, aun después de todo? Era injusto e imposible no recordar el pasado en este tipo de preguntas. Le sorprendió que su respuesta estuviera ahí un segundo después, con un "sí" definitivo. Que, aun con el miedo por la situación, Pablo había luchado con una espada invisible contra toda la incertidumbre que rondaba por su mente. Que sabía que podía ser sostenida y que, esta vez, nada era igual al pasado.

—Claro que sí.

—La situación es un poco complicada, pero quiero que sepas que, si me lo pides, me subo a un avión para ir a verte la siguiente semana. No quiero que pienses que el hecho de que no esté ahí no significa que no esté contigo. Por eso te cuento todo de mis días y yo escucho sobre los tuyos. Te siento tan a mi lado como si estuvieras físicamente aquí.

Bea podía sentir su paciencia en el tono pausado con el que hablaba. Sus ojos parecían hablarle y decirle: "Créeme, por favor. No confundas mi distancia con todo el amor que hay aquí". Ella maldijo una y otra vez la forma en la que sus propias responsabilidades la dejaban sin muchas opciones de poder ir a visitarlo. Entre ahorrar y tener en puertas cambios de exposiciones, era imposible pedir vacaciones.

—Estoy tentada a hacerlo, a pedirte que lo dejes todo y que vengas a ocupar el espacio que te corresponde en mi vida, pero te quiero lo suficiente para saber que, si no has venido, es porque algo grande está en tu horizonte. ¿Me crees capaz de alejarte de algo que amas? Estoy segura de que el proyecto va a avanzar como debe de ser.

Pablo sonrió y abrió los ojos, emocionado. Comenzó a saltar por la cocina. De algún lado sonó el maullido enfadado de un gato que no entendía lo que le estaba ocurriendo a su dueño.

Pablo regresó a la pantalla y comenzó a besarla.

—¿Qué estás haciendo, loco?

—Yo también te quiero, preciosa. Te quiero y te quiero y te quiero.

Bea reía, feliz. Pensó que, si en ese momento mirara a su pecho, podría ver su corazón, expuesto, rojo y palpitante.

—Vamos a estar juntos antes de lo que crees. Ten fe en mí.

Desde entonces, Bea decidió tener fe. Sintió esperanzas con cada llamada y cada mensaje. No se arrepintió cuando, en su cumpleaños, él le mando flores y le hizo llegar un libro de colección del Museo del Prado con todas las fotos que se habían tomado pegadas a las hojas de los libros.

—¿Te quedaste con todo esto? ¿Aun después de todo este tiempo?

—Ni por un momento se me pasó borrar las fotos.

Creyó en él durante esos meses hasta que el verano llegó. Los frutos de los árboles de la casona comenzaban a caer en el pasto con la llegada de junio. Lo que alguna vez fue un limón listo para usarse ahora estaba en camino a pudrirse. Los miedos de Bea comenzaban a tensarse y no sabía qué hacer. Las notas de voz, la cotidianidad parecía estarse convirtiendo en su enemigo: amaba escucharlo pero quería más. Tenerlo de frente de nuevo, saber que volvería a verlo.

La tía Leonor, que brillaba por ser demasiado fijada para su propio bien, notó la inquietud de su sobrina por la forma en la que movía su pie de arriba abajo cuando escuchaba las notas de voz de Pablo, como si fueran las alas de un colibrí. Los muertitos, que muchas veces escuchaban cosas que no debían, le habían contado que su sobrina lloraba frecuentemente por las noches. Esa fue la señal para la emboscada que había planeado minuciosamente.

—¿Ya me vas a contar qué te hizo ese cabrón o tengo que esperar más tiempo, mi niña?

Su tía la había sorprendido cuando leía un libro de poesía del enorme estante del despacho del abuelo. Bea no solía visitar ese lugar de la casona porque le olía demasiado al pasado, a historias encerradas que se quedaron en el polvo. Sin embargo, llevaba una semana encerrándose ahí para distraerse de sus propios miedos.

Cada pared de esa habitación estaba cubierta por libros. En una pequeña sección había acetatos, pero, en sí, lo que ganaba ahí eran las historia: había una enorme colección de libros que había crecido de generación en generación. Por estar siempre cerrado, era un misterio cómo la habitación siempre olía a canela y a flores. Probablemente a la casona le tuviera cariño a ese despacho por razones que nadie sabía. El primer día que entró pudo jurar que vio entre las sombras a alguien sentado en la silla detrás del enorme escritorio de madera.

Bea había comenzado a husmear los libros: literatura mexicana, estadounidense, rusa, japonesa… había de todo un poco en los anaqueles. Los libros más nuevos habían llegado ahí gracias a su madre y su tía. Comenzó releyendo *Los recuerdos del porvenir* porque quería recordar lo que era gravitar entre tiempos presentes y pasados y de ahí brincó a *Como agua para chocolate* para sentirse comprendida de estar tan cerca y tan lejos de su amor. Ahora leía *Pedro Páramo* para aceptar que había recuerdos fantasmas que podían quedarse en nosotros aun después de saberlos fallecidos.

Recurría a los libros para encontrar respuestas, para hallarle un final al laberinto de sus miedos. ¿Por qué Pablo no venía aún? En algún momento, los miedos comenzaron a volverse enfermizos. No entendía la forma en la que su mente funcionaba: Pablo le había pedido tiempo, pero ¿cuánto más necesitaba? Se sentía terrible porque era ella la que no sabía cómo avanzar. Nunca había llegado tan lejos y sentía que las dulces dunas de ese amor se le iban a escurrir de entre sus dedos.

Bea sentía pánico. ¿En qué momento se va a echar a perder la relación? Anticipaba que todo terminaría con el tiempo, porque todo lo hacía de una forma u otra. Se sentía culpable porque nada de lo que él estaba haciendo estaba mal. Pablo le decía que ya casi estaba del "otro lado" y ella se reía porque podía escuchar la influencia de su hermano en las palabras de Pablo. Pablo le decía que contaba los días para volver a verla, que sería pronto. ¿Qué era pronto?

Pablo:
Créeme: cuando este proyecto termine, lo sabrás. Espérame, mi preciosa, espera por mí.

El aire cálido de la ciudad se colaba por el ventanal del despacho cuando su tía le hizo esa pregunta:

—¿Que qué me hizo Pablo?

—Pues sí, algo debió haber hecho para que estes cabizbaja de nuevo…

La tía Leonor caminó hasta el escritorio y se sentó en la orilla.

Bea la miró desde el sillón frente al estante.

—¿No te da cosa acercarte al escritorio? Siempre siento que hay alguien ahí sentado…

—Nah, por aquí mora de todo, menos cosas que me espanten. Más miedo les doy yo por ruidosa. Entonces, ¿me quieres contar?

Leonor le dio un largo sorbo a su té, expectante, y Bea cerró su libro. Sentía en su pecho las ganas de contarle todo, de por fin expiar los secretos que se estaban acumulando. Su corazón latía a mil por hora y uno de sus dedos acariciaba la cubierta de tela del libro en su regazo.

Tenía una historia atorada en su garganta que le rasgaba las cuerdas vocales y que le picaba la lengua para por fin salir. Lo que no se nombra, no existe, y ella quería más que nada que existiera esa historia de amor con un final feliz. Bea suspiró y miró a su tía. La habitación que contenía miles de historias sabía que la suya llevaba tiempo queriendo ser contada. Y así fue como le contó todo a Leonor. Le habló de aquel verano, del primer amor y del mar de Alicante. Le habló del susurro del pozo, de cómo se sentía maldita en el amor. Le dijo de cómo lo esperó por años y cómo nada se volvió a sentir como aquella vez que el cielo se iluminó con el primer beso.

En algún punto, lágrimas resbalaron por sus mejillas, una humedad que sabía a libertad.

—Y ahora, años después, Pablo regresa… no quiero creer en el destino, pero cómo no hacerlo cuando me lo pusieron de nuevo en el camino. Y estoy cansada de escucharme a mí misma en mi mente. Pablo me ha demostrado que es completamente distinto ahora, que no hay duelos ni nada que me haga dudar. Soy yo la que no cree que se vaya a quedar esta vez. Estoy loca, ¿verdad?

—No, mi amor. No estás loca. Me parece que te contaste una historia tantas veces que terminaste creyéndotela.

La confusión de Bea debía ser visible en su cara, porque Leonor sonrió débilmente.

—A mí también me habló la bruja, mi niña.

El asombro de Bea la paralizó.

—¿A ti también te dijo algo el pozo?

—A ti, a mí y a otras mujeres de nuestra familia. ¿Crees que fuiste la única niña que desobedeció a sus padres? Tus abuelos se

llenaron de canas gracias a mí, que me llevaba entre los brazos a tu mamá por mis travesuras. Esta familia tiene un tema con el amor y a cada generación se le murmura la misma frase: "Es inevitable el fin de tu historia de amor". Algún día te contaré la historia completa que me contó mi mamá y que a ella le contó su abuela. Nuestro linaje es de mujeres que llevan fuego en la sangre, tan cercanas a nuestras sombras que hemos aprendido a hablar con lo que vive en esta casa. Sí, es inevitable nuestro fin, pero creo que tú adoptaste otro significado. Es bien curioso escuchar cómo cada uno de nosotros le da su propia interpretación. ¿Qué es lo inevitable para ti, Bea?

Bea consideró su respuesta.

—Creo que es algo que tiene que ocurrir, que aunque intentes encontrar otro camino u opción, siempre vas a terminar en el mismo lugar del inicio. En mi caso, que no estoy hecha para vivir el amor.

Ella asintió pensativa, mirando a su sobrina.

—Has pasado más de la mitad de tu vida creyendo eso y aquí, mi chiquita —dijo su tía mirando los alrededores del despacho—, las paredes escuchan la mente. Te lo has repetido tantas veces que te lo creíste sin cuestionarte un segundo si realmente eso era lo que significaba *inevitable* para ti. Lo único inevitable que tenemos en la vida es esto —enfatizó su tía, sostenido su corazón— y lo que hacemos con él. No podemos huir del dolor ni de la oscuridad, mi niña. Solo podemos enfrentarla y ver directamente a su rostro. Es la única forma en la que puede existir la luz.

"A mí por mucho tiempo esa frase me detuvo… hasta que descubrí que el amor, cuando es de esos que se sienten en los huesos, tan certero como el sol que sale, no tiene por qué terminar nunca. Es inevitable que las personas se vayan de tu vida y que lo único que dejen sea una cicatriz en lo más profundo de tu corazón. Por eso, cuando llegue el momento decisivo, el que sientes que va a alterar tu vida por completo, debes ser valiente y vivirlo sin importar las consecuencias. Yo no soy ninguna bruja pero si la vida los volvió a juntar, hay de dos, mi niña: o es una prueba para ver si aprendiste

o si realmente estaba en el camino que se volvieran a encontrar. A veces una no puede esperar a que el amor llegue. Tienes que dar un salto de fe y ser tú la que camine hacia él. ¿Quieres ir con él? Corre y ve por él, mi Bea. La vida es un suspiro y, cuando te das cuenta, ya tienes cincuenta años y comienzas a acercarte al otoño de tu vida. ¿Cómo quieres recordar a Pablo? ¿Como el amor que se fue o como el que te hizo moverte con toda el alma?

Leonor se alejó del escritorio y le dio un suave beso en la frente a Bea.

—Nunca es tarde para ir tras lo que queremos. Cuando es de verdad, no hay nada ni nadie que pueda detenerlo. Corre, mi niña, que el destino te está esperando.

Esa noche Bea no pudo dormir. El familiar cosquilleo de sus manos por primera vez fue de emoción. No había miedo detrás de sus planes, una película que comenzaba a tomar forma en su mente. ¿Podría ella vivir en Madrid? Nunca se había planteado la posibilidad de dejar todo atrás: su familia, sus amigos, su comida, ser extranjera permanente en un lugar completamente nuevo. Iniciar desde cero. ¿Pablo la querría allí? Se sentía correcto al menos intentarlo, ver hacia dónde la guiaban los hilos que llevaban meses indicándole el lugar en el que se sentía indicado estar.

Tomó la decisión una semana especialmente lluviosa, entre las paredes del museo. Las calles del centro de la ciudad parecían exudar frío y humedad. Los calcetines no eran suficientes para poder evitar el dolor de huesos que le calaba al caminar hacia su trabajo. Cuando vio de frente la fachada del museo, se asombró de cómo la lluvia no paraba a las personas de venir y conocer su interior. Había personas formadas con paraguas que parecían querer volarse con la primera ventisca.

Por fin era viernes, el fin de una semana terrible. Pablo llevaba algunos días más ocupado de lo usual, diciéndole que esa semana sería especial y que estuviera atenta a sus mensajes. Bea sospechaba que tendría que ver con el final de aquel proyecto. Para

apaciguar su emoción, pasó el día revisando las adquisiciones de la próxima exposición. Estaba inquieta, quería correr y comenzar el plan que llevaba tiempo gestándose en su mente.

Al final de su jornada laboral, en vez de bajar con el resto del equipo, decidió ir hasta el último piso del museo. A esa hora había baja afluencia de gente y a los pocos visitantes les daba miedo ver cosas en el espejo. A ella le daba paz el salón de recepciones, sobre todo en el atardecer, cuando necesitaba pensar.

—¿Qué onda, mi Bea? ¿Qué te trae por aquí?

Ernesto, uno de los guardias de seguridad vespertinos del salón, la miró con una alegría genuina que Bea se había ganado a lo largo del tiempo.

—Ya sabes, vengo a pensar unas cositas.

—¿Qué te parece si voy al baño rápidamente y así, por pura coincidencia, te quedas sola en la habitación? Recuerda: no hagas nada que yo no haría aquí, ¿sí?

Bea le guiñó el ojo y entró a la enorme habitación. Había dorados y cafés a donde sea que volteara a ver. Las luces de los candelabros hacían que el ambiente se sintiera peculiar con el contraste de la tarde nublada en el exterior. Al caminar al centro, los detalles del techo y todo su alrededor le daba nostalgia. Siempre se preguntaba si las personas que habían bailado en ese salón todavía seguían aquí, si ella sería el fantasma del futuro que los asustaba. Se paró en medio de la habitación y se miró en el espejo. Se vio con los rizos acomodados en un chongo bajo, encontrando sus ojos serenos y brillantes. Todavía era joven pero identificaba la forma en la que su rostro había cambiado a lo largo de los años.

¿Qué tipo de vida quería llevar? Algún día tendría ochenta años y este momento sería un recuerdo. Tal vez, con suerte, habría tenido una vida hermosa. Pensó en sus decisiones y todo lo que la había llevado hasta ahí. Era incapaz de separarse de los lugares que desbordaban pasado y, como la devoradora de historias que era, estaba fallándose a sí misma.

¿Qué historia quiero recordar cuando me queden segundos de vida?, se preguntó. Quería ver colores, risas y amores. Quería saberse plena, sin ningún tipo de arrepentimiento sobre sus propias decisiones. Quería saber que lo había intentado, que había peleado para ir tras sus sueños y lo que la hacía sentir viva. No quería voltear en su vejez y saber que había dejado que ese amor se le fuera de nuevo. Tenía que moverse y, si era necesario, cortar de raíz todo lo que se había dicho de pequeña. El amor sí era para ella y, si no, pasaría la vida entera tomándolo por los hombros y haciendo que este la mirara también hasta que fuese verdad. Sea él o alguien más, Bea tenía todo para ser amada y pasaría el resto de su vida repitiéndoselo.

Decidida, caminó hacia la salida y ahí, en la penumbra, vio una sombra. Se quedó plantada en su lugar, como si hubiese chocado con una pared invisible, deteniéndola sin dejarla avanzar. La persona entró a la habitación. No miró a otro lugar que no fuese a ella, mientras caminaba lentamente hacia ella.

—¿Eres real o te estoy soñando?

Pablo se veía hermoso bajo la luz del candelabro. Llevaba puesto un pantalón oscuro y una camisa blanca manchada por pequeñas gotas de lluvia. Tenía el pelo revuelto y húmedo, un ramo de rosas en la mano. Se acercó lo suficiente para estar frente a ella y, sin dejarla de ver a los ojos, le extendió la mano. Pablo se sentía cálido y firme. Subió su mano hasta el corazón. Un gesto que parecía conectarlos, atarlos a la realidad de lo que estaba ocurriendo.

—La última vez que revisé el avión no se cayó y estoy donde debería estar, ¿no? Aunque si estuviese muerto no dudo que regresaría a ti como un fantasma, ni ahí podrías alejarte de mí.

—Yo ya estaba a punto de ir a ti.

—¿Cómo?

Bea sonrió y tomó aire, luchando contra las lágrimas. Pablo le acarició su mejilla suavemente.

—Respira, aquí estoy.

Con una exhalación, se preparó para uno de esos momentos decisivos de los que hablaba la tía Leonor: todo o nada.

—Toda mi vida crecí con la idea de que el amor se iba, o peor, que no era para alguien como yo, que tiene demasiadas sombras por dentro. Lo viví una y otra vez, y estaba bien con ello hasta que apareciste tú. La primera vez que te vi, supe que ahí había algo. Nunca había entendido de certezas hasta que nos dimos aquel primer beso. Ahí se me cayó cualquier clase de muros que yo hubiese construido. Fuimos muy felices, tú y yo, ¿verdad? El mundo se veía más brillante, como si fuese una recién nacida mirando todo por primera vez a través de los ojos nuevos que tu amor me había regalado. Pero me fui, y tú te fuiste con el tiempo. Pasé años queriendo volver a hablar un idioma que nadie entendía. Conocí, probé y, aun así, no fue igual. Por algún extraño milagro, algo o alguien que nos mira desde arriba decidió que merecíamos una segunda oportunidad. Ya me cansé de tener miedo y de no avanzar hacia mi destino.

Ella tomó su rostro entre sus manos, sintiendo una lágrima deslizarse por su mejilla.

—Te amo profundamente, Pablo. Te amo porque regresaste a mí, burlando cualquier camino escrito para los dos. No había otra forma en la que sucedieran las cosas. Te amo con la distancia que nos separó y que nos unió, con todos los años que te quiero regalar y que quiero que me des. Estoy buscando trabajos en Madrid porque no soporto estar un mes más sin tenerte cerca. Mi vida no brilla igual que cuando estoy contigo y te quiero a mi lado siempre.

Suaves lágrimas caían por su rostro. Su garganta se esforzaba por hablar de manera clara, sus emociones apretaban sus cuerdas vocales. Sentía calidez permeando el frío que había sentido todos esos meses lejos.

Pablo tenía los ojos brillosos.

—Yo me quedo, Beatriz.

Ella lo miró confundida

—Si hubieras visto tus mensajes hoy como te dije, sabrías que estaba en camino. Llevo meses buscando la forma de volver a ti… hasta que lo conseguí. El proyecto siempre fue que tu hermano y yo uniéramos fuerzas para crear una firma aquí en México, en alianza con la de España y Londres. Voy a tener que ir de vez en cuando, pero voy a poder quedarme aquí el tiempo que yo quiera —él tomó sus manos, acercándola a él—. Sé que es apresurado, que no sé si sea algo que quieras, pero no quiero alejarme de ti. Amo lo que eres. Amo tus sombras y tus voces, porque ellas me guiaron hasta a ti, a este momento. Soy de quien me hace dar los pasos adecuados para convertirme en el hombre que siempre he querido ser. Alguien digno de que el sol lo quiera. Contigo el mar y el cielo azul nunca están lejos. Te amo con todo lo que soy y seremos.

—¿No vas a regresar a España?

Él negó con la cabeza.

—Hay un departamento cerca de la casona esperándome. Hugo me ayudó todo este tiempo, mientras hacíamos lo que se necesitaba para lograr la alianza. Nada más me queda preguntarte… ¿me quieres a tu lado? —se acercó y juntó sus frentes—. Tengo un sueño, una vida que quiero para mí, y en todas las posibilidades siempre estás tú.

Ella asintió.

—Siempre.

Pablo dejó caer las rosas al piso y tomó las mejillas de Bea para hundirse en un suave beso que sabía a declaración. Un juramento en las manos de ambos y en los corazones que latían desbocados en el pecho del otro.

Se separaron y sonrieron.

—Ven, que nos esperan en casa. Hugo se emocionó tanto que le contó a todos sobre mi regreso y tu madre preparó una cena. Creo que le avisó a la tía Caro y a Carlos para que llegasen también.

Bea sonrió ante la palabra *casa* y la forma en la que hablaba de las personas que más amaba con tanta familiaridad. Salieron del

museo tomados de la mano y se dirigieron al lugar donde sabían que pertenecían. Al llegar, su familia los esperaba en el comedor, todos aplaudían a lo que Pablo se rio nerviosamente, y le ayudó a quitarse el abrigo. Aquella noche la recordaría siempre: cómo platicaron de anécdotas familiares, los consejos que su tío le daba a Pablo para moverse en la ciudad, cómo su madre y su tía suspiraron cuando Pablo, sintiendo su silla lejos de Bea, la movió hacia ella con una mano. Ella miró a su alrededor y entendió que el amor siempre había estado a su alrededor. Estaba en la sonrisa de su mamá, en los chistes de su hermano y el cariño de sus tíos. Esos ojos grises que se encontraban con los suyos en medio de la reunión, una promesa de que por fin estaban en casa.

Epílogo

La casona disfrutaba de días como estos donde la familia Domínguez se reunía para celebrar una ocasión especial. A esas horas de la mañana había paz y quietud, pero no por mucho tiempo: sabía que tenía que ponerse sus mejores galas, que todo debía estar reluciente y listo para recibir a los invitados. El pasto estaba verde, aun con el otoño que comenzaba a mermar sus raíces. Los platos, bien limpiecitos gracias a las manos de los muertitos que tanto cuidaba. Los que dormían bajo su techo habían tenido sueños tiernos y cálidos sobre el bosque, sobre el mar y sobre un árbol gigante y una mujer que daba su bendición a lo que ocurriría.

Habían pasado dos otoños desde que el extranjero había regresado a la familia que lo había adoptado como suyo. No pudo evitar regodearse: *¿Ven? Sabía que este era el bueno para Bea*.

A lo largo de su historia había visto crecer a las niñas de esa familia y convertirse en mujeres que llevaban sombras consigo. Algunas podían con ellas y otras simplemente las aceptaban. Pero Bea había hecho algo distinto: ella las usaba como armadura, aprendió a habitarlas como un poder y no como una maldición de lo que podría pasar. Había marcas de uñas en las esquinas de su mente, casi como un forcejeo que indicaba que ella había ganado contra cualquier destino trágico.

Hoy quería observar y saberse invitada a la celebración. Después de todo, Leonor sabía lo mucho que le gustaban las historias de

amor. La casona estuvo presente cuando Beatriz se levantó al lado de su madre, que la miraba con somnolencia mientras le daba un beso en la frente. Vio a Pablo encender una vela con la foto de la mujer que estuvo a su lado desde el momento en el que se levantó, dedicándole el silencio y rompiendo con las barreras del tiempo y el espacio para pedirle su bendición y contarle lo que ese día ocurriría.

Beatriz usaría un precioso vestido blanco y él, un traje negro, ambos bellos para uno de los días más especiales de sus vidas.

Ya había perdido la cuenta de los años, pero había visto toda clase de historias de amor ir y venir. Algunas habían perdurado y otras no. La casona siempre sabía cómo terminarían, pero ¿quién era ella para arruinarles el camino? Nadie les quitaría lo bailado y lo amado, aun después del adiós.

La joven pareja se dio el "sí" en el jardín de la casona, rodeada de sus seres queridos. Al igual que ella, sentían que no había lugar más correcto para esa promesa que el sitio donde todo había comenzado de nuevo. La familia Domínguez celebró como ellos sabían hacerlo, en medio del bullicio y la algarabía de ver una nueva historia comenzar. El más pequeño del hogar, el hijo de Hugo, se agitaba en los brazos de su madre al querer ir con su tía favorita que lo recibía siempre lleno de besos.

Verlos bailar y olvidar al mundo entero la hizo recordar otros tiempos, otras vidas. Ver a los amantes acariciarse le hizo sentir de nuevo las propias (¿había tenido piel alguna vez?). Su memoria, esa sustancia graciosa que la mareaba, iba y venía como latigazos que dolían. Se concentró y prefirió poner su atención en la historia de amor que tenía frente a ella. De esa clase que había luchado contra el dolor, la distancia y la soledad; contra expectativas y miedos.

La casona coleccionaba historias y sabía que apenas venía lo mejor, que habría mucho por vivir y que ella estaría presente a la distancia. Verlos envejecer sería un privilegio. Sintió mucha felicidad en pensar que, en unos años, habría niños y juguetes por todas

partes. Los muertitos celebrarían cada bebé con tequila y almíbar, sabiendo que ahora tendrían nuevas personitas con quienes jugar.

Por ahora se sentía satisfecha viéndolos bailar, como el más bello de los preludios que los hacían avanzar hacia delante en círculos. Todo aquel que alguna vez sentía a la casona como casa, como un verdadero hogar, nunca se iba realmente.

Pero ella no quería pensar en despedidas ni nada agridulce cuando el futuro le brillaba enormemente. Apenas era el inicio de una serie de eventos que ya habían sido escritos y que esperaban con paciencia a suceder. Ahí dentro las historias de amor no conocían el fin, no se terminaban. Seguían y seguían como ecos en las paredes, que se adornaban con cada amor del presente, pasado y futuro.

Y el amor de Pablo y Bea sonaría por siempre, como todas las cosas que son inevitables.

Agradecimientos

Me tomó casi tres años terminar de escribir esta novela, que luchó por existir y hoy está entre tus manos. La historia en sí cambió mucho desde la primera vez que escuché los susurros de Bea y Pablo declarándose su amor en un salón de la Ciudad de México, pero la esencia sigue siendo la misma: la inquebrantable fe en que no hay maldición que no se pueda romper con el amor correcto.

Desde aquella primera vez, mi vida ha cambiado de formas difíciles y brillantes. En este momento, al ver el pasado desde el futuro, entiendo que debía conocer ciertas sombras y dolores para poder escribir esta historia de la forma correcta. *Lo inevitable de nosotros* se escribió en un momento muy oscuro de mi vida: entre salas de emergencia, habitaciones de hospital, horas muertas en una oficina, un departamento que me vio atravesar el silencio del desamor y una casa en la que mi papá luchó y ganó contra el cáncer. En el frío inhóspito en que se había convertido mi vida, el calor de la casona fue el fuego que me hizo regresar a mí misma.

Por todas estas circunstancias, que son apenas una vaga descripción de lo que realmente fue existir para mí en esos meses, que este libro exista se siente como un milagro. Por eso, le debo mi eterna gratitud a quienes, con su cariño y apoyo, contribuyeron a que hoy los muertitos y la casona tengan más personas a quienes recibir entre sus paredes.

Gracias a mi brillante editora, Amanda Calderón, por ser la persona que, desde el minuto uno, entendió lo que quería lograr con esta novela. Es una delicia trabajar contigo y ver cómo, con cada borrador, esta casona cobró vida. Con tu talento elevaste esta historia a niveles que no pensé posibles. Gracias por abrirle la puerta a mis sueños más locos.

Mi gratitud completa a Montserrat Flores por dar este salto de fe juntas. Ninguna de las dos sabía lo que ocurriría al comenzar a trabajar en equipo. Eres una de las tantas respuestas que el universo me ha dado para seguir adelante. Estoy feliz de tenerte a mi lado en este proyecto como mi agente literaria. El mundo editorial no me parece tan voraz ni intimidante, y eso se lo debo a tu orientación y consejo. Espero que esta sea la primera de muchas historias juntas.

Gracias a Miguel, Lilia, Viola y Lilián por ser mi raíz. A mi papá, por ser la primera persona que supo de esta historia, y por cómo su fe ciega hace que mis sueños estén cerca de mí. Gracias por heredarme tu suerte. A mi mamá, por ofrecerme sus brazos y ayudarme a descansar cuando mis ojos no daban más. Tal vez no lo sepas, pero tus manos terminaron de sanar mi corazón. Esas llamadas diarias me salvaron de formas que nunca sabrás. A mis hermanas, por ser ese lazo que envuelve la red de nuestra familia, por abrazarme cuando esta historia me apretaba hasta sacarme lágrimas. Los cuatro, a su manera, me dieron fuerza para poder terminarla. Los cinco juntos son el final feliz de mi cuento de hadas. Todo siempre regresa a ustedes.

Gracias a David Herrera por ser ese compañero y alma gemela en la creación. En 2023, cuando todo parecía perdido para mí, tus manos me ayudaron a salir adelante con la paciencia y el cariño de un hermano. Este libro literalmente no existiría sin ti y tu insistencia en que escribiera, sin miedo, lo profundo y cavernoso que fueron mis sentimientos en ese momento. Gracias por obligarme a salir del vacío y por todas las horas compartidas escribiendo lo que resultaron

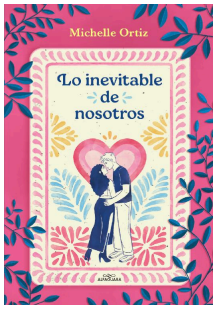
ser nuestros primeros libros publicados. Ya quiero que empecemos el siguiente.

Gracias a Guillermo Andrade, Alejandra Solares, Benjamín Álvarez, Montserrat Castro, Diego Cabrera, Miroslava Heredia, Isla Naomi, Renata Arellano, Gerardo Novelo, Larissa Rodríguez, Kenia Carrillo, Diana Mendoza y Olmo Martínez por ser mi familia elegida. Todos han llegado en momentos diferentes de mi vida, algunos más temprano que otros, pero cada uno de ustedes es parte fundamental de mi historia sin importar la distancia. Espero que nunca me falten y que la vida me permita muchos años más a su lado. Gracias por celebrar mis victorias y por sentarse conmigo en lo oscuro. La vida me sonrió el día en que los conocí y decidieron quererme. (Me da nervio que se me esté olvidando alguien y si lo hago, espero que sepas que este agradecimiento también es para ti.)

Un abrazo a Yenitza Villanueva, Josefina Buxade y a Juan Carlos Reyes por despertar mi curiosidad hacia las letras. Gracias por la pasión con la que me compartieron su conocimiento. A veces siento que me quedé en el salón de clases en el que cada uno me hizo darme cuenta que tal vez escribir un libro era algo que podía hacer.

Por último, y no menos importante, gracias a mis amiguísimas del internet. MorraQueLee es lo que es gracias a ustedes, y tienen entre sus manos mi corazoncito entero. Su acompañamiento en mis vlogs desde la primera semana en que comencé a escribir esta novela es algo que nunca voy a olvidar. Cada una de ustedes ha hecho posible que hoy viva la vida que siempre soñé, y jamás voy a dejar de darles las gracias por ser otra llave importante a mi felicidad.

Espero que este libro sea un testimonio de que, incluso en lo más profundo del invierno, puede haber luz y calor. Cosas bellas pueden nacer del caos si una tiene el valor suficiente para atravesar el dolor y salir del vacío sabiendo que merece todas las flores que la vida pueda darle. Yo sobreviví, y te prometo que tú, cuando llegue el momento correcto, también lo harás. Por mientras, espero que este libro y sus fantasmas te ayuden a regresar a ti.



Beatriz González aprendió a vivir con la maldición que carga desde niña: la certeza de que no está destinada a vivir una historia de amor con un final feliz. Solo una vez, durante un verano inolvidable en el que conoció a Pablo por las calles de Alicante, sintió que lo imposible por fin estaba por sucederle. Sin embargo, todo se desmoronó, dejando su corazón herido y sin ganas de volverlo a intentar.

Por eso, cuando Bea se encuentra con Pablo en la fiesta de compromiso de su hermano, piensa que está viendo a un fantasma. ¿Qué hace ahí, de pronto, ese antiguo amor? Ahora, entre los preparativos para la boda y la intervención nada sutil de los traviesos espíritus de la casona familiar, a Bea y Pablo no les queda más remedio que sortear los escombros de lo que fueron y, en el proceso, descubrir si entre las cenizas se esconde un amor que no pudo ser vencido por el tiempo.



Michelle Ortiz Cuéllar nació en Chetumal, Quintana Roo. Es egresada de la licenciatura de Comunicación y Producción de Medios de la Universidad de las Américas Puebla. Desde su amor a las historias y a las letras nació MorraQueLee, un perfil en el que se dedica a compartir reseñas literarias y aspectos de su vida personal con su audiencia, a quienes considera sus amistades. Disfruta su trabajo como difusora cultural de ferias literarias entre las cuales destaca la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en la que fue la primera Chica FIL, la Feria Internacional del Libro y la Cultura de Playa del Carmen y la Feria Internacional del Libro UABC. *Lo inevitable de nosotros* es su primera novela.



Lo inevitable de nosotros

Edición en formato digital: septiembre, 2025

D. R. © 2025, Michelle del Angel Ortiz Cuellar

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño e ilustración de portada: Penguin Random House/ Paola García Moreno
Fotografía de la autora: Viola Ortiz Cuéllar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de

sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-386-505-0

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Índice

Capítulo 1
    2024, Ciudad de México
Capítulo 2
    2017, España
Capítulo 3
    2024, Ciudad de México
Capítulo 4
    2017, España
Capítulo 5
    2024, Ciudad de México
Capítulo 6
    2017, España
Capítulo 7
    2024, Ciudad de México
Capítulo 8
    2017, España
Capítulo 9
    2024, Ciudad de México
Capítulo 10
    2017, España

Capítulo 11
2024, Ciudad de México
Capítulo 12
2017, España
Capítulo 13
2017, España
Capítulo 14
2024, Ciudad de México
Capítulo 15
2024, Ciudad de México
Capítulo 16
2024, Ciudad de México

Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Capítulo 1. 2024, Ciudad de México
Capítulo 2. 2017, España
Capítulo 3. 2024, Ciudad de México
Capítulo 4. 2017, España
Capítulo 5. 2024, Ciudad de México
Capítulo 6. 2017, España
Capítulo 7. 2024, Ciudad de México
Capítulo 8. 2017, España
Capítulo 9. 2024, Ciudad de México
Capítulo 10. 2017, España
Capítulo 11. 2024, Ciudad de México
Capítulo 12. 2017, España
Capítulo 13. 2017, España
Capítulo 14. 2024, Ciudad de México
Capítulo 15. 2024, Ciudad de México
Capítulo 16. 2024, Ciudad de México
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos